



NARRATIVAS DOCENTES Y SABER PEDAGÓGICO EN LA UNAJ

La enseñanza y el aprendizaje universitarios cuando llegó la pandemia

YANINA CARESSA • ROSANA SCIALABBA • CECILIA TANONI
(Coordinadoras)

**NARRATIVAS DOCENTES Y SABER
PEDAGÓGICO EN LA UNAJ**

*La enseñanza y el aprendizaje universitarios
cuando llegó la pandemia*

NARRATIVAS DOCENTES Y SABER PEDAGÓGICO EN LA UNAJ

*La enseñanza y el aprendizaje universitarios
cuando llegó la pandemia*

YANINA CARESSA • ROSANA SCIALABBA • CECILIA TANONI
(Coordinadoras)

Narrativas docentes y saber pedagógico en la UNAJ : la enseñanza y el aprendizaje universitarios cuando llegó la pandemia / Yanina Caressa ... [et al.]; compilación de Yanina Caressa ; Rosana Scialabba ; Cecilia Tanoni ; coordinación general de Yanina Caressa ; Rosana Scialabba ; Cecilia Tanoni. - 1a ed. - Florencio Varela : Universidad Nacional Arturo Jauretche, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3679-75-9

1. Métodos Pedagógicos. 2. Acceso a la Educación. 3. Educación. I. Caressa, Yanina, comp. II. Scialabba, Rosana, comp. III. Tanoni, Cecilia, comp.
CDD 378.125



Universidad Nacional Arturo Jauretche

Rector: **Dr. Arnaldo Medina**

Vicerrector: **Ing. Miguel Binstock**

Secretaria General: **Mg. María Teresa Poccioni**

Secretaria Académica: **Lic. Maria Gabriela Peirano**

Coordinador Editorial: **Ernesto Salas**

Corrección de estilo: **Victoria Piñera**

Diseño y diagramación: **Yanina Capdepón**

Ilustración de tapa: **Rocío Alegre**

1ª ed. digital, noviembre de 2022

© 2022, UNAJ

Av. Calchaquí 6200 (CP1888)

Florencio Varela Buenos Aires, Argentina

Tel.: +54 11 4275-6100

editorial@unaj.edu.ar

www.editorial.unaj.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina (CC BY-NC-ND 2.5 AR)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

ÍNDICE

Notas preliminares	11
Agradecimientos	13
Palabras del rector, <i>por el Dr. Arnaldo Medina</i>	15
Prólogo, <i>por Daniel Suárez</i>	17
Introducción, <i>por Yanina Caressa, Rosana Scialabba y Cecilia Tanoni</i>	31

RELATOS DE EXPERIENCIA PEDAGÓGICA EN PANDEMIA

Relatos del Instituto de Ciencias de la Salud	49
Mi travesía como docente universitario en tiempos de pandemia de la COVID-19, <i>por Martha Barboza</i>	51
El examen siguió su curso, <i>por María Paula Barrionuevo</i>	57
Dosis de carga de pastillas con efecto a Mabel, <i>por Soledad Carlson</i>	61
¿Hicimos lo mejor que pudimos?, <i>por Marcela Castillo</i>	65
¿Yo señor? ¡Sí, señor! ¡No señor! ¿Pues entonces...?, <i>por Alejandra García Saraví</i>	71
Un mes antes, <i>por Guillermo González</i>	77
En la misma silla, <i>por Sergio Machioni</i>	83
La potencialidad del caos, <i>por Patricia Miño</i>	87
Detrás de la foto, <i>por Amalia Oviedo</i>	93
Sueños, realidades y transformación, <i>por Roxana Paredes</i>	97
Los malabaristas de la pandemia, <i>por María Laura Quintana</i>	101
De un lado y del otro, profes y estudiantes transitando el 2020, <i>por Sandra Quiroga</i>	105

Relatos del Instituto de Ciencias Sociales y Administración	109
Virtualidad pandémica versus presencialidad. Una aventura de estrategias no lineales en la docencia, <i>por Lizette Aguirre</i>	111
Los desafíos de acompañar el proyecto de Trabajo Integrador Final en pandemia, <i>por Ada Cora Freytes Frey</i>	115
¡Un giro inesperado! Para crear, enseñar y aprender, <i>por Valeria Montenegro</i>	123
Esa ventana que es el aula, <i>por Florencia Moreno</i>	129
Sin territorio no hay trabajo social posible, <i>por María Rosa Petrone</i>	133
Pandemia y nuevas normalidades en los procesos de enseñanzas- aprendizajes, <i>por Laura Saavedra</i>	137
Relatos del Instituto de Ingeniería y Agronomía	143
El docente que se doctoró de <i>youtuber</i> , <i>por Carlos Alliera</i>	145
Un grupo <i>al dente</i> , <i>por Lorena Baum</i>	149
Poner un espejo para recuperar el deseo de aprender, <i>por Carla De Simone</i>	153
Cuadros dentro de cuadros, <i>por Nicolás Dzembrowski</i>	157
Historias que transforman, <i>por Ivana Passarotti</i>	161
Sobre uno de los redescubrimientos del vuelo, <i>por Joaquín Piechocki</i> ..	167
Educar en 3D a distancia: modelo para armar, <i>por Valeria Sararols</i>	171
Clic, <i>por María Florencia Tavarone</i>	175
Relatos del Instituto de Estudios Iniciales	179
Habitar un lugar al que apenas conozco, <i>por Julieta Astorino</i>	181
Ante la emergencia de lo inesperado: del vértigo a la <i>conexión</i> , <i>por Ana Paula Castello</i>	185
Crónica de una clase desnaturalizada, <i>por Laura Kaplan</i>	191
Ser estudiante universitarix en pandemia, <i>por Juliana Klein</i>	195
No, pero sí, <i>por Luciana Levin D'Angelo</i>	199
La presencialidad se vestía de irremplazable, <i>por Nadia Ojeda</i>	205
Nuevos desafíos en el rol docente, <i>por Cecilia Ortale</i>	207
El héroe de Oesterheld, <i>por Claudia Sciutto</i>	209

¿Cómo carajo era la contraseña?, <i>por Nicolás Ventieri</i>	215
Somos inmunes, profe, <i>por Elena Vinelli</i>	219
Relatos de la Secretaría Académica: Dirección de Idiomas y Estudios Complementarios y Dirección de Pedagogía Universitaria.....	223
Fue una oportunidad para enriquecer la educación, no, fueron dos y fueron en pandemia, <i>por Silvana Carnicero</i>	225
Me miro, te miro, nos miramos... accionamos, sentimos, vivimos, <i>por Marcela Eich</i>	229
¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?, <i>por Marisa Iriarte</i>	241
La compu y los verbos, <i>por Sandra Luna</i>	249
Obligar a ir en auto al curso de manejo, <i>por Germán Ramos</i>	253

LA LECTURA DE LAS ESPECIALISTAS

Contar entre tiempos. Narrativas entrelazadas de trayectorias, <i>por María Beatriz Greco</i>	263
Grandes historias mínimas en pandemia, <i>por Verónica Weber</i>	275

RELATOS DE COORDINACIÓN DE LA ESCRITURA

Coordinar el Taller de Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas en el marco de la enseñanza remota de emergencia en la UNAJ: las puntadas invisibles para la trama construida, <i>por Gladys Zarenchansky y Soledad Carlson</i>	285
Tres miradas en torno a una experiencia de coordinación, <i>por Mariana Gesualdi, Graciela Nievas y Laura Saavedra</i>	295
No estamos muteados, <i>por Lorena Baum, Nora Catoira y Gabriel Roizman</i>	307
La parada de los sábados. Relato de coordinación de la experiencia en pandemia (Instituto de Estudios Iniciales de la Universidad Nacional Arturo Jauretche), <i>por Claudia Sciutto y Juliana Klein</i>	309

NOTAS PRELIMINARES

NOTA DEL EDITOR

Respecto de la aplicación de lenguaje no excluyente y con perspectiva de géneros, se respetó la decisión de la coordinación del libro:

a. En textos institucionales como palabras del rector, prólogo, introducción y artículos de investigadoras especialistas, se siguieron las orientaciones de la *Guía para la comunicación universitaria. Hacia un lenguaje no excluyente y con perspectiva de géneros*, aprobada por el Consejo Superior de la UNAJ en julio de 2022.

b. En los relatos de experiencias pedagógicas narrados por docentes, coordinadoras y coordinadores del proceso, se evitó la unificación de criterios dado que estos documentos configuran fuentes producidas en el marco de un dispositivo de investigación-formación-acción docente apoyado en la etnografía educativa. De esta manera, cada documento narrativo conserva las maneras de decir y escribir de cada docente en particular.

DESCRIPCIÓN DE DISEÑO DE TAPA

Este diseño está compuesto por una fotografía de la UNAJ en blanco y negro como fondo. En la parte superior de este fondo hay fotos de titulares de periódicos que hacen referencia a la COVID-19. En el centro del diseño, hay una ilustración de una pantalla de *notebook* con la imagen de un profesor. Alrededor de esta ilustración hay imágenes de un estudiante conectándose en su computadora y un perro a su lado, un estudiante dormido sobre su *netbook*, una estudiante caminando conectada a su dispositivo celular, con auriculares y barbijo, y otra estudiante tomando apuntes frente a su computadora amamantando a su bebé.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a María Belén Saucedo y Yanina Garín, por el trabajo de acompañamiento que realizaron en los talleres de documentación narrativa, y a María Joselevich, por su interesada y amorosa lectura de la introducción de esta publicación. Asimismo, hacemos extensivo el agradecimiento a los equipos de la Dirección de Asuntos Docentes y de la Dirección General de Educación Mediada por Tecnología que posibilitaron el desarrollo de los talleres, así como a las integrantes del equipo de Apoyo a la Inclusión y a cada compañera y compañero de la Dirección General de Pregrado, Grado y Pedagogía Universitaria por la colaboración y las gestiones realizadas en el marco de este proyecto.

PALABRAS DEL RECTOR

La pandemia provocada por la COVID-19 reconfiguró institucionalmente cada rincón de nuestra universidad. En marzo de 2020, tuvimos que reinventarnos y recomponer las maneras en que nos realizamos en el mundo. Enorme sacrificio de reaprender las cosas por amor y voluntad de mantener abiertas las puertas de la Universidad, de preservar los sueños y el futuro.

Nuestra universidad nació con una propuesta académica netamente presencial. En el contexto que nos tocó vivir, esa propuesta presencial se trasladó al espacio remoto y virtual, lo que conllevó un gran trabajo de cada una de las áreas, el personal directivo, docente y nodocente, y también de cada estudiante. Dan cuenta de ello cada uno de los relatos de experiencias pedagógicas en contexto de la enseñanza remota y virtualización de emergencia que forman parte de esta publicación.

Históricamente, la UNAJ basó su trabajo en un diálogo articulado entre sus distintas áreas para garantizar el acceso a la Universidad de todas nuestras estudiantes y todos nuestros estudiantes. Esta manera de trabajar posibilitó que, aún desde la virtualidad, se pudiera poner en marcha este proyecto de indagación y registro, que implicó, para las docentes y los docentes, la tarea de escribir sus relatos de experiencias pedagógicas, leerse entre sí y reflexionar a partir de las tensiones y los hallazgos que emergieron en los encuentros. Así, esta publicación surge de un trabajo mancomunado, del diálogo y la discusión que caracteriza a la UNAJ, una universidad entramada con sus actores y en su territorio.

Las autoras y los autores docentes que aquí presentan sus escritos han superado con creces el desafío de enseñar en contexto de pandemia y tam-

bién el de relatar su trabajo, y, al documentar sus experiencias en una dinámica de reflexión colectiva, realizan aportes relevantes para el campo educativo. Sus relatos y los aportes conceptuales que sumaron las especialistas invitadas y los especialistas invitados nos permiten seguir pensando en las mejores formas de enseñanza y los procesos de aprendizaje.

Repentinamente, estar en la UNAJ no fue estar en el edificio emblemático de nuestra casa de estudios de la ciudad de San Juan Bautista del partido de Florencio Varela; la Universidad estuvo en cada uno de los hogares y espacios que habita nuestra comunidad educativa; así comenzamos otra manera de estar y relacionarnos. De esto hablan estos relatos.

Solo tengo palabras de agradecimiento por este trabajo que hoy podemos leer, producto de la acción dedicada, comprometida y reflexiva de personas de nuestra comunidad. Fue un logro haber podido reinventar la universidad en pandemia; y es parte de nuestro sello haber podido detenernos a documentar y estudiar críticamente lo realizado, así como aprender de ello.

Arnaldo Medina, marzo de 2022

PRÓLOGO A LA MANERA DE UN ENSAYO SOBRE EL MUNDO CONTEMPORÁNEO, LA UNIVERSIDAD Y LOS RELATOS DE EXPERIENCIA

*Daniel Suárez*¹

*...la literatura presta una voz a ese animal tembloroso
y dubitativo que llamamos la mente, pero al que nunca
entendemos del todo. El laberinto de la voluntad, el enigma
de la acción intencional, el condicionamiento histórico de
cada enunciación, están en juego cuando el lenguaje mismo
empieza a tartamudear...*

(Harasser, 2019: p. 104)

EXPERIENCIA INTERFERIDA, RELATOS POTENTES

Nuestro tiempo, nuestro espacio, el mundo donde transcurre nuestra vida, están interrumpidos por una tempestad, por una peste planetaria previsible, pero intempestiva y desgarrante, que ya no es sorpresa. Un desastre viral y

¹ Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Profesor Titular Regular de la materia Problemas Pedagógicos Contemporáneos en el Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Vicedirector del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (FFyL-UBA). Coordinador general del Programa de Extensión Universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas”. Coordinador del Programa Específico de Doctorado “Investigación Narrativa, Biográfica y Autobiográfica en Educación de la Universidad Nacional de Rosario.

global, pero no mucho más que las violencias, desigualdades e injusticias que ya venían humillando y diezmando a multitudes en los bordes de la vida planetaria. Una plaga predatoria y genocida que se monta en las anteriores y profundiza la debacle y la impotencia de una civilización globalizada decadente e insensible, que ya no logra concebir el mundo y la vida humana más allá del lucro, la ganancia, la distinción, la competencia y la guerra (Berardi, 2021). Otra desgracia más de una serie, pero disruptiva, diferente, definitiva. Esta, la más tremenda y brutal, *además* ha generado un campo de visibilidad global inédito sobre las calamidades y penurias que venían siendo, sobre sus particularidades y detalles, sobre las miserias multiplicadas y, al mismo tiempo, sobre las solidaridades construidas, los saberes de experiencia interpelados y recreados, las nuevas miradas, preguntas, inquietudes y movilizaciones que provocan, siempre colectivamente, los seres humanos para vivir juntos en el mundo (de Sousa Santos, 2020).

La nueva condición pandémica ofrece la posibilidad de mirar de nuevo, con una renovada distancia comprometida y un tanto asincrónica, el mundo que padecemos, habitamos y soñamos. Abre una perspectiva contemporánea, un desenfocado punto de vista, para ver y nombrar de nuevo las descaradas injusticias, impúdicas desigualdades y proliferadas violencias verticales y horizontales que se venían denunciando, pero no se veían o se soslayaban en la Gestalt global. Nos compele narrar otra vez el mundo de minorías mayoritarias miserables, migrantes y desheredadas, de guerras locales interminables multiplicadas en todos lados, de depredación ambiental y climática, pero también ese mundo que cobija luchas, resistencias y recreaciones que pluralizan el horizonte de posibilidades y desdibujan los límites de la imaginación, la creatividad y la esperanza. Un mundo que repite las mismas palabras y cuenta las mismas historias, pero que ahora, en este tiempo que vivimos se deshacen, ya no resuenan, ni hacen sentido. Un mundo, el mismo mundo que al mismo tiempo, esconde una miríada de posibilidades, de inquietudes y de búsquedas que, si no logran pronunciarse, circular, hacerse públicas, se ahogan inevitablemente en el silencio, la ignorancia y el olvido.

LA EXPERIENCIA CONTEMPORÁNEA DEL OTRO, EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Este tiempo, el que vivimos, el que venimos viviendo desde antes de la pandemia, desde que el tecnocapitalismo financiero transestatal, viral y pandémico es el mundo, es un tiempo sin experiencia o con la experiencia rota, partida, ninguneada, desplazada al borde, interdicta. Es un tiempo de puro riesgo, o de terror (Han, 2017), sin lugar para el afecto, la amistad, el amor, la conversación, la sobriedad, la igualdad y el pensamiento. Lo contemporáneo es ese riesgo permanente y la competencia salvaje por sobrevivir que rompe cualquier lazo, la presencia de la otra o del otro, la conjunción con la otra o el otro, y la configuración de un espacio común, la solidaridad. El terror a lo otro, a lo distinto, y el sentimiento de peligro frente a lo diferente acecha y habita todo el tiempo actual, y desde allí rehace y nos impone el tiempo que se vive, que vivimos y sobrevivimos: sumergidos en una permanente, vertiginosa y estresante actualidad. Y esto de vivir en un tiempo prestado es anterior a la pandemia, aunque con la pandemia se haya tornado evidente e insoportable, se haya profundizado y haya dado lugar a nuevas respuestas, tecnologías biopolíticas y políticas de bioseguridad que se ciernen sobre los cuerpos. Un tiempo de control *en* los cuerpos que también, a contramano y a escondidas, habilita nuevas configuraciones y oportunidades para imaginar de nuevo y a la distancia, el pasado, la experiencia vivida y significada en terreno y un futuro abierto a otras posibilidades, potencias y posibilidades de vida.

Las narrativas de sí y los relatos de experiencia contemporáneos, las pequeñas y grandes historias que logramos decir, escribir, dar a leer, recibir, escuchar y leer en esas configuraciones y oportunidades, en esos agujeros o nodos de la red que interrumpen el ritmo de supervivencia que se nos impone y muchas veces aceptamos, nos cuentan la aventura de vivir en un paisaje temporal agrietado y escarpado, múltiple, híbrido, simultáneo, desfasado. Pintan una cronología sin presente, o con un presente vivido y sufrido como excepción, excesivo, efímero, pasivo y estresante, como una *performance* per-

manente que todavía no terminamos de hacer cuerpo, significado y vida. El presente ha perdido actualidad, si entendemos lo actual como esa zona oscura, impronunciable, que está de manera incierta entre el pasado y el futuro, que coincide plenamente con el tiempo que vivimos o sufrimos. Y el pasado ha perdido historia, si entendemos por esta el relato que enhebra lo que fue y venía siendo con lo que acontece y se proyecta como posibilidad latente, vibrante, sin conclusión. El relato que venimos contando sobre la experiencia de nuestro tiempo y del pasado ya no resuena en el mundo contemporáneo. Tenemos que buscar o inventar palabras e intrigas que nos permitan decir y contar de otro modo el mundo de experiencia que vivimos, el territorio de saber que habitamos y los modos locales de recorrerlos junto con otros.

El espacio que vivimos y transitamos también está interferido, reconfigurado y dislocado en el mundo pandémico. El lugar que habitamos, el cuerpo, el hogar y el territorio que somos y las distancias y cercanías que establecemos a partir de las posiciones y movimientos de los otros, están en crisis no solo por la novedad disruptiva de la pandemia, sino también, desde hace un tiempo, por el cierre de fronteras, la construcción de tabiques, cerraduras y un sinfín de laberintos, el terror a lo distinto, el confinamiento social, la soledad, el ostracismo y la guerra. En la conformación espacial del mundo globalizado emergen y toman imagen nuevas barreras y límites que, aún desde antes de la pandemia sanitaria, desterritorializan y reterritorializan la experiencia de estar siendo en el mundo de riesgo y tecnosemiotizado. Pero también, en el juego inédito de luces y sombras que ofrece la contemporaneidad pandémica (Agamben, 2007), se tornan vivibles paradójicamente, nuevas formas de habitar espacios múltiples, híbridos, mezclados, expuestos, radiales, planos.

Además de tabiques, cerrojos y muros físicos y virtuales, a la manera del rizoma de Deleuze y Guattari (1994), aparecen en el territorio de la red retículas y aperturas, ventanas y pasadizos secretos, atajos insospechados, que muestran en su cartografía posible nuevas configuraciones espaciales que recrean el encuentro de amistad, ensayan la horizontalidad y la escucha, celebran y practican la acogida y el encuentro, intentan recuperar algo del

calor, la fraternidad y la vinculación amorosa de los cuerpos. La experiencia espacial del mundo contemporáneo también se recrea en mapas plurales e imprecisos, titubeantes, tartamudos, que prescinden de límites abstractos a favor de las formas humanas de vida. Cartografías de experiencia que atisban e imaginan lugares como huecos, como territorios protegidos en los extensos lugares prefigurados y cercados, como agujeros de vida en común, colectiva, que merecen vivirse y contarse a contrapelo del discurso del control, del miedo y de la impotencia. Los escenarios y paisajes que venimos configurando como superficie de las tramas de nuestros microrrelatos e historias de lugar, ya no se acomodan a las palabras, modelos narrativos y tonos de enunciación de las formas discursivas disponibles y del acervo tecnolingüístico cosechado por las máquinas de información y el control. Para nombrar los matices, las minucias y los secretos de la experiencia disruptiva y emergente de vivir junto con otros en los pequeños lugares concedidos y conquistados, fragmentados y quebrados, de bordes porosos y resbaladizos, de pisos hojaldrados y superficies superpuestas, resulta necesario inventar otro lenguaje, otra prosa y otro glosario como parte de una estética y de una poética mucho más vastas, desacopladas y disonantes.

Las socialidades, las relaciones sociales que establecemos en nuestros espacios y tiempos actuales y que contribuyen a constituirnos quiénes somos, o venimos siendo, han sufrido asimismo mutaciones a lo largo de estos años, que se han profundizado y amplificado con la última y vigente pandemia viral. La experiencia singular y social del otro, del vivir juntas y juntos, de la comunidad, de las filiaciones ancestrales y los linajes, de la cotidianeidad compartida, se ha trastocado. No solo el mate, el abrazo y la copresencia están interdictos, sino también las actuales configuraciones del encuentro se han permeado de las modalidades de intercambio prefigurado y pautado por la máquina y el tecnolenguaje: de la ronda y el cara a cara con todas, todos y cada una y cada uno, al sistema radial de ventanitas y de control centralizado de la interacción y del primer plano, a los marcos, ritmos, lógicas y dinámicas que el código virtual impone en la toma y circulación de la palabra y la disposición de la escucha.

Las configuraciones de la relación con la otra, el otro, las otras, los otros, así como con nosotras y nosotros han mutado drásticamente en el último confinamiento viral y pandémico, pero los lazos de solidaridad, amistad, encuentro, celebración y hospitalidad hace rato que se han desanudado, dejándonos conectadas y conectados, pero sin conjunción, mirada y escucha, solas y solos. Sin conversaciones en las que valga la pena perderse, encontrarse y ensayar nuevas intimidades, vínculos y sueños compartidos. También las palabras escasean y los moldes narrativos disponibles son impotentes para decir cómo vivimos y le damos sentido y significado a la relación con la otra y el otro, a cómo se tramita nuestra participación y compromiso en el territorio de la comunidad local, de oficio, de prácticas, de interpretación, a cómo imaginamos un mundo vital compartido y una comunidad humana viva.

UNA RED PARA LA CONVERSACIÓN PEDAGÓGICA

La contemporánea experiencia escolar y universitaria no ha escapado a este entramado de mundos, tiempos y espacios enajenados, transfigurados y disgregados. La forma escolar y la universitaria (si es que hubiera alguna), que ya estaban en crisis hace tiempo, ahora, en plena irrupción pandémica y viral, colapsaron. Esa particular disposición de tiempos, espacios, discursos, saberes, reglas y socialidades que definieron a la escuela de masas (la escuela “republicana”) y a la universidad moderna, autónoma, científica y reformista como las formas y organizaciones más eficientes de la transmisión cultural y la reproducción social en las formaciones del capitalismo industrial, ya venía siendo horadada y disgregada, destituida y denostada por una permanente y persistente denuncia a derecha y a izquierda del arco ideológico y político y, particularmente, por políticas globales, neoliberales y virales de reforma educativa. Desde apenas pasada la mitad del siglo XX, en plena vigencia del bienestar social y de las luchas nacionales anticoloniales, versiones radicalizadas de desescolaricismo criticaron al detalle y sin piedad la “máquina escolar” y a la “maquinaria universitaria”, al “aparato

ideológico del Estado”, a la “educación bancaria” de la escuela formal y la universidad, al “autoritarismo escolar” y “académico”, a la “institución impermeable a los cambios y la innovación” de los tiempos actuales, del presente y del futuro, a la “modalidad desactualizada de socialización y distribución social”, a “sus modalidades de enseñanza caducos y a sus agentes fundamentales (las docentes y los docentes) incapaces, burocratizadas, burocratizados, vagas y vagos”.

Sin embargo, luego del fracaso del movimiento neoliberal de reformas educativas de la década de 1990, vienen siendo las renovadas políticas de privatización, mercantilización y destitución de la escuela y la universidad de la globalización financiera, tecnodigital y viral las que minan y cercenan con mayor contundencia y eficacia la imaginación pedagógica sobre el territorio, las temporalidades y las socialidades de la educación. Con la apertura de todo un campo de negocios y la emergencia de nuevos sujetos pedagógicos (las empresas y organizaciones no gubernamentales de redes virtuales y tecnologías digitales), el autoaprendizaje soportado y viabilizado por *softwares* educativos resulta una vía más rentable, controlable, reciclable, automatizable para garantizar la formación de los sujetos que el tiempo presente requiere y la sociedad actual demanda.

Más allá de su relativa pregnancia en el campo educativo, son esos discursos, esas prácticas institucionales y esos códigos tecnolingüísticos virtualizados y distribuidos generosamente por las redes y los ámbitos de capacitación (y que combinan precariamente el lenguaje de la empresa privada, la tecnología digital y virtual y la administración neuronal de las emociones), los que limitan y obstruyen las posibilidades de crear imágenes otras de la escuela y la universidad. Así, impiden la movilización de potencias subjetivas ocultas y negadas por las operaciones de saber/discurso/poder y de transformar democráticamente la escuela y la universidad mediante la movilización intelectual, pedagógica y política de sus habitantes y transeúntes. De esa manera, inhibidas, inhibidos, silenciadas y silenciados, las docentes, los docentes, las estudiantes, los estudiantes, las comunidades locales y una diversidad no prefigurada ni anticipada de actores sociales,

económicos y culturales vinculados con la escuela y la universidad se pliegan mansamente a la impotencia o a las formas consolidadas de decir, pensar y capturar su vida, su experiencia y su mundo. Una suerte de discurso tecnopedagógico de los entornos virtuales y digitales, vinculado lingüísticamente a la retórica del mercado y los tecnonegocios, viene a reemplazar a la vieja y especulativa pedagogía humanista, que se interesaba en la formación integral del sujeto y la “acogida amorosa” de los nuevos, y a mostrar la inoperatividad de la poshumanista en las cuestiones del aprendizaje, su cuantificación y evaluación, la decodificación de los mensajes y datos del tiempo presente y la satisfacción de los requerimientos actuales del mercado de empleo y las nuevas máquinas (internalizadas, hechas cuerpo) de control de calidad.

Al reducir la complejidad, la vibración y la vitalidad del acto educativo mediante algoritmos pedagógicos abstractos, y al intentar capturarlo vanamente mediante códigos discursivos extranjeros a la misteriosa experiencia territorial y local de los cuerpos vivientes de la educación, “el lenguaje de la educación se ha tornado impronunciable” (Larrosa, 2005, p. 35) e ininteligible, imposible de decir, escribir, escuchar o leer. Afortunadamente, desde hace ya algún tiempo, en el norte y en el sur del globo se viene generando una movilización intelectual y política que reclama la “recuperación de la pedagogía” como campo de saber, experiencia, discurso y subjetivación y que, complementariamente, se propone encontrar vías para reinventar un lenguaje de la educación que facilite la conversación pedagógica en torno de las formas y los contenidos de la transmisión cultural, la producción y la reproducción de la vida social, la posibilidad de un acogida amorosa de las nuevas, los nuevos, la proyección hacia el futuro el estar siendo en el mundo y la tentativa de transformarlo. En este movimiento de recuperación o creación del lenguaje de la pedagogía, algunas y algunos venimos hablando y escribiendo acerca del imperativo de “revitalizarlo”, en el sentido de indagarlo, deconstruirlo y volver a decirlo, escribirlo, escucharlo y leerlo desde una sensibilidad y una inteligencia narrativas vinculadas con una serie de posiciones y opciones epistemopolíticas, éticas, estéticas, ontológicas

y poéticas que ponen a la vida, el cuidado y el amor como eje de cualquier actividad o praxis humana y a la belleza, la justicia y la paz en el centro de cualquier producción intelectual, *performance* u obra.

NARRATIVAS DE SÍ, REDES DE INTERPRETACIÓN PEDAGÓGICA Y POÉTICA PEDAGÓGICA

La tentativa de articular una contrarred territorial y virtual de docentes narradoras y narradores, articulada en la emergencia rizomática y conjunta de nodos de solidaridad, de agujeros de cuidado y diálogo, de huecos robados, escamoteados al imperativo homogeneizante del código tecnoeducativo, y basados en la amistad, la horizontalidad, el encuentro amoroso, la escucha, la toma de la palabra, la escritura, la lectura, la conversación en torno de relatos de experiencia u otras obras pedagógicas, se inscribe en esta movilización vital, inquieta, experimental. Y las narrativas de sí que producen, ponen a circular y disponen públicamente los docentes y sus colectivos en ese esfuerzo mancomunado, comunitario y escasamente reconocido muestran, denuncian, interpretan y dan a conocer los desplazamientos, las mutaciones y las reconfiguraciones discursivas de la experiencia contemporánea de “hacer escuela” y “hacer universidad” en tiempos de globalización neoliberal, virtual y viral y de pandemia sanitaria.

Las historias de enseñanza escritas y dadas a leer, leídas y conversadas en esas formaciones colectivas y resguardadas de cuidado docente que interrumpen el ritmo vertiginoso del presente para relatar la experiencia contemporánea de hacer escuela y universidad en la actualidad, ya no hablan de un tiempo lineal, progresivo, único, unívoco, evolutivo, graduado, teleológico, regulado, anticipado, medido y previsto como pretende el actual metarrelato desestabilizado del tiempo escolar, aquel que organiza y automatiza la vida escolar por detrás del tiempo del currículum, la graduación de la enseñanza, la máquina tecnoburocrática, la secuencia didáctica, el proyecto, las fases preactiva, activa y posactiva de la enseñanza. Esas narrativas de sí, textualizadas por esos docentes enredados en

tramas alternativas de interpretación y conversación pedagógicas, cuentan los desdoblamientos subjetivos frente a la multiplicación, la superposición y la usurpación de tiempos conquistados y la imposición de nuevos paisajes temporales, de nuevas intrigas de tiempo dictadas y diseminadas por la lógica de la máquina virtual de la educación. Pero fundamentalmente, como corpus narrativo colectivo construido en red, ofrecen la posibilidad de imaginar y componer nuevas cartografías de tiempo y de vida en la escuela y la universidad.

La arquitectura escolar y universitaria que conocíamos y que moldeó nuestras representaciones de la presencia escolar o de estar presente (participar) en el ámbito universitario, que refiguró nuestras imágenes viables del adentro y del afuera de esos espacios, que bosquejó nuestra previsión de la secuencia de movimientos esperables y de posiciones de sujeto escolar plausibles para construir el acto educativo y enunciar la experiencia pedagógica, también aparece reconfigurada, travestida, escamoteada en los relatos de experiencia pandémica de las docentes y los docentes. Una arquitectura narrada, reconstruida en el lenguaje de la praxis pedagógica, que no tiene ni los planos, ni los materiales, ni las medidas, ni las palabras, ni las genealogías discursivas disponibles para dar forma y dinámica a la vida educativa contemporánea, sea escolar o universitaria. Como otros puntos de vista y saberes instituidos y estabilizados acerca de lo que es hacer escuela o hacer universidad, el discurso pedagógico consagrado sobre el espacio educativo hoy resulta impotente y está mudo. Aunque no es nuevo este desplazamiento del conocimiento educativo oficial, en la actualidad se ha quedado paralizado como potencia y previsibilidad espacial. En cambio, en las narrativas docentes concebidas en las redes alternativas de solidaridad, escritura y lectura, se puede leer la emergencia de una arquitectura desacoplada, plebeya y vivida, inventada y a prueba, narrada y renarrada, en construcción. Arquitectura que relata, imagina, mapea y proyecta espacios de cuidado, reciprocidad y diálogo con los que pretende agujerear, escapar y resistir a las nuevas formas, físicas y también virtuales, del hacinamiento, la contaminación y la cohabitación promiscua.

Las relaciones pedagógicas en la escuela y la universidad en ese tiempo y en ese espacio reconfigurado también se han torcido y despojado de las constricciones discursivas del pasado, de la narrativa consagrada y estabilizada de la presencia de la otra, del otro, del vínculo con lo otro, de la experiencia institucional de la alteridad. Ahora, en ese espacio y ese tiempo indescifrables, misteriosos, en los que cojeamos y balbuceamos, tartamudos, las narrativas disponibles para enunciar la presencia, la otra, el otro, la diferencia, los sutiles detalles de lo distinto, las mínimas huellas de los que comparten la experiencia comunitaria, colectiva y plural de hacer escuela y hacer universidad, aparecen entramados en intrigas de relatos que disrumpan los automatismos heredados de los cuerpos.

Toda esta movilización narrativa y autobiográfica para la revitalización de la pedagogía reclama, como Deleuze, un lenguaje dislocado, no un sistema racional y estabilizado, en equilibrio, sino una materia vibrante, alterada, vital, imprecisa, bella. Requiere de otras reglas de composición ficcional y de criterios metodológicos y estéticos que permitan no solo desmontar la experiencia mediante la investigación y la recursiva reescritura del relato, sino también indagar y rehacer los moldes narrativos mediante los que damos cuenta de ella y la contamos como una historia. Sugiere investigar la experiencia al mismo tiempo que se indaga su lenguaje. Tal como sugiere Harasser:

la literatura moderna puede ser concebida como un método específico que investiga el enigma de la voluntad, una investigación de lo que el pensamiento y la imaginación significan en última instancia, un método para acercarse al laberinto de la agencia humana, y en particular una investigación del lenguaje poético como una enunciación del carácter enigmático de la agencia (2019, p. 105).

La literatura, pero también el cine, el arte, la crítica literaria y estética, las ciencias de la educación (en particular, la antropología, la sociología, la historia y la psicología de la educación), el periodismo pueden ofrecer

recursos narrativos y reflexivos del lenguaje que ayuden en la difícil y vital tarea de dar cuenta de la experiencia de la praxis mediante construcciones ficcionales en intrigas de tiempo y espacio escritas en primera persona.

Por eso, documentar mediante relatos la experiencia educativa exige no solo reescribir la experiencia junto con otras y otros a partir de sus lecturas y comentarios cruzados, sino también explorar colectivamente el lenguaje y las palabras que muchas veces usamos para referirnos a esos mundos transfigurados, tomándolas prestadas o sin darnos cuenta. Demanda simultáneamente desaprender las formas heredadas, desafectadas y naturalizadas de contar historias para aprender y ensayar otras nuevas, o viejas, pero desestabilizadas, desgajadas, asincrónicas, desfasadas, desadaptadas, desobedientes. Se trata, en definitiva, de volver a aprender a escribir, leer, escuchar y decir para poder conversar sobre nuestro mundo y nuestra experiencia en él, para vivir juntas y juntos e imaginar otro mundo. Aunque sea, por ahora, en agujeros colectivos en redes de cuidado, solidaridad y amistad robadas a la transparencia inmediata de la competencia y la meritocracia, a la evidencia de la calidad excluyente y la impotencia, a la nitidez y seguridad de los muros, tabiques y murallas, al monocronismo de la secuencia típica, estereotipada y automatizada de lo que puede pasar en las escuelas y las universidades. Tal vez pueda ser suficiente para elaborar entre todas y todos en ese entramado de nodos y una poética pedagógica, esto es, un saber, una metodología y una reflexión acerca de la composición textual bella, significativa, metafórica, marcante y afectada de una obra pedagógica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2007). ¿Qué es lo contemporáneo? Departamento de Proyectos Arquitectónicos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. <https://etsamdoctorado.files.wordpress.com/2012/12/agamben-que-es-lo-contemporaneo.pdf>
- Berardi, F. (2021). *Futurabilidades. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Rizoma*. México: Coyoacán.
- De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Buenos Aires: Herder.
- Harasser, K. (2019). Allí donde los que tartamudean también deben co-jea: interrumpir el tiempo, agitar los cuerpos, construir mundos. En B. Hang y A. Muñoz (Comps.), *El tiempo es lo único que tenemos. Actualidad en las artes performativas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Larrosa, J. (2005). Una lengua para la conversación. En J. Larrosa y C. Skliar (Orgs.), *Entre pedagogía y literatura*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Suárez, D. (2021). Investigación narrativa, relatos de experiencia y revitalización del saber pedagógico. *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, 31(2), 365-379.

INTRODUCCIÓN

Yanina Caressa, Rosana Scialabba y Cecilia Tanoni¹

Esta compilación de relatos de experiencias pedagógicas, acontecidas en el marco de la enseñanza remota de emergencia que la pandemia nos obligó a adoptar, forma parte de un proyecto que surgió como propuesta a una convocatoria impulsada y financiada por la Secretaría de Políticas Universitarias en el marco de lo que se ha denominado Plan VES (Plan de Virtualización de la Educación Superior I - 2020/2021).

Desde el equipo de Pedagogía Universitaria, dependiente de la Secretaría Académica de la UNAJ, nos dimos a la tarea de generar espacios y disponer condiciones para documentar lo que les pasó a las docentes y los docentes cuando, allá por marzo de 2020, la presencialidad se vio interrumpida por la situación sanitaria provocada por la COVID-19 y se dispuso el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO). Los relatos traen experiencias pedagógicas que sucedieron durante ese tiempo.

Nos propusimos sistematizar el registro de las estrategias pedagógico-didácticas desplegadas, las incertidumbres vividas, las frustraciones, los aciertos y desaciertos, las decisiones tomadas, en definitiva, documentar el trabajo de la universidad, en este caso a través del trabajo de algunas docentes y algunos docentes, para seguir garantizando el derecho a la educación de sus estudiantes. Creemos firmemente en el valor que adquieren las prácticas acontecidas en contexto de pandemia y en la acción de documentarlas no solo para reflexionar sobre la práctica docente y

¹ Integrantes del equipo de Pedagogía Universitaria, perteneciente a la Dirección General de Pregrado, Grado y Pedagogía Universitaria de la Secretaría Académica.

transformarla, sino como un modo de indagación que permite analizar y problematizar temas educativos que atraviesan el hacer docente en un contexto social e histórico tan particular como el que atravesamos. Los relatos traen discusiones que no son necesariamente exclusivas de este contexto. Pues, de la indagación colectiva surgen viejos problemas que, en esta coyuntura, inédita e inesperada, aparecen en el centro del debate y del análisis pedagógico.

La documentación narrativa de experiencias pedagógicas (en adelante, “DNEP”) es un dispositivo de desarrollo profesional docente que permite recuperar, resignificar y repensar las prácticas pedagógicas más allá del ámbito en el que acontezcan.² Como dispositivo de indagación y reconstrucción de las experiencias pedagógicas, se nutre de los aportes de la tradición etnográfica y de la investigación-acción participante en educación y se inspira fundamentalmente en los criterios teórico-metodológicos de la investigación (auto)biográfica y narrativa, que ha adquirido una creciente importancia en la investigación educativa en la Argentina a lo largo de las últimas dos décadas, en consonancia con otros países de la región y de Europa. La compilación de relatos que compartimos en este libro se produjo en el marco de un proceso de documentación narrativa.

² En tanto dispositivo de trabajo pedagógico, a través de una serie de proyectos que armonizan de manera diferente y en distintos grados, según el caso, la DNEP ha venido desarrollándose en la Argentina y otros países de América Latina, desde el 2000, estrategias de desarrollo curricular centrado en la experiencia y el saber pedagógico de las docentes y los docentes (Suárez, 2003); modelos de transferencia universitaria y de asesoramiento académico a proyectos pedagógicos de colectivos de educadores (Suárez, 2020; Suárez, Dávila, Argnani y Caressa, 2018); modalidades de investigación educativa y pedagógica que combinan principios teóricos y metodológicos de la etnografía de la educación (Batallán, 2007; Rockwell, 2009), la investigación y narrativa de las prácticas escolares (Bolívar, 2002; Connelly y Clandinin, 1995), la investigación acción docente y la investigación participante (Anderson y Herr, 2007); y estrategias de formación y capacitación horizontal entre docentes (Suárez, Dávila y Ochoa [2005] y Suárez, Ochoa y Dávila [2004]).

El trayecto propuesto supuso la invitación a docentes de la Universidad a producir documentos pedagógicos narrativos, con sus propias palabras y estilos, sobre aquellas historias vividas que les resultaron pedagógicamente significativas en el contexto de la interrupción de la presencialidad física en aquel mes de marzo de 2020.

LA DOCUMENTACIÓN NARRATIVA DE EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS COMO DISPOSITIVO DE INVESTIGACIÓN- FORMACIÓN-ACCIÓN

La DNEP es un dispositivo de investigación-formación-acción. Es un modo de indagación pedagógica que está orientada a reconstruir, interpretar y tornar público los sentidos y las significaciones que las docentes y los docentes producen cuando escriben, leen, reflexionan y conversan entre colegas acerca de sus prácticas y experiencias educativas (Suárez, 2003). Toma los aportes teóricos y metodológicos de la investigación interpretativa y narrativa de las ciencias sociales. Se estructura a partir de establecer relaciones horizontales y colaborativas entre investigadoras e investigadores y docentes. El propósito es describir de forma densa e intensa los mundos educativos, las prácticas pedagógicas desde las posiciones de quienes las habitan y viven: sus comprensiones e interpretaciones a través de lecturas dinámicas y productivas de las experiencias y relaciones pedagógicas. Es un convite a detenerse y sumergirse en relatos en primera persona que narran experiencias escolares y que confiesan las sutiles percepciones de quienes las viven y cuentan (McEwan, 1998).

Estos relatos y estas interpretaciones aspiran a tensionar y reflexionar críticamente ideas, conceptos, formas de nombrar y de habitar el espacio educativo y las relaciones pedagógicas que en él emergen. Es una modalidad de indagación sobre la propia práctica pedagógica que invita a mirar el acto educativo desde otro lugar. Es un instrumento para resignificar, interpretar y recrear las prácticas profesionales en un espacio conversacional y de interpelación.

Es una modalidad de investigación alternativa a la investigación académica ortodoxa. En los últimos treinta años, la investigación interpretativa y la indagación narrativa emergieron en el campo de la teoría social con gran fuerza. Se destaca por la subjetividad que demarca la construcción y reconstrucción de los sentidos de las acciones que se desarrollan en diferentes contextos, espacios y momentos históricos. La DNEP niega el supuesto de “objetividad” que plantean las etnografías clásicas. Se nutre y hereda las perspectivas interpretativas producto del giro hermenéutico de las décadas de 1960 y 1970. En este viraje epistemológico, en el cual el significado que elaboran las personas y sus interpretaciones son el centro de la investigación, se entiende a los fenómenos sociales y educativos como realizaciones prácticas, textos a interpretar y no como objeto u cosa. Su valor radica en las autointerpretaciones e interpretaciones sociales que las personas realizan en primera persona, donde la dimensión temporal y biográfica son centrales. Hay una doble hermenéutica, los sujetos se reconocen como tales en tanto que lo hacen, desde la propia práctica a la vez que a través de reflexiones intentan comprender su realidad social.

La DNEP implica producción individual y colectiva de relatos pedagógicos (Suárez, Dávila, Argnani y Caressa, 2021). Se elaboran en un marco de trabajo que además de anticipar y evidenciar situaciones educativas, se vuelve sobre ellos a través de la escritura, lectura, conversación y debate entre pares. Presenta como vías validadas la reformulación, ampliación y transformación de la propia práctica. Los relatos de docentes y educadoras y educadores encierran saberes y problemas de interés pedagógico. La puesta en marcha del dispositivo de la DNEP supone conocer maneras de trabajo, formas de mirar y de enseñar propias de ese dispositivo. Esto emerge en un escenario de trabajo colectivo donde las participantes y los participantes comparten sus saberes y modos de hacer su profesión.

El proceso está mediado por un equipo de coordinadoras-investigadoras y coordinadores-investigadores que intervienen activamente acompañando el circuito espiralado de escritura-lectura-comentarios-reescritura. En este sentido, cada coordinadora y coordinador se implica en el diseño,

la planificación y el desarrollo de una serie de tareas que culminan en la publicación de una colección de documentos pedagógicos. Como describiremos más adelante, en el caso del proceso transitado en la UNAJ, dicha posición fue compartida entre docentes-investigadoras externas, docentes-investigadores externos y docentes de la Universidad con formación para asumir la coordinación del dispositivo de la DNEP.

Transitar el dispositivo de documentación narrativa implica:

- a. Identificar y seleccionar esa experiencia pedagógica que se quiere documentar. Volver sobre lo vivido y contarlo. En esta instancia los relatos son orales. En los talleres de la UNAJ, la propuesta fue documentar aquellas experiencias pedagógicas que acontecieron en pandemia durante 2020 y 2021 consideradas importantes por las docentes y los docentes como para ser contadas y registradas.
- b. Escribir el relato. Aquí emergen las primeras versiones de los relatos escritos. Cada docente se convierte en autora o autor de su propio decir.
- c. Editar pedagógicamente. Reescribir a partir de los comentarios que surgen en la mesa de escritura y de la lectura entre pares. El comentario cumple una función nodal en la reescritura del relato. Está orientado a tensionar lo que emerge en la escritura. Una tensión que ayude a dar densidad al relato y reflexión analítica. El comentario está orientado a colaborar e incidir en las sucesivas y recursivas producciones textuales del relato pedagógico. Los comentarios se construyen en lecturas y relecturas individuales y colectivas.
- d. Publicar: las autoras y los autores disponen públicamente su relato en versión final. Es aquí cuando el relato se convierte en documento narrativo.
- e. Hacer circular: promoción y difusión de los relatos en ámbitos educativos.

En suma, la DNEP es una estrategia de trabajo entre docentes que supone, al mismo tiempo, el desarrollo de prácticas de investigación-acción colaborativas y de modalidades de formación y desarrollo profesional, mediante la escritura de relatos pedagógicos en los que cuentan sus experiencias de enseñanza, narradas en primera persona, bajo el supuesto de que estos relatos constituyen materiales inigualables para conocer lo que hacen, piensan y sienten quienes habitan y hacen la escuela, la Universidad, las instituciones educativas. Como narraciones profesionales que problematizan el acontecer escolar desde la perspectiva de sus protagonistas, son materiales documentales densamente significativos que llaman e incitan a la reflexión, la conversación informada, la interpretación, el intercambio y la discusión horizontal entre docentes. Y en tanto materiales comunicables que pueden ser copiados y puestos a circular, manifiestan potencialidades inéditas para la reconstrucción de la memoria pedagógica.

Los relatos que aquí se presentan son el resultado de un proceso subjetivo que puso en palabras la experiencia que aconteció en el cuerpo de cada autora y autor. Una experiencia que es propia –individual y colectiva– y que pone de manifiesto las sensaciones, los pensares, las ideas que ese acontecer produjo. Un acontecer en pandemia que irrumpió la realidad, el espacio y las formas del aprender y del enseñar, que puso a prueba viejas y nuevas estrategias. La lectura de estos relatos debe estar anclada desde este acontecer. Se trata de leer en clave de pensar la experiencia como tal, sin pretensión de forzar generalizaciones que desdibujen las singularidades que las narraciones nos convidan. Una lectura que, movida por intereses e interrogantes pedagógicos, busque resaltar aquellos aspectos que justamente hacen únicas e irrepetibles a las experiencias vividas por las profesoras y los profesores de la Universidad, y a las comprensiones e interpretaciones, también singulares, que ellas y ellos construyen.

EL DISPOSITIVO DE DOCUMENTACIÓN NARRATIVA EN LA UNAJ

Reconociendo que la iniciativa narrada no aconteció en el vacío, antes de profundizar en el relato del proyecto que llevamos adelante, daremos algunos datos para situar, en pocas líneas, la propuesta de documentación narrativa en nuestra universidad.

La UNAJ, una universidad situada en el conurbano bonaerense, ha asentado sus cimientos en claros propósitos inclusivos. En su proyecto institucional, prevé que

La posibilidad de alcanzar mayores niveles de inclusión e integración a la Educación Superior requiere, por parte de las instituciones universitarias localizadas en algunos distritos del GBA, de la producción de estrategias pedagógicas que permitan instrumentar mecanismos de apoyo a los estudiantes en la etapa inicial de sus estudios y que estén destinadas a permitir su permanencia y el buen desempeño en los ciclos posteriores (UNAJ, 2010, p. 775 y ss.).

En este sentido, desde sus primeros años, la UNAJ se propuso “(...) producir una transformación en el tradicional ‘modelo educativo universitario’, para orientarlo hacia la retención y la disminución de los bajos niveles de desempeño estudiantil que podrían presentarse en algún sector del alumnado” (UNAJ, 2010, p. 775 y ss.).

La estructura interna adoptada no se mantuvo al margen de estos horizontes. En busca de ensayar nuevas formas de trabajo pedagógico se propuso, por ejemplo, abandonar la lógica de cátedras, sustituyéndola por una modalidad de coordinación de materias más horizontal. En cuanto a la propuesta académica, se organizó en carreras que dependen de los siguientes tres institutos:

- Instituto de Ingeniería y Agronomía (IIyA)³

³ El Instituto de Ingeniería y Agronomía ofrece ocho carreras de grado y dos carreras de pregrado. Asimismo, cuenta con carreras de posgrado, diplomaturas superiores y lleva adelante diversos programas y proyectos de investigación y vinculación universitaria. Para más información: <https://www.unaj.edu.ar/carreras/ingenieria-y-agronomia/>

- Instituto de Ciencias de la Salud (ICS)⁴
- Instituto de Ciencias Sociales y Administración (ICSyA)⁵

Por otro lado, advirtiendo la importancia de acompañar al estudiantado en sus primeros años de universidad, se decidió que la política de ingreso fuera llevada adelante –fundamentalmente– por un cuarto instituto, el Instituto de Estudios Iniciales (IEI)⁶, a cargo tanto de las asignaturas del Ciclo Inicial que son parte de los planes de estudio de todas las carreras de la UNAJ como del Ciclo de Preparación Universitaria (CPU) destinado a las ingresantes y los ingresantes.

Esta dimensión de la docencia se entrama con los proyectos y programas de investigación y vinculación que la UNAJ lleva adelante, pensados como espacios interrelacionados e integrados que colaboran en el fortalecimiento de los vínculos de la Universidad con la comunidad de la que es parte.

Las prácticas de conversación con el territorio y los modos tendientes a la horizontalidad son usuales en la UNAJ. Así, las formas que se adoptaron en las mesas de trabajo de docentes para hacer documentación narrativa, la

⁴ El Instituto de Ciencias de la Salud ofrece cinco carreras de grado y tres carreras de pregrado. Asimismo, cuenta con carreras de posgrado, diplomaturas superiores y lleva adelante diversos programas y proyectos de investigación y vinculación universitaria. Para más información: <https://www.unaj.edu.ar/carreras/ciencias-de-la-salud/>

⁵ El Instituto de Ciencias Sociales y Administración ofrece cincocarreras de grado. Asimismo, cuenta con carreras de posgrado, diplomaturas superiores y lleva adelante diversos programas y proyectos de investigación y vinculación universitaria. Para más información: <https://www.unaj.edu.ar/carreras/ciencias-sociales-y-administracion/>

⁶ El Ciclo Inicial fue creado dentro del Centro de Política Educativa en 2011. En 2012 se crea el Ciclo de Preparación Universitaria y en septiembre del mismo año se crea el IEI, que pasa a quedar a cargo de ambos ciclos. Además de gestionar estos espacios educativos, el Instituto promueve y coordina proyectos de investigación, vinculación, articulación y voluntariado. También, busca generar y participar en todos aquellos otros proyectos que redunden en el enriquecimiento de las experiencias colectivas de toda la comunidad universitaria.

circulación de ideas informadas y la escucha crítica resultaron pertinentes con los modos de pensar la vida en la Universidad. En la UNAJ es posible tramar con el territorio, y territorializar el hacer y el pensar pedagógicos. Esta condición hizo posible el proyecto de documentación que recupera este libro.

LAS ETAPAS DEL PROYECTO

El proyecto de documentación narrativa en la UNAJ tuvo dos grandes momentos. El primero consistió en la realización de un Taller de Formación de Coordinadores de Documentación Narrativa cuya finalidad fue poner a disposición, de las destinatarias y los destinatarios, dos tipos de herramientas: el primero, las que sirven para documentar el trabajo docente en la universidad en pandemia; el segundo, las que son útiles para coordinar colectivos de docentes que indagan sus prácticas a través de la escritura de relatos de experiencia pedagógica. De este taller participaron veintidós docentes de los diferentes institutos. El segundo momento del proceso implicó la conformación de cuatro colectivos de docentes narradoras y narradores, uno por cada instituto. Cada colectivo docente fue coordinado por una docente o un docente de la Universidad (que se había formado previamente en el taller que mencionamos) y, además, coordinadoras externas o coordinadores externos (una, uno o dos) que, como especialistas en documentación narrativa, contaban con trayectoria y experiencia en coordinación del dispositivo de la DNEP.

En simultáneo al desarrollo de los talleres, sucedieron ateneos y conversatorios en los cuales se tornaron públicamente disponibles los relatos documentados en el Taller de Formación de Coordinadores y en los talleres de documentación narrativa del segundo tramo. Estos eventos contaron con la presencia de invitadas e invitados (especialistas en diferentes temas pedagógicos) que compartieron sus sentires, ideas e interpretaciones a las que arribaban a partir de la lectura de las narraciones. Sus aportes, desde su especificidad y a partir de la lectura y circulación

de los relatos, sus reflexiones y análisis fueron nodales y sustanciales en la reflexión pedagógica. La sistematización de dichos aportes también forma parte de esta publicación.

PRIMERAS IDEAS SOBRE LOS SENTIDOS PEDAGÓGICOS

DE LOS RELATOS

Los procesos de escritura de relatos de experiencias pedagógicas ofrecen un itinerario sucesivo, recursivo e imbricado, cualidades que impregnan tanto a los relatos en sus versiones como también a quienes las escriben.

Las dinámicas adoptadas en cada taller implicaron prácticas de escritura individuales o autónomas. Espacios y tiempos que cada docente narradora o narrador tenía que habilitarse, poniendo en pausa la vida profesional y personal. Encontrarse consigo misma o mismo frente a sus experiencias, sus deseos e inquietudes, sus distanciamientos interpretativos e interpelantes de sus propios saberes, haceres y sentires. También fue posible desarrollar encuentros sincrónicos virtuales. Espacios para la conversación en torno a los relatos en sus distintas versiones, para la lectura y el comentario entre pares y con el equipo de coordinación. El ejercicio de leer y comentar fue una práctica intencional y frecuente entre las integrantes y los integrantes de este colectivo de docentes narradoras y narradores, como conocedoras, conocedores y habitantes de una comunidad de prácticas y discursos vinculados a la enseñanza en *la Jauretche*.

Si bien los relatos de experiencia representan el horizonte a alcanzar en cada taller, el proceso que implicó llegar a ellos se constituyó como instancia formativa para quienes lo vivenciaron. Las conversaciones en torno a los relatos alentaron la construcción de una comunidad de interpretación, generando un ámbito de intercambio horizontal y colaborativo para el análisis y la discusión centrada en los textos y en la forma como contenidos.

Las producciones narrativas a las que arribaron las docentes y los docentes problematizaron decisiones, propósitos, perspectivas, representaciones teóricas, sentidos personales e institucionales que dieron cuenta de las

particularidades de cada experiencia de enseñanza en la virtualización de emergencia. Muchas de estas narraciones nos invitan a repensar la noción de presencia y los modos de *hacernos presentes* en las aulas, ahora rearmadas en la virtualidad, en cada videollamada, en el Campus Virtual, en los grupos de WhatsApp, en Facebook, en Telegram, por correo electrónico, etc.

Los relatos nos muestran una polifonía de voces donde se entranan diversas perspectivas. Los medios de comunicación y sus diferentes discursos sobre la pandemia, las voces de otras docentes y otros docentes que acompañaron, sostuvieron, apoyaron la tarea de enseñar en este contexto adverso. También las voces de las estudiantes y los estudiantes con sus historias de desigualdad, diferencia, esfuerzo y lucha que conmueven cuando *están* y preocupan cuando no se las *ve* o los *ve*. Estudiantes que llegan a la UNAJ con saberes, con experiencias de las cuales las docentes y los docentes aprendieron en pandemia. Así, emergieron relatos que también nos muestran que, cuando la incertidumbre irrumpe, la salida es plural y colectiva.

Por otro lado, los desafíos que trajo la virtualidad para rearmar los vínculos con las estudiantes y los estudiantes es una preocupación que atraviesa los relatos. En tiempos sin tiempo ni espacio donde los límites entre la vida privada y laboral no encuentran distancia, las docentes y los docentes se interrogan sobre los modos de acompañamiento de las trayectorias del estudiantado. Se busca el contacto, se anhelan los gestos, los rostros, los cuerpos en un mismo espacio, en un aula de la UNAJ. Se lamentan los cuadrados negros que *no dicen* mucho sobre quiénes están del otro lado. Aparece la preocupación acerca de cómo acompañar estudiantes en situación de discapacidad. También se interpelan esas estrategias que ya en presencialidad hacían ruido.

Los interrogantes al momento de decidir las modalidades de evaluación en formatos no presenciales son otro de los ejes que aparecen narrados por las docentes y los docentes. ¿Cómo rearmar las evaluaciones que antes se desarrollaban en presencialidad? ¿Qué instrumento seleccionar para conocer el aprendizaje de las estudiantes y los estudiantes? ¿Podrán las estudiantes y los estudiantes resolver la evaluación desde cualquier dispositivo? ¿Sus

producciones son originales o recurrieron a la copia? ¿Cómo evitamos que esto suceda? ¿Cómo mantenemos el “control” de la situación de evaluación tal como en presencialidad? Son algunas de las preguntas que las docentes y los docentes recorren en sus narraciones dando cuenta de los intentos que no salieron bien, de los aciertos y de lo que fueron aprendiendo a medida que ensayaban diversos modos de evaluar a distancia.

De las angustias y los temores ante la cercanía del virus en los hogares de estudiantes y docentes, de las pérdidas de familiares en manos de la COVID-19, de los modos en que estas experiencias de enfermedad, muerte y vida atravesaron la práctica pedagógica también nos hablan los relatos.

Hasta aquí algunos de los sentidos, saberes e interrogantes pedagógicos que las autoras y los autores decidieron imprimir en sus producciones. Pinceladas que son asimismo hipótesis interpretativas que surgen a partir de la lectura, siempre subjetiva, de los relatos. Seguramente, quienes tengan interés por este material construirán sus propias interpretaciones, pues a partir de este momento las narraciones se tornan documentos pedagógicos y, de este modo, se configuran en objeto de estudio, debate y crítica; devienen en materiales que propiciarán otras ideas en otros trayectos de formación de docentes y de indagación pedagógica.

LA ESTRUCTURA DE ESTA PUBLICACIÓN

En el primer apartado, se presentan los relatos de experiencia pedagógica producidos en el marco del dispositivo de la DNEP y organizados según el instituto al que pertenece la docente narradora o el docente narrador.

En el segundo apartado, se publican dos artículos elaborados por especialistas invitadas que comparten sus lecturas, interpretaciones y análisis de una selección de relatos. Verónica Weber nos invita a pensar en la *metamorfosis* que las propuestas de enseñanza sufrieron a partir del contexto de pandemia y de la necesidad de seguir enseñando. Una metamorfosis que evidencia estrategias pedagógico-didácticas que mutan y evolucionan. Weber recorre, en su texto, algunos interrogantes tales como qué es lo que evoluciona y hacia

dónde evolucionan las prácticas de enseñanza en esta coyuntura, cómo se produce esa transformación y mutaciones en las prácticas educativas, qué es lo que muta, entre otras cuestiones. Asimismo, plantea cómo pensar esos enigmas que surgen de los relatos y de la reflexión colectiva, hacia la definición o no de nuevos escenarios educativos en el futuro.

María Beatriz Greco, por su parte, trae la idea de *trayectoria* como una marcha sostenida. Una marcha que nos pone en movimiento, que se transita con el cuerpo, con la piel, con la sensibilidad de la experiencia. Una trayectoria formativa que entrelaza la experiencia. Trayectoria como recorrido, como movimiento en un nuevo escenario pandémico invitan a la autora a volcar, en su escrito, ideas que entraman la sensibilidad con la potencia de hacer lugar a lo subjetivo de las vivencias.

Por último, en el tercer apartado, se ofrecen los relatos narrados por los equipos de coordinación que acompañaron a las docentes y los docentes en el proceso de escritura y reflexión transitado.

ACERCA DE LA TAPA DEL LIBRO

El diseño de la tapa fue producto de un proceso de articulación entre la Universidad y la Escuela Municipal de Bellas Artes de Quilmes Carlos Morel (EMBA), en el cual un grupo de estudiantes del cuarto año de la carrera de Diseño Gráfico y su docente del Espacio de Vinculación con la Práctica Profesional trabajaron para la elaboración de la tapa de esta publicación. De ese proceso surgió el diseño seleccionado, elaborado por la estudiante Rocío Alegre.

ACLARACIÓN SOBRE DECISIONES DE ESTILO EN LA ESCRITURA DE LOS RELATOS

Los relatos traen las maneras de decir de las docentes y los docentes. Y con eso, las maneras de pensar y las formas de resolver, en el plano del habla, algunas cuestiones de índole pedagógica y política. Un ejemplo de esto

es el uso del lenguaje inclusivo. No es igual en todos los relatos y decidimos no uniformizar los modos ni rasar las diferencias para lograr un estilo homogéneo. Entendemos que cada manera de hablar los géneros responde a un ejercicio activo y político de búsqueda de solución a un problema del habla. Creemos que por el momento debemos escucharnos en todas estas maneras de hablarnos antes de proponer una estandarización que nos conforme. Por eso solo hemos homogeneizado los textos introductorios y anexos, no así los de autoría de las docentes y los docentes ni de las coordinadoras y los coordinadores, entendiendo que nos traen un semblante de sus posicionamientos al intentar resolver estas cuestiones en las aulas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, G. y Herr, K. (2007). El docente-investigador: Investigación - Acción como una forma válida de generación de conocimientos. En I. Sverdlick, *La investigación educativa: Una herramienta de conocimiento y de acción*. Buenos Aires: Noveduc.
- Batallán, G. (2007). *Docentes de infancia. Antropología del trabajo en la escuela primaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Bolívar, A. (2002). De nobis ipsis silemus? Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista electrónica de investigación educativa*, 4(1). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15504103>
- Connolly, F. M y Clandinin, D. J. (1995). Relatos de experiencia e investigación narrativa. En J. Larrosa y otros, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona: Laertes.
- McEwan, H. (1998). Las narrativas en el estudio de la docencia. En H. McEwan y K. Egan, *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.
- Suárez, D. (2003). Los efectos pedagógicos de la reforma educativa de los '90. *Revista Novedades Educativas. Reflexión y debate*, 15(155), 44-49.

- Suárez, D. H. (2020). Narrativa (auto)biográfica, desarrollo profesional y pedagogía de la formación: escribir, leer y conversar entre docentes. En J. P. de Araujo y R. T. Cardoso Erbs, *O humano na pesquisa (auto)biográfica: diversidade de contextos e experiências*. San Pablo: Paco Editorial.
- Suárez, D., Dávila, P., Argnani, A., y Caressa, Y. (2018). Formación docente y narrativas pedagógicas: una apuesta de trabajo en red desde la extensión universitaria. +E: *Revista de Extensión Universitaria*, 7(7), 244-253. <https://doi.org/10.14409/extension.v0i7.7069>
- (2021). *Documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una propuesta de investigación-formación-acción entre docentes*. Colección Cuadernos del IICE. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Suárez, D., Dávila, P. y Ochoa, L. (2005). La documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Hacia la reconstrucción de la memoria y el saber profesional de los docentes. *Revista Nodos y Nudos*, 2(17), 16-31.
- Suárez, D., Ochoa, L. y Dávila, P. (2004). *Manual de capacitación sobre registro y sistematización de experiencias pedagógicas*. Buenos Aires: MECyT/OEA.
- Universidad Nacional Arturo Jauretche (2010). Proyecto Institucional. Florencio Varela: UNAJ. https://www.dropbox.com/s/e7n3vhayyyi64s/Proyecto_Institucional_UNAJ.pdf?dl=0

RELATOS DE EXPERIENCIA PEDAGÓGICA EN PANDEMIA

RELATOS DEL INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA SALUD

RELATOS DEL INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y ADMINISTRACIÓN

RELATOS DEL INSTITUTO DE INGENIERÍA Y AGRONOMÍA

RELATOS DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS INICIALES

RELATOS DE LA SECRETARÍA ACADÉMICA:

DIRECCIÓN DE IDIOMAS Y ESTUDIOS COMPLEMENTARIOS
Y DIRECCIÓN DE PEDAGOGÍA UNIVERSITARIA

Relatos del Instituto de Ciencias de la Salud

MI TRAVESÍA COMO DOCENTE UNIVERSITARIO EN TIEMPOS DE PANDEMIA DE LA COVID-19

*Martha Barboza*¹

A mediados de marzo de 2020, el grupo docente de prácticas de la asignatura Enfermería Comunitaria I correspondiente al 2° año de la carrera de Licenciatura en Enfermería del Instituto de Ciencias de la Salud de UNAJ estábamos listos para iniciar la cursada regular de la materia. Un total de seis docentes.

Para algunas personas podría ser una actividad más en la tarea de un docente, sin embargo, para mí, cada inicio de cursada es un nuevo proyecto o una nueva propuesta a concretar. Es como un nuevo horizonte, con energía, ideas, sentimientos y emociones que se van entrelazando en un plan estratégico todo para “nuestros” estudiantes (que hasta ese momento, sin saber sus nombres, sin conocer sus rostros, sus voces) son nuestra razón de ser docentes.

Siendo que la asignatura se dicta en los dos cuatrimestres, hay una rotación a veces de docentes (depende del número de estudiantes en las comisiones) y siempre de estudiantes.

El grupo docente de las materias de la carrera se divide en docentes de teoría y docentes de práctica. Como es habitual las dos primeras semanas inician, las clases teóricas con la finalidad de que los estudiantes tengan elementos básicos para posteriormente realizar las actividades programadas en el campo de prácticas preprofesionales.

¹ Docente de la asignatura Enfermería Comunitaria I de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

La actividad práctica consta de doce encuentros que se desarrollan en el ámbito comunitario, la cual tiene como referencia los centros de salud del municipio de Florencio Varela. Como a veces la identifican o reconocen los vecinos de los barrios: “la salita”.

A finales de marzo de 2020 se confirma la medida del aislamiento social, preventivo obligatorio (ASPO) por la pandemia de la COVID-19. En forma repentina y abrupta se planteó el cambio de actividades académicas presenciales a la modalidad o dictado virtual de las asignaturas.

Como docente, esta situación me generó incertidumbre, inquietud, miedos y, de repente, todo lo contrario, un empujón para avanzar y proponernos seguir adelante frente a esta adversidad. ¿Quién hubiera pronosticado ser parte de la historia de una pandemia? Inimaginable, hasta hoy.

Entonces empezaron las reuniones de cada carrera, de cada área, de cada materia, de teoría, de prácticas. Algunas convocadas por los coordinadores de carrera o de asignaturas o de prácticas. Diría que, en un principio, los docentes de prácticas fuimos docentes “autoconvocados” porque mediante nuestro grupo de WhatsApp empezamos a intercambiar ideas, opiniones sobre la actualidad y el futuro atravesados por la pandemia.

Tener que repensar cómo implementar actividades que aproximen a las experiencias de prácticas que nos resultaban cotidianas. Las prácticas se realizan una vez por semana, en los turnos mañana o tarde. El primer día siempre es de exploración para los estudiantes, preguntan cómo se llega al centro de salud, acuerdan un punto de encuentro, duración del viaje. Al llegar a los centros de salud, reencontrarnos con el equipo de salud de cada uno de ellos (a veces los docentes estamos en un mismo centro de salud o podemos cambiar según el día u horario) ponernos al día de la información de actividades que se mantienen, las que se encuentran suspendidas, reconocer el centro con los nuevos estudiantes. Realizar entrevistas, encuestas, cartografías, cartelería, folletos, tomar fotos de las zonas del barrio.

Unificar criterios con colegas, sabiendo que las realidades de docentes y alumnos eran tan disímiles y algunas tan iguales. Plantear si el dictado del

módulo teórico iba acompañar el módulo de práctica. Si solo sería módulo teórico y pendiente la práctica, ¿qué actividades de práctica serían posibles en contexto de pandemia por la COVID-19? ¿Podríamos incursionar en el barrio, en el centro de salud?, ¿de qué manera o forma, cómo, cuándo, quiénes, para qué? Muchas preguntas, no sabíamos las respuestas ni dentro del grupo ni fuera de él, obviamente.

La incertidumbre de las decisiones de cómo llevar adelante esta “propuesta adaptada” generó diferencias en cada docente. Igualmente, sea cual fuera la postura o determinación de unos u otros, la decisión última es del docente titular de la materia junto con la Coordinación de la Carrera. En algunos era quitarse un peso de encima, para otros una gran responsabilidad. Se evidenciaron emociones encontradas de desaliento, de fortaleza, de debilidad, de optimismo no solamente en mí, sino en los compañeros docentes también. Nos alentábamos, nos escuchábamos en nuestras dudas o ideas. Los encuentros de ensayo en plataformas virtuales (Zoom, Google Meet, Samba Live, Microsoft Teams...) eran para adquirir destreza técnica y, a su vez, para un encuentro de reflexión grupal sobre la labor docente, y a veces también por las circunstancias personales que atravesábamos por la pandemia de la COVID-19.

En mi caso había realizado unos pocos cursos sobre la enseñanza en entornos virtuales, también uno sobre simulación clínica, por lo cual estaba con limitaciones en estos recursos. Esto me generó preocupación, no estar a la altura de las circunstancias, no lograr aquello que cada cuatrimestre tenía como resultado que era la satisfacción de alcanzar los objetivos propuestos para los estudiantes, para los colegas docentes, para la institución y para mí.

Las ideas se venían una tras otra tratando de recrear estrategias de enseñanza en cuanto a contenidos prácticos de la materia. Intercambiábamos todas estas ideas y propuestas en las reuniones docentes de profes de práctica mediante Zoom (ya estábamos en virtualidad). Utilizamos bibliografía, videos, audios, hicimos que los estudiantes se filmen mientras realizan

una entrevista (aunque sea a un familiar o un profesional de la salud que conozcan, ya sea en forma presencial o virtual) que la compartan y luego relaten su experiencia, que realicen llamadas telefónicas a vecinos para hacer encuestas vinculadas a salud, a cómo enfrentan el cuidado ante la pandemia por la COVID-19 (¡no íbamos a desaprovecharla!). Algunas de estas estrategias fueron aplicadas por primera vez en el dictado de la materia.

Teníamos serias dificultades en cuanto a la inexperiencia que teníamos los docentes en el manejo de entornos virtuales o manejo de plataformas o herramientas digitales, redes sociales. Se sumó la resistencia a la nueva realidad, tan tirana en cuanto al tiempo y a resultados. Hubo momentos en los que colegas planteaban estar cansados, hartos, desalentados, debimos hacer de apoyo para acompañar y poder continuar en la tarea de generar este espacio de enseñanza y aprendizaje aparentemente provisorio y que continuó durante todo 2020. Teníamos que invertir tiempo en aprender para luego enseñar aquello aprendido en el grupo de docentes.

Recuerdo que realizaba una búsqueda de tutoriales sobre diferentes plataformas, también participaba o asistía a webinarios sobre educación en línea, virtual. Compartíamos en el grupo docente por correo o WhatsApp.

Conversábamos con docentes de otras materias y de otras universidades para tener una visión más amplia para luego adaptar ideas o estrategias para los estudiantes que imaginábamos tan próximos, siempre nos referíamos a los estudiantes como si estuvieran presentes físicamente. Me di cuenta lo importante del vínculo docente y estudiantes, yo y ellos, un nosotros para el acto educativo.

Las reuniones eran en diferentes horarios, días, personas. Lo cual desgastaba al grupo, ya que teníamos que saber quién participó en tal o cual parte de no sé cuál de las reuniones... entonces resolvimos en el grupo hacer un resumen del encuentro y compartirlo. Tratar de no repetir la temática o las cuestiones ya dirimidas y consensuadas, se hace sincrónico, asincrónico, se graba, no se graba, se toma asistencia, no se toma asistencia, tiempo de espacio de intercambio, tutoriales de apoyo: sí-no, cuáles, cómo...

La materia no tenía un aula virtual en la plataforma del Campus Virtual de la UNAJ, lo cual se llevó a cabo en el segundo cuatrimestre. Al mismo tiempo los docentes tuvimos la propuesta de un curso virtual sincrónico sobre las aulas virtuales en la plataforma Moodle. Desde ese momento hasta la actualidad los docentes tenemos disponibles los tutoriales de este curso en un aula de profesores en el Campus Virtual. De esta forma la UNAJ me brindó su “presencialidad” y apoyo como institución educativa ante las nuevas condiciones para la enseñanza en el contexto por la pandemia por la COVID-19.

Había, en algunos casos, mucha resistencia a los cambios. Desde mi visión, considero que la realidad nos sobrepasaba, ya no era querer o no querer, teníamos y tenemos aún hoy que llevar adelante cambios, ajustes, adaptación, readaptaciones de las propuestas pedagógicas. Tuve que cambiar mi mentalidad en cuanto al uso de la tecnología y su uso en el ámbito de la educación.

Un primer cuatrimestre sin prácticas en terreno y que no sabíamos cómo sobrellevar. Acordamos participar en actividades junto a los docentes que dictaban teoría y fueron muy productivas tanto para docentes como para los alumnos. Logramos demostrarnos como docentes y demostrar a los estudiantes que la articulación teoría práctica es posible, necesaria e imprescindible. Disfrutando de este espacio en común.

Nuestros primeros encuentros virtuales fueron viendo una pantalla con numerosos cuadraditos, tratando de conocer y reconocer a los participantes (imagen con nombres), mantener una postura, actitud, lenguaje, observar, escuchar. Los alumnos ansiosos, inmóviles, silenciosos, con ganas de hablar, atentos, distraídos, otros angustiados por el aislamiento o por situaciones de enfermedad o pérdida de familiares, amigos en pandemia. Las dificultades en la conectividad y accesibilidad de docentes o alumnos.

Plantear acuerdos en cómo serían las pautas en virtualidad, ya sea para las clases o toma de exámenes (contratos pedagógicos, protocolos), que también fueran pautadas institucionalmente a medida que transcurría el

tiempo. Era comprensible que desde los diferentes espacios de gestión académica en la UNAJ estuvieran tan atareados como nosotros.

En relación a los alumnos se brindaba ayuda, orientación, asesoramiento (algunos tenían nuestro contacto, otros lo compartían con otros estudiantes), también sucedió que nos ayudaban para poder tener el espacio de encuentro virtual. Hacer un medio de comunicación con los estudiantes y tomar a referentes para evitar agotamiento.

Nos generó mucho compromiso la demanda o el pedido de los estudiantes de sostener los espacios de enseñanza virtual. También frustración e impotencia ante la desvinculación de los alumnos con la Universidad por diferentes motivos: personales, familiares, laborales, económicos, otros.

Les cuento que tanto relato de esta experiencia vivenciada desde la virtualidad tuvo mucho de sentida, pensada, proclamada y poco llevada a cabo como docente de práctica “presencial”. Todo me parecía insuficiente desde lo virtual.

En cambio, la experiencia de la virtualidad fue muy positiva en relación a que nos permitió interactuar entre colegas docentes y la “presencia” en nuestro sentir, pensar y actuar en relación a los estudiantes. Todo lo expresado anteriormente me conmovió, me aportó otra mirada, otras herramientas para mi tarea docente universitaria actual y futura.

El aprendizaje y la enseñanza como docente de la UNAJ en esta etapa transitando la pandemia de la COVID-19 reflejó el espíritu de lucha, de equipo, de comunidad educativa (no estuvimos solos), dimos, damos y daremos lo mejor de nosotros como personas, profesionales y educadores siempre.

EL EXAMEN SIGUIÓ SU CURSO

María Paula Barrionuevo²

Segundo cuatrimestre de 2020. Algunos meses habían pasado desde aquella noticia del murciélago asiático. El mundo estaba revolucionado. Distanciamiento, barbijos, tapabocas, alcohol en gel, acopio de alimentos, muertes sin despedidas, dolor. Incertidumbre.

Los aplausos de honra y agradecimiento al personal de la salud eran cita irrevocable a las 21. La población, con esperanza, miedo y agradecimiento, salía a balcones, veredas y a la calle a aplaudir al personal sanitario.

Como al resto del mundo, la pandemia presentaba un nuevo escenario en la Universidad. La pandemia vino, entre otras cosas, a presentar grandes desafíos. Comenzamos a reunirnos a través de videollamadas, festejábamos zoompleaños buscando acercarnos en tiempos de distanciamiento.

Y en nuestro sistema, el educativo, alumnos y docentes comenzábamos a vincularnos a través de una nueva modalidad de clases, experimentando el formato de la virtualidad. Así, las familias no quedaron exentas de este nuevo aprendizaje. Alrededor de cada alumno, de cada profesor, hubo testigos: familia, parejas, mascotas.

En la presencialidad, mientras los alumnos rinden sus exámenes, los docentes estamos atentos a las necesidades de los alumnos; esas que esperan podamos asistir y aquellas que intentan pasen desapercibidas...

Hojas, calculadora y lapicera, eso es lo que habitualmente requieren los alumnos de Química Analítica al momento de rendir el examen. Al igual

² Docente de la asignatura Química Analítica de la carrera de grado Bioquímica (Instituto de Ciencias de la Salud).

que en la presencialidad, se les indicó tuvieran estas herramientas, y solo eso, sobre la mesa mientras desarrollaban su evaluación.

Primer parcial, primera fecha. Mientras transcurría el examen, con cámara abierta, el chat de profes comienza a preguntar ¿qué está haciendo Mariana?, ¿hacia dónde mira?, ¿por qué se mueve?

Mariana escribía, sí, en su hoja. Pero algo diferente sucedía del resto de los alumnos. Su mirada y atención no estaba dirigida a la hoja donde parecía estar desarrollando en examen. Algo a su lado captaba su atención. Pero ¿qué?

Algunos segundos pasaron hasta que lo descifré. En ese momento, un mensaje del chat también lo anuncia: Mariana estaba amamantando.

Paradita a su lado, solo veíamos lo que finalmente distinguimos como una cabellera. Tenía un moñito. Mientras tanto, Mariana, como podía, escribía en las hojas apoyadas sobre la mesa. No se detuvo, corría el tiempo del examen. Solo siguió con la consigna.

Mariana, a quien elegí llamar así en este relato, fue solo un ejemplo de tantos donde la cotidianeidad de la convivencia y, muchas veces, la falta de espacio privado, pusieron a alumnos y docentes en escenarios incómodos, graciosos, a veces molestos. Conversaciones de convivientes, niños solicitando ayuda a los adultos que participaban en clase, timbres esperando ser atendidos, televisiones encendidas de fondo, mascotas expresando alerta o requiriendo atención: ladridos, gatos mimosos. Sonidos de la cotidianeidad hogareña, compartidos ahora, en el aula virtual. De un lado de la pantalla, y del otro, todos estábamos bajo el mismo régimen: aislamiento.

A la distancia, lo analizo y creería que semejante acto de entrega y asistencia por parte de Mariana no creo nos haya incomodado, pero es cierto que nos tomó por sorpresa.

En presencialidad, habitualmente nuestro momento de evaluación se torna en una atmósfera de silencio y privacidad donde cada alumno se encuentra concentrado en los objetivos de resolución. Es factible cruzar miradas con ellos y advertir que están en el medio de un pensamiento reso-

lutivo, o que requieren de la consulta a algún profe para poder desenredar alguna teoría que ronda en sus pensamientos y así avanzar. El vínculo que se trabaja y cultiva durante las clases refuerza esta conexión.

La virtualidad facilitó estrategias para sobrellevar exámenes “rompiendo reglas” y alertó, tal vez en demasía a los docentes.

Nos costó reconocer qué había sacado a Mariana de su temple mientras rendía. Ya no se apoyaba sobre la mesa y escribía. Ahora amamantaba. Habrá sido la sorpresa de la situación, que no se tratara de un bebé, sino de una niña, amamantando de pie, al lado de su mamá o que ni la propia Mariana expresó necesitar un momento de privacidad que hizo que todos calláramos al respecto.

Mariana continuó rindiendo. La niña terminó de alimentarse. Los docentes continuamos con el examen virtual. Nadie dijo nada y el examen siguió su curso.

DOSIS DE CARGA DE PASTILLAS CON EFECTO A MABEL

*Soledad Carlson*³

¡Cómo nos ha cambiado la vida esta pandemia! Me encontraba tomando final de Farmacología para la carrera de Enfermería de la UNAJ, en diciembre de 2020, sí, en pandemia. Llevaba nueve meses de encierro y algunos permisos que no me alcanzaban para dejar de sentirme en modo supervivencia.

Fue un año muy complejo, difícil de digerir con más de 3.000 horas de estar enfrente a la computadora porque todo pasó por ahí, por la tecnología, además por ser médica no me quedé en casa. A 500 kilómetros quedaron mis viejitos, que se cuidaron como pudieron, también les pasaron cosas de salud, y eso también me preocupaba. Cuando llegaba a casa, mis hijos adolescentes me esperaban con las demandas típicas de su edad, se fueron seres queridos que no pude despedir. Dejé de practicar y divertirme haciendo mami hockey. Me sentía muy cansada, extrañaba el olor al aula, ese lugar caótico y complejo, no conforme con todo lo planeado en el año, con cierto mal humor, y con la sensación de que sentarme otra vez frente a la computadora para tomar final de Farmacología a un grupo de estudiantes de Enfermería no sería otra cosa que eso, sentarme a escuchar, evaluarlos, ponerles una nota y punto. Fin de mi tarea. Un encuentro netamente burocrático.

¿Pero saben?, no fue así: fue Mabel la que me enseñó tantas cosas en un zoom de solo 40 minutos. Recuerdo perfectamente que le tocó el turno

³ Coordinadora y docente de la asignatura Farmacología de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

a ella, eran las 14:00 de un viernes caluroso de diciembre. De este lado estaba sentada cómoda en mi silla de escritorio, con el aire acondicionado, en un cuarto transformado en estudio cinematográfico; me coloqué los auriculares; tenía micrófono y cámara prendidos. Del otro lado estaba ella, en realidad, su cabellera era lo único que podía observar porque la cámara de su celular no funcionaba bien, se escuchaba música divertida de fondo. Mabel, muy responsable, me aclara: “Son mis vecinos, profe. Ya les dije que apagaran la música porque tenía examen con usted”.

La conexión de internet no era la mejor, por momentos quedaba congelada la imagen de Mabel, y yo había comenzado a fastidiarme. Mabel supo verlo y anticipándose a mi decisión, me dice: “Profe, confíe en mí. Bánqueme que la llevo a un lugar donde pueda evaluarme y demostrar que sé de los fármacos”.

No me dio tiempo a contestar, ella había decidido por las dos. Fueron minutos de vértigo, desconcierto, corríamos no sé por dónde, solo veía el cielo bien celeste y la ropa colgada secándose al sol de su barrio y yo, entregada. Se vino a mi memoria una obra de Salvador Dalí que había visto en un museo, donde la audioguía señaló en esa oportunidad que la realización de esa obra fue en la etapa de gran intensidad emocional. Eran dos personas con las cabezas llenas de nubes, sueños, símbolos, subconsciente, imaginación, libertad. Muchos son los adjetivos que se pueden otorgar al surrealismo.

Y llegamos al oasis (luego me contó que era el trabajo de su amigo). Ella, feliz siempre, algo transpirada por la corrida, su voz nunca cambio de timbre, se escuchaba perfecto. El examen continuó, a Mabel le fue muy bien, cuando faltaban unos minutos para dar cierre, me agradece por la posibilidad de ayudarla a cumplir su sueño de ser enfermera. El zoom se corta. Con la pantalla en negro, siento como el bochazo en la rodilla de un partido de hockey, que duele, ¡cómo duele!, pero a la vez ubica, sacude, me obliga a parar y reflexionar. Como la pintura de Dalí surrealista, Mabel improvisó de manera automática ese juego constante entre los mundos interior y exterior.

Los estudiantes como Mabel son los que me enseñaron a enseñar. Hay dos maneras de ver las cosas: como algo limitante, una barrera, algo que no te puede permitir llegar a cumplir tu sueño. Yo me olvidé de tres factores fundamentales: que pueden cambiar cualquier realidad el esfuerzo, la entrega y el amor que uno le pone a los sueños.

Mabel fue el fármaco dado en dosis de carga y por vía intravenosa, de rápido efecto. Los efectos beneficiosos del fármaco Mabel predominan sobre los adversos.

Lo que me pasó con ella es más que una anécdota, es más que una historia, a mí me transformó en ese momento y continúa hoy. Hoy, narrando algunas formas de interpretación del mundo de la UNAJ.

¿HICIMOS LO MEJOR QUE PUDIMOS?

*Marcela Castillo*⁴

Viernes 20 de marzo de 2020, 0:00 horas. Primer día de la cuarentena declarada como medida sanitaria para hacer frente a la enfermedad pandémica del coronavirus COVID-19. Afiches celestes con la frase “Quedate en casa” inundaron las calles otrora habitadas. Un nuevo término se adueñó de nuestras vidas: el “ASPO”, con el que resumidamente nos referíamos al “aislamiento social, preventivo y obligatorio” en el que estábamos inmersos.

La pandemia no paralizó el sistema educativo en el 2020. En la UNAJ, el primer cuatrimestre del ciclo lectivo comenzó el 13 de abril, una quincena después de la fecha prevista en el calendario académico original, pero en una nueva modalidad: educando a distancia. Tan solo tuvimos veintitrés días para generar una alternativa a la presencialidad que sostuviera la continuidad pedagógica de nuestros estudiantes. Múltiples desafíos se presentaron en ese corto tiempo, asociados no solo con las estrategias de enseñanza a implementar, sino también con los recursos tecnológicos y de conectividad disponibles que las condicionaban. En Química I asignatura del segundo año de la carrera de Bioquímica, algunos de esos desafíos se sumaron y otros resultaron ser coincidentes con los que nos habíamos planteado superar a fines del ciclo lectivo anterior.

Durante el 2019, sostuvimos, con otros integrantes del equipo docente, un análisis crítico de nuestra práctica para encontrar una solución a

⁴ Docente de la asignatura Química I de la carrera de grado Bioquímica (Instituto de Ciencias de la Salud).

la fragmentación del saber que se producía en nuestros estudiantes. Los conceptos trabajados durante la cursada permanecían en compartimentos estancos y adolecían de la integración necesaria para un aprendizaje significativo. En parte, nosotros mismos lo propiciamos casi sin darnos cuenta y en un afán por ayudarlos a superar las distintas instancias evaluativas, al darles la oportunidad de recuperar aquellas unidades temáticas en las que no lograban alcanzar los objetivos de aprendizaje establecidos en nuestra propuesta pedagógica.

Es así que el período estival del 2020 me encontró modificando el material didáctico de la asignatura junto con otro docente del plantel, para darle un enfoque más acorde con una modalidad evaluativa integradora. En lugar de tratar de que los estudiantes dominen un tema de una sola vez, los conceptos serían enseñados de forma gradual y repetida, reforzándolos a lo largo del tiempo. Este aprendizaje en forma de espiral permite que el estudiante amplíe sus conocimientos o mejore sus habilidades cada vez que se encuentra con el mismo tema. Era consciente de que este nuevo enfoque didáctico demandaría un mayor esfuerzo y dedicación por parte de nuestros estudiantes y, a su vez, una mayor autonomía para gestionar su aprendizaje. Todo un desafío.

El ASPO irrumpió en nuestras vidas, en mi vida. En ese instante sentí que todo el trabajo estival había sido en vano. Decidí “desconectarme” un día, pero mi mente no me lo permitió, las preguntas se acumulaban sin hallar respuestas: ¿tendríamos que reformular nuevamente el material didáctico?, ¿qué recursos utilizaríamos para sostener el vínculo pedagógico?, ¿y los trabajos experimentales? Mi conciencia me pedía a gritos que cumpliera mis funciones de coordinadora. Luego del desasosiego inicial, mis ideas lentamente comenzaron a ordenarse y me di cuenta de que los cambios que intentábamos implementar se ajustaban a la perfección a la modalidad de educación a distancia. Habíamos reconfigurado el material didáctico incluyendo en el mismo apartado teórico adaptado en función de los conocimientos previos que, en ciclos pasados, nuestros estudiantes demostraron poseer, para que pudieran realizar de manera autónoma una

lectura comprensiva, obteniendo la información relevante e interpretándola de modo que la construcción de significados fuera más viable. También mi compañero había diseñado un capítulo en el cual compartíamos con los estudiantes en tiempo real la lectura exploratoria sobre una de las unidades temáticas de la asignatura en distintos libros sugeridos en la bibliografía del programa. Nuestro propósito fue brindarles estrategias de estudio que pudieran emplear en lo sucesivo para cualquier tema. Este material sería complementado con clases presenciales flexibles, en las que esperábamos con ansias, se diera el intercambio de opiniones que lleva a la construcción del conocimiento. Buscábamos que los estudiantes autorregularan su aprendizaje para lo que deberían desarrollar estrategias metacognitivas al mismo tiempo que estrategias de administración de recursos, tiempo y espacio... Nos convertimos, casi sin darnos cuenta y más aún sin saber lo que vendría con el 2020, en adivinos y sibilas del futuro: esas eran las habilidades necesarias para trabajar a distancia y en línea. Y con ese mismo espíritu premonitorio, también supimos que para muchos de nuestros estudiantes desarrollar esas habilidades se convertiría en un desafío.

En mi fuero interno sabía que nos veríamos obligados a enfrentar un desafío doble. Por un lado, que el estudiante reconociera que aprender es un proceso individual que ocurre en su mente, demandándole tiempo y esfuerzo, solo cuando quiere aprender... no cuando el docente quiere enseñar. Por otro lado, que el estudiante se comprometiera a participar activamente en nuestra propuesta pedagógica en una modalidad en la que sabíamos no estaba preparado. En algunos ciclos lectivos previos, habíamos intentado utilizar el Campus Virtual para que los procesos de enseñanza y de aprendizaje se extendieran fuera del espacio áulico tradicional, pero los estudiantes no participaban de las actividades propuestas esgrimiendo múltiples razones: no poder acceder al aula, no tener conectividad, falta de experiencia con las nuevas tecnologías...

La primera decisión que tomamos con el otro profesor de la materia fue respecto de la realización de los trabajos experimentales que se incluyen en el programa de Química 1. Ambos coincidimos en que su eliminación era

innegociable, puesto que para estudiantes de segundo año de una carrera como Bioquímica, que nunca pisaron un laboratorio, renunciar a instancias de aprender haciendo se convertiría en un obstáculo difícil de superar. Así como los aviadores suman horas de vuelo para lograr la experiencia necesaria para superar cualquier dificultad que se les pudiera presentar al comandar un avión, las horas de mesada en el laboratorio son equivalentes y por esa razón irremplazables. De la noche a la mañana tuvimos que justificar esta decisión, y en esa tarea se comprometió el mismo docente con quien habíamos estado preparando el nuevo material didáctico. Recuerdo dos consideraciones, que sostuvimos hasta el día de hoy, como pilares de nuestro accionar: “El saber hacer no es un complemento de la teoría ni puede suplantarse con ella” y “No se puede enseñar una actividad experimental en cualquier orden ni en cualquier tiempo”.

Otras decisiones siguieron a esta. Entre ellas, la cantidad de horas que permaneceríamos conectados de forma sincrónica y cómo reemplazaríamos ese espacio pedagógico para aquellos estudiantes que no pudiesen participar en él, cuáles contenidos de la asignatura abordaríamos en esa clase y cómo lo haríamos sin desenfocarnos de la premisa de autogestión del aprendizaje.

Nos enfrentamos a la necesidad de generar material didáctico audiovisual que complementara los recursos desarrollados en el verano. “Complementara” fue la palabra clave, demasiado simple, pero compleja al mismo tiempo, porque su carga de significado se oponía a las raíces tradicionales. ¡Qué difícil fue transmitirles a los docentes del equipo encargados de elaborar este material la idea de que los videos no debían ser reproducciones de una clase magistral! Tan difícil, que desistí en algunos casos... y los justifiqué o los comprendí desde la desazón. La misma desazón que sentía inundaba el interior de mi ser cada vez que me enfrentaba con poco tiempo disponible a un recurso tecnológico desconocido que no satisfacía completamente mis necesidades pedagógicas. Sin embargo, me di cuenta de que “complementara” era la palabra clave que siempre había estado asociada inconscientemente a *desafío*, mientras preparábamos el nuevo material di-

dáctico, porque implicaba romper con estructuras de la enseñanza de la química anquilosadas en el ámbito universitario, en el que aún se dividen las horas curriculares en espacios exclusivamente destinados al profesor de la asignatura para que desarrolle una clase magistral frente de un auditorio, que permanece pasivo la mayor parte de las veces.

Lunes 13 de abril de 2020, 3:20 horas. Mensaje en el grupo de WhatsApp integrado por los docentes de Química 1: “Hola a todos. Bueno son las 3:20 de la mañana y había terminado de editar lo que quedaba para mañana y mientras revisaba se fue todo. Literalmente el aula desapareció”.

Exactamente, nuestra aula virtual había desaparecido del Campus. A la vez que lloraba con desesperación y rabia les escribí por el SIU-Guaraní a los alumnos inscriptos para cursar, enviándoles el enlace para encontrarnos virtualmente y, además, pidiéndoles disculpas por esperarlos con un aula vacía... En ese momento me imaginé un espacio con paredes blancas, sin pizarra ni bancos, silencioso... sin vida. Una sensación de vaciedad recorrió mi cuerpo.

Lunes 13 de abril de 2020, 9:00 horas. Los alumnos pertenecientes a la primera de las comisiones que le tocaba iniciar el ciclo lectivo empezaron a ingresar a la clase sincrónica. Afortunadamente mi invitación y mis disculpas les habían llegado a sus correos. El aula vacía empezó a poblarse, pero a diferencia de años anteriores, los alumnos llegaban en cuadraditos. La timidez característica del primer día de clase, esa que muestran aquellos estudiantes que no conocen al resto de sus compañeros, ahora se reflejaba en las iniciales o en los múltiples avatares que cada uno había elegido para decorar su cuadradito y dejar traslucir una pincelada de su personalidad. Otros optaron por una foto personal y algunos más osados encendieron sus cámaras y pude ver sus rostros. La pizarra y los fibrones fueron reemplazados por aplicaciones y punteros de nuestros dispositivos: pudimos garabatear un “Bienvenidos a Química I” y seguidamente, tal vez para superar y evadir la emoción del momento, compartimos un video en el que les explicábamos cómo el ASPO nos obligaría a trabajar.

Una semana después. Desde que empezamos, un gran número de estudiantes participó en las distintas actividades propuestas. Sin embargo, no pudimos lograr que en las clases sincrónicas encendieran sus cámaras para poder interactuar con ellos tal como lo hubiésemos hecho en las clases presenciales. Varios pudieron ser los motivos: la inestabilidad de la conexión con muchas cámaras encendidas, la necesidad de no compartir la intimidad de su entorno, la seguridad que brinda el equivocarse en el anonimato, la ventaja que se dio por única vez de ocultar lenguaje corporal que transparenta los sentimientos internos y nos convierte en seres frágiles.

Tres meses después. A la par que los casos positivos de la COVID-19 iban aumentando, los cuadraditos en nuestras pantallas se fueron apagando, y quedaron tan solo algunos como testigos silenciosos de nuestro accionar. Nunca supimos, nunca supe la razón o las razones. Nunca supimos si padecieron la enfermedad o la asignatura, o tal vez ambas...

A pesar de que mi vida se llenó de inseguridades y de miedos, tuve una certeza: *hicimos lo mejor que pudimos.*

¿YO SEÑOR? ¡SÍ, SEÑOR! ¡NO SEÑOR! ¿PUES ENTONCES...?

Alejandra García Saraví⁵

—¿Yo, señor?

—¡Sí, señor!

—¡No, señor!

—¿Pues entonces quién lo tiene?

Así podría recordar los primeros momentos, declarada la virtualización.

¿Virtualización? ¿Qué quería decir?

¿Que pasaríamos a ser virtuales? Que tiene existencia aparente, dice la Real Academia Española (RAE). ¿Reales, no reales? ¿Hologramas?

No había, por lo menos accesible a mí, un marco teórico. El único marco definido, era el de la puerta de calle, que no podíamos traspasar.

Mar revuelto de chats, Zooms, instructivos caseros e institucionales.

Volví, volvimos a escuchar palabras vacías, palabras vagas (de vagancia, digo): “Una clase virtual no es lo mismo que la presencial”... ¡¡Aha!! “¡¡No motiven la sincronidad!!” ¡¡Ujmjum!! Estar sin que nos vean... ¡como al virus!

Hasta que escuché, como manotón de ahogado: “La prioridad es sostener a los estudiantes dentro del sistema”.

⁵ Docente de las asignaturas Estructura y Movimiento y Salud del Trabajo, el Ocio y la Recreación de la carrera de grado Medicina (Instituto de Ciencias de la Salud).

“Consigna amplia... otra que un ágora”, pensé.

Bueno.

Es lo que hay, pensé y decidí: No pregunto más.

Porque el malhumor no me estaría ayudando y pensé tendría 150 almitas, que imaginaba tan confundidas como yo, tan angustiadas como yo, muchas con las necesidades básicas a nivel del mar, esperando... No me podía dar el lujo de esperar explicaciones, contenciones. La que tenía que explicar y contener era yo, nos, los docentes. Y nos habían “sacado el banquito”, *dixit* Ringo Bonavena.

Punto y aparte.

La asignatura que coordino fue diseñada hace ocho años, con seis horas reloj de cursada en cinco espacios áulicos diferentes: seminario (lo más parecido a una clase magistral), laboratorio de microscopía y de macroscopía (similar a anatomía descriptiva, sin preparados cadavéricos), un espacio de taller (donde se analizan casos clínicos) y otro de laboratorio de habilidades clínicas, donde se aplica la teoría.

Había que virtualizar...

Con Julia, mi compañera de asignatura y los años en la Universidad, habíamos detectado algunos patrones de dificultad en los aprendizajes, como por ejemplo el rescate de conocimientos previos, la dificultad para analizar articulando conceptos.

En función de ello, estaba elaborando otra manera de presentar los contenidos: tomar un caso clínico por semana y desmenuzarlo en ambos espacios: en el laboratorio de habilidades clínicas, la semiología, lo que el médico “ve, escucha, toca” y, en el espacio de taller, trabajar la misma situación, con los contenidos que “no se ven”, lo que está ocurriendo adentro del cuerpo y los médicos deben saber: fuerzas actuantes, tejidos involucrados, la fisiología, etc...

Era imposible no estimular lo sincrónico...

Como en los terremotos, me abrigué debajo del dintel del marco: “sostener a los estudiantes dentro del sistema” yen el “hacemos lo que podemos”.

En la vorágine algunos desconocimientos, miedos, ansiedades, pero de lo que no era consciente y lo que no había percibido, era, justamente, lo que iba a marcar la diferencia en mí.

Era el no tener acceso a la corporeidad. Al movimiento. Al contacto.

Siempre enseñé cuerpo a cuerpo.

La presencialidad en las clases de Estructura y Movimiento no es pizarrrón, es poner en juego los cuerpos de cada uno de los presentes. Es el mío, es el de ellos.

Es singularidad máxima.

Y me apoyo allí para dejar ingresar el respeto a la pluralidad, lo bello y lo enriquecedor que es sumergirse en la pluralidad de los cuerpos, de las miradas, del caminar. Aprender a mirar. Aprender a tocar...

Serán médicos.

Por ahí tengo que circular.

Los días previos se gastaban y los interrogantes ocupaban todo el espacio.

Entonces llegó el día y la pantalla. La pantalla con fotitos intermitentemente parlantes. Era algo que tampoco esperábamos. O por lo menos yo, no lo había imaginado así.

Ellos esperaban y yo también. El tiempo pasaba y Godot no llegaba, ¡con verso y todo!

El murmullo del aula no se iba a producir.

Recordé que ser estudiante universitario de Medicina era una experiencia que, entre otras cosas, puede desarrollar temeridad o padecimiento.

El deseo es mucho y además lo empujan los mandatos familiares, económicos, sociales: ser hegemónico, no serlo, querer modificar algo, querer ayudar a otro. ¿Y quién me ayuda a mí?

E intuí, recordando a Teresa (estudiante paraguaya, hija de empleada doméstica, aplicadísima, de la primera cohorte) que ser estudiante de la

UNAJ, era un colectivo con yapa: “El Estado nacional había construido una universidad para mí”, dijo.

¿Quién ayuda a Teresa, “la chetita que va a la facultad”, a llegar, a permanecer y al fin salir transformada y transformadora?

Pensé que el padecimiento sumado al silencio no era saludable.

Y fue en esa tensión, cuando comencé a no esperar que el deseo de aprender, que seguramente estaba bien guardado y no brotaba, surgiera en palabras.

Como no me gusta enojarme, ni malhumorarme, me encontré explicando, que si no hablaban, que si no preguntaban, que si no dudaban era muy difícil que produjéramos aprendizaje.

Que yo no era adivina, pero que la experiencia nos había mostrado que los estudiantes preguntones, en general, promocionaban.

(Con esto último, que sé verdadero, sentí que traccionaba con zanahorias).

Aclarado el juego, presentada la modalidad de trabajo, pregunto qué opina él que opina y qué opina el coro.

Y así, fueron apareciendo las palabras en los cuadraditos, y luego las caras y los entornos.

Rescato lo democrático, hay que levantar la mano, escuchar, y responder y todos veíamos el mismo paisaje plano. Participantes del mismo damero.

Y allí apareció lo que no esperaba.

Afinando el oído comencé a detectar, el momento en que una reflexión se diluía, se desviaba, doblaba en U, hacia lo conocido, volvía al conocimiento natural, grandes títulos sin relleno.

Observé dónde se obturaba el análisis racional, apoyado en bibliografía.

Y me puse más escuchadora y más inquisidora. Podía y puedo frenar, repreguntar, hacerlos volver a retomar conceptos, imágenes, actividades anteriores, todo en la misma pantalla, en el mismo momento.

Aprendí a dibujar “en vivo” sobre los PowerPoints para todos, los que quisieran.

Superponer radiografías.

Aprendí a darles el comando del cursor.

Me amplié. Tengo más recursos. Más escucha. Menos prejuicios.

—¿Yo, señor?

—¡Sí, señor!

—No, señor...

—Pues entonces, pareciera... que lo tienen todos.

Los que nos exponemos, los que podemos ser vulnerables, los que somos vulnerables, los que queremos y deseamos ser mejores, los pasionales como dice Jorge Larrosa.

Los que sabemos que modificar la realidad, precisa e implica modificarnos, debemos pasar por la incomodidad, por la confusión de la extrañeza.

Todos, los que queremos generar con otros.

UN MES ANTES

*Guillermo González*⁶

El jueves 12 de marzo de 2020, un mes antes del inicio de la cursada teníamos todo listo, largas charlas el año anterior y mucho trabajo durante febrero desembocaban en una nueva guía de estudio para la asignatura Química I del Instituto de Ciencias de la Salud de la Universidad Nacional Arturo Jauretche. La intención estaba latente hacía tiempo, pero esta vez la fuerza de voluntad triunfó y el deseo se transformó en necesidad, ya era tiempo de cambiar. Disfruté participar de corazón, mente, puño y letra en una nueva visión de la educación universitaria, más explícita en objetivos y propósitos, más flexible en cuanto a la verticalidad inquebrantable de la posesión del conocimiento, en definitiva, una educación más humana y cotidiana.

Un mes antes, el 12 de marzo, la noción de “habitual” se partió en dos: por un lado, lo que hasta hoy se podía hacer y, por otro, lo que a partir de mañana ya no se podrá, hasta quién sabe cuándo.

Comenzaron los rumores, uno se dice ¿cuándo no los hay? Sin embargo, esta vez, la sentencia cayó como un rayo, el estruendo de esa primera ruptura fue ensordecedor y no sé, durante cuánto tiempo más, escucharemos cómo continúa astillándose la trama de aquella normalidad irrecuperable.

Había que actuar. Luego de observar mis condiciones de supervivencia y las de mis seres queridos (había que contemplar aislamiento y provisiones, confieso googlear *preppers*), volví a enfocarme en el inicio de cursada... ¡Cómo pensar qué decir si ni siquiera sé qué decir-me!

⁶ Docente de la asignatura Química I de la carrera de grado Bioquímica (Instituto de Ciencias de la Salud).

—Calma —pensé—, lo que implicaba alejarme de todo ser humano, mi entorno y más allá estaba completamente polarizado con alguna oscura emoción, tristeza, desesperación, ira, incertidumbre, dolor...

—Volvamos al eje —me dije—, ¿cuál es mi función? Si encontrás el norte, algún norte, podés trazar planes en miras al objetivo, establecés plazos de control de avance, comparás lo conseguido con lo esperado y si no coinciden dentro de lo aceptable, utilizás la información para recalculer la mira hacia el objetivo o, si es oportuno, modificás el objetivo y volvés a comenzar.

—¿Vas bien, Guille! Esa mente taxonómica, analítica, casi siempre te llevó a buenos puertos... entonces, ¿tan fácil es?

—Ehm, no.

¿Cuál es mi función? Siempre fue tema de revisión, había alcanzado cierta paz al identificarme con el método Kaizen “siempre mejorando”, pero ahora no tenía claridad sobre mis puntos de partida, entonces, ¿mejorar qué?

Mano a la barbilla, mirada desenfocada.

Lo que queríamos enseñar y cómo hacerlo acababa de nacer y, sin embargo, ya aparentaba erosionado, opaco y arrugado en partes.

¿Qué hacer?

[Llamé a reunión de consejeros a mis teóricos internos, esos que fueron mis confidentes desde que los conocí, mientras tanto, zapaba algunas ideas... La mente del potencial aprendiz sale del letargo, del modo ahorro e imprime secuencias eléctricas en el cerebro cuando determina que algo es importante, los docentes solo podemos proponer qué es importante, solo ella—la mente de esa otra persona que no soy yo— puede decidir con qué se queda y con qué no. Año tras año nos esforzamos, cada uno con su estilo y experiencia, en persuadir a los estudiantes en esto y aquello, ¿y ahora?, ¿sin la presencialidad?, ¿cómo pensar una materia práctica sin práctica?].

Ángel Pérez Gómez me advierte:

—El individuo es cognitivo por tener un cuerpo que se implica en un contexto con el que interactúa. El entorno, mediado por el organismo, es parte del sistema cognitivo.

Le habla encima Jerome Bruner (raro en él, debe estar consternado, siempre lo imaginé como un abuelito tranquilo):

—*The type of enactive representation occurs when...*

—¡Tranquilo señor!, ¡está hablando muy rápido y en inglés!

Era cierto, estaba deseoso de advertirme (también), apresuré 2X y agregué subtítulo: el aprendizaje enactivo es el que se consigue haciendo, nadie puede aprender a andar en bici leyendo las instrucciones, la química experimental no es distinta, ya que...

Interrumpe Jean Piaget.

—*Porque aprehender se da...*

—¡Gracias! ¡Gracias a todos! ¡Si necesito otra cosa los llamo!

Evidentemente el pronóstico educativo no era muy bueno, tenía que modificar puntos de partida fundacionales, comenzar a mirar el génesis de eso que convoca a los seres humanos desde tiempos inmemoriales para el intercambio.

Me imaginé la gente de las cavernas, color naranja del reflejo del fuego ancestral, mientras comían, sonreían y se contaban historias, anécdotas que les salvaron la vida, conocimientos verdaderamente significativos.

—Me permite ampliar la idea de signifi...

—¡Me asustó, señor David Ausubel!

—Ya les dije a todos que muchas gracias! Estoy buscando algo más primitivo aún, algo casi evolutivo.

—¡Pará! Creo que encontré algo...

Los humanos, como el resto de los mamíferos, poseemos una zona del cerebro en la que se encuentra ubicado el sistema límbico, donde, a grandes rasgos, se gestan y comandan las emociones, nosotros, en particular, desarrollamos considerablemente otra zona, el neocórtex, responsable del razo-

namiento lógico. Lo llamativo de esta “distribución interna de tareas” es lo sobrealorado que está el razonamiento como fuente de desarrollo, cuando en realidad, y esto está comprobado, una cantidad enorme de decisiones se toman desde la emoción, y el neocórtex, a expensas del lenguaje, solo decora y justifica; es más, la razón puede funcionar solo cuando el cerebro límbico no le desactiva el sistema parasimpático.

Entonces, ¿qué tal si invitamos al sistema límbico a un ágape de confianza y fraternidad? Es probable que se asome el neocórtex, y quien sabe, tal vez también se quede...

Con esta idea en mente, comencé a rearmarme, y la primera clase ¿a qué profe le tocaba? ¡Obvio! Aunque pareciera extraño, nuevamente estaba interviniendo, proponiendo un camino pedagógico, trocando desesperación por esperanza, pinza en mano, tomé el ramillete con los posibles cables a cortar.

Un mes después del 12 de marzo, el domingo 12 de abril, miraba la cámara del celular mientras me grababa, trataba de imaginar los múltiples rostros y contextos, los distintos matices de las incertidumbres que los acompañarían, pero también, los distintos tonos de expectativas y esperanzas con los que vendrían a compartir este nuevo escenario, donde todos los actores estamos debutando en prueba piloto. Decidí focalizarme en nutrir las esperanzas y desde esa intención comencé a vincularme, a darme, retomando la idea original de “hacer visible el aprendizaje” y agregando “los sentimientos” colectivamente más agitados que nunca.

Tras los encuentros nos fuimos entendiendo, jamás creí lo productivo que sería no hablar de química para enseñar química, lo que inicialmente fue una estrategia de acción, parecía ser buena semilla, se veía los frutos, teníamos un espacio de encuentro, compartíamos historias de alegrías y de las otras, solo nos faltaba la luz de la fogata que recreara la cueva primitiva, incorporamos un tema musical de inicio de reunión y habilitamos una lista de sugerencias para las siguientes, cuando la intención de la escucha activa está al servicio del bienestar del otro, la balanza siempre, aunque más no sea por un pelo, se inclina hacia el lado de la luz.

Un año después, marzo de 2021, en el pasillo de la Universidad la sorpresa vestida de gala vino a saludarme. Una estudiante, cuadradito rojo, dos letras, una pequeña foto y muchas conversaciones, se materializa con un regalo y una notita, el mensaje estaba en sus ojos, por exceso de suerte trajo una versión en forma de palabras.

Profe Guillermo:

Desde que lo conocí me encantó su pedagogía (que más que adquirida, en usted se nota que es innata) y su vocación que se refleja a simple vista, con su solo saludo siempre con una sonrisa. Muchísimas gracias por todo lo que me enseñó, ¡genio total! Espero que alguna vez la vida nos vuelva a cruzar... Con mucho cariño y agradecimiento.

Es difícil describir cómo me sentí, enorme y chiquitito a la vez, orgulloso y humilde, solo la alegría no tenía virajes. De marzo a marzo, la perspectiva de mi función como docente cambió significativamente, seré un ecléctico sistemático en cuanto a teorías del aprendizaje y aunque hoy existan *influencers virtuales* creados con inteligencia artificial, seguiré creyendo en el valor trascendente de la empatía y la buena voluntad entre las personas.

EN LA MISMA SILLA

Sergio Machioni⁷

Llegó el año 2020 y con él la primera reunión de coordinadores de la carrera de Bioquímica de la UNAJ. La reunión fue mediante videoconferencia y tenía como principal objetivo brindar información sobre cómo sería el comienzo del cuatrimestre. Luego de muchos planteos y cuestionamientos entre colegas, la reunión finalizó con estas últimas palabras del director:

—Entonces quedamos en que intentaremos dar las clases de manera virtual.

Y así fue que coordinadores y docentes emprendimos la marcha ante un nuevo desafío.

Por las redes circulaban todo tipo de propuestas para preparar las clases. Algunas propuestas se aceptaban y otras directamente se descartaban. Los docentes pasamos horas y horas frente a los rayos de luz blanca emitidos por la pantalla de nuestra computadora, tableta o celular buscando la mejor opción. Indagamos todas las herramientas ofrecidas por el Campus Virtual a la vez que realizamos ensayos con diferentes plataformas de videoconferencia. Las noches pasaron a ser días y los días parecían no alcanzar.

Los síntomas del cansancio no tardaron en llegar, los cuales se reflejaban en dolores de cabeza, espalda, cintura, ojos, etc., y aún no había comenzado ni siquiera la primera clase. Todo aquello me hacía añorar aquellos días en que mi único problema pasaba por conseguir un fibrón que escribiera.

Y finalmente llegó el primer día de clases virtuales, y el segundo, y el

⁷ Coordinador y docente de la asignatura Análisis Matemático I de la carrera de grado Bioquímica (Instituto de Ciencias de la Salud).

tercero... Desde un comienzo muchos estudiantes nos hacían sentir su rechazo por la nueva modalidad. No faltaron los casos de aquellos que reclamaban por la falta de conexión, inconvenientes con sus dispositivos, dificultad para entender el manejo del Campus, entre otras quejas compartidas, pues todos viajábamos en el mismo trasatlántico, sobre el mismo mar.

Sin embargo, pasaron los días y todos aquellos inconvenientes se fueron desvaneciendo, de alguna u otra manera los fueron solucionando. Sin embargo, lo anterior parecía no ser suficiente para que se aceptara a la virtualidad como una fiel aliada de una presencialidad perdida. Y se escucharon los reclamos para que las clases sean también a través de videoconferencia además de los videos grabados y subidos al Campus. Y lo anterior también se resolvió, se incorporaron clases de consulta mediante videoconferencia. Pero otra vez parecía que lo anterior aún no era suficiente para que comenzaran a simpatizar con la virtualidad, aún se sentía cierta reticencia. Comencé a prestar atención a las opiniones que giraban en torno a la dualidad entre la virtualidad y presencialidad. Lo primero que noté es que muchas opiniones apuntaban más a la virtualidad que a la presencialidad. Las opiniones sobre la virtualidad eran más negativas que positivas, en cambio, las pocas opiniones sobre la presencialidad eran para referirse a lo mucho que se la extraña, las juntadas con los compañeros, de la importancia de esta en lo que respecta al vínculo entre docente y estudiante, y hasta de aquellos mates compartidos por las mañanas o por las tardes sentados en el verde césped. Hasta que me crucé con un comentario de un estudiante que decía:

Ir hasta la universidad era todo un desafío pues estoy en sillas de ruedas. Además debía depender de que un familiar me acompañara todos los días debido a que mis brazos no tienen la fuerza suficiente para girar las ruedas. Los días de lluvia tenía que faltar pues en mi barrio se suelen inundar las calles y veredas. Los inviernos eran peores. Hoy, con la virtualidad, siento que todos estamos sentados en la misma silla.

Recuerdo que me había quedado pensando mucho sobre aquel comentario, preguntándome si este representaría aquellos que no se animan a opinar y, también, si la cuestión tecnológica (una conexión de internet fallida o la dificultad para subir archivos, el inconveniente con una *notebook* o cualquier equipo de comunicación por red, así como la poca destreza en el manejo de plataformas, etc.) podría ser un gran problema frente a una silla de ruedas en un día de lluvia.

LA POTENCIALIDAD DEL CAOS

*Patricia Miño*⁸

*...cada forma es un borde cortante del caos,
un ángulo perplejo de sus ojos abiertos,
los únicos abiertos.
Porque el caos es la tregua de la nada,
la lucidez sin compromiso,
la intersección aguda
de un espacio sin interés por los objetos
y de un tiempo pensante*

Roberto Juarroz (1925-1995)

Fue un 2020 raro, inusual, caótico. Comenzó en febrero con actividades de una cursada de verano abreviada para una de las últimas materias de la carrera, el Taller de Tesina de la Licenciatura en Enfermería en la UNAJ, y terminó en marzo, sin mayores complicaciones. Ya lista para iniciar la cursada ordinaria, en abril, la coordinadora de la materia informa que ese primer cuatrimestre el taller no se iba a dictar, por lo que esa primera mitad del año me iba a foguearen la virtualidad en otros ámbitos. En Varela, en el Centro Especializado en Bachillerato para Adultos en Salud Pública (CEBAS) N° 13, una escuela media de adultos, donde dicté la asignatura Epidemiología para el último año, siempre vía WhatsApp, a través del cual mantuve una cursada anual igualmente extraña. También, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el Instituto de Formación Técnica Superior

⁸ Docente del Taller de Tesina I y II de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

N° 90 (distrito escolar N° 7) en la carrera de Tecnicatura en Enfermería, experimenté el ingreso alborotado de una cohorte en modalidad absolutamente virtual, cuando normalmente la cursada es de modalidad presencial.

Inicié el segundo cuatrimestre en la UNAJ. Un poco mi experiencia y formación (en conjunto con el malestar de mis colegas, traducido en frustración que se olía, tocaba y dejaba sentir en cada charla) resultó en que me haga cargo del Campus Virtual: comencé a subir el material preparado por la coordinadora, a habilitar las clases y el contenido extra, los recursos y las actividades para mis dos comisiones y las otras tres de mis compañeras de la materia. Mucha incomodidad interna entre docentes, manifestada en interminables quejas, más quejas, paralelamente el SIU-Guaraní⁹ caído, el Campus colgado, estudiantes que sobraban aquí y faltaban allá, así como problemas simultáneos en las otras instituciones (muchas horas frente a la computadora, cinco kilos de más en mi abdomen, nalgas y muslos, cansancio visual y migraña persistente).

En ese entonces hacía un año que había charlado con el equipo docente la inquietud de generar un aula extendida para ampliar las posibilidades pedagógicas de la materia y finalmente aplicar algo de lo que ya había aprendido en la especialización en tecnologías de la información y la comunicación (TIC), pero no hubo consenso en aplicar este recurso. Me pregunté: ¿enfermería tiene que ir al fondo de la cola cuando se trata de innovaciones?, pero decidida a sublimar ese malestar me inscribí en el curso de manejo del Campus de la UNAJ, pensando que en algún momento se daría la oportunidad, sin siquiera imaginar que, a la fuerza, mucho después me concederían el recurso antes negado, en una situación tremendamente inusitada.

Se puso intenso e interesante, inaugurada el aula, iniciado el segundo cuatrimestre, subido todo el material y todo técnicamente funcionando

⁹ Es el sistema de autogestión que registra y administra todas las actividades académicas de la Universidad y sus facultades, desde que los alumnos ingresan como aspirantes hasta la obtención del diploma.

como un relojito, pero las aulas permanecían vacías, cri-cri-cri, no entraba el total de los estudiantes inscriptos, no participaban en los foros, es decir, la escenografía estaba hermosa, sin embargo, los actores no subían a escena. Volantazo de emergencia: generar grupos de WhatsApp por comisión y un grupo de Facebook para comunicados urgentes.

En el grupo de WhatsApp había una escenografía improvisada con rezagos cotidianos, los actores circulaban veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana y reclamaban el material por allí, entonces a duplicar la subida de material, los comentarios y las correcciones, todo valía, correos electrónicos y grupos. La idea y la praxis apuntaban a asegurar la accesibilidad y, sobre todo en medio del programa de terminalidad que se proponía, enfrentar el cambio de plan que se avecinaba, ya que, si no se completaba el plan de estudios original de 2011 o 2015, los estudiantes serían compulsivamente cambiados al nuevo; situación que implicaba en muchos casos sumar un promedio de seis materias más a la cursada llevada hasta ese momento. Todos los trabajos entonces pasaban antes por el grupo y solo al final en la última fecha eran subidos al aula virtual “para cumplir” con los requisitos institucionales. De esa época recuerdo que, aunque no participara activamente de las conversaciones, las leía a todas horas.

Videoconferencias por Google Meet, siempre pocos, siempre los mismos, con alguna ventaja, al poder presentar la tesina en grupos de dos estudiantes, alternaban las presencias de los integrantes de dicho grupo. Me aseguraba siempre de dejar un tiempo previo a la clase, una especie de introducción u obertura para que pudieran contar sus desventuras, lo cual les permitiera aflojar tensiones y sentirse escuchados. Luego las idas y venidas contrarreloj para las correcciones, pero salvo algunos muy pocos, la barca que zarpó en agosto pudo llegar a diciembre con casi todos los que abordaron, a pesar de los nefastos oleajes.

Llegó 2021, raro otra vez, pero ahora cansada, con casi diez kilos de más y problemillas de salud solucionables, reconstruyendo la rutina para que no impacte tanto en la salud. Marzo, con actividad física y descenso de peso, ahora solo cinco kilos de más, tras la cirugía: el lipoma de mi brazo

fuera, la vitamina D y el calcio me ayudarán a enfrentar la osteopenia galopante en mis vértebras lumbares y cabezas de fémur. Fuerza, ya pasará... lo recito como un mantra.

Nueva cursada, la gente de informática duplicó el aula, ahora solo se deben actualizar las clases, es menos trabajo, ya la vorágine no es tanta, ahora se visibilizan otras cuestiones que quizá antes se disimulaban. Hoy no hay grupo de WhatsApp, solo el grupo de Facebook para novedades muy urgentes, el aula se usa solo un poco más, los foros siguen sin éxito masivo, pero el chat arde, preguntas profundas, preguntas sencillas, disculpas por no cumplir con los tiempos, más disculpas. Las videoconferencias en dos turnos, somos pocos, muy pocos, la misma rutina del 2020 sobre la alternancia de los integrantes de los grupos, no veo sus rostros, porque la imagen consume otro ancho de banda del que no disponen. Muchas veces, cuando los puedo ver, los percibo acurrucados en rincones de sus espacios de trabajo, robando un tiempo a sus actividades para aclarar dudas en vivo, y estoy segura de que lo hacen, más que nada, para dejar constancia ante mí de su interés y participación.

Al verlos traté de no atosigarlos con las fechas, los tiempos los planteé flexibles (es menester para conservarlos y cuidarlos), en cuanto a límites solo di a conocer el superior, que es infranqueable y define el cierre de cursada. Mis estudiantes ya trabajaban en el ámbito de salud, seguramente y aunque no los refirieron, tenían miedos, muchos, sobre todo a morir y frente a eso no puedo agregar caprichitos de docente que vive en la estratósfera. Tengo la ventaja de provenir de la trinchera en la que ellos están hoy, eso genera otra perspectiva, me preocupa el producto y los tiempos que manejamos en su construcción, yo estoy solo para recordarles esos tiempos máximos.

Me sigo redefiniendo, adquirí elasticidad, he ganado y perdido peso, buceo mejor los tiempos institucionales a favor de mis estudiantes, acomodo los recursos tecnológicos según la oferta de la institución y demanda de los actores principales, desconozco si esto es mucho o poco en término de logros, pero en algún punto parece más tranquilo este año en relación al

anterior, no por menos caótico, sino por el logro de una perspectiva acomodada. Lo importante sigue siendo la persona del otro lado de la pantalla, del chat, del correo electrónico, que aún se me representa como una persona con una complejidad supina, que pareciera ser reducida y desdibujarse por las TIC, y aunque ya me cansaron estas dichas tecnologías, por ahora son lo único que me permite acercarme al otro distante.

DETRÁS DE LA FOTO

*Amalia Oviedo*¹⁰

Hace varios días me propuse escribir y no me decido porqué idea comenzar. Pensando en la enseñanza en época de pandemia, solo se me venían a la mente impedimentos, dificultades y desventajas que se me fueron presentando al momento de enseñar, quizá me sucedía porque eran momentos bastantes grises para toda la sociedad, por lo que era muy difícil alejarse de ese sentimiento abrumador.

Al igual que muchos colegas, tuve que afrontar varios inconvenientes con las conexiones, con los largos silencios, con la interferencia de los audios y, sobre todo, con poder hacer de ese encuentro virtual una clase que les deje, por lo menos, algún vestigio de conocimiento.

En ese momento, recordé el final de la película *Forrest Gump* (1994), en donde se observaba una pluma blanca deslizándose con el viento mientras se escuchaba una agradable melodía.

Era el paisaje adecuado para poder generar una idea para mi relato.

Al retomar los escritos y recordar los encuentros, me puse a pensar en las imágenes de los alumnos, en cada encuentro que teníamos, esos rostros en cuadrados en la pantalla, semejantes a los retratos familiares que se cuelgan en la pared, pero a diferencia de esos, estos retratos estaban cargados de muchas energías.

Al mirarlos me hacían reflexionar sobre las diversas historias que los atraviesan, por medio de esas miradas se reflejaban un montón de emociones, con diversas perspectivas e intenciones.

¹⁰ Docente de las asignaturas Cuidados Integrales al Paciente Crítico I y II de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

Al hablar de perspectivas e intenciones, me refiero a que algunos alumnos se mostraban más preparados para el momento de la videollamada por Zoom, bien acomodados con buen enfoque, otros, tratando de ordenar el espacio sobre la marcha. Las intenciones también eran diversas porque muchos necesitaban tomar la clase para finalizar la cursada, otros, se veían con la obligación de hacerlo para poder acceder a una próxima asignatura y los más con interés y deseo de volver a tener nuevamente una clase académica.

La pandemia es una palabra tan común en estos días y, a la vez, tan diferente para cada persona. Nos fue dejando marcas que fue maquillándose con diversos colores para poder percibirla mejor, le fuimos dando vueltas en espiral para poder amoldarla a nuestras vidas.

Recuerdo una clase en donde nos tocaba desarrollar reanimación cardiopulmonar (RCP) en pacientes pediátricos con COVID-19, en la cual únicamente pude explicar los pasos a seguir según los nuevos protocolos, porque el resto de lo que nos quedaba de clase fue solo hablar de experiencias, comentarios que habían escuchado, situaciones de extrema gravedad en donde el paciente no era reanimado por normativa de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Fue al comienzo de la pandemia cuando se cobraron muchas vidas por falta de conocimiento de la nueva enfermedad. Al igual que estas, muchas situaciones dolorosas fue inevitable dejar de compartir en el espacio otorgado por mi asignatura.

Estos temas generaban un ambiente de mucha tristeza en donde se terminaba hablando de bioética, de los derechos del paciente, y otros temas que hacían más a lo subjetivo que a lo programático.

En ese sentido veo como cada alumno a través de esa foto puede reflejar un bagaje de cosas que forman parte de su propia historia y sin querer no pueden dejar de compartir al momento de encuentro.

Esta escena me recuerda un video que muestra a una niña tomando una clase por Zoom y se puede observar una discusión familiar por detrás de la cámara. Ella, entre nerviosa y avergonzada, trata de explicar la incómoda situación.

Cuántas situaciones que se ven y muchas que no se ven nos atraviesan y nos hacen presentarnos con una imagen que dice parte de lo que somos o de cómo estamos. Diversas situaciones nos hacen posicionarnos frente a la cámara con distintas expectativas y distintas intenciones.

Sin querer por medio del encuentro podemos develar situaciones muy íntimas no solo propias, sino familiares, que tratamos de evadir en cuanto se puede, pero no siempre se logra.

El hecho de dictar las materias Cuidados Integrales al Paciente Crítico I y II por momentos se dificulta, sobre todo, cuando se entrelazan los contenidos pedagógicos con las experiencias comentadas por los alumnos, muchos procedimientos transmitidos se relacionaban con situaciones vividas en ese momento. Consideré apropiado brindar un espacio para desarrollar esas inquietudes.

Muchas veces la clase se desestructuraba porque fluían emociones que necesitábamos compartir, el decir un “¿cómo están?”, podía culminar en un simple “bien”, o ser el puntapié para dar comienzo a relatos de situaciones vividas con mucha carga emotiva, los cuales no hallaron ningún espacio donde volcarse, y nos encontrábamos en un encuadre que consideramos apropiado para hacerlo.

Dar clase por Zoom pareciera una situación simple una vez superadas las trabas tecnológicas. Pero no. Por mi poca experiencia, podría decir que esas serían las menos costosas, el tratar de interpretar los silencios o las miradas que me llenaron de interrogantes, fue el desafío más grande para mí.

Si bien el contacto visual es muy importante en la comunicación, en el zoom tomó mucho sentido. El acto de sentirme nombrada y el hecho de llamar al alumno por su nombre, identificarlo y hacerlo partícipe de la clase considero que tuvo mucha connotación, fue de suma importancia, y generó un cambio actitudinal en los alumnos frente a la participación y al compromiso con la tarea.

Volviendo nuevamente a la imagen, pienso que este acto en sí genera situaciones de muchas incomodidades por el simple hecho de vernos refle-

ados en una pantalla y, a su vez, ser vistos por varias personas sin que haya ningún encuentro con las miradas del otro, generaron y seguirán generando interrogantes sobre la verdad que se esconde detrás de la foto.

SUEÑOS, REALIDADES Y TRANSFORMACIÓN

*Roxana Paredes*¹¹

Sin duda alguna, 2020 será un año que nadie olvidará, miles de sentimientos, angustia, miedo, soledad, entre otros tantos que sugieren oscuridad, una mala sensación.

Mi 2020 inició lleno de sueños y grandes expectativas a nivel docencia e investigación. En mi primer proyecto de vinculación universitaria íbamos logrando los primeros objetivos de manera sobresaliente, había mucho entusiasmo en los estudiantes. Por contextualizar, los chicos venían trabajando en el proyecto de vacunación desde diciembre de 2019, de manera voluntaria y sin ningún tipo de premio más que la propia satisfacción de haber llegado a los lugares más complejos, derrumbando todo tipo de barreras, y logrando nuestro objetivo. Como docente creo nos ponemos metas y entre ellas está la de inspirar, provocar en el otro (los estudiantes) esas fuerzas que se necesitan para llevar adelante cualquier tipo de proyecto y mantenerlo en el tiempo, hacerlo propio... en este caso, en esta etapa mis expectativas fueron superadas de gran manera.

Cada día era distinto, único, desafiante. Terminábamos cada recorrido y volvíamos unos con la conservadora, otros con los elementos de vacunación, otros con planillas, folletos, etc... sonrisa de por medio caminábamos bajo el sol, y al llegar al centro de salud se armaba el refrigerio, matecito y lo que fuera, en medio de cosas ricas (así sea un mate cocido o una super fuente de

¹¹ Docente de la asignatura Enfermería Comunitaria I de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

papas fritas con cheddar) era inevitable contar la experiencia de cada uno. Si pudiéramos volver a ese momento, si tan solo pudiéramos volver...

Hasta que nos golpeó la pandemia, tal vez suene exagerado, pero eso sentimos, teníamos tanto envión que chocamos contra la realidad, fue tremendo cuando transmitieron la decisión de retirar a los estudiantes del territorio. Sumado a eso, gran parte de mis compañeros fueron aislados, esto hizo que un lugar tan lleno de vida (como lo es el centro donde trabajo) quede en profundo silencio. Lo que siguió, fue terrible, todos lo sabemos.

Como docente del campo práctico, la virtualidad no me fue de tanta ayuda, ya que en la materia que dicto (Enfermería Comunitaria I) y el proyecto de vinculación universitaria, el eje principal es el trabajo territorial, pero sumó, obviamente. Las prácticas de mi materia no comenzaron, solo me quedaba el proyecto que quedó en el camino. De pronto surgió la idea de continuar con el proyecto de manera virtual y se formó un gran grupo de WhatsApp con casi 200 familias, donde el trabajo con los estudiantes fue más arduo aún, de domingo a domingo. No solo nos ocupábamos de promover la vacunación, se realizaron seguimientos de familias con COVID-19, se realizaron colectas para personas que la estaban pasando muy mal, y tantas otras cosas que también serán inolvidables. Por ejemplo, junto con los estudiantes realizamos videos (cada uno desde su lugar del aislamiento social, preventivo y obligatorio), de diferentes temáticas, desde lavado de manos, cuidados en general, primeros auxilios (cómo llamar una ambulancia y en que situaciones realmente era necesario hacerlo). También se sumaron profesionales en la realización de videos (como la trabajadora social Mari, la psicopedagoga Lili, nuestra compañera administrativa Caro, el odontólogo Ramiro y personas reconocidas de la comunidad que participaron de los videos) y el broche de oro fue una compilación de videos hecha por los más pequeños del barrio, donde ellos mismos enseñaban a los vecinos a cuidarse, en la elaboración de barbijos caseros, por ejemplo; o realizando cortometrajes de cómo se realizaba un aislamiento una familia dentro del mismo hogar, para evitar contagiarse. Realmente, una experiencia maravillosa, dentro de todo lo feo que estábamos viviendo.

Hoy por hoy, este bello grupo de estudiantes está próximo a recibirse y estos aún siguen participando del proyecto de vinculación, yo como docente me siento más que orgullosa, aún no pudimos abrazarnos, pero jamás nos sentimos lejos unos de otros, creo que no olvidaré ninguno de esos momentos y mucho menos de las personas (mis estudiantes queridos) y no es que los que me acompañan hoy no lo sean, pero con ese grupo atravesamos la tempestad y logramos seguir de pie. No hablé de estrategias pedagógicas en pandemia, creo que todo lo que tuvimos que reinventar en nosotros mismos fue la estrategia de incluir la virtualidad tanto en el proyecto y luego implementándola a los estudiantes de mi materia, y dio muy buenos frutos en los estudiantes, que se llevaron una inolvidable experiencia, los vecinos que se sintieron acompañados en tan difíciles momentos y para mí, como docente que jamás imaginé lo que hemos vivido, ingresar a los hogares (virtualmente) acompañada de tan valientes personajes de la vida real, mis estudiantes.

Ser docente ha cambiado mi vida de una forma inexplicable. Agradezco a la vida la oportunidad y a este espacio por poder expresar lo feliz que me siento. Mi experiencia como docente universitaria es muy corta aún, ingresé en agosto de 2019, pero siento que soy docente desde hace mil años, por la cantidad de situaciones atravesadas. Cuando me convocaron desde la Universidad, me dispuse a dar lo mejor, soy enfermera comunitaria, y por eso mi objetivo era transmitir mis conocimientos en el tema, pero la que aprendí fui yo.

LOS MALABARISTAS DE LA PANDEMIA

*María Laura Quintana*¹²

Y sí, lamentablemente nos llegó la tan temida noticia... Se decreta el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) debido a la pandemia del virus SARS-CoV-2. Es indescriptible la sensación de desasosiego que inundó mi ser, y la pregunta del millón era: ¿y ahora cómo me voy a manejar entre el hospital y la universidad?

Todo era un caos. En la televisión mostraban cuerpos tirados en la calle, en la India los incineraban, Tecnópolis fue convertido en un hospital, sabíamos de la vida de un surfista que no había respetado el aislamiento y era buscado por las autoridades y hasta de un remero, que multaron por navegar en el Río de La Plata.

Por un lado, en el hospital nos dieron charlas informativas sobre el buen manejo de pacientes portadores del virus, sobre el uso de las mesas de anestesia, así como de intubación dificultosa, vestimenta apropiada, y hasta de los barbijos N95 y los protectores faciales, que tomaron preponderancia en nuestras vidas y, de hecho, los sitios de internet de compras también lo sabían, ya que habían aumentado el valor de estos productos de manera exponencial.

Así como en el ámbito sanitario hubo cambios radicales, el sistema educativo no fue la excepción. Un día llega un correo a mi casilla, este informaba que, por decreto ministerial con validez hasta su derogación, se reemplazaba la presencialidad por la virtualidad. En pocos días tuve que

¹² Docente de la asignatura Cirugía General de la Licenciatura en Organización y Asistencia de Quirófanos (Instituto de Ciencias de la Salud).

convertir todas mis clases a PowerPoints, reproducirlas en Zoom, guardarlas y colgarlas en el Campus Virtual de la Universidad. Tuvimos que convertirnos de un día para el otro en malabaristas.

Y poco a poco, el virus comenzó a acecharnos.

Desde el día que entraron pacientes con COVID-19, en quirófano tomaron medidas extremas para evitar el contagio (nos dividieron en grupos reducidos, y trabajábamos siete días consecutivos con una carga horaria de doce horas). Pero las cirugías de planta y de guardia continuaron con su actividad. A todos los pacientes que eran intervenidos quirúrgicamente se les aplicaba, sin excepciones, el protocolo de bioseguridad (máscaras, barbijos con filtros, doble par de guantes, antiparras), sin aire acondicionado y de pie, durante todo el día, todos los días. En infinidad de ocasiones, debido a la gran cantidad de trabajo, nos íbamos a casa sin probar un bocado.

Recuerdo vagamente la angustia que me provocaba el solo pensar lo que sucedería si el virus tocaba mi puerta... lloraba en silencio, no quería que mi familia ni mis estudiantes notasen esa sensibilidad explícita que había en mí. Debía transmitirles confianza y seguridad a través de mis palabras. Aun así, con el pecho afligido, me lavaba la cara y con mi mejor sonrisa comenzaba mis clases por Zoom.

De los 70 estudiantes, solo tres encendían la cámara y me preguntaba por qué: ¿el resto estará dormido o hará otras actividades mientras dicto la clase? Trabajaba muy duro para que esas clases salgan perfectas. Sentía una falta de interés muy notoria por parte de ellos y, de cierto modo, me entristecía esa conducta. Sin embargo, mi sonrisa y mi predisposición permanecían inalterables.

Y así pasó el tiempo, ya extenuados por el cansancio, sin vacaciones, con una falta de rendimiento más que notoria. Con una sociedad que nos juzgaba de día y nos aplaudía de noche.

A pesar de mi tenacidad, creo que mi fracaso fue en el momento de una evaluación diagnóstica. Decidí hacerlo múltiple *choice* a través del Campus. Treinta preguntas. Retroalimentación y corrección inmediata. ¿Qué

tan mal puede salir? Pero, inmediatamente comencé a recibir la disconformidad de los estudiantes porque al generarle una duda durante el cuestionario, algunos decidieron continuar con la siguiente pregunta (cómo lo habrían hecho en la presencialidad, escrito en una hoja de papel). Pero, por desgracia, el sistema no los dejaba regresar a la pregunta donde había surgido la problemática, lo cual daba como resultado, una respuesta incompleta. El sistema la desaprueba de manera automática.

Por mi poca experiencia en el manejo de esta herramienta, obtuve como resultado un altísimo porcentaje de desaprobados. Sin mediar, pedí disculpas y decidí en ese preciso instante, tomarles examen oral para poder recompensarlos por mi falta de soporte en ese momento tan crítico como lo es una evaluación.

Para ello, les solicité que tengan un celular o computadora con cámara para poder verlos y comprobar que no se puedan copiar durante el examen. ¡Error! A muchos de ellos no les funcionaban la cámara ni el audio a consecuencia de roturas en la pantalla del celular (por ese motivo, no podía verle el rostro en la clase sincrónica). Debido a esto, pude conocer el entorno familiar de cada uno de ellos, la precariedad de sus hogares y aceptar que también sus actividades extra áulicas son de suma importancia (una estudiante amamantaba a su bebé mientras le preguntaba sobre una técnica quirúrgica y ella respondía con una solidez en sus argumentos digna de destacar (aunque lo hacía con cierto pudor, por el hecho de mostrar ese momento tan íntimo y tan bello a la vez entre una madre y su hijo).

Otro estudiante, desde su puesto de trabajo me respondía con voz silenciosa para que su empleador no se diera cuenta de lo que estaba aconteciendo (debo mencionar que me había extendido bastante con el horario).

Otro estaba con fiebre a causa de la COVID-19 y, aun así, se animó a dar su examen, sacando del interior una fortaleza pocas veces vista.

Aunque me sentía también agotada, culpable por mi falta de previsión, por hacerlos consumir datos en su celular, por no creer en su palabra, por robarles tanto tiempo y por el estrés por el que tuvieron que pasar (tan igual

como lo había pasado yo en ese momento), aun así, sentía cierto regocijo por el esfuerzo y el temple que había puesto cada uno de ellos para poder sortear ese examen. Convirtiéndose ellos también en grandes malabaristas.

Comprendí que, tanto en la virtualidad como en la presencialidad, la planificación debe hacerse desde otra perspectiva, seleccionando los objetivos que queremos que nuestros estudiantes puedan alcanzar, intentando fomentar el análisis reflexivo en cada uno de ellos y no tan mimético. Dándonos la posibilidad de pensar y repensar en nuestra táctica y estrategia de mejora de dictar clases a través de la utilización de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), sin imaginarnos que, en este cambio tan vertiginoso, pudimos acercarnos un poquito más a ellos, los “nativos digitales”, disminuyendo esa brecha tan distante que existía entre el docente y el estudiante.

Este pequeño relato, fue el reflejo de tantas personas que tuvieron que hacer malabares durante la pandemia. La cual, nos está dejando un sinfín de aprendizajes:

- Principalmente a nunca bajar los brazos.
- Que de los errores también se aprende.
- A ser resilientes ante eventos poco fortuitos como fue la pandemia, acompañados por el desamparo, las dolencias y la distancia.
- A transformar los pensamientos estancos en pensamientos reflexivos, permitiéndonos volver a la esencia del ser humano en sí mismo.
- Y, por último, que todo es posible en esta vida si uno se lo propone.

DE UN LADO Y DEL OTRO, PROFES Y ESTUDIANTES TRANSITANDO EL 2020

*Sandra Quiroga*¹³

Todo un desafío la docencia con la llegada de la pandemia, cómo convenía seguir desde el momento de la no presencialidad, cómo es enseñar la articulación de la teoría y las prácticas hospitalarias en la carrera de la Licenciatura en Enfermería.

Siempre asumiendo con compromiso y con responsabilidad empecé a realizar las capacitaciones que ofrecía la Universidad para brindar a los estudiantes lo mejor de la enseñanza con respeto a la disciplina profesional.

Comenzamos con reuniones en las que se hablaba de cómo íbamos a distribuirnos los temas entre las parejas pedagógicas en el Campus Virtual y separar los temas de acuerdo a la planificación y al contexto de la pandemia, y también de cómo íbamos a organizar para responder las consultas de los estudiantes por correo electrónico. Estas eran dos veces o más en la semana en la semana por videollamadas (Zoom y WhatsApp) para llegar a consensuar, optimizar, retroalimentar y llegar a planificar estrategias para el dictado de las clases por Campus Virtual que nos diseñaban desde la Universidad, y así responder a la comunidad estudiantil.

En medio de la pandemia acompañé a una estudiante con su trabajo final de la carrera, el cual veníamos trabajando desde septiembre de 2019. Habíamos quedado en común acuerdo de conectarnos en el comienzo de

¹³ Docente a cargo de la asignatura Práctica Integradora Final de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

las actividades académicas del siguiente año y poder seguir avanzando con el trabajo. Nos mandábamos correos electrónicos, realizábamos videollamadas o nos escribíamos por WhatsApp, de acuerdo al tiempo de cada una, porque éramos personal esencial en medio de la pandemia. Se iba acercando la fecha de la defensa del trabajo final, la estudiante expresaba nervios e inseguridades y nunca había rendido un final de trabajo por Zoom. Para seguir motivando y acompañando, fuimos practicando para lograr mejorar los nervios que ella manifestaba, fuimos trabajando por medio de videollamadas de Google Meet. Siempre elegimos diferentes formas de estar conectadas porque ella vive en un barrio de Florencia Varela donde se le presentaban interferencias en la conexión de internet (a veces en medio de la conexión se nos cortaba la comunicación y nos enviábamos mensajes por WhatsApp para volver a conectarnos, que podía suceder reiteradas veces).

Llegó la fecha esperada de la estudiante María, la defensa del trabajo final de la carrera. Ella se encontraba con nervios a flor de piel, inseguridades respecto al trabajo y a la defensa por la plataforma Zoom. Su miedo era que se corte internet, en palabras de la estudiante: “Profe, ¿qué sucedería si se corta el internet en medio de la defensa?”, a lo cual respondía: “Tranquila, volvemos a ingresar con el mismo enlace, que te van a enviar desde la Universidad”. Practicamos por última vez, ella estaba muy agradecida por el acompañamiento brindado.

Como profesora acompañé a María en su esfuerzo y tiempo de dedicación en este proyecto, siempre motivando con palabras de aliento cuando ella sentía que no podía avanzar o se visualizaba con dificultades para finalizar con éxito. Este compromiso en conjunto adquirimos.

Siendo las 15 comienza su defensa, se la veía tranquila, más relajada, la saludan, se presentan todos los docentes y le preguntan si está nerviosa y ella dice que “un poco”, le piden si tiene el DNI para sacar la foto de requisito para rendir su defensa de trabajo final de la carrera, luego de todos los pasos ella comenta la posible interferencia con respecto al internet y los profesores le dicen que van a estar para que ella pueda rendir tranquila, que la íbamos estar acompañando. Empezó a hablar de su tema y, dentro de

los diez minutos, quedó su imagen congelada e inmediatamente le mando un mensaje por WhatsApp para avisarle y ella me contesta “Profe, no sé si Uds. pueden verme y escucharme”, decía que se estaba cambiando de lugar para poder conectarse, a los pocos minutos lo logra continuar. En lo mejor de su ponencia desaparece su imagen, de vuelta volvemos a masajearnos, ella me respondía y yo transmitía al grupo de profesores de la mesa de jurado y así seguimos hasta que terminó rindiendo en la terraza del edificio donde vivía. Llegó al final de su presentación, los profesores le hicieron algunas preguntas con respecto a su trabajo, la felicitaron por su esmero y por enfrentar las adversidades de la virtualidad y la invitaron a futuro a participar en proyectos de investigación.

Ella agradeciendo el acompañamiento, la tolerancia y las palabras, transmitía emoción en su cara, palabras que ella manifestó “Llegué al final de la ponencia, entré y salí del enlace, no salió como hubiera querido, pero lo logré”.

Luego de finalizar me envió un mensaje por privado, en sus palabras: “Invaluable su colaboración”, le dije que festejara su finalización y que nos íbamos a estar viendo en esta comunidad de enfermería y en la UNAJ, y la saludé con un “Hasta pronto”.

Retomando el título de este relato, cuando hablo de un lado y del otro, me vienen a la memoria las escenas de la estudiante durante las conexiones interrumpidas en el acompañamiento para rendir su trabajo final. Y pienso en experiencias similares que también viví como estudiante. Recuerdo las escenas durante las capacitaciones que realicé en 2020 y 2021 en la Universidad para los docentes, algunas veces se presentó esa falta de conexión, de acceso a internet en lo mejor de las clases y, al igual que les ocurre a mis alumnos, comencé a consultar con otras colegas por WhatsApp: “Se me cortó la clase, ¿a vos también te sucedió lo mismo?”.

Llegando al final del relato, como docente, el aprendizaje que me dejó la pandemia, en las rutas de las nuevas tecnologías, se relaciona con el darme cuenta de que las aulas no tienen paredes y que se acortaron la distancia y los estilos de vida profesionales.

Relatos del Instituto de Ciencias Sociales y Administración

VIRTUALIDAD PANDÉMICA VERSUS PRESENCIALIDAD. UNA AVENTURA DE ESTRATEGIAS NO LINEALES EN LA DOCENCIA

*Lizette Aguirre*¹⁴

Arrancó la pandemia en 2020. Había que armar una clase en medio de la incertidumbre. En mi caso ya conocía el Moodle porque había tenido experiencia docente en otra universidad, pero de posgrado y sin clases sincrónicas. Hice una primera prueba de grabar en los PowerPoints directamente y me resultó imposible por el tamaño y peso del archivo para poner a disposición. Así llegué a la novedad y conocer el Zoom, ver opciones para grabar, subir a YouTube (que no podían ser videos de más de 10 minutos, creo). Luego, apareció una duda: ¿era conveniente grabar los encuentros sincrónicos para que queden a disposición de l@s alumn@s que no habían podido asistir? O en todo caso, ¿trasladábamos la dinámica propia de la presencialidad en la que no quedaba registro fílmico de las clases? Para nosotros significaba evaluar alternativas con las restricciones: además de los 40 minutos del Zoom y el tiempo de YouTube, deberíamos aplicar estrategias de grabación. Esa duda se fue aclarando con el paso del tiempo y la realidad fue mostrando que quizá no era ni una ni la otra, trasladar lo presencial a lo virtual no era tan lineal. Esto implicó buscar recursos para pasar de dar clases presenciales a la virtualidad pandémica, se convirtió en un aprendizaje semana a semana.

¹⁴ Docente de la asignatura Desarrollo Económico Local de la Licenciatura en Administración (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

La tensión se generaba con el pretender “trasladar” lo presencial a la realidad virtual y grabar la clase sincrónica y después subirla al Campus Virtual. Ahora, con el tiempo transcurrido, reflexiono: en la presencialidad no grabamos, pues cuando damos clases es para alumn@s que asisten. A pesar de ello, en la virtualidad como primera estrategia acudimos a grabar la clase sincrónica para quienes no podían o no tenían conexión. ¿Por qué? Una nueva realidad virtual quería sustituir a lo presencial quizá. Como resultado, esto no fue relevante para alumn@s que no habían asistido a la sincrónica. La única certeza era que la propuesta pedagógica virtual frente a la presencial era un desafío. Sentí alivio, no estaba sola en ese proceso, esto se plasmaba en un chat de compañer@s docentes donde compartimos toda esta información y generamos un conocimiento colectivo de lo que es la virtualidad.

Si pienso en una primera actividad del currículo de Desarrollo Económico Local (DEL) del quinto año de la carrera de Licenciatura en Administración, allá en el primer cuatrimestre de 2020 se me vienen a la memoria algunas preguntas que me hacía: ¿cómo hacer para presentarse? (lo primero era armar un foro, pensar un Google Maps interactivo para ubicar dónde nos había agarrado la pandemia. Considerando que un día se declaró la emergencia sanitaria y había situaciones varias de vacaciones o cuestiones familiares que hacía que no tod@s estemos en nuestras casas o lugares de residencia). Más allá de que conocemos que en la UNAJ hay estudiantes de los distritos vecinos, esta actividad permitió visualizar en clave geográfica a través de un mapa la diversidad de barrios y lugares en los cuales los estudiantes de nuestra materia en la Universidad están distribuidos entre Florencio Varela, Berazategui, Quilmes, Capital Federal y aparecían alumnos/as que se encontraron en la pandemia en provincias del norte por viaje familiar habían quedado allá.

Después, el desafío era pensar el contenido y los objetivos de la materia que hasta ese momento siempre se diseñaron para la presencialidad. Una de las experiencias que recuerdo, porque me pasaba seguido, era pensar y repensar cómo explicar la división internacional del trabajo y la crisis de

1929 y poder vincularlo con la pandemia (es un tema central para explicar los modelos de desarrollo surgidos en la posguerra en el capitalismo posfordista, ya que más adelante, cuando se aborda la década de 1970, se alude al capitalismo posfordista). Se convirtió en un desafío esto que es un ejercicio de la práctica docente: el vincular teoría y coyuntura. Allí surgían interrogantes, por ejemplo, ¿cuáles eran las diferencias con la COVID-19? En términos económicos, explicar crisis de oferta y crisis de demanda al mismo tiempo y en gran parte del mundo. Cierre de fronteras (movilidad de recursos y factores de producción). Así aplicamos un ejemplo del cotidiano para ponerlo en común en las clases: qué pasaba si teníamos un problema con el plomero, si necesitábamos cambiar el vidrio del horno u otro problema doméstico. Además del Google Maps como experiencia pedagógica de ver dónde nos agarró la pandemia y qué implicaba eso, en esas primeras clases, hicimos un ejercicio de resolver necesidades no esenciales. Fue una experiencia muy interesante, se realizó a través de un foro, pero también de interacción sincrónica. Fue muy pedagógica, en el sentido de que cumplía con los objetivos del programa de la materia y con el contenido conceptual que en otro contexto no hubiese resultado relevante (división internacional del trabajo, resolución de necesidades, el mercado con crisis de oferta y demanda, freno a la modalidad de factores productivos: qué son y quiénes son dueños). Generó mucho entusiasmo y varios conceptos económicos y sociológicos salieron a flote. Me había entusiasmado con la experiencia, sin embargo, fue interesante en ese primer momento de inicio de la pandemia y la cuarentena. Esa consigna el cuatrimestre siguiente o incluso este año en el primer cuatrimestre quedó lejana, no generó el mismo interés ni tuvo la misma expectativa. Cambió el contexto (y también, quizá, se puede aludir a un estímulo externo de incertidumbre sobre lo desconocido, por allá abril de 2020) y la motivación de la novedad o acercarse a la virtualidad, a las plataformas que para la mayoría de alumn@s como de docentes no lo teníamos como cotidianeidad.

La realidad hizo que haya algo de frustración en el segundo cuatrimestre de 2020 y ni que decir primer cuatrimestre de 2021. Bajó el interés o

quizá nos subsumimos en el aburrimiento de la virtualidad, la lectura de materiales cada vez fue menor, como también la participación. Un cansancio generalizado, particularidades de alumn@s, situaciones económicas y familiares que van desplazando prioridades. Como docentes dar clases en cuadrados sin rostro, probar que no están presentes dejando la sesión virtual abierta y ver imágenes colgadas porque no están en la clase, sino solo quedó la cámara prendida.

El esfuerzo de docentes y de alumn@s de sostener en la virtualidad la atención implicó repensar estrategias. Ya no grabar más la clase sincrónica, sino grabar videos solo teóricos y que el espacio sincrónico sea espacio de aprendizaje para quienes tienen interés en participar o dudas y consultas. Aprender a armar cuestionarios para evitar los *copypaste* de los textos en las tareas de consignas abiertas.

Un día de ofuscación en el segundo cuatrimestre de 2020, me resultó interesante pensar en cómo hacer para desarrollar habilidades “virtuales” que por allí en la presencialidad se resuelven con grupos en ronda e interacción. Y fue interesante el armar consignas, que se organicen en grupos, debatan y se graben en un Zoom o Google Meet con las respuestas. Un poco también como ejercicio del debate donde no se puede superponer porque la virtualidad no permite que se hable en simultáneo y se entienda, que implique previamente organizar qué plantear y qué decir (si bien esto en grupos presenciales también se hace, no tiene la rigidez de la virtualidad). En la devolución del final del cuatrimestre, l@s alumn@s valoraron ese ejercicio que implica en no más de quince minutos organizarse, grabar y responder consignas que no impliquen ser un robot (como algún alumno indicó), y ser un pequeño espacio de socializar con sus compañeros (sin supervisión docente).

Y así, en la docencia como en la vida, transitar una pandemia mientras hay que seguir aprendiendo y seguir probando estrategias y, por supuesto, aclarando obviedades.

LOS DESAFÍOS DE ACOMPAÑAR EL PROYECTO DE TRABAJO INTEGRADOR FINAL EN PANDEMIA

*Ada Cora Freytes Frey*¹⁵

Mediados de marzo de 2020. En la UNAJ nos preparábamos para el comienzo de un año lectivo más. Para mí se abría una etapa nueva en mi carrera docente universitaria: comenzaba a coordinar el Taller de Trabajo Final de la Licenciatura en Relaciones del Trabajo, luego de haber dado clases muchos años (desde el inicio de la UNAJ) en una materia de primer año, común a distintas carreras del Instituto de Ciencias Sociales y Administración (en esta casa de estudios no tenemos departamentos o facultades, sino institutos). Sentía que mi proceso personal como docente acompañaba los cambiantes retos que debía enfrentar la institución. Así como en los inicios el desafío era el acompañamiento en el pasaje de la escuela secundaria a la universidad para un estudiantado que se convertiría, en su gran mayoría, en la primera generación de su familia en acceder a este nivel educativo; en estos últimos años, el gran desafío es el egreso (sin descuidar lo anterior, que sigue vigente).

Las carreras del Instituto requieren la realización de un trabajo integrador final (TIF) que presenta para las estudiantes y los estudiantes ciertas dificultades: les cuesta elegir autónomamente un tema sobre el cual investigar; algunas y algunos no han incorporado las herramientas metodológicas

¹⁵ Coordinadora y docente del Taller de Trabajo Final y docente del seminario optativo Juventud y Trabajo: Problemáticas, Políticas y Estrategias de los Actores, perteneciente a la Licenciatura en Relaciones del Trabajo (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

que requieren los distintos tipos de TIF; resulta compleja la construcción de un marco analítico a partir de un trabajo de síntesis y articulación de distintos textos, como así también su aplicación para el análisis de datos empíricos; en otras y otros aún persisten –a esta altura de la carrera– obstáculos para la expresión escrita, y, finalmente, todos estos retos se agigantan ante la fantasía del TIF como un “trabajo enorme, inabordable”. Todas estas, que son dificultades desde la perspectiva de las estudiantes y los estudiantes, se transforman en desafíos para las docentes y los docentes: es preciso hacer un acompañamiento “cuerpo a cuerpo”, que vaya desmontando imágenes desmotivadoras, con el objetivo de favorecer un proceso sistemático de pasos sucesivos para enfrentar los obstáculos uno a uno, ofrecer muchas devoluciones progresivas para posibilitar tales pasos, ayudar a las estudiantes y los estudiantes a reconocer sus avances y evitar la frustración que supone ver corregidos sus trabajos una y otra vez. En la carrera de Relaciones del Trabajo, en años anteriores, se experimentó con propuestas que atendieran tales dificultades y desafíos, como por ejemplo, implementar comisiones temáticas que varíen cada semestre, de manera de favorecer la rápida elección de un tema y de permitir el acompañamiento de los TIF por parte de una profesora o un profesor especialista en el campo determinado; organizar parejas pedagógicas (con la especialista temática o el especialista temático y una especialista metodológica o un especialista metodológico); habilitar de manera sistemática el acompañamiento del Taller de Apoyo a la Escritura Académica en Ciencias Sociales (TAPSO) para atender los problemas de expresión escrita; establecer una comisión destinada a recursantes y a acompañar el proceso de escritura del TIF para estudiantes que ya aprobaron el taller.

Cuando accedí a hacerme cargo de la coordinación del Taller no me imaginé que, a este reto (ya suficientemente complejo en sí mismo), se agregaría otro, inédito en la historia ya no solo de la UNAJ, sino de las universidades argentinas. En efecto, el 20 de marzo comenzó el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) y para la Universidad se abrió la incógnita de cómo empezaríamos el nuevo ciclo lectivo sin presencialidad. Lo prime-

ro fue posponer dos semanas el inicio de clases, hasta mediados de abril, para permitir la adaptación al nuevo contexto. En el medio, los docentes debíamos aprender a utilizar el Campus Virtual, a organizar nuestra propuesta pedagógica a distancia, a diseñar nuestras clases virtuales, a idear modos nuevos de comunicación con las estudiantes y los estudiantes, sin poder encontrarnos cara a cara.

En mi caso, varios elementos me ayudaron en este proceso. En primer lugar, ya tenía conocimiento de la plataforma Moodle que se utilizó en la UNAJ y había utilizado un campus virtual con este sistema en clases de posgrado –aunque de modo complementario a las clases presenciales–. En segundo término, doy clases también en la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV), que tiene ya desde hace varios años una oferta de carreras de grado y pregrado íntegramente virtuales, y, por lo tanto, un equipo especializado en educación a distancia –no solo en los aspectos técnicos, sino también pedagógicos–. Este equipo preparó capacitaciones virtuales de gran calidad y muy cercanas a la práctica docente universitaria, que fueron muy útiles a la hora de organizar mis clases virtuales. Finalmente –y esto lo valoro sobremanera–, no estuve sola en esta “corrida” por la virtualización de emergencia. Más allá de los aportes del equipo técnico a cargo del Campus de la UNAJ, la tarea de armado del aula virtual del Taller de TIF (que era común a las cuatro comisiones de la materia, aunque con contenidos específicos de cada una) la encaramos colaborativamente entre todas las docentes y todos los docentes de la materia. Quisiera profundizar un poco más en los últimos dos puntos.

En relación a la capacitación para la virtualización, tuvimos también algunos encuentros virtuales con el equipo técnico a cargo de la implementación del Campus. Pero la capacidad de las plataformas utilizadas se vio rápidamente sobrepasada por la cantidad de participantes, dado el tamaño importante del cuerpo docente de la UNAJ y la ansiedad que teníamos las profesoras y los profesores para orientarnos en este nuevo escenario. Me pasó de quedarme afuera de alguna de estas reuniones, aunque quedaron grabadas para que después pudiéramos ver los intercambios. Por otra parte,

estas capacitaciones virtuales estuvieron orientadas sobre todo a brindar información técnica para saber cómo acceder, cómo subir contenidos, algunas herramientas y recursos básicos. No hubo tiempo para un abordaje pedagógico del proceso de virtualización. Esto tuvo que ver con el carácter acelerado y “de emergencia” de este proceso. En la UNAJ siempre hubo una vocación de incorporar progresivamente herramientas virtuales al dictado de las materias. Sin embargo, dadas las limitaciones presupuestarias y la gran cantidad de estudiantes que año a año se fueron incorporando, el desarrollo y uso de aulas virtuales, como así también la capacitación de docentes a tal efecto siempre fue limitada en relación al número total de comisiones y de docentes. Por eso, fue un enorme desafío virtualizar, en dos semanas, todas las materias de todas las carreras de la Universidad. Más aún cuando el enorme esfuerzo de armar y gestionar miles de aulas virtuales en tiempo récord –además de atender las ansiedades, dificultades y dudas de más de mil docentes– estuvo concentrado en muy pocas manos.

En relación con el trabajo colaborativo por parte de las profesoras y los profesores de la materia, a la habitual reunión del equipo docente antes de comenzar la cursada semestral, para reflexionar y conversar sobre cómo encarar los desafíos antes discutidos, esta vez agregamos la cuestión de la virtualización. Particularmente desde el eje metodológico, discutimos algunos contenidos que necesariamente serían útiles para las estudiantes y los estudiantes –fuera cual fuera el tipo de TIF elegido o el tema– y nos planteamos realizar videos explicativos, distribuyéndonos la tarea entre las distintas especialistas metodológicas y los distintos especialistas metodológicos dentro de las parejas pedagógicas. Asimismo, estos espacios de intercambio sirvieron para encontrar soluciones prácticas a los problemas que surgían en el armado del aula y los recursos virtuales, ya que las compañeras y los compañeros que tenían más experiencia asesoraban al resto ante dudas puntuales. En mi caso, por ejemplo, gracias a los tutoriales de UNDAV aprendí cómo crear un canal de YouTube y subir un video (algo que nunca había hecho antes), pero fue un compañero de la UNAJ que me orientó sobre qué programas usar para editar un video o para reducirlo si

había quedado muy pesado, lo cual dificultaba la subida a las plataformas virtuales. Por otra parte, el aprendizaje del uso del programa de edición fue totalmente autodidacta, por ensayo y error.

Al plantearnos cómo organizar las clases y establecer las reglas del juego de la cursada virtual, nos encontramos con algunas tensiones: por un lado, nos resultaba claro que, dado el perfil social de nuestras estudiantes y nuestros estudiantes, era muy probable que una gran cantidad tuviera problemas de equipamiento y de conectividad. En tal sentido, intentamos incorporar al aula virtual recursos para reducir al mínimo las clases expositivas (además de la bibliografía especializada, aportamos videos y PowerPoints que facilitaran la comprensión de los textos) para favorecer el trabajo asincrónico con dichos materiales. Pero, por otro lado, en un taller de trabajo final, la discusión de los avances y el planteo de dudas es esencial para progresar en la elaboración de un plan de trabajo propio. Por eso nos propusimos sostener un espacio de intercambio semanal, mayormente a través de Skype (ya que el grupo no era muy numeroso), o bien por Zoom, sin hacer obligatoria la asistencia (en esto, cada comisión estableció su propio esquema de trabajo y periodicidad de las clases. El uso de estas plataformas nos permitió también grabar los encuentros, para que las que o los que no pudieran conectarse en el momento pudieran revisarlas, así como mejorar la comprensión, ya que las respuestas dadas a las inquietudes de cada estudiante hechas en clase podían aportar también al resto en su visualización asincrónica. Esta “retroalimentación” sincrónica era complementaria a la corrección personalizada y por escrito de cada trabajo práctico.

Por otra parte, para agregar un elemento más, el propio planteo pedagógico del Taller de TIF además favoreció la adaptación del equipo de la materia a la nueva cursada virtual. Como parte de la búsqueda de estrategias para un acompañamiento más sistemático y gradual de las estudiantes y los estudiantes, nos planteamos en ese comienzo de 2020 un conjunto de guías de trabajo que fueran marcando pasos sucesivos y crecientemente complejos, desde la formulación inicial –un poco desde el sentido común– de las primeras ideas sobre el TIF (el tema) hasta llegar a un plan de trabajo

que involucrara una definición clara del problema y los objetivos, un marco teórico avanzado, elecciones metodológicas adecuadas y un cronograma para organizar el trabajo pendiente hacia la finalización del TIF, una vez terminado el Taller. Estas guías fueron un insumo importante en la organización de la propuesta de curso virtual, ya que permitieron establecer tareas semanales (o quincenales, de acuerdo a la creciente complejidad), lo cual impulsó así el protagonismo de las estudiantes y los estudiantes en su propio proceso de aprendizaje, aspecto central en la educación virtual. La suma de los videos y otros recursos explicativos y las guías de trabajo permitieron dedicar los espacios sincrónicos a la discusión de los avances realizados y de las dudas que surgían en el proceso. Aun así, mi sentir personal fue que los límites en la conexión de nuestras estudiantes y nuestros estudiantes, así como la renuencia (o imposibilidad, dados dichos límites y los problemas de equipamiento) de algunas de ellas o algunos de ellos a vincularse con la cámara encendida obstaculizaron una participación más activa en el aporte al trabajo de sus compañeras y compañeros, por lo que prevalecieron los intercambios docente-estudiante por sobre los del tipo estudiante-estudiante.

Más allá de esto, en ese primer semestre de 2020 el involucramiento de las estudiantes y los estudiantes en el Taller fue muy satisfactorio. Su compromiso se notaba en la participación en las clases que, como mencioné, era voluntaria (la asistencia se acreditaba con la realización de las guías). Pero era evidente que las instancias sincrónicas eran un espacio valorado por la mayoría, que siempre tenía preguntas e inquietudes para discutir. En relación a esos primeros momentos de la pandemia, mi impresión es que tanto en docentes como en estudiantes operaba una cierta “épica” de enfrentar la situación adversa e inédita, de encontrar caminos efectivos para que la pandemia no paralizara los procesos de enseñanza-aprendizaje en nuestra Universidad. Por otra parte, la virtualización se había planteado como una solución de emergencia, que sería desmontada en cuanto se pudiera volver a las clases presenciales. Como todas las argentinas y todos los argentinos, no imaginábamos en ese momento que los primeros quince días y luego

el primer mes derivarían posteriormente en un largo período de confinamiento y, en la Universidad, en el sostenimiento de las clases virtuales por dos años (hasta el día de hoy... y, al momento de la escritura de este texto, aún resulta incierto qué ocurrirá en 2022).

Mi vivencia es que esta épica fue difícil de sostener a lo largo del tiempo, cuando esta propuesta de emergencia fue haciéndose permanente por dos años. La experiencia en el segundo semestre fue que a las estudiantes y los estudiantes les costó mucho más sostener la cursada con los ritmos de entrega de trabajos propuestos. Si bien fuimos flexibles con las fechas, contemplamos las dificultades, gran cantidad fue abandonando, “desapareciendo” directamente de los encuentros virtuales y deteniendo la entrega de trabajos. Las estudiantes y los estudiantes nos hablaron de sus dificultades: a algunas o algunos, el cansancio por la virtualidad les complicaba sostener la cursada simultánea de varias asignaturas; a otras u otros, les había cambiado la realidad laboral: ya no trabajaban a distancia, como en el primer semestre, sino que habían vuelto a trabajar de modo presencial, o bien habían conseguido un nuevo empleo. Con el aumento de los contagios, también se dieron situaciones de enfermedad de las propias estudiantes o los propios estudiantes o de sus familiares. Por otra parte, debo reconocer que el cansancio con la virtualidad no era solo del alumnado: en mi caso, en esta segunda parte del año comencé a sentir cierto agotamiento por todos los esfuerzos extraordinarios hechos durante la primera.

Este contraste entre un primer semestre con mayor energía y un segundo semestre más esforzado en las estudiantes y los estudiantes también se dio en 2021: es evidente que el cansancio acumulado hace más difícil la continuidad en la segunda parte del año, y se profundizaron, además, con la mayor apertura y la incipiente reactivación económica, las tensiones entre los requerimientos universitarios y los laborales.

Recordando entonces, en este relato, los desafíos de la virtualización de emergencia del Taller de TIF en los comienzos de 2020 y mirando el recorrido realizado, me pregunto: ¿qué he aprendido en estos dos años?, ¿qué debo recuperar de esta experiencia para enriquecer mi labor docente en el

Taller? No me caben dudas que el Campus Virtual es un medio inmejorable para presentar de un modo que lleguen a todas y todos –independientemente de las circunstanciales ausencias a alguna clase– las distintas guías que las estudiantes y los estudiantes deben resolver, como así también para garantizar una entrega ordenada y favorecer un seguimiento y una devolución sistemáticos de nuestra parte. Asimismo, debemos seguir poniendo a disposición los materiales didácticos producidos durante la pandemia (y seguir produciendo otros). En tal sentido, las aulas virtuales facilitan la posibilidad de acercar al alumnado este tipo de recursos, como así también el acceso a la bibliografía, lo cual resulta democratizador. ¿Cuál sería el lugar de las clases presenciales, si todo esto puede hacerse a través de las TIC? Para mí, lo que es irremplazable son las discusiones que se producen en los talleres presenciales, donde el trabajo de las estudiantes y los estudiantes es potenciado no solo por los comentarios y las retroalimentaciones de las docentes y los docentes, sino también por los intercambios entre pares, que habilitan una dinámica colaborativa. Terminando este 2021 añoro con esperanza volver a construir el próximo año estos espacios presenciales de aprendizaje colectivo.

¡UN GIRO INESPERADO! PARA CREAR, ENSEÑAR Y APRENDER

Valeria Montenegro¹⁶

La enseñanza solo tiene lugar cuando hay aprendizaje.
(Ken Bain, *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*).

La pandemia cambió nuestras realidades de repente y nuevas formas de enseñanza comenzaban a manifestarse. De pronto, el aula se volvió virtual y las miradas que antes lograban demostrar estados de ánimos ya no estaban. Con la llegada de la pandemia, adaptarse a la nueva realidad fue un gran desafío para todos y aplicar nuevos métodos de enseñanza fue una nueva aventura.

Recuerdo, que lo primero que me vino a la mente cuando empecé a dar las clases eran preguntas como: ¿cómo voy a ser docente en este nuevo escenario virtual?, ¿cómo llevaré adelante mi primera materia a cargo en pandemia? Muchas preguntas surgían que manifestaban miedos e incertidumbre, ¿cómo hacer cuando todo cambió de un momento a otro y nada era como antes? Los primeros desafíos comenzaban a surgir y uno de ellos era en el aula virtual, estudiantes con cámaras apagadas, voces y miradas perdidas ¿están ahí?, ruidos de fondo de la casa, ¿están escuchando?, y claro entender que el aula se volvió la casa de los estudiantes con sus actividades diarias, intentando conciliar el estudio con su hogar ¡un verdadero desafío para todos!

¹⁶ Docente del Taller de Práctica Laboral de la Licenciatura en Administración (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

Repensar en nuevas estrategias era algo constante en pandemia, dificultades de lxs estudiantes se presentaban como de conexión, adaptación y comprensión. Una de las experiencias que me parece interesante compartir fue con un estudiante, que tenía dificultades en la entrega de su trabajo y no lograba aplicar lo pedido. Era algo extraño porque participaba en las clases virtuales e iba al día con la materia, pero algo pasaba que no podía desarrollar en su trabajo la corrección de las sugerencias dadas y esto me inquietaba porque en la materia se trabajaba con la práctica y el intercambio continuo y para ello, se necesitaba el acompañamiento y compromiso del estudiante para lograr el aprendizaje, preguntas venían a mí: ¿qué sucede que no puede comprender lo que se necesita?, ¿quiere continuar o no le interesa?, es difícil saber por correos qué le está pasando. Consultando con el equipo docente, el que me acompañó, decidí tener una reunión particular virtual con el estudiante porque era evidente que existía un ruido en la comunicación y trabajar de manera individual y escucharlx podría acompañar para alcanzar los objetivos de la materia. Esto fue así, al reunirnos pudo tener ese espacio individual, pero ¿qué importante es el espacio presencial!, que en un aula era el momento en que lxs estudiantes se acercaban a lxs docentes y comentaban su situación personal. Pero esto, ¿no sucedía en una pandemia!, solo sucedía a través de correos y si no eran tímidxs lxs estudiantes se explayaban un poco más en los encuentros virtuales. ¡Qué distante era todo!, ¿cómo cambiarlo? Por este motivo, fue muy importante tener ese espacio individual virtual con el estudiante porque si bien no era lo mismo que en un aula, se pudo despejar dudas sobre los correos que se interpretaba que no le interesaba hacer su trabajo y de los encuentros sincrónicos me quedaba que entendía todo, pero en la realidad esto no pasaba. En la charla que tuvimos me di cuenta de que nada de lo que pensaba era así y que en realidad tenía dificultades con la virtualidad; y que realmente necesitaba ese espacio individual para poder cerrar sus ideas. Las palabras del estudiante eran ¡genial, profe, pude comprender mejor las pautas!, para mí una tranquilidad y saber que al final aprobó la materia ¡una felicidad! Esta situación y cada situación que se presentaba con lxs estudiantes a

medida que avanzaba la pandemia me permitía aprender y crear nuevas estrategias de enseñanza y aprendizaje. Aprendí mucho de cada estudiante y, principalmente, aprendí que en la pandemia repensar la práctica era algo constante, cada día evaluaba lo bueno que se estaba haciendo y lo que se podía mejorar.

En este marco, sentimientos de miedo e incertidumbre y desafíos estaban presentes ¡todo era nuevo para mí y para los estudiantes! y cómo no tener miedos si mi primera comisión a cargo fue en pandemia. Si bien, mi camino comienza en UNAJ en el año 2019, hasta ese momento era ayudante de la materia Planificación y Gestión Estratégica, recién se oficializó durante el contexto de pandemia a cargo de la materia Taller de Práctica Laboral del Instituto de Ciencias Sociales y Administración (asignatura práctica de elaboración y ejecución de un proyecto de investigación en administración). Como ayudante docente pude tener el placer de estar en el aula y de interactuar con lxs estudiantes y de las pocas experiencias que tuve, pude comprender sobre la importancia de estar en un espacio compartido, ¡qué lindos momentos! En pandemia, comenzaba un nuevo desafío: el de ser docente a cargo de un grupo de estudiantes en un contexto en el que todo era nuevo.

Por eso una de las experiencias pedagógicas que pude tener se orientó al desafío de comenzar y aprender de lo nuevo, como el de emplear nuevas herramientas de aprendizajes virtuales. Ante esto, surgían pensamientos en mi cabeza sobre cómo transmitir contenido y conectar con lxs estudiantes en este nuevo espacio virtual y, más aún, cómo saber si ellxs comprendieron y aprendieron. Si bien la herramienta virtual que había usado era la plataforma Moodle en el Programa de Formación Docente dictado en UNAJ, agregar contenido en las clases fue mi primera experiencia. En esta etapa, destaco el acompañamiento del equipo docente de la materia de Taller de Práctica Laboral, el cual me acompañó y enseñó el uso de la plataforma virtual compartiendo videos explicativos e incorporándome al grupo de WhatsApp para poder solucionar toda inquietud. Asimismo, en este contexto en donde emergían sentimientos de soledad pude sentir que

no estaba sola, gracias al apoyo de la coordinadora y del equipo docente como también del Instituto.

Continuando en esta línea, pensaba en ¿qué estrategias y recursos utilizaré?, decidí realizar encuentros virtuales cada quince días con lxs estudiantes para que puedan tener un espacio virtual de refuerzo de contenidos y reflexionar sobre inquietudes. Sentí que ellxs necesitaban ese espacio de encuentro y por este motivo, prioricé el poder compartir un espacio y poder vernos y los encuentros sincrónicos propiciaban ello. Todo surgía de la prueba y el error, pensando en lo mejor para lxs estudiantes y más aún, pensar en poder llevar adelante la materia en este nuevo contexto. Por ello, intenté en cada cuatrimestre aplicar nuevas estrategias de aprendizaje, como traer en los encuentros sincrónicos ejemplos de investigación e ir debatiendo y reflexionando sobre su contenido, material de lectura, cuadros y ejemplos; buscaba la participación de lxs estudiantes y hacer más significativa la nueva información.

Otro de los desafíos fue preparar las clases y ver en qué momento era pertinente subirlas a la plataforma. Para ello, acordaba con lxs estudiantes que el mismo día de cursada tendrían disponible la clase en la plataforma y avisaba por el foro su disponibilidad. Cada clase, se presentaban los contenidos teóricos en formato PDF y las pautas de cómo se iba a ir trabajando durante esa semana hasta poder vernos en un nuevo encuentro virtual en el cual se reforzaban contenidos y se despejaban dudas y consultas. Además, en cada clase les dejaba una actividad en los foros con la que pudieran trabajar. Asimismo, aplicaba otros recursos como videos (de YouTube) de autores reconocidos de la materia y ejemplos de trabajos realizados en otros cuatrimestres para que pudieran cerrar sus ideas.

Para los encuentros sincrónicos utilizaba la aplicación de videollamada (Google Meet), buscaba aquella aplicación que me permitiera tener una reunión de larga duración. Me había sucedido en otros cuatrimestres que al utilizar otras aplicaciones de videollamada se cortaba la reunión porque el tiempo permitido no era más de 40 minutos y, por ello, decidí utilizar Meet. Pero esta aplicación presentaba un nuevo desafío debido a que

cuando se compartía la pantalla en una presentación no se podía ver a los alumnxs y tampoco saber si estaban atentxs a la presentación, esto me desanimaba porque sentía que no podía conectar con ellxs. Para solucionar esta dificultad, arrojaba una pregunta disparadora que abría su participación con el fin de poder escucharlxs y saber si estaban atentxs. También, en cada clase buscaba conectar con ellxs escuchándolos y conociendo sus rostros y, para ello, solicitaba que, quienes pudieran y quisieran, prendieran las cámaras para poder conocernos y poder interactuar virtualmente, no todxs lxs estudiantes lo realizaban, pero existía una gran participación y predisposición. ¡Qué alegría escucharlxs y ver sus cámaras encendidas!, ¡toda una aventura! Además, en el segundo cuatrimestre pedía a cada unx que agregaran una foto al Campus porque en el primer cuatrimestre obvié esto y fue muy difícil poder asociarlxs. Asimismo, al final del taller dejaba un espacio para escuchar sus devoluciones y saber en qué se podía seguir mejorando ¡una gran felicidad al escuchar que les resultó dinámica la clase!, ¡qué satisfacción personal!

Con respecto a las dificultades de la virtualidad puedo afirmar que existieron varias, como fui nombrando en este relato, en temas de conexión y dispositivos; todo era probar y ver cómo funcionaba para hacer lo mejor posible. Asimismo, en lxs estudiantes los desafíos que se presentaron fue la falta de una computadora para desarrollar sus trabajos o cuestiones como “profe, me robaron el celular y no pude participar de los encuentros”, “profe, me quedé sin megas para internet y no pude conectarme” o “se me cortó la luz”. También, como nombré, el lado negativo de las clases virtuales fue el percibir cámaras apagadas y no poder verlxs, no saber si estaban allí; recuadros vacíos que permitían ver solo a algunxs estudiantes y el resto se perdía; la falta de las miradas y gestos que posibilitaban detectar si comprendían el tema; es decir, para cada dificultad y frustración pensar en estrategias nuevas. Esto pude verlo principalmente en el segundo cuatrimestre, en el que se notaba su cansancio tal vez por el uso de las tecnologías y por un año cansador, la participación ya no era la misma y las cámaras cada vez estaban más apagadas, totalmente diferente con mi experiencia

del primer cuatrimestre. Si bien existieron dificultades, se pudo avanzar y aplicar nuevas estrategias.

En el último cuatrimestre, una noticia nos llenó de alegría: ¡nos volvemos a encontrar en una clase presencial, ¡qué felicidad verlos! Miedos de lxs estudiantes como “profe, ¿cómo es el aula, grande y con espacio?”, “profe, tengo que ver cómo me voy a organizar ese día”. Llevar tranquilidad de que esa reunión iba a tener todos los cuidados posibles, pero que era importante poder encontrarnos. Y así fue, mucha alegría al verlxs, aunque sea en una clase ¡estábamos muy contentxs! y se pudo trabajar y disfrutar el reencuentro!, ¡qué alegría volver a estar en los pasillos de la Universidad! Pero les puedo asegurar que ese día pude conocer realmente a lxs estudiantes, ¡sus rostros eran tan diferentes presencialmente!, ¡un día inolvidable!

De toda esta experiencia que me dejó la pandemia, estoy convencida de que nos permitió crear nuevas formas de enseñanza y de relacionarnos; reforzando que es posible seguir aprendiendo y compartiendo momentos con lxs estudiantes, como poder lograr un espacio de aprendizaje virtual. Sin embargo, a su vez, nos deja desafíos como el de pensar si estábamos preparados para este cambio de escenario.

ESA VENTANA QUE ES EL AULA

*Florencia Moreno*¹⁷

Mi experiencia como docente de Política y Sociedad en la UNAJ comienza en pandemia. El espacio público y privado estuvo imbricado desde el primer momento. Desde el único momento. Creo que esa *circunstancia* se transformó en *posibilidad*, lo cual permitió construir un espacio de contención y confianza. De alguna manera era algo *nuevo para todos*, y esa premisa, con el tiempo, ayudó a construir un espacio seguro a pesar de la distancia. Se reemplazó el aula por el living de la casa, lo cual creó otra escenografía posible donde intercambiar aprendizajes, consultas, experiencias.

Dar cuenta de ese “otro marco”, evidenciar la exposición que implica trabajar desde tu casa, colaboró con una de las primeras consignas que me fueron comentadas en las primeras reuniones del equipo docente en UNAJ: *contener*. Contener expectativas, inseguridades, aprendizajes, desavenencias, situaciones cotidianas o incluso existenciales.

Los primeros años en la universidad suelen estar asociados con conocer gente nueva, de la misma edad, de otras, docentes y nodocentes. Descubrir espacios en común para compartir, para descansar, para estudiar y para, en definitiva, compartir información de todo tipo. Preguntas que se daban por hechas, sabidas, aprehendidas en el andar de los pasillos institucionales. Cuestiones como ¿qué es promocionar?, ¿puedo aprobar la cursada e irme a final?, ¿qué es ser alumno regular?, ¿qué es una correlatividad?

¹⁷ Docente de la asignatura Política y Sociedad del Ciclo Inicial de la Licenciatura en Trabajo Social (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

Son todas preguntas y respuestas que la vida universitaria da. También el departamento de alumnos, claro está. A falta del espacio común concreto, tuvimos que incorporar al relato de presentación de la materia, algunas definiciones en relación a la vida académica institucional. Intentar apaciguar la falta de encuentro, de contacto, e intentar colaborar a la construcción del espíritu universitario, sosteniendo esta hipótesis narrativa para mi cotidiano como docente: vale destacar el glosario de normas que rigen lo institucional, fundamentalmente en el primer año y recontra fundamentalmente en un primer año de pandemia.

Forma, listo. Ahora, *contenido*.

Volviendo al aula, pregunto: ¿dónde nos ubicamos? Y lo pienso primeramente en términos simbólicos. La horizontalidad como paradigma de aprendizaje enriquece el ámbito académico. Lo transforma. Sitúa al conocimiento en una dialéctica de teoría y práctica con reglas de juego claras: somos pares que cumplimos roles. Esos roles, y ahí está la trampa, nos permiten aprehender tanto en el aula como en la vida. Y si digo aula es virtual y si digo vida es hogar.

¡Qué delgada es la línea y más en pandemia!

Creo que es fundamental, en esta etapa de la carrera, motivar, expandir, aflorar acompañar y guiar. En líneas generales, creo en los procesos académicos y entiendo que pueden existir mejores y peores procesos pedagógicos. Las evaluaciones son parte de esto. La exigencia también. Sin embargo creo en la idea de reforzar, en este comienzo del camino universitario, la confianza y fe en ellos mismos, en sus capacidades y desafíos. Forjar un imaginario donde el futuro académico no sea tan pesado, largo y cuesta arriba, sino por el contrario, un futuro más colaborativo y solidario. Reforzar la idea de que todo proceso que elegimos realizar nos alimenta como sujetos y no solo como profesionales.

Y lo escribo en primera persona del plural. La horizontalidad es propiciar un marco de estudio y aprendizaje donde quede claro que todxs; aquí y ahora, estamos aprendiendo. Que podemos estudiar grandes procesos históricos entendiendo a su vez que somos parte de eso que estudiamos.

Volviendo otra vez al aula, reflexiono: en la cotidianidad me fueron surgiendo inquietudes, las cuales fui resolviendo en el hacer, en la práctica. Aprender sobre el rol docente en contexto de pandemia, haciendo: ¿cómo tomar asistencia en la virtualidad si la conectividad tiene poca señal?

La entrega de trabajos prácticos con fechas límites y consignas llevaderas fueron la solución a semejante inconveniente presencial, incluso considerando que es obligatorio cursar para aprobar. Sin embargo, mi inquietud toma otra forma aún y pienso: ¿dónde habita, enraíza, el encuentro en la asistencia virtual? Creo que en el punto de confianza. Propiciar un hábitat amable, de prueba y error. Habilitar el punto de vista. La mirada.

Reconocer la disparidad como elemento ordenador de las clases: conceptos que van, vienen y vuelven a ir y venir, audios de WhatsApp en modo clase particular intentando plasmar el rol del Estado y el pensamiento nacional, al mismo tiempo que se reciben trabajos excelentes, desarrollados con suma claridad. ¿Cómo congeniar, como unir esas instancias del saber?, ¿avanzo?, ¿me quedo?, ¿retrocedo?, ¿vuelvo a empezar?

Ir encontrando nuevos modos, patrones de funcionamiento: ¿cómo ir encontrando un posible método pedagógico frente a unas circunstancias virtualmente extrañas y desconocidas –como para casi todo el *mundo universitario*–, donde incluso la idea preestablecida del ser docente queda desechada frente a la imposibilidad de encuadrarla en esta etapa? No quedaba otra alternativa más que ir entendiendo el *cómo*. Por ejemplo, haciendo me di cuenta de que la consigna o actividad *se debe dar en el espacio sincrónico*. Este espacio tiene un valor agregado, un valor diferencial. Subir-se a la clase, motivar.

Entendí que la comunicación vía Campus, correo electrónico o WhatsApp debe ser corta y precisa, para luego desarrollar en el aula virtual. Convocar: “¿quierés saber más? Vení, conectate y te cuento”. Estrategias del marketing digital para encauzar la voluntad de continuar.

Desde una perspectiva un poco más humana, pienso en la necesidad de vernos las caras para complementar la explicación, para dar lugar a la

repregunta respecto a la actividad semanal. Es que sus rostros, aún a la distancia, expresan desconcierto o suma seguridad. Ya se sabe que la consigna quedará escrita en la plataforma digital. Incluso en el correo electrónico y en el WhatsApp.

Procuré armar un espacio de debate, donde la incorporación de la actualidad a través de los diarios, los portales digitales del Estado y las fotografías de ayer y de hoy puedan servir como punto de unión entre lo que leo y lo que veo; entre lo que vivo y lo que estudio. Para que lo que leo sirva para el análisis de mi propia realidad y la de mi comunidad: ¿cómo repercute el pago al Fondo Monetario Internacional (FMI) en mi vida cotidiana, o en el lugar donde trabajo? La teoría y la práctica dialogan en una mesa de estudio virtual, donde la premisa es animarse a opinar, a intentar intercambiar ideas y reflexiones, puntos de vista y conclusiones. Teorizar sobre la experiencia de vida e intentar aplicar al análisis, las fichas que van cayendo al mundo de lo real, de lo concreto, utilizando la teoría como medio. Otra característica positiva que suma al espacio de debate, al intercambio de experiencias y saberes, es la amplitud etaria que se configura en el curso. Frases como “Yo viví la década de 1990, a mi viejo lo rajaron de la fábrica” resuenan y se resignifican. El sentido de pertenencia se enaltece y el grupo crece. Mis grandes maestros —y no solo en las aulas— siempre fomentaron el intercambio y la escucha activa como terreno fértil para el intercambio de experiencias y saberes.

Seres humanos inmensamente nutritivos que han penetrado en mi conciencia y me han forjado como mujer, madre y docente. Y sé que, en mi andar, habré hecho lo mismo con otras personas. La reciprocidad inminente de compartir lo que se lee y fundamentar al mirar, la vida pasar, desde el marco que ya se ha hecho ventana. Eso es lo que intento replicar: el interés de escuchar, de conocer y—por qué no soñar— con transformar.

SIN TERRITORIO NO HAY TRABAJO SOCIAL POSIBLE

*María Rosa Petrone*¹⁸

Uno de los desafíos de mi experiencia pedagógica en pandemia ha sido transmitir recursos y conocimientos en las prácticas preprofesionales de los estudiantes de Taller II correspondiente a las prácticas en instituciones de salud, debido a que me desempeñé como trabajadora social en un centro integrador comunitario (CIC). Se denomina así a las instituciones donde se implementan políticas públicas de carácter integral, donde convive un sector de salud, con equipos de profesionales y técnicos que se enfocan en actividades de promoción y prevención de la salud, y también se llevan a cabo políticas de desarrollo social, como cursos, terminalidad educativa, programas de contención para adolescentes, equipos de protección de niñez, así como actividades culturales, cine, talleres de música, baile y expresiones artísticas. Los CIC son espacios multipropósito de políticas públicas intersectoriales, colectivas e integrales, y un espacio de vinculación con la UNAJ, ya que realizan sus prácticas estudiantes de enfermería y trabajo social.

Este año, el primer cuatrimestre de las prácticas para Trabajo Social fue íntegramente virtual, y la principal dificultad fue transmitir la vivencia institucional con recursos digitales, puesto que las prácticas en la institución no se pudieron desarrollar con motivo de la pandemia. Los aportes de

¹⁸ Coordinadora y docente de la asignatura Intervenciones en Instituciones de Salud y docente de la materia Taller II de la Licenciatura en Trabajo Social (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

la cursada consistían en trabajos prácticos con consignas para presentar y subir al Campus, de esa forma podían cursar las prácticas, pero realizando las actividades propuestas por los coordinadores del taller de las prácticas preprofesionales correspondientes a las instituciones de salud.

Esa modalidad presentaba enormes dificultades, puesto que en territorio los estudiantes deben sentir y vivir la profesión de manera personal y vivencial. Es muy importante el territorio en las prácticas de trabajo social porque es nuestro insumo, es como la tela del pintor o la caja de cirugía en quirófano, sin territorio no hay trabajo social posible, no existe la interpretación de una realidad particular. Fue entonces que decidí aportar distintas herramientas pedagógicas como PowerPoints, videos de proyectos realizados, fotos del trabajo implementado en la pandemia, como el programa Detectar, o difusión de recomendaciones y consejos útiles, pero aun así, sentía que algo estaba faltando para transmitir la experiencia con todos los sentidos.

Entonces pensé que un recurso posible era relatar en audio los sonidos del barrio, describir la vivencia auditiva, el canto de los pájaros, los ladridos de los perros, el rechinar de las vías del tren, los murmullos de la mañana, el viento y el sonido de las hojas de los árboles, el camioncito de la venta ambulante. La estrategia se materializó y se hizo posible editando *podcasts*, grabaciones de relatos y sonidos para transmitir la experiencia sensorial a través de las narraciones que, junto a esos sonidos del territorio y en distintos episodios, complementaron las demás técnicas pedagógicas de cada clase. Utilicé este recurso con una guía de análisis, donde propuse diferentes consignas para trabajar lo que se escuchaba y se podía realizar un registro de lo que se sentía o se interpretaba en cada episodio, era una manera de ponerle letra a la canción.

Fue un gran recurso, muy valorado por las estudiantes, en un primer momento hubo mucha sorpresa al escuchar estos audios, una estudiante me comentó que se sentía transportada a ese espacio, pero que no entendía mucho su utilidad, había mucho escepticismo al recibir de forma semanal estos contenidos. Los episodios aportan las historias que sucedían en el

CIC antes de la pandemia, un segundo *podcast* describe la actividad durante el aislamiento, también hubo un capítulo sobre los actores sociales y un último sobre los derechos de las infancias en el transcurso de la pandemia.

Llegó al fin el momento de la presencialidad, donde nos reconocimos y donde el espacio tomó cuerpo y vivencia. Ese día, en el recorrido por el territorio, propuse un ejercicio que consistía en cerrar los ojos y escuchar, simplemente escuchar. Grata fue mi sorpresa cuando las estudiantes coincidieron que ya se habían sentido en ese lugar a partir de mis descripciones, incluso observaron que no tenían temor de ese espacio porque de alguna forma lo habían transitado y les era familiar. El temor es un sentimiento muy presente en recorrido del territorio, ya que es un ámbito desconocido, es un espacio a descubrir y muchas veces se encuentra alejado de las realidades de les estudiantes, o quizás no tanto, pero presenta incertidumbre y proponer recursos de acercamiento visual o auditivo ayuda a familiarizarse con el barrio y su lógica, su tradición, sus costumbres y su vida cotidiana.

Los recursos pedagógicos son caminos misteriosos, son espacios insondables, pero cuando se recorren acompañados de los conocimientos compartidos y de la sencillez de los aportes nos sorprenden para bien. Nuestras estudiantes son receptivas ante iniciativas que pueden parecer diferentes, pero sobre todo agradecen el trabajo docente, reconocen el esfuerzo que significa preparar una clase, y aquello que era el desafío de la virtualidad y el mundo tecnológico se convirtió en una experiencia creativa, lúdica, intensa, pero muy gratificante.

PANDEMIA Y NUEVAS NORMALIDADES EN LOS PROCESOS DE ENSEÑANZAS- APRENDIZAJES

*Laura Saavedra*¹⁹

Como bien dice Donna Haraway (2020), una parte del mejor pensamiento se hace de manera narrativa. Este texto escrito es una versión actualizada del relato “Procesos imbricados de enseñanzas-aprendizajes en pandemia COVID-19”, que, ante ese pensar, esa práctica materialista que se hace con otras al decir de Haraway, como han sido los intercambios de comentarios en el Taller de Formación de Coordinadores de Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas, dicha narración ha vivido el cambio de su titulación y cuenta con algunos decires más sobre las nuevas normalidades en los procesos de enseñanza –aprendizaje en la pandemia de la COVID-19–. Aquí va la evolución consciente o inconsciente de un relato a otro, así como la continuidad de protagonistas y tramas y la misma preocupación pedagógica.

La pandemia provocada por la COVID-19 irrumpe en el mundo en el 2020. Aparece repentinamente el repliegue en las casas y la virtualidad cobra fuerza más que nunca en variados ámbitos sociales. Profesoras y profesores de la UNAJ nos preguntamos cómo abordaremos las clases totalmente virtuales. Muchas inquietudes e incertidumbre nos atraviesan. Entre ellas, algunos interrogantes que corren entre grupos de docentes son:

¹⁹ Coordinadora y docente de la asignatura Planificación y Gestión Estratégica y del Taller de Práctica Laboral de la Licenciatura en Administración (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

¿se logrará capacitar a todxs lxs docentes en la UNAJ, que es una universidad pública grande, tan masiva? ¿Podrá estar listo, preparado, el Campus Virtual para tantxs docentes y estudiantes? Por suerte el equipo virtual de la UNAJ, unos días antes de comenzar el ciclo lectivo, da capacitaciones sincrónicas y sube un primer video que explica muy bien el uso de esta herramienta. Ello calma un poco ansiedades. Y corre un sentimiento de sorpresa, alegría al poder decir: “¡Y sí, nuestra querida UNAJ puede hacerlo!”. Aunque siguen corriendo preguntas, saberes y aprendizajes entre las numerosas consultas entre docentes de la UNAJ que van circulando a modo de cataratas en los comienzos del primer cuatrimestre de clases del 2020. A la par entra en escena otra inquietud central: ¿y estará listo el Campus? Ya faltan días, horas. Y sí, ha estado listo y sí, subimos clases, dimos clases esa primera semana de inicio del ciclo lectivo del 2020. Y otra vez ese sentimiento de satisfacción, esas voces alegres que circulan en celulares, que manifiestan que ¡en la UNAJ pudimos hacerlo!

Mucho trabajo ha implicado el desarrollo del primer cuatrimestre del 2020 en la Universidad. Docentes armando videos para subir a las clases, escribiendo en documentos de Word, contenidos antes expositivos en las clases presenciales, diseñando ejercitaciones para volcarlas en herramientas pedagógicas del Campus Virtual en reemplazo de las actividades prácticas presenciales, aprendiendo a utilizar Zoom, Google Meet, Jitsi Meet, etc., para dar clases sincrónicas, viendo cómo hacer para que cada comisión de la materia o taller tenga su propio espacio en el aula virtual. Y podemos seguir enumerando más aprendizajes e inquietudes.

Por ejemplo, en el caso de los talleres de Práctica Laboral de algunas carreras de la UNAJ, una pregunta clave ha sido cómo se adapta la práctica a la virtualidad. Concretamente, en el caso del Taller de Práctica Laboral de la carrera de Administración se diseñó una guía de trabajo que no contemple la realización de entrevistas y observaciones en organizaciones, pensando en que la cuestión de la conectividad y los soportes tecnológicos para usarla podía ser una problemática habitual para muchxs estudiantes. Sin embargo, muchxs estudiantes, luego de las primeras clases consultaron si podían rea-

lizar el trabajo con la guía habitual del taller, ya que tenían la posibilidad de hacer entrevistas en línea. Desde entonces en el taller se usan ambas guías de trabajo de acuerdo a intereses y posibilidades de lxs estudiantes.

Otras de las tantas inquietudes que atravesaron en mayor medida el primer cuatrimestre del 2020 han sido los exámenes, parciales y finales. Voces de docentes circulaban entre celulares viendo opciones varias que se adapten mejor a la virtualidad. Los mensajes de WhatsApp estaban atravesados por preguntas del estilo: “¿Y conviene tomar oral? ¿No es mejor un múltiple *choice* con alguna pregunta de contenido en el Campus?”. Finalmente, el enorme trabajo colectivo de docentes y no docentes de la UNAJ se visibilizó en la efectividad de estas instancias de evaluación.

El colectivo de estudiantes de la UNAJ hizo su esfuerzo a la par, adaptándose a las instancias de aprendizaje en forma virtual. Nada fácil el desafío para muchxs estudiantes que deben compartir el celular o la computadora en sus hogares, en un momento en que hijas e hijos, hermanas y hermanos, solo por mencionar algunos integrantes familiares, requerían de esos aparatos electrónicos para estudiar o trabajar.

Me aflora el recuerdo de una estudiante que se comunicaba por dudas casi todos los sábados, ya que estudiaba los fines de semana porque sus niñas y niños usaban el celular de lunes a viernes para las tareas de la escuela y también lo usaba su pareja para su trabajo en su casa. ¡Y finalizó la cursada con un 10! ¡Increíble su trabajo!

Otra estudiante, durante el segundo cuatrimestre del 2020, en el medio de la cursada casi que desaparece de los Zooms y de la realización de trabajos prácticos. Consulto a sus compañeras y compañeros y me comentan que se le había roto su celular, que estaba en arreglo, si la podía esperar. Por suerte con el acompañamiento docente, de sus compañeras y compañeros y de su pareja pudo terminar la cursada. Tardó en arreglar su celular, pero usaba el de su pareja a partir de las 20 cuando él llegaba de trabajar.

El segundo cuatrimestre del 2020 nos encontró a nodocentes, docentes y estudiantes ya más afianzados en los nuevos-viejos modos y condiciones

de enseñanza-aprendizaje. Algo que por ejemplo se refleja en una comunicación más fluida en las pantallas entre docentes-estudiantes. Día a día, cada vez hay menos de esos cuadrados negros que nos indican que detrás hay una estudiante o un estudiante y cada vez vemos más los rostros y las voces en los cuadrados. Cada vez lxs estudiantes se animan más y ponen más de sí, cada vez las docentes y los docentes ponemos más de nuestra creatividad para que haya un mayor intercambio teórico-práctico en esos cuadrados.

Qué decir de esos cuadros, de sus metamorfosis. Esos cuadrados negros preocupaban en el primer cuatrimestre del 2020. ¿Por qué las y los estudiantes no prenden sus cámaras? ¿No se animan? ¿Querrán prender sus cámaras? ¿Podrán prenderlas? Muchas veces cámaras encendidas entorpecen las escuchas, provocan interferencias y por eso se apagan. Dar clases ante cuadrados negros se hace un poco fastidioso con el paso del tiempo. A la par, las voces docentes transmitían el desconocimiento de estudiantes. Ese conocer, por ejemplo, a qué estudiante le gusta comenzar a investigar, qué temas de investigación prefieren, qué estudiante está buscando trabajo y se lo puede recomendar para alguna pasantía, proyecto de vinculación y transferencia, etc.

Con el paso del tiempo, ya entre docentes y estudiantes pululaba cierta *expertise* básica en el manejo del Campus Virtual y en el habitar clases sincrónicas. Ya era tiempo de tejer nuevas formas de anidar en esas comunicaciones sincrónicas y asincrónicas. Docentes y estudiantes comenzaron, quizá sin darse cuenta, a construir colectivamente distintas estrategias que permitan nutrir los intercambios de enseñanza-aprendizaje de una mayor potencialidad, esa esencia activa que produce efectos inherentes a su propio proceso social. Por ejemplo, en mi caso como docente, un día se me ocurrió espontáneamente en los comienzos de una clase vía Google Meet comentar a las estudiantes y los estudiantes que muchas y muchos docentes estábamos con preocupación porque no podíamos conocerlos mejor y que, entre otras cuestiones, no podíamos recomendarlos-invitarlos para diferentes actividades que hacen a la universidad. Que era importante poder verlos, identificar nombres con rostros y voces, que era una manera de co-

nocernos más y mejor. Recuerdo esa voz, mi voz, potente, con pasión y preocupación a la vez. De golpe los cuadrados se encendieron casi todos. Fue increíble, casi que estaba en una clase presencial. Era una escena de pura fluidez, más intercambios entre teoría y práctica, circulaban más voces, más inquietudes. Era una trama amena, interesante, donde no se sentía el paso del tiempo. Y estos intercambios llegaron para quedarse.

La UNAJ sigue en marcha en la pandemia, con sus clases, sus proyectos de investigación, de vinculación y transferencia, normativas, resoluciones, etc., por mencionar algunas prácticas que hacen a la vida universitaria. Así el territorio varedense, incluidas sus zonas aledañas, con estudiantes, graduadas y graduados, docentes, no docentes, pymes y organizaciones sociales que articulan con la universidad en variadas actividades, etc., siguió pintándose de un pueblo activo a pesar de la COVID-19. Todas y todos parte de ese pueblo que pinta y abre las puertas a la universidad al decir de Benente Mauro (2018).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benente, M. (Comp). (2018). *La universidad se pinta de pueblo. Educación superior, democracia y derechos humanos*. EDUNPAZ.
- Lalulula (14 de febrero de 2020). *Donna Haraway: cuentos para la supervivencia terrenal*. https://lalulula.tv/cine/100076/donna-haraway-cuentos-para-la-supervivencia-terrenal?fbclid=IwAR2g8jKxS70NPNHHUFLdQmI-LMGwo6KNUiIP9fYfZ8ulbyVhNm68n_XbI6s

Relatos del Instituto de Ingeniería y Agronomía

EL DOCENTE QUE SE DOCTORÓ DE YOUTUBER

*Carlos Alliera*²⁰

Las noticias llegaban lejanas, en 2019 un misterioso virus estaba haciendo estragos en una ciudad china llamada Wuhan de la que por primera vez sentía nombrar. Las redes sociales nos acostumbran a noticias fatalistas, apocalipsis varios y teorías conspirativas que ya se transformaron en un entretenimiento haciendo que los Fox Mulder se multipliquen por todo el globo (o por todo el plano, según algunos...).

Uno que ya había escuchado del ántrax, del ébola, de la gripe porcina quizá no consideró la magnitud del suceso, el 2019 terminó en paz y se recibió al 2020 con la esperanza inexplicable que ofrecen los años redondos.

De repente, llamaron la atención las calles italianas desiertas, esto nos tocaba más de cerca, ¿se venía esto acá? Por lo pronto, el verano terminaba y ya me estaba preparando para iniciar un nuevo ciclo lectivo.

A punto de comenzar las clases, se nos puso el mundo patas para arriba, nos tuvimos que quedar en casa, salir a hacer compras parecía una aventura, barbijos y alcoholes en gel se transformaron en elementos indispensables. En la universidad, incertidumbre, inicio de clases suspendidas en algún caso, reuniones por Zoom o similares para coordinar modalidad de trabajo, una incertidumbre que amplificaba todos los miedos habidos y por haber de que el año se perdiera, y recién era marzo.

²⁰ Docente de las asignaturas Matemática I y Matemática III, dictadas para todas las carreras del Instituto de Ingeniería y Agronomía.

Yo había hecho un curso de tecnologías de la información y la comunicación (TICS) en 2018, estos cursos que uno hace para mejorar su perfil para los concursos, que dictaba un tipo de sonrisa gardeleana al que no le comprarías un auto usado. Esa fue mi primera experiencia con un examen en el Campus Virtual, noté que era una herramienta desaprovechada y que la materia que yo dictaba le daba un uso simple, como de página web o de blog. Quien diría que me iba a servir con el tiempo.

LA VIRTUALIDAD EN LA UNAJ

Finalmente hubo que arrancar el cuatrimestre, el trabajo se metía en la intimidad de nuestras casas porque los docentes cargamos con la responsabilidad tácita de poner la cara en cámara.

En la UNAJ yo debía dar Matemática III (¡y encima me tocaba debutar en la materia!). Por suerte yo ya había tenido algún vínculo con los campus virtuales, aun así tuve que descubrir muchas funcionalidades que desconocía, lo que me hace destacar a aquellos colegas, muchos de la *vieja guardia*, que no tenían manejo previo de campus virtuales y tuvieron que adaptarse sorpresivamente a una realidad nueva.

Hubo que organizar la materia a través de reuniones por Zoom, videollamadas o mensajes de WhatsApp. Las dudas fueron el nivel de atención que iban a tener los alumnos en clases virtuales, cómo nos íbamos a dar cuenta de que estaban al día con la materia y, por supuesto, ¿cómo los íbamos a evaluar? (asegurándonos de que no se copien, claro).

En el primer cuatrimestre pandémico, optamos por no tomar examen y calificar mediante la resolución de trabajos prácticos. Se pudo dar un 60% de los contenidos, con suerte. Aun así, hubo casos de gente que, durante el cuatrimestre demostró muy poco manejo de los contenidos de la materia, pero tuvo un desempeño descollante en la etapa de recuperación de los trabajos prácticos (ojalá haya sido por esfuerzo y mérito propios). Rumores acerca de exalumnos de la materia que ofrecían resolución de trabajos y hasta de exámenes a cambio de dinero nos habían llegado, lo cual incrementaba nuestras preocupaciones.

El segundo cuatrimestre, gracias a un colega que nos lo sugirió, agregamos una instancia de examen relegando los trabajos prácticos a un rol secundario, aunque eran necesarios para acceder a este examen único de fin de curso. La falta de una evaluación en el primer cuatrimestre de 2020 nos generó dudas acerca de la asimilación de contenidos.

Algo que puse en práctica en esta etapa fue el uso de videos explicativos de las clases. Mi propio canal de YouTube (que hasta ese momento solamente utilizaba para visualizar contenidos) ahora me iba a servir para generar material para mis alumnos. De esta manera, comencé a grabar mis clases, a hacer videos cortos explicando algún ejercicio o tema puntual. Esta herramienta educativa la llevé a cabo en distintas materias que doy y el grado de aceptación ha sido alto. Para ello he combinado las explicaciones con diapositivas que he armado a tal fin. Otros fueron videos tomados con el celular sobre una plataforma de vidrio filmando mi mano mientras escribía las cuentas en papel; aunque menos sofisticados, estos videos han sido recibidos con beneplácito por los estudiantes, se dice que el hecho de *ver escribir matemáticas produce una mejor asimilación de los contenidos que con la muestra de sucesivas diapositivas*, a pesar de que nunca pude verificar este hecho.

Estos videos, que enriquecieron mi canal de YouTube (ahora puedo decir que tengo uno), además de todo el material generado en diapositivas y ejercicios adicionales, son un material a reutilizar una vez que se vuelva a la *normalidad*. Estos recursos, junto a las utilidades cuyo uso comprendí del Campus servirán para enriquecer futuras cursadas. No es desechable lo producido por todo el trabajo invertido, a veces hasta más extenuante que en la etapa prepandémica. En materia didáctica no fue tan malo lo que nos pasó.

Con el examen quedó la idea de que los contenidos mínimos de la materia se pudieron asimilar mejor, aunque la proporción de aprobados sobre inscriptos era bastante baja. Esto echaba por tierra algunos mitos, como el de creer que la *facilidad en hacer trampa* con el formato virtual era mayor. También recibimos gente que ya había cursado Matemática II en la virtualidad y supusimos que eso generaba ciertos “baches”.

El tercer cuatrimestre de virtualidad comenzó con el mismo formato que su inmediato antecesor, creí que iba a trabajar menos dado que iba a aprovechar los recursos generados durante 2020, pero había temas poco preparados, sin videos o sin diapositivas que tuve que hacer. Además, el hecho de usar los encuentros por Zoom para consultas y resolución de ejercicios antes que para explicar los temas (los cuales podían ser leídos desde el Campus y la bibliografía) no tuvo buenos resultados, al menos en mi comisión. Terminó rindiendo el parcial una sola persona que, en circunstancias normales no hubiera aprobado, pero valoré su perseverancia. Tuve que hacer catarsis con mis colegas. ¿Entré en crisis?, ¿lo que parecía una hazaña en 2020 mostraba signos de desgaste en los alumnos y en mi manera de dar clase? Quizá sí. Notaba que la gente abandonaba la materia sin pelearla, casi como si el cansancio de este contexto pandémico conspirara contra la cursada.

En este tiempo tomamos finales con instancias escritas y orales que mostraron un rendimiento dispar, quizá mejor en los remanentes que habían hecho la materia presencial hasta 2019.

El actual cuatrimestre surgió con una variante, quizá a instancias de *mi crisis*, se propuso un *parcialito* en la mitad del cuatrimestre para que la gente se comprometa con la materia, un solo examen al final de la cursada quizá generaba cierta relajación del alumnado por los tiempos extensos hasta llegar a una instancia de evaluación en un momento del cuatrimestre donde quizá primaban otras urgencias de otras materias. Este cuatrimestre coincidió también con la vacunación masiva y una expectativa de un 2022 con un grado de presencialidad más relevante. ¿Esto podría hacer que mucha gente abandone la materia aguardando una pronta cursada presencial? ¿La cursada virtual, en teoría más fácil, se había convertido en un cuco? Afortunadamente el parcialito rindió algún resultado y la materia finalizó con un nivel aceptable de cursantes.

Esta experiencia nos marcó a fondo a todos, influyó en todas las actividades y en muchos casos, nos enriqueció. Este material no es un contenido de emergencia, el profesor *youtuber* relanzará su canal *cuando se vuelva...*

UN GRUPO *AL DENTE*

Lorena Baum²¹

Tras seis años trabajando como docente en el Instituto de Ingeniería y Agronomía de la UNAJ, el primero de marzo de 2020 incorporé una tarea más, una tarea nueva, una tarea que me resultaba desafiante y supermotivadora. Comencé a desempeñarme como coordinadora del área de las Materias Comunes del Instituto.

Generamos una primera reunión con los coordinadores de las materias del área (a algunos los conocía desde hace décadas, a otros solo de vista en los pasillos), un par de reuniones más con las subramas (las materias duras y las materias blandas esperando, como le escuché decir a Dora Barrancos alguna vez, construir materias *al dente*). Con una propuesta clara: la de armar un espacio común, democrático, pedagógico, de debate. Una propuesta de laburo que tal como estaba planteada duró, muy poco, veinte días.

La pandemia y la virtualidad hicieron que construyéramos ese espacio de golpe. De un día para otro y en un grupo de WhatsApp. Y desde ese espacio se trataban de resolver no los problemas originalmente planteados, sino los nuevos, los impensados: el Campus Virtual, las tareas, los cuestionarios, ¡escribir en lenguaje matemático en los foros! (todavía hoy tenemos problemas con eso), les pibes que no pueden entrar, les profes que tienen problemas de conectividad o con la tecnología, las cosas que no andan (¡nunca andan!), los miedos propios y ajenos. Doce coordinadores, casi cien profes, intentando arrancar el cuatrimestre.

²¹ Coordinadora y docente de la asignatura Matemática III, dictada para todas las carreras del Instituto de Ingeniería y Agronomía.

El grupo de WhatsApp se convirtió en una parte importante de la vida cotidiana. El cuarto habitante de la casa encuarentenada.

Rápidamente entendí que yo no coordinaba nada. Les profes tiraban problemas y soluciones todo el tiempo. Pocos conocides para mí, aún menos conocides entre ellos, todas las barreras habidas y por haber quedaron atrás. Íbamos a sacar esto adelante, no sabíamos cómo, no teníamos ni idea del cómo, pero lo íbamos a hacer. Una profe tenía experiencia en la virtualidad. Otres en programación, en audiovisuales. Todes explorábamos el Campus Virtual, las aulas, las distintas plataformas de videoconferencias, los formatos convenientes para distribuir materiales. ¿Si hacemos esto se rompe alguna norma? Pensémoslo, planteémoslo. En colectivo, siempre.

Del otro lado, cuatro mil inscripciones. Cincuenta y seis de ellos en mi comisión. Ese otro lado, el lado fundamental. El de docente.

¿Por qué tengo tantos alumnos?, ¿siempre hubo tantes?, ¿cincuenta y seis? Repaso la lista de inscriptes una y otra vez, busco algune conocide. De las materias que supe dar antes, algune recursante... Busco cómplices.

Une cómplice que me ayude a encarar la primera clase.

Como soy ansiosa, la primera clase es el lunes. El primer lunes.

El JitsiMeet no funciona. Bah, quizás sí. Pero intento conectarme desde la computadora y el teléfono a la vez (el teléfono apuntando a mis manos porque tengo que poder escribir, al fin de cuentas esto es matemática) y no me funciona. Un estudiante me ofrece armar la videoconferencia desde la cuenta de la empresa para la que trabaja. Otra sugiere que vayamos a Facebook y que en vez de hacerlo sincrónico vaya subiendo videítos cortos para que ellos los vean. Otre me explica cómo hacer eso. Todo en tiempo real.

Y por ahí fuimos. Juntas. Juntas todes. Les pibes, les profes.

Me remonto al primer cuatrimestre de 2020 y pienso en la comunión. En la común unión como le gustaba decir al enorme padre Luis Farinello. La común unión, sin atajos.

Pienso también, y dudo, en cómo terminar el relato.

Miro de reojo el celular. Me doy cuenta de que el grupo de coordinadores es el único grupo que no tengo silenciado. Esta es semana de finales, así que todes hablamos de eso. Un profe dice “Bastante buen examen, son cosecha 2020”, otra contesta “Algo habremos hecho bien”.

PONER UN ESPEJO PARA RECUPERAR EL DESEO DE APRENDER

Carla De Simone²²

Para Silvia, siempre motivando a compañeros y docentes.

Y llegó la pandemia, lo cual se sintió como naufragar en una isla lejana con mis tres personas favoritas en el mundo. Mi hijo menor, de dos años, se veía feliz de estar todo el día con su mamá y su papá. Mi hija mayor, en ese momento con nueve años, entendía que algo pasaba y se daba cuenta de que nosotros no teníamos ni una explicación ni una respuesta, y la vi, con una gran tristeza y orgullo, convertirse en adulta de golpe. Traumáticamente, por supuesto, como cuando los niños se ven obligados a enfrentar algo para lo que no estaban preparados. Como mi esposo tenía el 80% de los factores de riesgo que se conocían, mi hogar se convirtió en una autoclave.

En la universidad, nos avisaron un mes antes de su comienzo que el cuatrimestre iba a ser totalmente virtual. Yo venía estudiando un poco sobre educación virtual desde el 2013 y había hecho algunos cursos bajo esta modalidad. Empecé a planificar mis clases, con una total incertidumbre. ¿Funcionará el aula virtual de la UNAJ? Plan B, armé también un aula virtual en Google Classroom. ¿Se podrá sostener una clase?, ¿cómo será la conexión? Plan B, hice videos de todos los temas que iba a dar en ese cua-

²² Docente de la asignatura Economía Agropecuaria I de la Tecnicatura Universitaria en Emprendimientos Agropecuarios y de las asignaturas Administración de Empresas Agropecuarias I y II de la Licenciatura en Administración Agraria y de la Tecnicatura Universitaria en Emprendimientos Agropecuarios (Instituto de Ingeniería y Agronomía).

trimestre, que sirvió también para cubrir otra contingencia. ¿Cómo van a leer los alumnos los textos desde un celular?

Por otra parte, me replanteé todo el proceso de enseñanza-evaluación. Los parciales fueron sustituidos por entregas de trabajos prácticos cada dos semanas, que luego se dividieron en fracciones más pequeñas semanales, para poder tener un contacto por semana. También usé rúbricas para explicar los parámetros de evaluación.

Mi primer objetivo fue sostener a los alumnos en la universidad, lo que ya de por sí en una situación normal es difícil y, en segundo lugar, lograr un aprendizaje efectivo. Busqué empatizar, ponerme en su lugar y usar todas las herramientas conocidas y desconocidas. Con una buena planificación, pero flexible, para no dejar a ningún estudiante en el camino. Aprendí a editar videos, las distintas formas de subirlos a YouTube, cómo mirar las estadísticas para ver si los habían visto o no y cuánto tiempo duraba la atención, así como a realimentar con esto el proceso de edición, ¡uff!, cansa solamente relatarlo. Aprendí exponencialmente en el proceso.

Los alumnos retribuyeron todo ese trabajo con producciones espectaculares, asistiendo a las clases, participando, consultando a toda hora, estudiando. Escribieron ensayos, resolvieron problemas, participaron en foros y Padlets, resolvieron Kahoots y problemas de distintos tipos, trabajaron en equipos, hicieron presentaciones. Entregaron los trabajos varias veces hasta que se entendieran bien los conceptos, de buena gana, siempre buscando mejorar. Y me demostraron que casi toda situación puede ser sobrellevada si se pone verdadero empeño.

Pero en el segundo cuatrimestre, los ánimos empezaron a caer, los estudiantes y sus familias empezaron a sufrir lo peor de esta pandemia, perder el trabajo, enfermarse y tuve el caso de una estudiante que falleció. Empezamos todos a sentirnos impotentes y atrapados ante esta situación que parecía no tener fin. Ahí apareció una oportunidad, con el área de Relaciones Internacionales de la UNAJ, de hacer una clase espejo, con una universidad de Colombia. Una clase espejo es una clase virtual

dictada por profesores de dos casas de estudios, donde se juntan también los alumnos.

Me anoté en uno de los cientos de formularios que llegaron en esta pandemia, sin ninguna expectativa particular, y un día me contactaron para una reunión. Con el profe Iván, mi espejo en Colombia, enseguida nos pusimos de acuerdo en armar una clase sobre cómo distintos sectores en nuestros países le agregaban valor a la producción agrícola. Yo armé una clase sobre los sectores de la soja y la vitivinicultura y él sobre fruticultura y floricultura en Colombia. Un par de reuniones y la clase estaba lista.

Arreglamos una fecha, lejos de los parciales para tener toda la atención de los estudiantes, y un horario, muy tarde para la Argentina, las 20:00. De nuevo planificando con incertidumbre, si a mediados de noviembre y después de un año tan duro, los estudiantes iban a querer conectarse tan tarde.

Un día antes de la fecha prevista, me enteré de que un huracán golpeaba Colombia. ¿Qué significaba para nuestra actividad?, ¿y para la vida de mi nuevo amigo y sus seres queridos? Por suerte todos estaban bien; me contaron que en Colombia los huracanes suelen azotar las islas y en general hay tiempo para evacuar. Nuestra actividad podría continuar sin problemas.

El plan de clase se distribuía en 20 minutos para cada uno y otros 20 para preguntas, cuestión que eran las 23:30 y los alumnos de ambos países seguían participando, preguntando y sugiriendo temas para futuras charlas. Un rotundo éxito no solo respecto a eso, sino que también fue un fuerte motivador para los estudiantes en un momento muy oscuro y difícil. Enseguida me di cuenta de que había sido un gran sacudón para los ánimos y la autoestima, ya que ese fin de semana me llegaron un montón de mensajes agradeciendo por la actividad. Las semanas siguientes, el presentismo (virtual por supuesto) aumentó.

A veces olvidamos que cosechamos lo que sembramos. Cuanto más esperemos de los alumnos y más les brindemos, mejor van a responder. Por supuesto que no se trata de humillarlos con el hecho de que sabemos más, eso es solo porque somos más viejos, pero lastima y no enseña

nada. En cambio, se puede enseñar y ejercitar cómo encarar temas cada vez más complejos, porque de eso se trata la vida profesional. Y tener el ánimo arriba y estar motivados es tan importante como manejar todos los conceptos del programa, porque el cerebro no funciona sin el hambre de conocimiento.

Lentamente nuestro país se va despertando nuevamente, las industrias volvieron a producir, los comercios a vender, los chicos volvieron a la escuela hace rato y los jóvenes están regresando a la universidad. La semana pasada tuvimos las primeras actividades presenciales y una alumna de primer año me dijo que se preguntaba si cuando entrara por primera vez a la UNAJ iba a sentir que esta era “su Universidad”. No sé si a ella le pasó, pero yo lo sentí cuando divisé el cartel mientras me acercaba por avenida Calchaquí y me inundó la emoción. A partir de allí, todo se volvió tridimensional de nuevo y mis estudiantes ganaron un nuevo atributo, la profundidad.

CUADROS DENTRO DE CUADROS

Nicolás Dzembrowski²³

*–Cuando los muertos lloran, es señal de que empiezan a recuperarse
–dijo el cuervo con solemnidad.*

*–Lamento contradecir a mi famoso amigo y colega –dijo el búho–,
pero yo creo que cuando los muertos lloran es porque no quieren morir.*

(Carlo Collodi, *Las aventuras de Pinocho*,
citado en Paul Auster, *Libro de la Memoria*).

Los eventos extraordinarios requieren acciones similares. La Universidad se modificó como respuesta a las medidas de aislamiento preventivo para mitigar los efectos de la pandemia de la COVID-19, para asegurar la continuidad de sus funciones. Durante la pandemia las actividades docentes en la UNAJ se virtualizaron y el aula se transformó en una(s) pantalla(s).

Redactar mi experiencia como docente de la UNAJ en pandemia es relatar, desde mi percepción, una experiencia colectiva en la que diferentes integrantes de la comunidad académica se organizaron rápidamente para garantizar la continuidad de las actividades de manera remota.

Luego del decreto presidencial que establecía el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO), nos comunicaron que las clases se darían de manera virtual, las reuniones entre nosotros pasaron a ser virtuales y nuestra cotidianeidad se encuadró en una plataforma de videollamada.

²³ Docente de las asignaturas Teoría del Estado y las Instituciones Públicas y Políticas Públicas de Transporte de la carrera de grado Ingeniería en Transporte (Instituto de Ingeniería y Agronomía).

También el resto de las cosas se encuadraron, la pantalla se volvió omnipresente.

Los primeros cuatrimestres dicto la materia Políticas Públicas de Transporte, en el Instituto de Ingeniería y Agronomía (IIyA). En 2020 me tocaba iniciar el año con el grupo de estudiantes con el que habíamos trabajado en el segundo cuatrimestre de 2019, en la otra materia que tengo a cargo (Teoría del Estado y de las Políticas Públicas). Es decir, que ya los conocía fuera de cuadro.

El primer acuerdo sobre el desarrollo de la cursada fue sugerido por las estudiantes y los estudiantes, quienes recomendaron la plataforma de videollamada que íbamos a usar, y así empezamos a encontrarnos entre correos electrónicos, el campus virtual y los cuadros. Creo que el hecho de ser un grupo con el cual ya nos conocíamos y que se conocía entre ellas y ellos facilitó el inicio y el transcurso de las clases en la nueva modalidad. A su vez, los temas que aborda la materia (referidos a la acción estatal en la intervención de las dinámicas del transporte) la situaban de manera presente en los acontecimientos que venían sucediendo.

Algunas estudiantes y algunos estudiantes continuaban trabajando de manera presencial porque su actividad se los permitía y otras y otros estaban en sus casas siguiendo la cuarentena. Recuerdo el caso de un estudiante que trabajaba en la boletería de una estación del tren Roca y que en varias oportunidades se conectaba desde su lugar de trabajo; el de otro, que lo hacía desde el coche volviendo hacia su casa; o ese que iba a la plaza porque desde allí tenía mejor señal. Durante ese curso, los cuadros estaban mayormente encendidos y la novedad de la virtualización se presentó como una continuidad de la presencialidad. Entre tanta incertidumbre, la certeza del encuentro semanal jugaba a nuestro favor.

Ese curso terminó hacía finales de julio de 2020, en ese momento los casos positivos, las internaciones y los fallecimientos a causa de la COVID-19 iban en aumento, la vacuna era una esperanza lejana y el encierro se hacía sentir en el ánimo de todos nosotras y todos nosotros.

Para agosto, la situación sanitaria se agudizaba y el arranque del segundo cuatrimestre traía para mí, la novedad de trabajar con un grupo de estudiantes que no conocía, aunque la mayoría de ellos se conocían entre sí. La diferencia entre ambos momentos se tradujo en clases sincrónicas en las cuales sus cámaras estaban apagadas, los cuadros se volvieron silenciosos haciendo que los efectos de la virtualización del proceso de enseñanza-aprendizaje dificultara reconocernos.

A partir de allí, enseñar en pandemia tenía que contemplar no solo las circunstancias propias de la virtualización, sino también la situación sanitaria en la cual nuestros estudiantes y nuestros estudiantes, familiares, amigas y amigos, también se enfermaban. Los números que se anunciaban en el parte epidemiológico por la televisión ya eran, lamentablemente, parte de la rutina informativa diaria y representaban la urgencia de continuar con las medidas de cuidado sanitario. Ninguna y ninguno quería enfermar, nadie quería que algún ser querido la pasara mal.

Mi experiencia de ser docente de la UNAJ en pandemia me deja la certeza sobre la importancia del trabajo colectivo. Fue de manera colectiva que pudimos sostener la cursada y las diferentes actividades académicas, con el esfuerzo de todas las integrantes y todos los integrantes de la universidad. A su vez, creo que transitar la pandemia de manera colectiva nos fortaleció para poder alivianar sus diversos efectos.

En algún momento y de alguna forma volveremos a retomar las clases en el aula, de manera presencial. Espero ansioso ese momento en el que nos (re)encontremos y nos acordemos de cuando éramos unos cuadros dentro de otros cuadros.

HISTORIAS QUE TRANSFORMAN

Ivana Passarotti²⁴

Pensar en la UNAJ me lleva a situarme en ese primer día, en el rol de docente universitaria, entrando por esas amplias puertas del edificio principal. Ese edificio que carga con tanto peso argentino, que al entrar cuenta su propia historia.

Nunca olvidaré esa impronta, ver un pasillo muy largo lleno de gente circulando, con un cielorraso del cual se desprendían cientos de pañuelos blancos, adornando todo el recorrido. Aquellos pañuelos de las madres y abuelas de Plaza de Mayo, ahora aquí, contando con ese simbolismo su incansable lucha de años. Quizá la misma lucha que tuvo que enfrentar el edificio que ahora recorría, un viejo laboratorio, viejo... pero en su momento, el primero en América Latina, arrasado por una oleada del neoliberalismo y que hoy es devuelto al pueblo, recuperado para ser convertido.

Con el correr del tiempo entendí que allí todos hablan, no precisamente con la boca, sino con la forma, los gestos y las posturas. El observar me enseñó y ¡vaya que me enseñó! Aprendí quizá a ser cautiva, paciente, a no juzgar... porque entendí que cada acción tiene un por qué detrás de cada historia.

Llegué allí luego de un tiempo de haberme recibido como arquitecta, profesión que pude lograr gracias al esfuerzo de mucha gente. Viviendo en el sur del país, con una familia de clase media, siendo la segunda de siete hermanos, sí, siete. Transitamos momentos económicos muy duros luego

²⁴ Docente de las asignaturas Sistemas de Representación, Planeamiento Territorial I y Planeamiento Territorial II de la carrera de grado Ingeniería en Transporte (Instituto de Ingeniería y Agronomía).

de la partida de mi papá por una enfermedad que terminó con su vida a una temprana edad, dejándonos con mi hermana menor de solo meses. No hubo tiempo de llorar, ya que todos debimos madurar de una manera pronta y cuidarnos entre nosotros, pero gracias al esfuerzo de mi madre, mis hermanos y el resto de mi familia, pudimos salir adelante y cada uno continuar con sus estudios.

No fue fácil estudiar lejos de casa, trabajar para poder solventar los estudios, pero lo logramos, es un logro compartido el que cada uno de nosotros tiene.

Al ver mis alumnos supe que muchos de ellos traían historias similares o quizá peores. Pude reconocer en sus gestos, en sus llegadas tardes, en su apartamento y hasta en su indiferencia o autoexigencia, que debían ser escuchados. Y así fue, quizá sin preguntar, sin hablar, llegamos a conectarnos y a entender qué es lo que necesita el otro. Miles de historias me vienen a la cabeza.

La historia de ella me marcó mucho, siempre llegando tarde, se perdía gran parte de la teórica que era dada al inicio de la clase y que luego les serviría para realizar la práctica, en lo que restaba de tiempo de cursada. Al llegar se sentaba y me pedía que lo repitiera para poder resolver el trabajo. Después de varias veces, le llamé la atención pidiéndole que llegara a horario como sus compañeros, ella en ese momento no me dijo nada, pero al finalizar la cursada me esperó afuera para contarme que sus llegadas tardes eran debido a que su hijo de seis añitos entraba en el mismo horario a la escuela, siempre lo acompañaba a la parada de colectivo para asegurarse de que subiera y poder indicarle al chofer donde lo debía bajar, pero la última vez el chofer no lo hizo y el nene no llegó a la escuela. A partir de ese momento, empezó a acompañarlo a su hijo hasta la escuela y desde ahí partía a la Universidad. Desde ese momento di vuelta la clase, los primeros minutos clase de consulta (antes los dejaba para el final) para luego seguir con la teórica (esperándola a ella) y continuar con la práctica. Su historia me conmovió profundamente, pero más me dolió mi actitud, de llamar la atención sin preguntar que había detrás.

Otra historia es la de él, un joven tímido, que iniciaba su carrera de ingeniero, siempre aislado, como si quisiera estar excluido en el aula de informática. El primer día de clase había que encender las computadoras, esas viejas computadoras con CPU que hoy muchos desconocen. Él no se movía, aunque yo repetía la consigna, pero no se movía, seguía erguido sin apartar sus ojos del suelo. Me acerqué, lo fui haciendo yo relatándole el proceso. A partir de allí todas las clases fueron iguales, siempre a su lado, marcando el paso a paso a la clase desde ese lugar, con mi mano sobre la suya para guiarlo en la complejidad del uso del ratón, con sus tantos botones. Así fue que, sin hablarnos, llegó el fin de la cursada y él pudo salir por la puerta del aula no solo dibujando y utilizando una computadora, sino erguido y sonriente.

Estas historias y tantas otras me llenan y me transforman en lo que hoy soy, en lo que nunca imaginé ser. Y sin dudas ellos son los que me enseñaron a enseñar.

La pandemia me encontró a un mes de iniciar las clases, dictando Sistema de Representación, una materia común para todas las carreras de ingeniería. Teníamos muy poco tiempo para rearmar todo el programa, una verdadera carrera contra el tiempo. Mi clase, una comisión de treinta alumnos, era dictada los días lunes. Se propuso utilizar el Campus Virtual de la Universidad y trabajar con ellos de manera asincrónica, la propuesta no me conformó, ¿cómo enseño a dibujar enviando a mis alumnos solamente un archivo PDF? La materia normalmente se dicta en un aula de informática con pizarrón, allí los chicos aprenden a dibujar, primero de manera analógica y luego de manera digital.

El fin de semana previo indagué las plataformas existentes para estar de manera sincrónica con mis estudiantes. El correo electrónico fue mi primer acercamiento, allí relevé datos sobre el tipo de conectividad y las plataformas que ellos tenían.

Armé comisiones según sus posibilidades, por Skype, Zoom, entre otras, fui probando todas, armando grupos reducidos repitiendo la misma

clase una y otra vez el mismo día, hasta que me habilitaron el Google Meet institucional y ahí puede unificar las subcomisiones creadas.

Para la enseñanza tomé el pizarrón de mi hijo, armé maquetas de cartón y agarré juguetes de mi hijo (piezas de madera, rastis, etc.) para crear figuras en las que ellos debían observar y plasmar lo que veían, una figura de tres dimensiones en un papel que solo cuenta con dos dimensiones, para ello empleaba la pizarra para dibujarlo y así enseñar los sistemas de representación.

El primer cuatrimestre fue agotador, la lluvia de consultas por correo electrónico de lunes a lunes, sincronizar las actividades virtuales con toda la familia, no solo de tiempo y lugar, sino la problemática de compartir la misma computadora, sumado al estrés y el miedo por el contexto en que nos encontrábamos.

Y el pensar todos los días si esa era la forma correcta de educar, prueba y error. Los llené de actividades semanales en el Campus Virtual, paralelo a sus trabajos prácticos, apuntando a que no pierdan la continuidad y la comunicación, ni conmigo ni con sus compañeros.

Todas las clases les hacía compartir pantalla para que muestren sus trabajos, sus dibujos, yo en mi pizarrón les corregía.

Después de muchas clases, nos dimos cuenta de que lo que yo dibujaba en el pizarrón para ellos no era el dibujo correcto, ya que quedaba espejado por la pantalla de la computadora en la visión de ellos. ¡Un obstáculo más! A partir de ese momento tuve que empezar a realizar dibujos espejados en el pizarrón para que ellos pudieran ver el dibujo de la forma correcta.

Pasando unas cuantas clases los estudiantes recién se animaron a comentar esta situación y aprendí que debía dibujar de la forma en como ellos vieran la forma real o correcta representación.

Así fue como siendo docente entré en sus casas, quizás en sus vidas por un cuatrimestre, escuchaba a sus familias de fondo, sus historias, los difíciles momentos por los que atravesaban, historias que necesitaban ser oídas y ser apoyadas por profesionales con los cuales me encargué de contactar

dentro de la Universidad. Historias que no dejaban de sorprenderme y angustiarme al ser oídas o leídas en un correo electrónico.

Por un lado la virtualidad me pareció un espacio bueno porque tuve un reconocimiento y devolución de los estudiantes, resultaron muy contentos de esto; es gratificante saber qué piensan ellos una vez que finaliza la cursada, hasta el momento en la presencialidad no había sucedido ese un ida y vuelta plasmado en un papel virtual.

Algunos mensajes enviados por correo electrónico:

¡¡Buenas tardes, profe!! ¡¡Muchas gracias, usted tiene una manera muy linda de explicar!! Seguramente le voy a escribir cuando vuelva a Buenos Aires y compre una PC por el Autocad, pero igualmente voy a estar en la clase que viene. ¡¡Muy agradecido!!

*Buenas tardes profe, ¡muchas gracias por la devolución!
La próxima semana a las 15 hs me conecto para la clase de Autocad.
Muy organizadas sus clases y explicaciones sobre todos los temas, muchas gracias.
Saludos.*

Muchas gracias PROFE y buen finde y gracias por TODO 😊😊

*Hola Ivana. ¡Muchas gracias!
Muchas gracias por todo. Ha sido un placer cursar la materia a pesar de las circunstancias y aprendí un montón.
Que tengas unas muy felices vacaciones vos también.
¡Saludos!*

Y allí estaba yo, entrando a un nuevo mundo, quizá por casualidad, quizá por necesidad... pero hoy, por elección.

SOBRE UNO DE LOS REDESCUBRIMIENTOS DEL VUELO

*Joaquín Piechocki*²⁵

Traía una sospecha al respecto de la frase “El tiempo pasa y nos vamos poniendo tecnos”. A esta frase la había ideado Tom Lupo. Después, Luca Prodan la usó para poder cantar *Años* de Pablo Milanés, según su propia explicación. Tenía pendiente descubrirla, hacerla emerger de su latencia.

Cuando la pandemia se evidenció en las formas de mi trabajo lo primero que hice fue subestimarla: en su duración y en sus efectos. Me dije que pronto iba a volver a la rutina del aula, con los rituales que me tenían a mí como docente.

A pesar de que mi profesión tiene que ver con el mundo tecno, traía un largo anecdotario de pequeñeces contestatarias. Algunas de ellas, simplemente aparecían sin control, aun cuando se presentaban los momentos de estar absorto dando clases.

Me había recibido de ingeniero aeronáutico hacía un tiempo tal, que ya no podía pensarme sin ese trabajo. Me sumergió, junto con la cultura, en el tema de las máquinas. Me repetía en ese momento que la palabra ingeniero era una versión añosa de maquinista (de *engine*, que es “motor” en inglés, a *engineer*, que es “ingeniero”). Entonces, resultaba que, frente a la computadora, nadaba en las aguas de lo técnico, mientras protestaba con mis miniaturas sobre los efectos de lo moderno.

²⁵ Docente de las asignaturas Transporte Aéreo y Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs) aplicadas al Transporte de la carrera de grado Ingeniería en Transporte (Instituto de Ingeniería y Agronomía).

Así, entre estos dichos que traía conmigo y la pandemia, se habían instalado en algunas semanas las clases virtuales y el aislamiento social, con sus denominaciones y acrónimos.

Me gustaba ir a las aulas de la UNAJ: la instancia de los saludos y, al fin, la complicidad del aula. Algunas semanas antes, pensaba que dar clases desde mi casa era una buena oportunidad para vernos en el espacio privado, donde disfrazarse es un poco más difícil. Me imaginaba la posibilidad de la promoción de enfoques de enseñanza que se fugaran de la circulación de la academia.

Como primera respuesta de la experiencia, se me habían presentado las cámaras apagadas y el mutismo general, inundada de la voz de un docente sin eco. Ya había, en esos días, unas aplicaciones que oficiaban de lectores de PDF. Me dije, que a veces, los textos repetidos en voz alta, gesticulados, producían un ciborg.

Era viernes; y los viernes a la tarde dictaba una materia también asociada con la aeronáutica. Empezaba en ese justo momento. Me conecté. La puntualidad, como siempre, estaba principalmente empujada por la necesidad de tiempo. Era preciso para trabajar sobre los abundantes temas de mi programación, que empujaba a ocupar todo el espacio que pudiera. Me tensaba sentir eso que faltaba, así que apreté un poco los dientes.

Los primeros minutos pasaron sin asistentes. Al principio fue un respiro de concentración; para mudar de piel y volver al aula virtual. Me sentía implicado, que era como definía íntimamente a la docencia. También intuía que no sabía en qué sentido esto era así, pero que ocurría.

Vi un cuadrado en la pantalla que se encendía: se sumaba un estudiante justo en el momento que más lo necesitaba. Continué en silencio, pero bajo la tormenta fónica de pensar. Esperamos algo más; así que me tomé dos o tres mates con lentitud teatral, como para alejarlas.

Entonces, inicié a la actividad del día, asumiendo que iba a ser una charla uno a uno, que de por sí me desacomodaba. Pasé por los lugares comunes del inicio de clases, los anuncios, la hoja de ruta, el situarse. Fue

para terminar esa instancia que le hice una pregunta simplísima, asociada a la materia que dicto, que se llama “Transporte Aéreo”.

—¿Viajaste alguna vez en avión?

Miré al rostro visible y en píxeles, que se mantuvo inexpresivo. Como la respuesta se demoraba, no iba a llegar, se me ocurrió corregirla. Tuve la esperanza de no haber sido escuchado, mientras me sentía arrastrar por la sospecha. Fue una sorpresa.

—¿Estuviste alguna vez en un aeropuerto?

Me respondió que no, en una síntesis que impactó por su sencillez. Con sincronismo, vino mi vergüenza. También eso fue revelador.

Me dio la clave para justificarme y decirle que la curiosidad me había inspirado la pregunta; que no necesitábamos de eso para estudiar transporte aéreo.

Me había venido a la cabeza el rechazo que sentía por el argumento de autoridad. Sobre todo, ese que se suele valer de la experiencia para darle vida a la segregación de la academia. Una vuelta, cuando estudiaba mi carrera de grado, presencié cómo un profesor le decía al compañero que tenía al lado, que no tenía lo que había que tener para ser ingeniero, que buscara otro destino. Mi impresión había sido la de un tono de voz grave y serio, donde escondía su gusto por la escena. Una variante más del recorrido de ese empuje por escindir.

Podría haber hecho otra cosa en ese momento, como, por ejemplo, una humorada por el absurdo, y reírnos juntos por las cosas que aceptamos. Pero preferí callarme unos segundos.

La charla no quedó en esa negativa, ya mutada en silencio. Cuando seguimos con el tema que había preparado para la clase, porque no había tiempo que perder, él preguntaba por aquello que tenía que ver con la experiencia. ¿Cuán grande era esto o aquello?

—Ezeiza tiene un ancho de pista de 60 metros entre bordes, después siguen los márgenes, y después una zona preparada que se llama franja. Entre todo es más que una manzana de ancho—le dije.

Me sacó del programa, preguntándome por qué los aviones hacían una cosa o la otra, como si tuvieran una vida propia.

Volar era tan lejano, como tomar el rol de profesional. Le pregunté, un poco después, si le parecía que siguiera con los contenidos del curso, y me dijo que sí, que siguiéramos como hasta ese momento. No le dije que no me refería a eso. Callé.

Sentí la desconfianza hacia esa forma de implicarme que traía, y me dejé llevar por la insistencia. Se abrió el intento imaginario de la experiencia, de recorrer lo que otros habían pasado como un juego de disfraces, de aventura. Me sorprendió mi propio entusiasmo, que me reencontraba con una forma de hacer. Estábamos solos, nosotros dos, a través de las pantallas por las que nos veíamos. Creo que percibimos que algo del vivir nos conectaba, aún en esa lejanía.

Después de despedirnos, me pasó igual que cuando daba clases en el aula, sentí un estado residual de mí. A veces era como que me sacaran pedazos. El único estudiante había asistido a una teatralidad que quitaba el velo a otras.

Se me vino a la cabeza una imagen antigua, alguien recitando para que otros copien, sobre un pupitre elevado. En esa visión no había nadie en la cátedra, solo yo como un aspirante enclenque de cardenal.

Después, recobré aquella experiencia de imaginar, que producía sus efectos, como un descubrimiento. Cuando miré hacia la pared de mi casa, reconocí que estaba ahí mismo, frente a la pantalla.

EDUCAR EN 3D A DISTANCIA: MODELO PARA ARMAR²⁶

Valeria Sararols²⁷

Hay muchas maneras de atravesar una pandemia. Ninguna saludable, aunque en mi caso, me considero una afortunada. En el primer cuatrimestre de 2020 nació mi bebé en medio de la incertidumbre que generó la pandemia de la COVID-19. Fueron meses en los que nos atuvimos al aislamiento general producto de la situación particularísima en la que nos encontrábamos.

Mi pareja empezó a dar clases, porque también es docente, y fue entrando de a poco en tema, descubriendo qué es un enlace de Google Meet, un Google Classroom, un encuentro sincrónico o asincrónico en la virtualidad. Yo escuchaba de lejos algunas de esas palabras nuevas. Cuando me reincorporé en el segundo cuatrimestre, todos parecían estar en pleno dominio de las nuevas herramientas acordes a esta situación inédita, y me costó ambientarme.

²⁶ La narración “Educar en 3D a distancia: modelo para armar” fue un proceso que comenzó con una primera entrevista virtual realizada y grabada por Google Meet, por el docente y la docente del Taller de Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas de la UNAJ, donde me solicitaron que les cuente mi historia como docente universitaria y el modo en que había transitado el dictado de mis materias en pandemia. Luego me compartieron una transcripción y seleccionaron los contenidos de mayor interés para seguir puliendo. Finalmente, con base en los contenidos seleccionados escribí esta narrativa. Fue un proceso nuevo para mí y muy enriquecedor, agradezco a todo el equipo por contactarme y hacerme partícipe de esta experiencia.

²⁷ Docente de la asignatura Diseño Bioindustrial de la carrera de grado Bioingeniería (Instituto de Ingeniería y Agronomía).

El campus de la UNAJ me parecía un laberinto. ¿Cómo se abre esto?, ¿desde dónde?, ¿cómo llegar adonde debo? Todos ya habían transitado esta etapa y yo llegaba muchos meses después. Cuando volví de la licencia, tuve que quemar etapas.

Lo que más me costó y me sigue costando de la virtualidad es conjugar en un mismo espacio la cotidianeidad del hogar con la cotidianeidad laboral. Que la totalidad del trabajo se reduzca a sentarse en la computadora de mi casa no fue tan sencillo como lo imaginé. Me acuerdo que la primera vez que me conecté al enlace de un Google Meet pensé que una hora no iba a ser tanto tiempo, pero con un bebé se empiezan a hacer malabares para que no se note ninguna falta de profesionalidad (entendiendo por esta falta la intromisión de la vida íntima en la función docente). Con la pandemia (y su consecuente cuarentena), al difuminarse los límites entre lo laboral y lo hogareño, me quedó la sensación de que se le dedican más horas al trabajo, pero de manera más distendida en el tiempo, casi sin límites de horario, más desordenadamente y con más distracciones. Se juntaron varias cosas en un mismo espacio, pero con el tiempo se fue relajando la tensión de tener todo por aprender.

Por ejemplo, una vez a la semana dictaba la materia Diseño Bioindustrial de la carrera de Bioingeniería. En esos lunes necesitaba de dos a tres horas para estar sentada sola frente a la computadora y hablar, pero me llevaba toda la semana preparar pizarrones virtuales, presentaciones, videos tutoriales de cada clase.

Fueron semanas de entrar y volver a entrar a investigar los territorios del Campus, los Classroom, las distintas plataformas de encuentros sincrónicos. No solo aprender cómo se usaban, sino además preparar la asignatura en la completa virtualidad. Tuve que pensar cómo desarrollar la parte práctica, que es con el uso de programas: por ejemplo, realizando ejercicios en vivo mientras los estudiantes me iban siguiendo desde sus computadoras, previa instalación de los programas, y luego con impresoras 3D, donde la propuesta fue que ellos sigan todos los pasos de configuración de archivos para luego imprimirlos con mi equipo y enviarles las piezas.

Por otra parte, uno de los mayores miedos que tenía era que los estudiantes no dispongan de computadora para instalarse los programas de modelado 3D, segmentación y configuración de parámetros de impresión, pero pudimos resolver con cada uno los distintos obstáculos y lograr que trabajen autónomamente. En este sentido, creo que uno de los aspectos que evidenció la situación pandémica es que no todos estamos en las mismas condiciones para elegir cómo afrontarla. La virtualidad, independientemente de algunas simplificaciones que nos otorgue, no siempre es tan accesible y, por lo tanto, no resulta inclusiva para todos. La diversidad de condiciones en las que cursan los alumnos, muchas veces pasa desapercibida en la presencialidad. Por ejemplo, un alumno tenía problemas para acceder a la red, otro tenía una *notebook* sin mouse (sin el cual es muy difícil trabajar en determinado programa), y tuvo que conseguir uno. Como esas, fueron surgiendo diversas situaciones que se resolvieron buscando programas más accesibles, más livianos o libres, y que además en cierta forma generaron un acercamiento con la cotidianeidad extraacadémica del otro.

En esta misma asignatura solemos utilizar tres programas: con el primero se realiza el 80% de la segmentación de un estudio médico, luego en otro programa se refinan los detalles y, por último, con un programa específico se configuran parámetros de impresión (velocidad, temperaturas del material, altura de capas). En la presencialidad, el proceso era el mismo, pero los alumnos imprimían por fuera de la hora de clase, en un espacio de impresión en la UNAJ.

De cualquier manera, por más que ellos no tuvieran contacto con una impresora 3D en la virtualidad, lo importante fue programar cómo lo iban a imprimir. Sabiendo que podían construir las piezas con mi impresora, ellos configuraron todos los parámetros y a mí solo me restó poner la tarjeta de memoria en la máquina y apretar el botón “Aceptar”.

Trabajo aparte fue pensar y organizar el modo en que cada uno podía hacerse de su pieza impresa. En un momento, una estudiante estaba haciendo una práctica en el Hospital El Cruce y ofreció un espacio de encuentro para la entrega. En ese marco de exclusiva virtualidad, me parecía

importante llegar a tener algún tipo de encuentro material como producto final de la asignatura y les envié allí las vértebras modeladas por ellos mismos e impresas en 3D para que pudieran explorarlas, sacarles el material de soporte y armarlas.

Más allá de que estaban contentos cuando recibieron las piezas, la experiencia de utilizar los distintos equipos de impresión 3D en la presencialidad no se reemplaza. Son encuentros que nos quedaron pendientes y que recuperaremos cuando podamos volver a encontrarnos en la Universidad. .

Este es uno de los casos pedagógicos que puedo relatar de mi experiencia docente durante el acontecimiento mundial que nos irrumpió.

Con el tiempo me agilité en el uso de estas nuevas herramientas de la virtualidad. Incluso descubrí empleos nuevos, programas nuevos y otras maneras de desarrollar mi actividad docente. Aunque me parece que es necesario resguardarse un poco más de la permanente exposición a que nos vemos obligados trabajando en pandemia, siento que me *contagió* tanto esta nueva cotidianeidad laboral que quizás ya no me veo volviendo a una docencia de presencialidad plena, o al menos dejando de tener en cuenta algunos dispositivos propios de la virtualidad.

En suma, veremos con qué presencialidad nos encontramos luego de haberse instalado esta nueva normalidad. Porque, si bien la realidad virtual (y su conectividad *full-time*) acertó distancias, fracasó en el intento de reemplazar la presencia del cuerpo. Por supuesto, tengo curiosidad por volver a revincularme con la institución y ver en qué fueron transformadas mis prácticas docentes por la virtualidad.

CLIC

*María Florencia Tavarone*²⁸

Y llegó una pandemia que me sacudió, pensaba cómo sería transmitir conocimiento a través de una pantalla de computadora, fría y estática, en un contexto tan desfavorable e incierto; y todo ello mediante un solo clic.

Quedaba atrás transitar por los pasillos del Instituto de Ingeniería y Agronomía (IIyA), la huella digital de entrada, subir los cuatro interminables pisos del edificio Eduardo Mosconi, los fibrones de pizarra y los dedos borrador, el mate de acompañamiento con alumnos.

Tan abrupto como el comienzo de este relato, el inicio del primer cuatrimestre del 2020 en el Campus Virtual de mi querida UNAJ era inminente. Había escuchado su existencia, pero nunca interactuado. Fue entonces que, a tan solo unos días del comienzo, tuve acceso. Carrera vertiginosa para las primeras cargas de los materiales de Matemática II y Matemática III, donde soy docente los miércoles y viernes en horarios contiguos, comienzo a las 8 y finalizo a las 16, con una pausa de una hora. Desde comienzos de marzo, ante la novedad de la llegada del nuevo virus, ya venía preparando videos *amateurs* creados con muchas ganas y dedicación junto con herramientas de grabación de video y edición; un mundo nuevo para explorar y muy poco tiempo, ritmo ajetreado corriendo hacia algún lugar, que no sabía muy bien si me conduciría a los resultados esperados.

Una semana antes del comienzo formal del cuatrimestre, ya estaba en contacto con mis alumnos de ambas materias, con múltiples propuestas alternativas para el primer encuentro por si el Campus fallaba.

²⁸ Docente de las asignaturas Matemática I y Matemática III, dictadas para todas las carreras del Instituto de Ingeniería y Agronomía.

Comenzaron las clases y ante la incertidumbre, el desenlace menos esperado (aunque muy probable), se cayó el Campus; el plan B debía ponerse en marcha, me sentí un instante abrumada. Luego recordé mi plan y allí fui a realizar mi primer *clic virtual* a cámara abierta, ¡cuántos circuitos de pantallas apagadas había!, pero me puse contenta y me dije a mí misma: “El cuatrimestre es mío”.

Luego de las primeras semanas, la incertidumbre comenzó a bajar, pero se sumaban otras: dar clases en el suelo de mi casa sobre la mesita ratona con vidrio donde apoyaba mi celular que funcionaba de cámara, enfocada en mis manos y un montón de hojas en blanco, fibras de colores y regla que me permitirían graficar rectas paralelas, secantes y alabeadas en Matemática 2 y números complejos en Matemática 3, estaba muy lejos de la pizarra o pizarrón de la Universidad y sus comodidades. Mi cuerpo daba los primeros indicios de que el suelo no era la mejor opción. Reuniones con los equipos de trabajo y allí lo que parecía una solución: la percha sobre una silla. ¡Qué maravilla!, el celular ya no estaba en la mesita, estaba sobre una percha, la cual, a su vez, se encontraba sobre una silla, que, a su vez, estaba sobre la mesa, ¡maravilloso!, nuevamente el cuatrimestre es mío.

Ya no recuerdo si fue la tercera o cuarta semana del comienzo de las clases y un grupo de alumnos de Matemática 2, en forma respetuosa me dice que no se veía bien la explicación, que no se entendía lo que escribía, que estaría bueno tener un pizarrón como el que tiene el profesor x. Dieron inicio las comparaciones, respiro profundo e intento finalizar lo mejor posible la clase. Empieza Matemática 3 y consulto a mi auditorio si se veía claramente el gráfico realizado, me dijeron que sí, pero no me quede conforme. La semana estaba en curso, me dispuse a mirar por internet la compra de un pizarrón, cotizaban en bolsa, ¡qué valores!, además de que pensaba en dónde lo colocaría en mi casa, dónde pondría la computadora, y... estando a un clic de la compra, colegas me comentaron de la tableta digitalizadora, un plástico pequeño que se conecta a la computadora mediante cable USB y funcionaba de pizarra. Respiré hondo nuevamente y cambié mi compra. Ahora sí iba a tener un pizarrón en cámara, y todo en unos cuantos clics.

La semana siguiente, la tableta fue un éxito, gráficos claros, integrales de volumen y ecuaciones diferenciales de primer orden paso a paso, pero cada vez menos gente en la videollamada. Empecé a preocuparme, dejé de ser un casete para preguntar durante la explicación del tema si tal o cual alumno si había entendido, y no obtuve respuesta y comencé a dudar si detrás de esa cámara apagada estaría alguien. Lo compartí con mis colegas, algunos en mi misma situación, otros mejor, otros peor, un abanico de posibilidades. Terapias grupales se suscitaban en distintos tiempos, múltiples estrategias que pensábamos y repensábamos dinámicamente.

Incesantemente intenté romper con mis moldes, y le puse el cuerpo y el alma hasta que me decía basta, no era ritmo acostarse a las 23:30 para levantarse 5:30 a más tardar para preparar el material, corregir, etc. En medio de todo ello, la maestra de jardín de mi hija de cinco años que, el día anterior (el cual estuve trabajando incesantemente y conectando simultáneamente a mi nena a sus clases) había mandado por Google Classroom: “Para mañana...”. Eran las 5:30 de la mañana y me preguntaba, ¿en qué realidad vive la maestra de mi nena? Y el cuerpo me dijo basta, el fin de semana internada en una clínica de la zona, la presión por las nubes. Ala semana siguiente, como si nada, el mismo ritmo, hoy puedo decir que, en ese momento, no aprendí nada.

Escuché historias de mis alumnos, de mis pares y mi entorno, cuántas lágrimas corrieron por mis mejillas, pero nada me detuvo, me superé día a día, porque pensaba que habría gente en mejores situaciones y también peores a mí, y yo no era la excepción, y recordé mi frase de cabecera: “hoy es un mal día, pero seguramente mañana será mejor”.

Y llegó el segundo cuatrimestre del 2020 y continuábamos en la virtualidad, nuevas reuniones, nuevos replanteos. El eje del debate se focalizaba en la copia de los alumnos en la instancia de evaluación en el cuatrimestre previo y pareció llegar una respuesta, la instancia oral; y así se planteó, pautas claras para los alumnos en el nuevo comienzo.

Comienzo caótico nuevamente, con el correr de los días se estabilizaba la vorágine de las primeras semanas, y con dicho correr, el descenso

estrepitoso de la concurrencia de los alumnos, lo cual me preocupaba de sobremanera, y el cuerpo me dijo basta por segunda vez, una inflamación en el apéndice y una operación que parecía inminente. Una semana de internación a suero y agua, pero me salvé del bisturí, nuevamente no aprendí nada y en octubre del 2020 una neuritis óptica que me desactivó.

A finales del 2020, ya se hablaba de los finales virtuales, otro relato...

Aprendí mucho en el 2020 en materia virtual y todo ese material generado lo ponía a disposición en este nuevo cuatrimestre, ya estaba en el primer cuatrimestre del 2021, las clases en el vivo eran más relajadas, aprendí que mi cuerpo no podía seguir con las exigencias de los cuatrimestres previos. Estaba en un terreno mucho más firme, los alumnos comenzaban a tomar la virtualidad como algo “normal” y la tableta resultó todo un éxito, allí el paso a paso en cada ejercicio me permitía rápidamente escribir y borrar, al igual que en el pizarrón de la UNAJ.

Me pongo ansiosa en mi relato, es el segundo cuatrimestre del 2021 y se empezaba a hablar del regreso paulatino a las universidades, incertidumbre nuevamente, como en el comienzo de la pandemia. Cuatrimestre raro, los alumnos están muy cansados de la virtualidad, la universidad es la casa y el trabajo también es la casa, todo en casa, hay una pesadez en el ambiente y el regreso ansiado es, para algunos, una complicación.

Hoy estamos a 5 de noviembre del 2021, luego de casi dos años de pandemia y tengo el enorme placer de contarles que el 10 de noviembre ingresaré nuevamente a la UNAJ. ¿Manos manchadas de fibrón de pizarra? Espero que sí.

Relatos del Instituto de Estudios Iniciales

HABITAR UN LUGAR AL QUE APENAS CONOZCO

*Julieta Astorino*²⁹

MARZO DE 2020: LA UNIVERSIDAD ES UN LUGAR QUE APENAS CONOZCO

¿Cómo construimos comunidad sin habitar el espacio?, ¿cómo enseñar a distancia?, ¿cómo crear filiación si ni siquiera yo pude “apropiarme” de la institución física?, ¿cómo transmitir la pertenencia? Esas preguntas sintetizan parte de las emociones y debates internos que tuve (y tengo) a la hora de encarar la enseñanza en la UNAJ.

El calendario académico de 2020 suponía grandes desafíos. La pandemia nos ponía a prueba: repensarnos y reinventarnos como docentes. En mi caso, además, suponía un desafío extra porque apenas tenía un año de experiencia en las aulas.

Con todos esos interrogantes encima me entregué a la tarea. Fueron momentos complejos, donde la sobrecarga laboral estaba siempre presente, donde los horarios se volvían difusos y donde el “ahorro del tiempo de viaje” se convertía en una falacia, porque ya no había límites y porque las tareas habituales consumían el doble de tiempo.

Sin embargo, el escenario no era tan desolador porque la institución, esa que apenas conocía, armaba redes para compartir experiencias, saberes, cotidianidades y hasta nuestros pequeños dolores. Grupos de WhatsApp,

²⁹ Docente de la asignatura Problemas de Historia Argentina, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

capacitaciones virtuales para el uso de las herramientas, reuniones virtuales para conocernos, presentarnos, acercarnos; brindis virtuales de fin de cuatrimestre. Sin conocernos realmente, ahí se tejían las redes, ahí se construía la comunidad. Sin copresencia, sin cuerpos presentes, pero sosteniéndonos al fin. Esa era mi institución o al menos la que yo estaba habitando de otras formas. Esa *banda*, esos compañeros con los que nos sostuvimos (y sostenemos) de principio a fin.

Ahora la cuestión estaba en cómo lograr esa sensación de refugio y contención con los estudiantes. Ahí el desafío era mucho mayor, porque no sabíamos mucho de ellos y ellas, solo eran un avatar porque en la mayoría de los casos ni siquiera tenía foto en sus perfiles del Campus Virtual. Correos electrónicos con mayor grado de personalización, Google Meets para encontrarnos, clases de repaso preparcial. De a ratos se hacía frustrante, pero no iba a claudicar. Les estudiantes agradecían las oportunidades, los encuentros, de alguna forma algo se había construido: frágil, líquido, pero ahí estaba. Otra forma de comunidad, peculiar, compleja y con sus límites. Recuerdo uno de los Google Meets previos al parcial (el cual no podía mostrarles) y donde los chistes respecto a esa situación se instalaban y les estudiantes pedían por el mismo o bromeaban respecto a copiarse. En ese contexto, el humor sirvió para acercarnos y para luego reforzar aquellas cuestiones que consideraba importantes previas al examen, y de alguna manera reflexionar sobre la importancia de tomar la palabra (escrita) y construir ideas propias. En ese momento, la comunidad estaba.

OCTUBRE DE 2021: LA UNIVERSIDAD QUE HABITO

Y un día me tocó habitarla realmente. Regresábamos a las aulas. Habían pasado 587 días de la última (y única vez) que había estado en la UNAJ. Por un ratito dejamos las pantallas atrás y el espacio físico nos estaba esperando. En mi cabeza había una listita de cosas: tiempos a calcular de viaje, el recorrido en el interior del campus (¡¡real!!), buscar el edificio y el aula que me habían asignado. Y además de esa listita, estaban los nervios

y las ansiedades que me recordaban a mis prácticas docentes. Al fin y al cabo, la situación tenía algo de eso. Soy la profe nueva. Por un ratito, las jerarquías en las que se sostiene el sistema se disuelven, comparto con mis estudiantes el hecho trascendental de no conocer la Universidad. Eso nos acerca, eso nos encuentra de otras formas. Y sentí que de alguna manera le daba otra fuerza al vínculo pedagógico, acercándome a ellos y ellas de otra forma, más “humana” o “real”, ¿tal vez?

La comunidad se volvía un cuerpo presente, esa que habíamos armado de poquito, de a ratos, de a retazos; allí estaba y en ese momento entendimos la trascendencia de habitar y ocupar el espacio físico, aunque sin negar la importancia de las redes virtuales que construimos para sostenernos.

Finalmente, el aula nos encontraba. La necesidad de romper la dinámica del plano que nos impone la virtualidad se hacía evidente. El pizarrón estaba allí esperando, impoluto. Marcador en mano y a comenzar...

ANTE LA EMERGENCIA DE LO INESPERADO: DEL VÉRTIGO A LA CONEXIÓN

*Ana Paula Castello*³⁰

PARTE I

No recuerdo si era fines de febrero o principios de marzo del 2020. Podría revisar la casilla de correo. Pero no es tan importante. El punto es que, por esas fechas, me llega un correo. Me proponen formar parte de la materia Prácticas Culturales. Voy a una reunión – todavía presencial– en la UNAJ. Buenísimo, arrancaríamos en un par de semanas. Emoción. Vértigo.

Habrán pasado ocho o nueve días desde esa reunión, cuando se decretó el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO). Hasta el momento la COVID-19 me parecía algo lejano. De Europa, del norte. De hecho, me preocupaba más el dengue, que estaba circulando en Buenos Aires, que la posibilidad de una pandemia mundial por la COVID-19.

Ante la emergencia de lo inesperado, había que reformular planes y tomar decisiones ¿Qué vamos a hacer con las clases? Van a ser a distancia, van a ser virtuales.

Tengo que confesar que tenía un prejuicio con respecto a las clases a distancia. Me parecían prácticas, sí; al menos para algunas. Pero me parecía difícil enseñar y aprender. Principalmente porque me parecía complicado entablar una comunicación, propiciar el encuentro y el mutuo conociemien-

³⁰ Docente de la asignatura Prácticas Culturales, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

to entre quienes participábamos de una clase. Me parecía que la cercanía física era la que posibilitaba esos procesos.

Ante la emergencia de lo inesperado, se propone hacer un curso de formación docente sobre educación a distancia y, en particular, sobre la plataforma virtual que usaríamos para las clases. De ahora en más, el *Campus*. Algunos compañeros de la materia se cargan al hombro la tarea de armar y coordinar el curso.

Hay un plan.

Hay un acompañamiento.

No estoy sola.

Calman mis ansias.

Un poco.

Comienza el curso en el Campus. Voy conociendo a mis compañeros. Nos presentamos en un *foro*. Un foro. Palabra que, al igual que “campus”, resonará a partir de ese momento de manera inexorable en mi cotidiano. Palabras que adquirieron unos sentidos muy particulares, sentidos anclados justamente en el contexto que los hizo cotidianos.

De a poco me voy amigando. Con el Campus. Entro y lo miro. Toco solapas, botones, enlaces, ventanas que se abren. Lo voy reconociendo, lo voy haciendo territorio conocido, espacio habitado.

Llega la hora de que lo conozcan también los estudiantes. ¿Y cómo los voy a conocer yo?, ¿y cómo me van a conocer a mí? Comenzar a dar clases en un lugar nuevo ya me daba un poco de vértigo, y más con su paso a la virtualidad.

PARTE II

Comienzan las clases. El Campus es nuestra aula. Junto con otras aulas. Pero ¿qué es un aula?, ¿es solo ese espacio físico en la Universidad o son también las relaciones que entablamos?

Los intercambios a través del Campus son mi herramienta principal. Allí están las “clases”, los materiales y las actividades que algunos compa-

ñeres de la materia se encargaron de virtualizar. Tenemos foros. Tenemos entrega de tareas y sus devoluciones. Tenemos mensajería.

Sin embargo, ante la posibilidad de problemas técnicos y para establecer una vía de comunicación en términos más conocidos para los estudiantes (y para mí también), propongo algunos otros canales complementarios.

Uno es el correo electrónico. Todas las semanas les envío un correo contando qué temas se van a tratar en la clase. Más algún que otro aviso o recordatorio. Algunos me responden: “Recibido” “¡Gracias, profe!” o me hacen alguna pregunta puntual. En general, y sobre todo después de las primeras semanas, quienes responden son solo tres o cuatro. Pero ¡qué lindo es confirmar que hay alguien del otro lado!

Y qué peligroso es dejarse llevar por esa emoción pensando que esos tres o cuatro son toda la clase.

No lo son.

Sabemos que no están todos. Que muchos no tienen buena conexión a internet. Que muchos no tienen el tiempo y el espacio para estudiar desde sus casas. Que muchos no tienen los dispositivos necesarios.

Por eso les escribo. Les recuerdo que estoy ahí. Que me pueden contar, que podemos tratar de encontrarle la vuelta.

En otro intento por no caer ante esa falsa sensación de representatividad de la clase, sigo ampliando los canales de comunicación. Siento una insaciable necesidad de palabras, de emoticones y de los “me gusta”; decido hacer un grupo en Facebook. Se había hecho una encuesta a los estudiantes sobre uso de redes sociales y la mayoría utilizaba esta plataforma. Yo también. No sé si fue un éxito —no estaban todos los estudiantes ni todos participaban—, pero allí se canalizaron muchas dudas, pude hacer recordatorios y aclaraciones de forma más amena y también compartir materiales complementarios a los contenidos de la materia.

Al mismo tiempo, van apareciendo las intervenciones en los foros y las tareas entregadas por el Campus. Vuelvo a sentir que hay alguien ahí del otro lado. Alguien que, quizás más callado, estaba leyendo, estaba viendo,

estaba escuchando. Y, es más, estaba elaborando sus propias producciones para compartir en el Campus.

También aparecía la posibilidad de armar un grupo de WhatsApp. Algo antes impensado, al menos para mí. Me resultaba parte de lo privado, de lo íntimo. Pero las clases virtuales desdibujaron un poco esos límites. Si es que alguna vez existieron. Trabajar desde el propio hogar, en horarios móviles y diversos, hacer videos que mostraban parte de mi casa.

En el primer cuatrimestre no armé el grupo de WhatsApp. Era mucho. Estaba aún entendiendo el Campus, dictando por primera vez la materia. Por primera vez dando clases virtuales. Sentía ansiedad. Bastante seguido. Sumado al temor y a la incertidumbre generalizados y materializados, por ejemplo, en la precaución –quizás excesiva– que tomába(mos) antes de salir hasta el almacén de la esquina.

En el segundo cuatrimestre, dije “Dale, ahora sí”. Ya estoy más familiarizada con todo esto. Armo un grupo de WhatsApp así podemos estar más conectades, generar algún ida y vuelta más fluido. Entraron casi todes les estudiantes. Les gustaba. Era su ámbito. Más que el Facebook. Me acuerdo que algune compañere docente dijo que el Campus era como el aula en la Universidad y que el WhatsApp era como los pasillos. Sí, creo que algo así pasó. En el WhatsApp se daban más diálogos entre les estudiantes. No siempre era yo quien iniciaba la conversación o quien respondía. Habilitaba más preguntas. Y más resonancias de los temas de las clases. También se perdía más el hilo del diálogo. Se superponían conversaciones. Se repreguntaba sobre lo mismo.

A todo esto, yo sentía la cabeza cada vez más dividida: abro el foro. Mando el correo semanal. Copio una versión resumida del correo en el grupo de WhatsApp. Les hago un recordatorio en el Facebook. Llegó una nueva información, ¿por dónde les aviso? Mejor en el grupo de WhatsApp, ¿no? Ah, pero hay algunes estudiantes que nunca entraron al grupo. Y participan en el Campus. Bueno, les envió también un correo. O mejor un aviso por el Campus. Sí, sí, eso último me parece mejor.

La fragmentación.

De la experiencia.

De dar clases.

De *estar* en las clases.

PARTE III

Más allá de la fragmentación, de la aparente lejanía de la virtualidad, de las comunicaciones discontinuas en múltiples espacios y tiempos, tengo que admitir que me llevé una sorpresa.

Descubrí que era posible conocer a les estudiantes, a través de su forma de presentarse, de su foto de perfil, de sus producciones, de sus preguntas, inquietudes y comentarios. Eso también es lo que somos. Lo que mostramos. Lo que decimos. Siempre es un fragmento. Pero muy valioso.

Descubrí que era posible encontrarnos, relacionarnos, enseñar y aprender aun de forma virtual. No estaba sola. Habitaba junto con otros ese territorio fragmentado, pero conectado, que era el Campus, los correos electrónicos, el Facebook, los grupos de WhatsApp. Claro que no es lo mismo que compartir el espacio físico, que vernos de cuerpo entero, que charlar en el mismísimo presente sin prender ni apagar ningún micrófono y escuchándonos todes a la vez. Lo virtual es diferente, incluso excluyente en algunos casos. Pero permite entablar algún diálogo, tener alguna *conexión*.

CRÓNICA DE UNA CLASE DESNATURALIZADA

*Laura Kaplan*³¹

Un día más, de una semana más, de un mes más del año 2020: una sucesión sin solución de continuidad. Por la ventana derecha de mi escritorio, al sur, puedo distinguir el paso del tiempo: la oscuridad de la noche y de la primera mañana, lo luminoso del día.

Prender la compu. Entrar al Campus Virtual de la UNAJ, donde están cargadas la teoría y las actividades de mi materia, el Taller de Lectura y Escritura. Ver los mensajes de lxs estudiantes en el foro. Escribir mensajes en el foro. Contestar los mensajes en el foro. Chequear la resolución de las actividades. Bajar trabajos prácticos. Corregirlos. Corroborar en el correo electrónico los mensajes. Despejar dudas. Llevar tranquilidad a lxs alumnos que escriben contándome que un familiar dio positivo de COVID-19. Compartir el enlace del Google Meet. Entrar al chat semanal. Reenviar los mensajes importantes del foro por correo a todxs y por WhatsApp a las alumnas encargadas de transmitirlos a cada comisión, en los grupos que armaron. El mismo mensaje repetido, reproducido por diferentes aplicaciones, como un grito debajo del agua, un modo de tener una incierta seguridad: ¿llegará?

Lo que sí llega a todas partes son las noticias en los diarios de otras intervenciones: “Un docente daba clases por Zoom, su pareja pasó desnuda y el video se viralizó” (*El Destape*, 22 de abril de 2020).

³¹ Docente del Taller de Lectura y Escritura, dictado en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

La corrección de trabajos en el Campus: se pueden resaltar con diferentes colores los textos y se puede abrir en una frase o palabra un globo, también de color, para hacer comentarios. Se puede realizar una apreciación en un espacio de retroalimentación, sobre el lado derecho del escrito. Voy marcando, corrigiendo y reescribiendo los errores: acomodo con una flechita cada comentario en la zona exacta del texto de lxs estudiantes. Cuando estoy concluyendo este trabajo, un alumno me escribe: no entiende mis marcas, no puede ver mis referencias. Me dice que tiene un celular. Entonces, dejo la compu por un rato e ingreso a los trabajos listos desde mi teléfono: mis comentarios están en lugares inadecuados, en márgenes que los hacen ininteligibles, absurdos. No sé qué conversión tortuosa corrió todo lo que escribí cuando corregí. El malentendido tecnológico. La foto que salió movida para el cropio de Cortázar. Porque pienso, también, que la mayoría de lxs alumnxs cuentan solo con su celular para seguir las clases virtuales. Imagino cuando el Campus, la clase toda, se constriñe al tamaño de un teléfono móvil y me ahogo. Un cuatrimestre de ahogo para nuestrxs estudiantes.

“Escándalo en Ingeniería de la UBA por un alumno que tomaba una clase virtual desde su bañera” (Luna, 9 de mayo de 2020).

El Google Meet y el chat, la sincronía distante, generan un encuentro acaso más humano. Lo llamamos Zoom, pero es Google Meet. Encuentros sacados, extraídos, alienados del aula real. Peces boqueando fuera del agua. La clase desnaturalizada. Un remedo de clase, sin la presencia efectiva de cuerpos compartiendo un espacio. La clase desde cada una de nuestras casas. Prender o apagar la cámara: esa es la cuestión didáctica que impone el Google Meet. Hablar en una situación artificial: mirándose en un espejo, permanente espejo, que se fragmenta recortando a cada participante. No soporto mirarme mientras hablo. ¿Cómo escuchar? Trato de mirar el pedacito de la pantalla en la que entra, rectangular, la alumna que hace una pregunta ahora. Pero mi mirada no se dirige hacia ella, sino que mi reflejo en la pantalla mira hacia un lado que es impreciso para todxs. La foto, inexorablemente, vuelve a salir movida. Todo está fuera de lugar (también nuestras miradas). Es una experiencia en vivo (pero no presencial) casi similar a la del Photos-

hop cuando se inserta posteriormente la imagen de alguien que no estuvo en la fotografía original grupal, el horror fantasmal: ese ausente agregado siempre está algo descolocadx, no pertenece al conjunto, mira sutilmente hacia otro lado, tiene otra iluminación. La pantalla en el Google Meet: partes unidas por una aplicación que como un artilugio subraya la ausencia. Y ese es otro tema: lxs que no están. El gran problema y angustia: lxs que faltan en las actividades, en los chats, en los Zooms (sí, ya sabemos, son Meets...). Una vez más hay correos electrónicos, mensajes por el Campus para esxs ausentes. Algunxs, muy pocxs, responden. Problemas laborales, problemas familiares, problemas de conexión, problemas con dispositivos. La derivación a tutorías. Siento que nada alcanza. Que hay una gran elipsis, un gran silencio. Es el silencio que se desprende de la “clase muerta”, tal como la denominó/caracterizó Daniel Link (8 de mayo de 2020).

“Murió de coronavirus una profesora de la UADE mientras daba una clase por Zoom” (*Página 12*, 4 de septiembre de 2020).

¿Qué testimonios quedan de toda esta experiencia? Están los archivos en el campus, los correos electrónicos que nunca tenemos tiempo de borrar, los trabajos y exámenes en nuestras *notebooks*, *netbooks*, tabletas o en los celulares, algunas clases grabadas y subidas en algún lugar de la web. Las nuevas generaciones se divierten aún con ese género particular que surgió en pandemia: el *trolleo* en las clases sincrónicas. Lo ven mediado por famosos *youtubers* que comentan esas intervenciones didácticas. Como Ibai, en “Reaccionando a Didac Ribot – Entrando en clases *online* de estudiantes”. Podemos escucharlo gritar, simulando una indignación juguetona: “¿Qué está pasando con las clases en Latinoamérica?” (3 de enero de 2021).

Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que podamos ordenar claramente las ideas acerca de qué pasó, de qué nos pasó con el quiebre de nuestra rutina habitual para enseñar y aprender. ¿Qué huellas dejará en nosotrxs este período de educar masivamente de modo extraño y raro que reemplazó, de manera imprevista, a la formación presencial, utilizada durante siglos?

De esta experiencia también está, siempre huyendo, nuestra memoria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ibai. (3 de enero de 2021). Reaccionando a Didac Ribot – Entrando en clases *online* de estudiantes [video]. *YouTube*. <https://www.youtube.com/watch?v=E-DjpUsyjSY>
- Link, D. (8 de mayo de 2020). Clase muerta. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/clase-muerta.phtml>
- Luna, M. (9 de mayo de 2020). Escándalo en Ingeniería de la UBA por un alumno que tomaba una clase virtual desde su bañera. *Infobae*. <https://www.infobae.com/sociedad/2020/05/09/escandalo-en-ingenieria-de-la-uba-por-un-alumno-que-tomaba-una-clase-virtual-desde-su-banera/>
- Murió de coronavirus una profesora de la UADE mientras daba una clase por Zoom. (4 de septiembre de 2020). *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/289704-murio-de-coronavirus-una-profesora-de-la-uade-mientras-daba->
- Un docente daba clases por Zoom, su pareja pasó desnuda y el video se viralizó. (22 de abril de 2020). *El Destape*. <https://www.eldestapeweb.com/nota/un-docente-daba-clases-por-zoom-su-pareja-paso-desnuda-y-el-video-se-viralizo-202042218270/>

SER ESTUDIANTE UNIVERSITARIX EN PANDEMIA

*Juliana Klein*³²

Cuando una persona llega a la UNAJ para comenzar una carrera, nunca llega sola; llega con su familia, con su comunidad, con su núcleo más o menos cercano. A veces es un adolescente a quien sus hermanes ayudan con más horas de trabajo para compensar el tiempo que él pasará estudiando. A veces es una mamá que encuentra el tiempo para empezar una carrera, mientras hace malabares para no desatender ni su trabajo ni a sus hijes. O tal vez una joven que consigue su segundo laburo: porque el primero es para bancar a la familia, y el segundo es para bancarse sus estudios.

Las historias son tantas como estudiantes hay en la UNAJ. Pero todas ellas tienen ese punto en común: cuando una persona entra a la universidad, no entra sola. Cuando una persona entra, es porque hay una comunidad detrás sosteniendo y acompañando esa decisión. Tal vez por eso cada episodio que acontece en la trayectoria de cada uno, sea tan sentido y profundo. Cada paso hacia adelante es una comunidad avanzando; así como cada tropiezo implica el impulso de todos para ponerse de pie nuevamente.

Aun así, nuestros estudiantes muchas veces pueden sentir la carga de la soledad. Porque no es fácil ser primera generación que se aventura por terreno tan novedoso. Ser estudiante universitaria o universitario implica aprender y aprehender una serie de códigos que solo puede comprenderlos quien los vive. Quien transita por los pasillos aprendiendo a leer cartele-

³² Docente de la asignatura Matemática, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

ras, quien conversa con otros estudiantes en la fila mientras espera para comprar un café o para cargar el termo con agua caliente, quien se sienta por horas en el aula o en la biblioteca, en medio del murmurado silencio para intentar comprender las ideas de alguien más; para intentar hacerlas conversar con las propias.

Quienes trabajamos en el Instituto de Estudios Iniciales (IEI) tenemos la tarea de recibirles; de sostenerles la puerta abierta para que puedan entrar. Somos quienes intentamos acompañarles en sus primeros pasos, sin olvidarnos cómo se siente ese primer impulso hacia la aventura. Sabiendo de sus tantas preguntas e inseguridades, así como de la fortaleza de sus sueños y del compromiso con la comunidad que les sostiene.

Más de una vez me han manifestado la preocupación e incertidumbre que les generaba el tener Matemática en el Curso de Preparación Universitaria (CPU) y en el primer año de la carrera. Porque lo cierto es que, aunque haya una comunidad sosteniendo desde afuera, en el momento de enfrentarse a los contenidos, de resolver aquello que parece difícil, la mayoría se siente sola. Y muchas veces solo nos tienen a sus docentes para acompañarles.

Una buena parte de nuestra tarea consiste entonces en construir espacios y vínculos en donde se sientan en confianza para que sea posible la construcción colectiva del conocimiento. Y en ese proceso, mostrarles otra cara de la matemática: una que muchas veces se oculta o se omite en la escuela secundaria. Y es que la matemática se trata de pensar: ni más, ni menos. Pensar y reflexionar sobre un mismo tema de tantas maneras diferentes como nos sea posible. Se trata de afianzarse en aquello que ya sabemos, para resignificarlo; para llenarlo de sentido y continuar construyendo desde ahí.

La pandemia del 2020 nos trajo nuevos desafíos a la comunidad educativa. No solo por los obstáculos que nos significó readaptar nuestros encuentros presenciales a la virtualidad; no solo por el acceso y accesibilidad a las herramientas tecnológicas. Creo que quienes trabajamos en la UNAJ coin-

cidimos en que nuestro mayor desafío fue hacerles llegar a les estudiantes nuestras manos extendidas. Que sintieran que aunque físicamente las puertas estaban cerradas, íbamos a buscar mil maneras de mantenerlas abiertas.

Ese año comencé mi tarea en la universidad acompañando un par de comisiones de Matemática Inicial. Las clases se fueron sucediendo mientras íbamos conociendo el Campus, amigándonos con la tecnología, familiarizándonos con las nuevas vías de comunicación.

Desde hace unos años, viene funcionando un dispositivo propuesto desde el área, llamado “Yo sé Matemática”, que consiste en la escritura de un ensayo por parte de les estudiantes. Dicho ensayo se divide en distintas etapas, con la intención de rescatar sentires (o sentipensares) sobre el quehacer matemático –tanto en el aula como en la vida cotidiana de cada una y cada uno–. Se propone reflexionar sobre la matemática desde ese lugar del *saber*; con esa intencionalidad de poner en valor todo aquello que ya sabían al comenzar la materia y lo que fueron –o no– aprendiendo, a medida que pasaban las clases.

Frente al contexto de pandemia, dicho dispositivo cobró algunos nuevos sentidos. Al principio, a muchos estudiantes les desconcertaba la propuesta de escritura impulsada desde el área de Matemática. Pero a medida que iban realizando los relatos, el dispositivo fue cobrando más y más sentido. El ensayo les invitaba a reflexionar sobre sus aciertos y dificultades; les invitaba a observar el propio proceso. A poner en palabras aquellos sentimientos que despertaba la experiencia en cada uno. Como la consigna era abierta, e incluso podían conocer también los sentires de sus compañeros, cada vez fueron animándose a más. En cada nuevo foro del “Yo sé...” podían encontrar experiencias más o menos compartidas, pero que tenían en común su origen: todas sucedían en el ámbito universitario. En ese espacio, tenían la oportunidad de intercambiar con su docente y sus compañeros, sus primeros pasos como estudiantes de la UNAJ. Esos foros se fueron convirtiendo de a poco en el reemplazo de las charlas en el pasillo, de los intercambios en el aula o en biblioteca, de los encuentros esporádicos en algún colectivo.

Casi todos los ensayos comenzaban con “No me acuerdo mucho de matemática”; “Hace mucho que terminé la escuela”; “Nunca me fue muy bien en la materia”; “Va a ser un desafío porque siempre me costó entender matemática”. Leerse entre sí les fue ayudando a envalentonarse, a saber que no estaban solos. Comenzaron a encontrarse con otras personas que estaban en su misma situación, que estaban aprendiendo a ser estudiantes universitarias. Que se enfrentaban con las mismas dificultades y desafíos. Y que, aunque muchas cosas eran nuevas, tenían a sus compañeres, y a sus profes que iban a hacer lo posible para acompañarles de la mejor manera posible.

Cada relato –cada parte del ensayo– fue un insumo indispensable para pensar las intervenciones docentes; para conocer sus puntos de partida, para saber qué contenidos había que reforzar, con cuáles se sentían más o menos segurxs. Cada relato fue un insumo indispensable para sentirnos un poquito más cerca; para que supieran que había alguien sosteniendo esa puerta abierta.

Para que cada unx de ellxs supiera que es importante; que lo que aprende, cómo lo aprende y sus sentimientos frente a lo que aprende, son importantes. Para que supieran que sus aciertos nos hacen avanzar como comunidad educativa. Para que supieran que sus tropiezos –así como nuestros tropiezos– nos hacen buscar las maneras de ponernos de pie para seguir caminando juntas.

NO, PERO SÍ

*Luciana Levin D'Angelo*³³

Cuando yo era estudiante de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA), cursé una materia que me resultaba muy difícil. La había elegido entre otras, ya que era optativa. El nombre del docente del práctico en el que me había anotado resonaba siempre en las recomendaciones de lxs estudiantes más avanzadxs. Quería cursar con él y tratar de revertir mi experiencia irritable con la economía.

Edgardo comenzaba sus maravillosas clases con un gesto inusual: anotaba su teléfono en el pizarrón. Entre otras cosas y contenidos, este docente cuestionaba solapadamente algunas formas bien conocidas en la enseñanza universitaria: nos invitaba a elegir el formato de los exámenes: grupales, orales, escritos. Nos dejaba también entregarlos cuando quisiéramos.

Nunca lo llamé a Edgardo para preguntarle por los contenidos que no comprendía de la materia. Nunca entregué los parciales. Nunca le conté nada de mí. Finalmente cursé, un poco frustrada por no haber podido adaptarme a la “no presión” de esta materia, otras materias optativas, formateadas en lógicas más tradicionales de cursada.

En marzo del 2020 comencé a dar clases en la materia Problemas de Historia Argentina, perteneciente al Instituto de Estudios Iniciales (IEI) de la UNAJ. Un tiempito antes (días previos) había conocido el mítico edificio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), un monumento a la

³³ Docente de la asignatura Problemas de Historia Argentina, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

arquitectura moderna de las décadas de 1930 y 1940, en el que funcionaban los laboratorios de la petrolera nacional, en una grata entrevista con la coordinadora de la materia. Todavía compartíamos los mates, pero la palabra “coronavirus” había ya dejado de estar asociada a los límites del lejano país oriental.

Se acercaban las extrañas sensaciones otoñales. Mi habitación se transformaba en oficina, estudio, aula, gabinete terapéutico, sala de clases de danza afro y yoga, y... por momentos, en dormitorio. Detrás de la puerta, Oliverio, mi hijo, inventaba sus mundos lúdicos con mi compañero o conmigo, dependiendo de los horarios estructurados que nos armamos.

Aprendí (sigo aprendiendo, a pesar del perfecto simple) a ser docente universitaria en una Universidad virtual con olor a comida casera, un fondo acolchonado y música infantil sonando siempre al otro lado de la frontera.

No recordaba la escena del teléfono de Edgardo en el pizarrón de la facultad. Sin embargo, les di a lxs estudiantes mi teléfono y armamos grupos de WhatsApp. No respetaron las reglas que puse: no escribirme personalmente, no escribir a cualquier hora, no escribir los domingos. Me enojé muchas veces, pero seguí dándoles mi celular los siguientes cuatrimestres.

Me pregunto hoy en día, ¿cuál será la raíz de mi contradicción? No, pero sí.

Un sábado a las 11:00 de esos días de otoño del primer cuatrimestre, recibí un audio de un número desconocido.

Decía algo así: “Hola, Lu. Disculpá que te moleste.... Resulta que estoy tan apasionada con los contenidos de la materia que estuve averiguando algunas cosas de mi familia y me enteré de que mi abuelo fue edecán de Perón”.

Me descolocaba la confianza, la ruptura eficaz de ese lazo jerárquico entre docente y estudiante que yo nunca había podido romper, muy a costa de mi ferviente pasión por Paulo Freire y la educación popular. Ni con Edgardo ni con prácticamente ningún docente de mi carrera pude deconstruir ese lazo.

El día que Betina decidió apretar el botoncito con micrófono del WhatsApp y grabarme su historia con voz propia, se inauguró un largo diálogo que continuaría durante todo el cuatrimestre. Coincidimos en nuestras raíces uruguayas. Nos encontramos conectoras ambas de familias que tal vez se conocieron en Young, el pueblo de Río Negro, Uruguay, en el que nació mi papá. Nos entretajimos en un diálogo paralelo, pero promovido por la materia y por el vínculo pedagógico desdibujando los arribas y los abajos.

Betina no fue la única que me narró su historia.

Fui aprendiendo de otrxs colegas y de mi propia trayectoria docente a buscar que las actividades promovieran la memoria personal, familiar, local. No siempre tuvo resultados significativos. Algunas veces surgió casi espontáneamente, sin consigna propiciatoria, la necesidad de contar, contarse y contarles a lxs otrxs las huellas de sus haber llegado hasta acá como estudiantes.

Este fue el caso de Hugo.

Hugo entretajó los hilos de su pasado y su presente personal en cada consigna y con mayúscula:

BUEN DIA PROFESORA, YO SOY HUGO, TENGO CERCA DE 60 AÑOS YVIVO EN UN PARADOR DE GENTE EN SITUACION DE CALLE Y OTRASPROBLEMATICAS, LO MIO ES SITUACION DE CALLE, LE CUENTO COMOLLEGUE A UNAJ, VIVIA EN OTRO HOGAR Y LLEGARON DE UNAJ LASCHICAS QUE ESTUDIAN TRABAJO SOCIAL PARA REALIZAR UNA TAREADE CAMPO, EN EL HOGAR, PRIMERO ME PREGUNTARON QUE MEGUSTARIA ESTUDIAR Y YO LE CONTESTE INGENIERIA EN INFORMATICA, Y DE ALLI ME LLENARON DE PAPELES Y ME ESTIMULARON A ESTUDIARY FUI A LA UNQUI Y PEDI EL PROGRAMA Y TAMBIEN EL DE UNAJ Y DECIDISIN DUDA POR UNAJ, ELLAS ME SIGUIERON HASTA QUE ME ANOTE, LAVERDAD NO ME ARREPIENTO POR QUE EN LA VIDA LA UNICA BATALLAQUE SE PIERDE ES LA QUE SE ABANDONA DICE ESTE PARADIGMA,EMPECE

CON MUCHO EMPEÑO Y DIFICULTADES, PERO EMPECE, Y LO QUE ME PASA ES QUE A MEDIDA QUE PASA EL TIEMPO, LAS FUERZAS VAN AGOTANDO, PERO A MI ME PASA TODO LO CONTRARIO, ENCUENTRO EN MI CADA DIA MAS COMPROMISO Y ME GUSTA ESTA ETAPA QUE LA ESTOY DISFRUTANDO CON MUCHAS GANAS.

ME AFERRE TANTO A ESTE SUEÑO, QUE NO PUDIERON DOBLAR EL DESTINO DE MI VIDA. SE QUE ME VOY A RECIBIR, Y QUE SALDRE DE VIVIR EN ESTOS PARADORES, Y RECUPERARE UNA NORMALIDAD, EN ESTE LUGAR HAY MUCHA GENTE COMO YO QUE LO NECESITA (LO NORMAL), Y SERA LOS HECHOS QUE YO PUEDA LOGRAR EN ESTA UNIVERSIDAD, LO QUE NECESITO PARA MOSTRARLES A MIS COMPAÑEROS QUE NO IMPORTA DONDE ESTEMOS, QUE SI ESTAN LAS GANAS TODO SE PUEDE EN ESTE MUNDO DE DESIGUALES.

ES MUY DIFÍCIL PENSAR QUE SE PUEDE, PERO YO TENGO QUE DEMOSTRARLES QUE SI,!! POR MI Y POR ELLOS, IGUAL ME VEN ESTUDIAR Y ENCONTRE A MAS DE UNO, QUE ME DICE, YO QUIERO ESTUDIAR EL AÑO QUE VIENE!!,

Y VI QUE ES CONTAGIOSO Y YO LOS EMPUJO, LA MAYORIA SON CHICOS DE 20 AÑOS HASTA 30 Y A ALGUNOS LO AYUDO CON EL COLEGIO PRIMARIO, HAY GRAN PARTE QUE LA FAMILIA LOS ABANDONA, ALGUNOS NO CONOCEN A SU MADRE O A SU PADRE Y QUIZAS A AMBOS.

ACA ES OTRO MUNDO Y DE MUCHO SUFRIMIENTO QUE LAS PERSONAS DE VIDA NORMAL NO CONOCEN ESTAS HISTORIAS. NO LA VOY A ABURRIR, ME LLAMO HUGO Y NO VOY A ABANDONAR ESTUDIAR POR NADA DEL MUNDO.

GRACIAS PROFE

No supe bien cómo acompañarlo... me zambullí en una pomposa nube interrogativa: ¿cómo acompaño la trayectoria de Hugo?, ¿cómo respondo a

tan honda experiencia?, ¿acaso no es habitual que el contenido se nos vaya de las manos como catarata y viaje con otras aguas?, ¿cómo acompañé el proceso de aprendizaje desde mi casa, a tanta distancia de Hugo?, ¿qué es lo que hace significativo al conocimiento?, ¿cómo no acompañar la afortunada convicción de este hombre de no abandonar por nada del mundo los estudios a pesar de las condiciones difíciles en las que vive?

No supe cómo, pero lo acompañé. Y a mí me acompañaron las preguntas.

En este sentido y en esos entonces, dar historia es un lujo, pensé. Es una pequeña puerta de entrada a cada uno de nuestros nombres o apellidos, a los objetos que vienen con años y pelusas, a las anécdotas de fogón de lxs abuelxs, a los sabores que se quedan eternos en el paladar, a las canciones que nos conmueven, a las estructuras sociales y económicas, a la desnaturalización ya la crítica de todo lo que hacemos, individual y socialmente.

En el primer parcial, Hugo analizó un tango, *Yira Yira*, de este modo:

Elegí esas estrofas por que las relacione con la gran Depresión, yo tengo casi 60 años y tuve mi padre que me conto de esa época, mi papa trabajaba con mi abuelo arando un campo en Quilmes, él era peón y mi papa lo acompañaba y me contaba que comía batata todos los días sin pan que era lo único que había para comer y seguro que con eso le pagaba el dueño del campo y a esta historia la asocio con otra, el me conto que no había para comer y se fue al rio de Quilmes a ayudar a los sabaleros con las redes (pescadores de sábalo) y que cuando regresaba a su casa por el camino encontró una bolsita y la agarro y mi abuela la vio y pensó que era brujería y la tiro al techo, mi papa dijo que pasaron los días y él tuvo curiosidad y cuando agarro del techo la bolsita encontró mucha plata ellos eran 8 hermanos y dijo que comieron muy bien y le compro ropa a cada uno, me acuerdo que cuando me lo contaba se ponía muy contento, como reviviendo ese placer que le daba ese momento.

La historia de Hugo hablaba y se silenciaba. Se enredaba en la suerte grela del tango, dibujaba la época, la transgredía. Hugo comprendía, ana-

lizaba, me hacía vivenciar con él la década de 1930. Y yo, entre tareas y devoluciones, fui comprendiendo también algo de su presente.

El vaivén de palabras y aprendizajes desdibujó los “no”... fueron apareciendo los sí, solitos, sin “peros” guardianes.

¿Cuántxs otrxs Hugos y Betinas vendrán a dar vuelta el mundo con sus historias? ¿Cuántxs otrxs Hugos y Betinas revivirán las voces de las clases populares acalladas por la historia de las clases dominantes?

Es difícil encontrar en lxs estudiantes historias tan lejanas, pero que las hay, las hay. Pierdo las dudas y gano certezas... cuando la historia se acerca a lxs estudiantes y lo contemporáneo se transforma en anécdota de madre o padre, en sensación, en vivencia, es entonces que empiezan a titilar en la pantalla los audios de WhatsApp, los foros bulliciosos parecen salirse del Campus, llegan los correos en los que el “profe” se diluye y aparece un vínculo pedagógico que trasciende las fronteras del aula encomillada y lo que se aprende da ganas de narrarse al mundo. Entonces, sí.

LA PRESENCIALIDAD SE VESTÍA DE IRREEMPLAZABLE

*Nadia Ojeda*³⁴

Transcurrían mis primeros días en la UNAJ, claramente ahora desde otro espacio, soñado, impensado, atractivo... Por fin, comenzaba a transitar una nueva experiencia como docente, como parte integrante del Instituto de Estudios Iniciales (IEI). Sin embargo, esta vez, no estaba en el aula. Esa que recordaba tan acogedora por las mañanas, cuando el solcito golpeaba los cristales, o que vociferaba altisonante cuando se escuchaban mis pasos, o, mejor dicho, mis tacos, en el pasillo acercándose y que exclamaba: “Llegó la profe”, entre mates y conversaciones indiscretas. No, definitivamente, no. Me encontraba frente a la única computadora que hay en mi casa. Tapada de apuntes, muerta de nervios (era mi “gran” comienzo, ahora sí, como profe del Taller Complementario de Lengua [TCL], ¿ya lo mencioné?).

La cuestión era simple: cuatro comisiones, muchos estudiantes, un coordinador y el apoyo logístico pertinente (que, hasta ese momento, no sabía en qué consistía ese sintagma, pero que, sonaba bonito) y, detrás de todo eso, yo. Comencé. Creo que mis primeros comentarios en los foros volaban por los aires. Al principio, imaginaba al alumne sentade leyéndome e hipotetizaba sobre las conclusiones a las que podía llegar. Entonces, me detenía, revisaba mi escrito, evitaba las oraciones ambiguas, repetitivas, formales.

³⁴ Docente del Taller Complementario de Lengua, dictado en el marco del Curso de Preparación Universitaria (CPU), destinado al estudiantado ingresante (Instituto de Estudios Iniciales).

No me simpatizaba la idea de no ser clara, entonces pasaba horas repensando en cómo generar esa proximidad, empatía, esa relación tan única e irreplicable, como es la que se entreteje en cada comisión. No, inexorablemente no. Imposible. Nada era comparable. Todas las estrategias se aproximaban, pero no alcanzaban, la presencialidad se vestía de irremplazable.

Sin perder mis ánimos, me sumergí a la virtualidad. Intercambios de correos electrónicos, de conversaciones en los chats privados del Campus, en las confesiones de vidas intermitentes en un contexto ya anunciado. Una vez, una voz femenina me susurró por correo: “Disculpe, profe, pero quería que supiera que yo hago las actividades, solo que tengo internet en la casa de mi novio, entonces, cada vez que lo veo, me conecto. Usted me entiende, ¿no?”. ¿Cómo hacer para no entender?, ¿cómo pensar en el bendito *aislamiento* (que había llegado para quedarse) y no pensar en ese *intentar estudiar*, cuando este último sintagma conjuga demasiados significados y significantes?, ¿qué se hace?, ¿a qué conclusión se deriva cuando todo lo que nos rodea, inevitablemente, conlleva a claudicar?

Cada día, resonaba un nuevo preludeo. Si unos meses antes me lo contaban, no lo hubiera creído. Todo era incierto. Todo *es*incierto. Pero aquí estamos, sin abandonar esas frases que motivan, que acompañan, que están. Tal vez, a veces no tan presentes como quisiéramos en los diálogos abiertos, expuestos, deliberados, pero sí, y tengo plena certeza de que sí, en el interior de cada nombre, de cada perfil, de cada dirección de correo electrónico...

NUEVOS DESAFÍOS EN EL ROL DOCENTE

*Cecilia Ortale*³⁵

En este breve relato contaré algo de mi experiencia docente en el transcurso del ciclo lectivo 2020 en la UNAJ. La primera semana de clases virtuales coincidió con una situación muy estresante y difícil en mi vida familiar. Nuevamente cambios y adaptaciones de lo que antes era algo “normal” y que tal vez no teníamos ni tiempo para pensar que era así. La vorágine y los ritmos nos llevaban a hacer y a hacer y vivir sin frenar o sin tener tiempo para analizar. Al menos para mí así fue hasta marzo del 2020. Poco a poco con mucho temor intentaba adaptarme a esos cambios y superar los obstáculos que la pandemia trajo a nivel mundial y a mí, en lo particular.

Si bien me enfocaré en narrar un breve relato de la experiencia en la UNAJ en el 2020, sentía que debía contar que estos se vieron acompañados por un acontecimiento muy duro. Mi papá tuvo un accidente cerebrovascular (ACV) la primera semana de abril. Sus secuelas iniciales fueron mayormente en el área cognitiva, una gran dificultad para comunicarse. Nos reconocía y creíamos nos entendía, pero no podía expresar o decir algo tan básico en otra época para él como el nombre de sus hijos.

La siguiente semana debíamos comenzar con las clases por el Campus, sinceramente no había podido hacer el recorrido ni ver los videos explicativos que nos sugerían a quienes no teníamos experiencia. Me comuniqué con Coordinación y, como siempre, fueron sumamente empáticos, comprensivos y positivos. Sus palabras de apoyo, aliento y esperanza me

³⁵ Docente del Taller de Lectura y Escritura, dictado en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

ayudaron a enfrentar con *algo* de tranquilidad este primer para mí desafío como docente virtual.

La primera semana de clases tampoco fue sencilla. El Campus no funcionaba bien, las listas del SIU-Guaraní no coincidían con las del sistema. Los correos electrónicos rebotaban, la conectividad de mi casa era lenta, ya que en cada habitación había un aula diferente. Y también diversos niveles educativos. Los auriculares no alcanzaban y las voces se cruzaban. En el medio de ese caos, debía buscar el mejor momento para organizar mi primera clase por Google Meet. Por suerte salió muy bien, no por la clase en sí misma, sino porque en ese encuentro me di cuenta de que el aula ya no sería un aula; que quienes estábamos de cada lado de la pantalla estábamos viviendo situaciones muy similares. Compartíamos momentos muy duros, tristes, pérdidas recientes, problemas de conectividad, dispositivos compartidos entre otros. Todo esto que yo también vivía me dio la fuerza que necesitaba para enfrentar este nuevo rol. En donde, viéndolo con un poquito de perspectiva, considero que fuimos o, mejor dicho, dejamos de cumplir nuestro rol docente para ampliarlo y mejorarlo en muchos otros. Los contenidos y las explicaciones de las clases, en cada semana pasaron a ser el vínculo que nos conectaba con lo emocional del otro. Siento que el objetivo más importante era estar presentes y demostrar al alumnado virtual contención y brindarle mucho ánimo. Siento que todos hicimos de padres, madres, colegas, psicólogos, mediador y mucho más finalmente hicimos o fuimos sus profes del difícil ciclo lectivo 2020.

Quedarán grabados en mi memoria y en mi retina para siempre muchos de los momentos compartidos en donde, como decía desde casi el comienzo, nuestro rol de docente se amplió enormemente. Creo que se instalará para siempre.

En síntesis, el ciclo lectivo 2020 de la UNAJ fue un año de miles de desafíos, lleno de incertidumbres; sin embargo, la resiliencia y las ganas de superarnos fueron un denominador en común. Todos aprendimos que estamos aprendiendo. Los alumnos fueron profes, los profes, también alumnos.

EL HÉROE DE OESTERHELD

*Claudia Sciutto*³⁶

Lo que nos pasó en 2020, y nos sigue pasando un año después, tuvo que definirse con conceptos nuevos o en desuso. Una de las expresiones más popularizadas para hablar de cómo nos hizo sentir la pandemia fue la “sentirnos inmersxs en una suerte de película de ciencia ficción”. Claro que la COVID-19, que nos aisló para protegernos de su ataque, no se relaciona con invasiones extraterrestres, guerras espaciales o viajes a otros planetas. Pero sí, con los temas más humanos abordados por el género: nos hizo pensar en un presente o futuro distópico o la búsqueda de una salvación científica.

Con el transcurso de los meses comprendimos que, además, debíamos incluir otras categorías de análisis. Son esas que circulan en un segundo plano en las ficciones, pero que en verdad suelen movilizar las revoluciones en los universos presentados, como la resistencia al invasor, la exposición de desigualdades sociales o el manejo controlado de la información. Y, sobre todo, una característica que siempre me gustó debatir con mis estudiantes: las historias de ciencia ficción son un llamado de atención, una alarma que se enciende para alertar acerca de lo que la humanidad puede provocarse a sí misma. Cuando esa alarma suena, en esos relatos con pretensión de realidad (cuando logran parecer verosímiles), las soluciones siempre comprometen el generar acciones colectivas. Por eso, entonces, fuimos asumiendo nuestros roles en la historia repitiendo con muchxs otrxs: “nadie se salva solx”.

³⁶ Docente del Taller de Lectura y Escritura, dictado en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

Volví a la UNAJ mientras se instalaba ese escenario de cuasi ciencia ficción, después de dos años en los que el desfinanciamiento del gobierno neoliberal nos había expulsado a unxs cuantxs, porque había afectado a las universidades públicas y, en especial, a las últimas creadas en el conurbano bonaerense. La alegría por el regreso se fundió con el ponerse a tono con las exigencias del contexto. Sin embargo, en el dictado del Taller de Lectura y Escritura (TLE) (materia del Ciclo Inicial), la estructura ya estaba bastante organizada, pues existía una variante del curso dado a distancia, para estudiantes de la costa atlántica. Así que arrancamos.

El primer “Hola, profe” llegó por escrito. Ese detalle anunciaba el desafío que tendríamos por delante. Sin posibilidad de encuentros en las aulas y sumergidos en la virtualidad, había que reinventar la tarea.

Para mí, el sendero lo marcó el armado de nuevos vínculos educativos y laborales. Y la respuesta comunitaria, en sus distintas expresiones, adquirió una enorme vitalidad. Ya Héctor Germán Oesterheld, en el prólogo de *El Eternauta*, nos anunciaba “el héroe verdadero... es un héroe colectivo, un grupo humano...” (Oesterheld y Solano López, 1976, p.1). Si hubo algo heroico en el dictado de ese taller no fue ninguna hazaña personal. En principio, y como en todos los ámbitos educativos, surgió un grupo de WhatsApp de profesorxs. Leer las intervenciones de mis colegas no solo me brindaba respuestas a las dudas de todxs, sino la socialización de estrategias didácticas o el consuelo frente a los problemas que nos ocasionaba nuestro nuevo ámbito laboral: el Campus. Mensajes tales como: “¿Puede ser que el Campus esté caído?”, “Tengo alumnx que no pudieron ingresar al Campus”, “Corregí, se cayó el Campus y cuando reingresé se habían borrado mis correcciones”.

El grado de solidaridad que se manejó para antiguxs o nuevxs (como yo) supuso compartir recorridos, impresiones, capturas de pantallas, videos o noticias no solo relacionados con nuestra tarea, sino con las interpretaciones de todo aquello que nos iba sucediendo como sociedad, en sus dimensiones micro y macro. La contención de ese espacio fue siembra de confianza para crear pequeñas soluciones para la falta de prácticas presen-

ciales. Casi sin horarios y con enorme empatía leíamos lo que al otro le pasaba y lo que sentía, para reafirmar que eso que hacíamos en un espacio físico compartido valía la pena y era digno de ser extrañado. Algo del universo de la película *Avatar* (Cameron, 2009) ayuda a describirlo. Allí, la acción transcurre en otro planeta, que se ve invadido por colonizadores terrestres, pero ese objetivo de dominio se ve frustrado porque existe una conexión entre los seres que habitan ese mundo, que es inentendible para los humanos. Se expresa en la posibilidad de conexión, a través de las terminales en las trenzas de los nativos, con cada uno de los otros seres vivos de su ambiente, sean congéneres, animales o vegetales. En ese universo, la conexión justamente es llamada “vínculo”.

Eso había que reinventar: el cómo hacer contacto, cómo crear los vínculos. Y, sobre todo, los que dan razón a nuestro trabajo, los que armamos con nuestros estudiantes. En este aspecto, la pandemia fue arrasadora y expuso las desigualdades como nunca antes las habíamos visualizado, porque en pleno marzo teníamos los listados y si no lográbamos contactar con todos los que habían manifestado su voluntad de ingresar a la Universidad, era mayor la sospecha de falta de recursos tecnológicos que el cambio de opinión o de planes.

El Campus no alcanzaba. El chat con horario para escribirnos era una catarata de comentarios y preguntas imposibles de responder a tiempo. Y, además, faltaban personas, muchos no habían contactado. Otra vez, una imagen de ciencia ficción: seres perdidos en el ciberespacio. Hay una escena en la película *X-Men* (Singer, 2000), la de los humanos mutantes, que me recuerda la búsqueda de maniobras. Uno de sus protagonistas, el profesor Xavier es un psíquico que lidera una escuela para recibir a las personas que, como él, habían nacido con algún superpoder. Claro que ninguno de los que participamos de las aulas virtuales contábamos con ninguna habilidad superior, pero la búsqueda de establecer contacto con quienes estaban en la lista mencionada obtiene su metáfora en el mar de luces encendidas que se presentan frente a Xavier cuando ingresa en el habitáculo donde intenta captar la existencia de otros mutantes en la Tierra. Y el contacto era

escuchar sus voces. El contacto era alcanzar a escucharlos: “Buenas noches, profe, disculpe la hora, no entiendo cómo se hacen las actividades...”, “Le escribo este correo porque no tengo computadora y tengo que esperar que mi mamá vuelva del trabajo para usar su celular...”, “Profesora, ¿le llegaron mis ejercicios?”.

Evidentemente, el Campus y el correo electrónico no alcanzaban. Habilité grupos de WhatsApp con mis comisiones y, entonces, la inmediatez de las conversaciones presenciales adquirió su versión más parecida, porque se multiplicaron las preguntas, pero también lxs autorxs de las respuestas. Lxs alumnxnxs compañerxs se respondían mutuamente, intercambiaban explicaciones, se contaban sus problemas en la plataforma, se alentaban para perseverar a pesar de las dificultades. Hubo instrucciones paso a paso y cuando a algún ejercicio no se le encontraba la vuelta surgía el “esperemos que responda la profe”. Entonces, después de leerlxs, como cuando solía escuchar las charlas de trabajo áulico, intervenía para hacer alguna aclaración.

En verdad, si hay algo que caracteriza a la UNAJ, para mí, es su compromiso con la planificación, el trabajo y la continuidad en acciones de inclusión educativa. En esas acciones existe conciencia acerca de lo valorado y lo inaugural que resulta para muchxs de lxs estudiantes el ser primera generación de universitarixs en sus familias. Y digo que asume con planificación ese compromiso porque la propuesta didáctica en el marco de mi área, la enseñanza de la Lengua, se mantiene en constante evaluación, diagnóstico y readecuación a las necesidades. Trabajamos con los problemas de lectura y escritura y para iniciar o mejorar el desarrollo de la escritura académica. Si ello representa una tarea de acompañamiento y seguimiento enormes en la presencialidad, es imaginable el grado de complejidad que adquirió cuando las clases se redujeron a la comunicación a través de un campus virtual. No alcanzaban buenas propuestas metodológicas. ¿Cómo se responde en el espacio asincrónico? ¿Cómo se usan las herramientas que pasan por un gesto, una mirada, un silencio o un acercamiento a la mesa del que te pregunta o te quiere mostrar un intento de interpretación o de

escritura? ¿Cómo se brinda el afecto y respeto que subyace en el cara a cara? ¿Dónde desplegábamos esos artilugios? ¿Con quiénes íbamos a compartir los comentarios de las lecturas? Hace poco, una alumna me escribió en un foro de consulta para decirme cuánto le había impactado leer un texto sobre la esclavitud en la época colonial. Esa clase hubiera sido un banquete de opiniones, por ejemplo.

Hicimos todo lo que se nos ocurrió, y pluralizo la acción porque, como dije, las estrategias se socializaban, se compartían con una enorme alegría si habían dado frutos.

Pasadas las primeras semanas, incorporé reuniones por la plataforma Zoom, porque en algún momento mis estudiantes necesitaron establecer algún tipo de contacto cara a cara.

Los encuentros por Zoom fueron un capítulo aparte. Desde una pantalla en cuadrícula ingresábamos al unísono a múltiples escenas. A veces los rostros no se dejaban ver y sus lugares en la cuadrícula mostraban fotos o nombres desde los que resonaban algunas escenas familiares. La universidad fue a las casas. Aunque el problema fue que no llegaba a todas. Faltaban muchxs y sabíamos que las ausencias no eran fortuitas. Entonces la pretensión de brindar igualdad de oportunidades se desmoronaba nuevamente: “Por favor, ¿puede grabar la clase?”, “Soy esencial, tengo que trabajar, mañana”.

Aprendí a preparar y compartir pantallas con ejercicios para “hacer entre todxs” (como solía ejercitar en las aulas), a grabar las clases, a subirlas a un archivo en la nube y a compartir el enlace. Esa fue la forma que encontré para brindar lo mismo al conjunto de lxs involucradxs. ¿Era suficiente? Definitivamente, no.

Los testimonios de mis estudiantes eran un listado de las desigualdades sociales que la pandemia expuso: falta de computadoras en los hogares, uno o dos celulares para todo un grupo familiar, cortes de luz frecuentes, carencia de conexión a wifi, falta de datos móviles... La universidad comenzó a entregar tarjetas de datos y desplegó, una vez más,

una batería de estrategias para llegar a quienes lo necesitaran. Se sumaron los relatos de lo que la pandemia comenzaba a horadar, presentes en la pantalla cuadrículada o en mensajitos sin día ni horario: imposibilidad de trabajar o familiares enfermos.

La verdad es que los horarios desdibujados y extendidos fueron un denominador común en las experiencias de colegas y en la propia. No se leía el desagrado por ello, sino el cansancio o la falta de tiempo para cubrir las necesidades de atención. Porque después de todo, estábamos trabajando juntxs, en lo mismo y por lo mismo. Mucho o poco, era un logro colectivo y eso de que “el único héroe válido es el héroe en grupo, nunca el héroe individual, el héroe solo”, adquiriría un sentido nuevo.

Una estadística presentada en la correspondiente pantalla de reunión virtual de la cátedra al finalizar el primer cuatrimestre nos decía que habíamos podido sostener la matrícula de la presencialidad, sin demasiadas diferencias...el héroe de Oesterheld se secaba el sudor de su frente, cansado, pero orgulloso de su trabajo, y se preparaba para el segundo tramo con algunas estrategias ganadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cameron, J. (Director) (2009). *Avatar* [Película]. 20th Century Fox.
- Oesterheld, H. G. y Solano López, F (1976). *El Eternauta* (2da. reedición). S.d.
- Singer, B. (Director) (2000). *X-Men* [Película]. 20th Century Fox.

¿CÓMO CARAJO ERA LA CONTRASEÑA?

*Nicolás Ventieri*³⁷

Luego de ir una sola vez a la UNAJ, guardar para siempre en una caja la tarjeta SUBE, el año arrancó con un taller para formarnos en la virtualidad. De alguna forma, Problemas de Historia Argentina (PHA) pretendía que nos sean familiares las (nuevas) herramientas virtuales que íbamos a poner en práctica ¿para siempre? En ese mar de incertidumbres, correos electrónicos, reuniones, actividades semanales, hojas de ruta y demás, las contraseñas se pierden. Y más, cuando no las guardás de forma automática en la computadora.

La pregunta que abre este relato me resonó cada vez que prendía la computadora para trabajar. No la hice yo, es autor un compañero que la escribió en un padlet compartido por la materia al expresar algunos sentimientos ante tanta virtualidad. Y vaya que sucedió. Es verdad que se soluciona fácil, es decir, la respuesta puede ser abordada de forma muy sencilla. “Siglo XXI”, me dirán algunxs. Pero la importancia no está en la respuesta, sino en la pregunta. A mí siempre me llevó a pensar otras tantas, siempre acompañadas por el “carajo”. Hay algo bien expresado en ese carajo –no me quiero referir al ya conocido Congreso de la Lengua Española en el que Roberto Fontanarrosa explicaba la importancia de las malas palabras–, que es la frustración. Y así, podría modificar la pregunta inicial por la contraseña y ampliarla por “indicar dónde entregar la tarea semanal” o por “cómo hacer una cálida devolución al trabajo

³⁷ Docente de la asignatura Problemas de Historia Argentina, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

realizado” o por “cómo insistir para que no abandonen la materia” y, lo que es más importante, cómo hacer para que la universidad sea parte de la existencia de cada uno/a, una existencia que se veía en aquel entonces trastocada, dada vuelta y desordenada.

Y, sin embargo, la computadora –por la que ahora pasaba la vida– estaba encendida desde temprano, así como la luz del comedor. Porque, claro, perder la contraseña u olvidarla es grave y desgasta, pero creo que es más difícil aún vivir en un departamento interno con poca luz. Decir “poca” es de una generosidad notable. Me fue común decir en voz alta “Noruega” o “Finlandia” cada vez que prendía la luz a las 8:00. No conozco esos países, pero está claro que el sentido común nos hace pensar que si hay algo que falta en esos países es la luz del sol. Casi como mi comedor, un día cualquiera al comenzar la jornada de trabajo en el que, por supuesto, olvidaba la contraseña.

Pero no estaba solo. Las contraseñas se pierden. Las contraseñas las perdemos. A lo largo del primer cuatrimestre virtual recibí varios correos en los que varios/as estudiantes me escribían que no podían ingresar al Campus, porque saltaba un cartel de error. Por supuesto que lo primero en mi mente era que el problema estaba en la contraseña, que había un error, un olvido, una letra mal escrita, un número que faltaba, una mayúscula mal puesta. Ahí estaba esa contraseña que no permitía ingresar al aula y se burlaba de nosotros/as, los simples mortales que queríamos estudiar y trabajar.

Luego de un intercambio largo –que incluyó varios correos– con una de mis estudiantes, el problema no estaba en si era la contraseña o algún error del sistema. El problema era ahora hacerle frente a la frustración, ajena y propia. Ajena porque qué sabía yo las condiciones en las que esta estudiante afrontaba sus tareas cotidianas, qué sabía yo si vivía en un lugar espacioso, si había tenido la suerte de vivir en un lugar con poca luz, si vivía sola o con muchas personas, si tenía hijxs pequeñxs a cargo, si los cortes de luz le eran comunes y demás. Desde ya que cada una de estas cuestiones no fueron producto de mi imaginación, porque era común recibir correos en los que mis estudiantes daban cuenta de las complejidades para cursar y de las

dificultades para continuar adelante. Y ahí estaba yo, torpe, lento, cansado y entusiasmado por habitar una universidad.

—Envíame una captura de pantalla. Apretás el botón “F12” si tu teclado está en inglés o “ImpPant” si está en español. Después abrís el Paint, pegás con la combinación de teclas “Control” + “V” y guardás el archivo. Una vez que lo descargues, me lo envías al correo.

Mejor no le envío eso, es incomprendible. Ya mucho con no poder ingresar al aula virtual.

—¿Podrás sacarle una foto a la pantalla y enviármela?

Era la contraseña. Error, contraseña incorrecta o algo así. Le propuse que la cambie y que si tenía que resetear su usuario y contraseña se comunique con Mesa de Ayuda, que iba a resolverle el problema. Además, le propuse que guarde la contraseña en un cuaderno, no vaya a ser que suceda nuevamente. Ahora me tocaba esperar. Si entregaba la actividad semanal, había resuelto su problema y seguía adelante con la cursada.

El miércoles solía corregir las actividades semanales. Llegué a la única que esa semana me interesaba leer. La cuestión de la contraseña ya era personal. No podía ser que ganara la batalla una letra de menos o de más, una mayúscula que no iba o un número ausente. Me dirigí directamente al apellido en cuestión. Había entregado. Festejé, en silencio, pero la tecnología había perdido su batalla. Corregí con mucho gusto:

¿Por qué afirmás que no hubo mejoras para las trabajadoras en esta época? Creo que falta explicar la razón de esa idea. En general resumís muy bien los aspectos relevantes de la clase, pero atención porque mucha información se repite en tus distintos párrafos y eso puede prestar a la confusión. Me gusta tu redacción y la forma en la que escribís. Empecé a guardar todas mis contraseñas en un cuaderno, ¿hiciste lo mismo?

Las contraseñas las sigo olvidando, pero ahora –mudado y con luz natural hasta las 19:00–, al prender la computadora, abro mi cuaderno en el que guardo unas 40 contraseñas escritas a mano.

SOMOS INMUNES, PROFE

*Elena Vinelli*³⁸

Me acuerdo de la última clase presencial de Lengua en el Curso de Preparación Universitaria (CPU) de nuestra Universidad y del correo electrónico enviado a los estudiantes ausentes: “Sí, Florencia, no tienen más clases, ya no volverán a Lengua del CPU, pero no perdieron el curso porque acaban de rendir el examen final”. Fue apenas antes del 16 de marzo de 2020 en el que se suspendieron las clases *hasta más saber*. Ya había insistido en reiterar las recomendaciones por la COVID-19 y el dengue. Ya se sabía que la gente se moría a montones en otros países. De lo que más me acuerdo de la salida del aula: “mis” estudiantes tomaban mate alrededor de una mesa, charlaban, reían. Me convidaron, como siempre, pero esta vez les pedí que no lo compartieran, por favor... Respondieron dicharacheros: “somos inmunes, profe, a nosotros no nos va a pasar nada”.

Ese mismo 16 les escribí para explicarles que corregiría sus trabajos y se los enviaría. Pero como tenía *esa* frase y *esa* mesa y *ese* mate y *eses* chiques pegados en mis ojos, más de la mitad de mi mensaje estuvo dedicado a la prevención: que se lavaran las manos, que usaran repelente hasta el amanecer, etc.

Declarada la cuarentena, empezó la carrera institucional para hacer las aulas virtuales, basadas en las diseñadas como aulas de apoyo en años precedentes. Fue un trabajo a destajo de toda la comunidad para preparar el diseño didáctico de los contenidos de las materias del primer cuatrimestre.

³⁸ Docente a cargo de la asignatura Lengua, dictada en el marco del Curso de Preparación Universitaria (CPU), destinado al estudiantado ingresante (Instituto de Estudios Iniciales).

En nuestro caso, comenzamos a organizar el Taller de Lectura y Escritura del Ciclo Inicial de todas las carreras de la UNAJ en modalidad a distancia, del que formé parte como docente desde 2012 hasta marzo 2022, fecha en la que me jubilé.. Un trabajo acelerado para adaptar contenidos y actividades a la nueva modalidad, muy duro incluso para las colegas más duchas en edición virtual. Hubo, en cambio, alguna institución que no hizo más que escribirnos: “No, no construiremos aulas virtuales. La materia tiene que ser dictada de modo no presencial: deben presentar un plan, objetivos, herramientas...”. Y nos dejaron solos: a docentes y a alumnos. No proveyeron la parte del león.

Desde la calle hasta la ventana de casa subía la voz de los altoparlantes anunciando el estado de emergencia sanitaria y una serie de medidas de prevención que partían de coches de bomberos o de la policía. Había caído entrapada en un cuento de Ray Bradbury.

Sí, los esfuerzos de la UNAJ para resolver la cursada fueron heroicos, de aplaudir; pero las dificultades fueron muchas: el primer cuatrimestre de 2020, con unos 50 alumnos por comisión que no entendían el funcionamiento del Campus Virtual fue, para todos, excesivamente exigente. Había que descubrir a quienes no avanzaban, escribirles, alentarles, explicarles, rescatarlos. Y el Campus Virtual, pese al trabajo inaudito del equipo técnico, se caía continuamente: bajar las actividades y subir las correcciones fue como empujar la piedra de Sísifo: todo, siempre, se volvía a caer. Llegaban correos electrónicos con los tropezones de un bajo porcentaje de cursantes: ¿en qué sitio subo el trabajo?, ¿cuándo vence la entrega? No, no leían el cronograma o no podían acceder desde sus mínimos celulares. Colgaban sus trabajos en diferentes sitios del Campus: había que revisar todo con una caña de pescar, volver a explicarles dónde y cómo proceder, y cuáles eran los aciertos y problemas de sus textos. A veces descubría, a destiempo, en los mensajes de mi Facebook, ciertos: “Profe, le mando el trabajo práctico por acá”. A casi dos años, todavía no sé si les respondí a todos. Fue un hallazgo hacer un Facebook para ambas comisiones: conocían su funcionamiento, permitía aclarar las dudas de unos y otros, y expresar cierta emotividad.

Son alegres los pibes UNAJ. Y eso que apenas se podía crear un vínculo didáctico o comunicativo. La mayoría estaba restringida a cursar con un celular que no les permitía bajar archivos ni escribirlos desde sus teclas diminutas. Conseguir internet les era fáustico. Resistían o abandonaban. Abandonar, comprendí después, también era una forma de resistencia.

Llegó entonces el correo de la alumna que contradecía la festejada inmunidad: tenía COVID-19. Encerrada en su pieza, estallando de dolor de cabeza y a través de una puerta cerrada para evitar el contagio, instruía a sus hijas pequeñas para que comieran lo que el papá les había dejado antes de irse a trabajar (muchas empresas de la zona obligaron a trabajar a nuestros estudiantes). Le otorgué todas las extensiones posibles. Heroicidades cotidianas de alumna sin foto: fui feliz al anunciarle que había aprobado y que escribía muy bien. Feliz de que me escribiera anunciando que tenía el alta, me taladraba el fantasma de los ausentes que no respondían más: dolían.

No me di cuenta de mi propio estrés: de pronto empecé a cerrar promedios con un ojo hinchado y afiebrada. Ponía sobre el ojo y la sien un paño helado atado a la cabeza, como un pirata. Me dolía el brillo de la pantalla. No, no podría resolver las correcciones a tiempo: me ayudaron mis divines colegas del Taller. Creo haberle enviado una foto del ojo pirata al coordinador de la materia, y él, como siempre, comprensivo y eficiente como ningún jefe de cátedra de toda mi carrera docente, me dijo que dejara todo, que los coordis se harían cargo. A los ponchazos mandé unos jeroglíficos para que cerraran promedios (no me daba el cuerpo para volver legibles mis listados). Después perdí el conocimiento. Me desperté abombada. Me internaron: herpes zóster meningítico. La meningitis me podía afectar gravemente: en verdad yo no me doy cuenta de si quedé o no atontada. El estrés baja las defensas y, en mi caso, habilitó al zóster. Me albergó el cuarto piso de una clínica, los covidenses poblaban el tercero. Con el alta, el neurólogo me ordenó recibir atención psicológica y psiquiátrica, y licencia por todo el segundo cuatrimestre de 2020. Por eso pensé que “abandonar” la cursada fue, para algunos estudiantes, una forma de resistir a la adversidad, de

preservar su integridad. En febrero de 2021 supe que saldría mi jubilación. Tampoco habría querido volver a enseñar de modo virtual con tanto estudiante a cargo y rechazando aún el brillo de toda pantalla encendida.

Me pregunto: ¿es posible construir un vínculo didáctico, en soporte virtual, con más de treinta estudiantes a cargo? La presencialidad es invaluable en los primeros años de escuela, y me parece que también en la universidad. La virtualidad parece más pertinente en el posgrado, a menos que sea, por ejemplo, un taller como este, para el que ahora escribo, que convoque a los estudiantes que cursaron estos dos años a distancia, pero cuando ya hayan podido experimentar la presencialidad: la otra cara de la moneda.

En un Campus se juegan al menos cuatro relaciones a la vez: la del estudiante con sus textos, con el orientador, con otros estudiantes y con el “fuera de campo”. La escritura también es corpórea, las palabras también construyen relaciones. Pero se precisa tener acceso a internet, interacción y que el docente coordine a no más de veinte personas. Esto es algo en lo que el Estado, empobrecido, está en falta.

Creo que por eso extrañé tanto las clases presenciales: la lectura compartida, los cuerpos presentes, la modulación de las voces, las expresiones de contento, duda, rabia, alegría.

Relatos de la Secretaría Académica:
Dirección de Idiomas y
Estudios Complementarios
y Dirección de Pedagogía
Universitaria

FUE UNA OPORTUNIDAD PARA ENRIQUECER LA EDUCACIÓN, NO, FUERON DOS Y FUERON EN PANDEMIA

*Silvana Carnicero*³⁹

Pensando qué vivencias y experiencias contar de un 2020 que nadie se podía imaginar y yo tampoco, no me fue fácil discernir qué experiencia quería compartir. Fue un 2020 que estuvo cargado de momentos que todos seguramente recordamos: las dificultades con el ingreso al Campus, las preguntas tanto sobre contenidos como sobre procesos que llenaban los foros de consultas y, en mi caso (porque hace rato que lo tengo como práctica para tener un vínculo más espontáneo con los estudiantes), los grupos de WhatsApp. También, el aprender como docentes a crear los videos para compartir nuestras explicaciones, el decidir como departamento cuál era la mejor forma de diseñar los exámenes, el buscar un lugar en nuestras casas donde poder seguir siendo “docentes” como si nos costara pensarnos como docentes fuera de la escuela o, en nuestro caso, de la universidad, fuera de ese espacio físico que fue creado desde sus orígenes para que se llevaran a cabo los procesos de enseñar y aprender. Hasta acá, todo lo que vivimos la mayoría de docentes con nuestros estudiantes en este 2020 que nos sirvió como cimiento para nuestro día a día hoy y nos permitió superar barreras. Y ahí fue cuando vino a mi cabeza esa experiencia que quizás otros no puedan contar. Una experiencia que justamente me corrió del lugar físico de la universidad y me corrió de Florencio Varela, de Buenos Aires y hasta

³⁹ Docente de Inglés Extracurricular, asignatura dictada para todas las carreras de la Universidad.

de la Argentina. Mejor dicho, esa experiencia que nos corrió, porque la experiencia no fue solo mía, fue con los estudiantes de la UNAJ y fue posible gracias a ellos.

Ya no recuerdo la fecha cuando la coordinadora del área de inglés nos contó sobre los procesos de internacionalización que venía llevando a cabo la Universidad y cómo se estaban empezando, de alguna manera, a poner en práctica en esta nueva normalidad. Las clases espejo, aquellas en que docentes de dos universidades diferentes participan con sus grupos de estudiantes en una misma clase, pasaron de un día para otro a ser parte de mi vocabulario. Yo, que siempre había participado en proyectos de colaboración global con estudiantes de nivel secundario y nunca me había animado a dar ese paso en la UNAJ, sentí que era el momento para hacerlo, que si yo, que tenía experiencia en pensar la educación de manera global no lo hacía, quién lo iba a hacer. Era agregarme una actividad más, un Zoom más a esas jornadas interminables frente a la computadora, pero era una oportunidad que los estudiantes de la UNAJ, estudiantes con una impronta territorial muy fuerte, merecían vivir.

Como pasa siempre que queremos introducir alguna innovación a nuestras materias, los tiempos son tiranos y juegan en contra y hasta a veces desmotivan, pero finalmente la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) pudo recibir a los estudiantes de la UNAJ y viceversa. Luego de dos o tres encuentros con el profesor de inglés de esa universidad para elegir el material a trabajar de manera conjunta y la forma más adecuada de planificar la clase teniendo en cuenta que las dos universidades trabajan la enseñanza del idioma de manera diferente, llegó ese miércoles (casi cuando el ciclo lectivo se estaba cerrando) que nos hizo vivir una clase diferente, que le permitió a los alumnos de UNAJ estar en otra clase con estudiantes de otros lugares para compartir conocimiento. Muchos alumnos que cursaban mi materia en otras comisiones se sumaron, hicieron el esfuerzo de participar para, en ese 2020 cargado de problemas, vivir algo diferente. Al cierre de la experiencia tuve muchos comentarios de estudiantes que agradecían lo vivido y que me comentaron que les hubiera gustado tanto

tener un segundo encuentro como tener clases espejos de otras materias, quizás hasta más troncales para sus carreras. Fue ahí cuando reafirmé mi idea de que por más lúgubre que parezca el escenario, está en nosotros buscar las oportunidades o, como mínimo, como fue en este caso, aceptar los desafíos.

Desde que había entrado a UNAJ, en el 2015, siempre transité pasillos y aulas pensando que me gustaría llevar a ese terreno lo que yo venía haciendo, pero la baja carga horaria, el trabajar prácticamente sola (al ser la única docente del departamento que daba clases los sábados, ya que la mayoría de mis colegas trabajaban durante la semana), me hacía difícil pensar en formar parte de distintos colectivos docentes que generan espacios de trabajo en común. Fue en esta pandemia donde no solo pude vivenciar la experiencia antes narrada de la clase espejo, sino que también aceptando otro desafío me pude incorporar a un grupo de investigación que surgió en mi departamento para empezar a estudiar las ideologías lingüísticas de nuestros estudiantes de la UNAJ y de nosotros los docentes. Ese grupo de investigación, que también nació en pandemia, se consolida día a día también apostando a la construcción colaborativa de conocimiento.

Y sí, no fue en un momento normal, fue en la nueva normalidad de la pandemia donde mi compromiso con nuestra querida UNAJ tomó más fuerzas. Tampoco fue estando dentro de sus paredes, sino desde la virtualidad, entendiendo que los intereses comunes de los docentes, que son el progreso de nuestros estudiantes, pueden atravesar tanto paredes como pantallas si nos atrevemos a la oportunidad sin importar los obstáculos del contexto.

ME MIRO, TE MIRO, NOS MIRAMOS... ACCIONAMOS, SENTIMOS, VIVIMOS

*Marcela Eich*⁴⁰

En julio de 2019 una gran puerta se abrió, me refiero a mi entrada a la UNAJ, una propuesta única, lo cual representaba el ingreso a un mundo desconocido por mí en relación a la docencia universitaria. Traspasar ese portón fue con incertidumbre, tal vez algo de miedo, pero con muchas ganas de sorprenderme con nuevas experiencias.

Con ímpetu de iniciar otros aprendizajes, llegó ese día esperado, el de comenzar a caminar por los pasillos del Edificio Mosconi, por lo que me dirigí al primer piso, vi una puerta, la cual tras mi toque de timbre se abrió. Estaba en el Centro de Política Educativa (CPE) de ese entonces (hoy Secretaría Académica). ¿Qué encontré allí, además de gente cálida e idónea? Una propuesta de trabajo sumamente atractiva. ¿Cuál era? Integrarme a un grupo de profesionales que trabajaba en equipo para dar apoyo a la inclusión; en mi caso como profesora especializada en discapacidad auditiva, que, obviamente, por mi trayectoria laboral de veintinueve años en la escuela especial para sordos e hipoacúsicos, era algo que me tocaba muy de cerca. Lo primero que pensé fue: soy privilegiada, y lo sigo sosteniendo. Este proyecto se convertía en un desafío para mi carrera educativa por este nuevo nivel a transitar, daba más gusto, más adrenalina. ¿De qué se trataba esa propuesta? De un ofrecimiento muy prometedor, por cierto, por el hecho de hacer tangible la lucha de siempre en relación a la educación de personas sordas, como es el de garantizarles oportunidades de enseñanza

⁴⁰ Miembro del equipo de Apoyo a la Inclusión, perteneciente a la Secretaría Académica.

y aprendizaje accesibles, con calidad y calidez, con acompañamiento, sin discriminación, con equidad, respetando individualidades apreciando sus capacidades específicas, haciendo valer y cumpliendo sus derechos.

Comencé a introducirme de a poco en el ambiente universitario. “Apoyo a la Inclusión”, me dijeron, así se llamaría el equipo. Ese nombre encierra mucho, concentra varios conceptos, y resume parte de mi historia laboral, gran parte de mi vida. ¿Por qué inclusión?, ¿de qué se trata? Generalmente asociado a integración, como si fueran sinónimos, pero no lo son, si incluso sumo a lo que ya se tiene como está, realizo adecuaciones para que esa persona con discapacidad pueda tener el mismo acceso que cualquier otra. Por eso es fácil decir “incluimos”, pero difícil llevarlo a cabo, es abordar algo que muchos nombran, pero pocos ponen en práctica, no por maldad, sino por desconocimiento, se trata de vencer barreras, tanto físicas como emocionales, comunicacionales, edilicias, de indiferencia, y tantas más... Carlos Skliar dice “no hay que estar preparado, sino disponible” (2017, p. 179).

Ante esta propuesta laboral me dije: “qué bueno abrirme a otros ámbitos, poder compartir mis experiencias y aplicar mis conocimientos en otros lugares y con otra gente ajena a la educación especial”.

Llegué a la UNAJ y me conecté con los recuerdos de mi querida Escuela N° 505. Me reencontré con algunas de mis estudiantes de aquella escuela. Me vino a la mente una escena: me vi frente a mis alumnas y alumnos del último año de primaria, preparados para lanzarse a una travesía –sé que eso les representaba–. Me refiero a su ingreso al nivel secundario de nivel, gran desafío para ellas y ellos. Me veo hablándoles sobre la implicancia y lo que significaba haber llegado hasta allí, explicándoles que no se terminaba ese transitar por la educación en esa etapa, que podrían avanzar mucho más (por la década de 1990 el ingreso a un secundario para estudiantes sordos era para un grupo muy selecto con condiciones óptimas para la lengua oral, lectura de labios y con un resto auditivo que le permitiera cierta discriminación), que gracias a la aceptación y uso de su lengua, la lengua de señas argentina (LSA), esto fue cambiando y pudieron acceder a estudios secundarios, terciarios y universitarios). Les expresaba también

que primero deberían plantearse qué querían de su futuro, cómo se veían o cómo les gustaría verse, y de ahí partir y proyectar, que el iniciar esa etapa les demandaría más esfuerzos, predisposición y compromiso.

Este pasaje de mi historia asomó a mi memoria al ver el listado de estudiantes donde aparecían nombres conocidos, eran aquellas o aquellos con discapacidad auditiva que ahora estaban cursando en la UNAJ. Pensé, quizás la orientación elegida en el secundario condicionó la elección de la carrera universitaria, obvio no en todos los casos. Ahí materialicé esas prédicas de entonces hacia ellos y ellas, y revaloricé esfuerzos, trabajo, proyectos y tantas cosas más que como docentes hacemos y a veces no nos damos cuenta de la dimensión que tiene esa dedicación. Ahora los volvía a ver, a esos estudiantes y esas estudiantes que conocí cuando apenas comenzaban a caminar, tan pequeños con un gran futuro incierto por delante, llegando hasta la UNAJ. Verlos adultos, iniciando una carrera universitaria o con una en curso, realmente me llenó y desbordó el corazón.

Regresando a épocas más cercanas, nuevamente a 2019, me encuentro, yo, sí, esa maestra de sexto grado por aquel tiempo, en la Universidad, y en esta oportunidad mirando a algunos y algunas de aquellos estudiantes desde otra vereda, reencontrándome con la emoción, alegría y tanta mezcla de otros sentimientos difíciles de expresar que llenan mi ego y mi alma. Esta vez para seguir acompañando a los niños y a las niñas de ayer y adultos y adultas de hoy, para alentarlos a que sigan avanzando, que no se detengan, que venzan las barreras que se les presenten.

Ya en la UNAJ, mi primer acercamiento fue a través de introducirme en las materias que cursaban las estudiantes y los estudiantes con discapacidad auditiva y comenzar a explorar el objetivo a partir de un trabajo de búsqueda, revisión, indagación: la accesibilidad y la evidencia del motivo de algunos fracasos, incumplimientos, abandonos...

Comencé a contactarme con los estudiantes y las estudiantes a través de entrevistas de encuadre para poder hacer que su trayectoria educativa garantice la inclusión, interviniendo en reuniones con docentes, abriendo

y difundiendo dispositivos de inclusión, ¿de qué se trata? Como punto de partida, brindar orientaciones, asesoramiento, información a los docentes y las docentes sobre las personas con discapacidad, dependiendo su caracterización, es decir, auditiva o visual, y así generar adecuaciones curriculares de acceso y contexto para los estudiantes y las estudiantes que lo requieran, siempre teniendo en cuenta y partir de la idea de que al trabajar con personas ciegas y sordas es más ventajoso contar con una hipótesis de trabajo centrada en la enseñanza, en la comunicación y no en la discapacidad. Es más fértil pensar un aula plurilingüe, heterogénea, inclusiva, accesible, diversa que un aula con estudiantes en situación de discapacidad, tarea que no es fácil pero sí viable.

Entonces todo inició, pero 2020 nos impactó fuerte y provocó un replanteo de todo lo programado, lo planeado. Junto a mi compañera de equipo especializada en discapacidad visual, ni bien comenzábamos a adaptarnos, a acomodarnos y a hacernos propio el lugar de trabajo, un rinconcito de esa oficina 110 para realizar las tareas específicas de inclusión (algunas ya mencionadas), el panorama cambió por completo. De tratar de contactarnos con las estudiantes y los estudiantes presencialmente, ya sea para entrevistarles, brindarles orientaciones o sugerencias, apenas con el tiempo para replantear o reprogramar lo planeado, pasamos a ese aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) (nunca mejor puesto ese nombre por la repercusión que tuvo, pero nominado creo, erróneamente, porque se trataba de separarse físicamente de las personas, no de dejar de involucrarse y funcionar socialmente). He aquí el punto de partida de un gran desconcierto y problemáticas que, desenlazadas de esta situación así planteada, provocaron en algunos y algunas un verdadero aislamiento, ya sea por temas tecnológicos, por encontrar barreras idiomáticas, o por sentirse verdaderamente solas y solos.

Y así mi rol de exploradora de la web comenzó: ¿de qué se trataba la tarea?, de ir en búsqueda de un Campus Virtual accesible, ese era el puntapié para que la inclusión sea un hecho, no una utopía. Difícil, ya que todo era nuevo, para profes y estudiantes, había que reinvertarse e insta-

larse un nuevo chip que atendiera todas las necesidades que dentro de este panorama de pandemia así lo exigiera: observar los videos para verificar que tengan subtítulos en español (caso contrario, solicitar que se hagan las adaptaciones correspondientes), realizar reuniones con docentes para notificar la existencia y participación en las aulas virtuales de personas con discapacidad, brindar el dispositivo de inclusión apuntando a dar información sobre caracterizaciones propias de la discapacidad, y elaborar acuerdos dependiendo de si se trata de estudiantes sordos o hipoacúsicos (ya que las necesidades y requerimientos serán diferentes, por ejemplo, en el caso de personas sordas hablantes de LSA, quienes necesitarán intérpretes de su lengua para las clases sincrónicas; para ello proporcionamos el correo electrónico de las intérpretes de LSA)⁴¹. Retomando, para acordar con ellas los encuentros, anticiparles el material a trabajar en clase. También, conversar con las coordinadoras y los coordinadores de carrera, así como con profesores para favorecer la buena comunicación, ya que cuando tratamos con personas que capturan la información y los mensajes de manera diferente a la de la docente o del docente, se deben atender los aspectos vinculares, leyendo las necesidades del estudiante. Así es central prestar atención a la elocución: modo, ritmo, tono y dirección al hablar para dar la clase (el cómo); respetar los tiempos y turnos al hablar, el problema del bullicio, la coordinación de diálogos; la intervención y el ajuste en expresiones, las apoyaturas para las clases utilizando recursos materiales que sean accesibles, usar configuraciones de apoyo y estrategias didácticas según requerimientos individuales. Adicionalmente, alentar el uso de herramientas complementarias, ya sean, apuntes, síntesis de la clase vía correo electrónico, páginas webs (Google, YouTube, blogs), uso de celular, y, lo primordial, fomentar en el estudiantado con discapacidad el autovalimiento, sin sobreprotección, sin imposición. Todo esto desde mi lado, pero si miramos a las estudiantes y los estudiantes, ¿qué pasó?

⁴¹ Fueron seleccionadas por concurso con evaluación por examen en la UNAJ, que fue pionera en este tema.

Aparecieron las barreras, esas que mencioné antes, los audios, los videos sin subtítular, las bocas de los hablantes que no se veían o no se dejaban ver, los diálogos superpuestos, los textos complicados, las consignas indecifrables para una lengua dos. ¿A qué me refiero? Para la persona sorda, el español representa un idioma extranjero con todo lo que eso conlleva, con una gramática diferente. Este idioma se adquiere por el canal visual, accionando mecanismos de escritura para incorporar y manejar esa segunda lengua. Así, implica dificultades tanto para la parte escrita como oral, lo que ocasiona trabas idiomáticas propias de cualquier aprendizaje de otra lengua. Complicado, por cierto, pero no imposible.

Hubo desconcierto, incertidumbre, situaciones no gratas tanto del lado docente como del estudiante. Al prender las cámaras, quedaban expuestas circunstancias, características, intimidaciones y, en el caso específico de las personas con discapacidad auditiva, la cursada virtual puso en evidencia la discriminación, la ignorancia de la gran mayoría con respecto a su existencia y caracterización. Se puso de manifiesto la falta de un sistema inclusivo que contemple las necesidades específicas de la estudiante y del estudiante con discapacidad. Así se pusieron a disposición guías escritas con pautas de accesibilidad a modo de información para el colectivo docente, se organizó un webinar para conversar sobre mitos y verdades en relación a temas de discapacidad, se realizaron encuentros virtuales para presentar el proyecto de inclusión, hablar sobre el rol y trabajo de las intérpretes de LSA como mediadoras lingüísticas en la comunicación y conexión entre lenguas (español oral-escrito/LSA).

Fue un camino difícil, una deconstrucción para volver a construir un nuevo andar donde se contemple la accesibilidad de contexto, contenido, formas y modos, para lograr una continuidad pedagógica sin barreras, tratando de detectar los obstáculos dentro de este marco particular que la COVID-19 provocó. Hubo que acompañar mirando lo que pareciera obvio pero que en la realidad y en el común colectivo no lo es, pensar en adaptar formatos de clases, audios por textos escritos, videos inclusivos, clases con intérpretes de LSA. Se presentaron situaciones diversas donde las

estudiantes y los estudiantes dudaban en seguir la cursada, la falta de insumos tecnológicos o su disponibilidad, si contaban con ellos, sumado a las barreras comunicacionales, provocaron o acentuaron más ese aislamiento.

Las estudiantes y los estudiantes nos contactaron en algunos casos muy angustiados, desorientados frente a situaciones que sobrepasaban sus posibilidades de resolución. Ante el pedido de ayuda, acompañamiento, nos comunicábamos con docentes para comentarles la problemática si la había, o para aplaudir ese esfuerzo docente por interiorizarse y comprometerse para que la clase sea accesible y aprovechable para esa estudiante o ese estudiante con discapacidad. No todos fueron tropiezos, hubo muchos logros.

En una ocasión, el equipo de inclusión informaba a una docente que se había comunicado una estudiante, quien cursaba su asignatura, para comentarnos su preocupación y angustia por no poder seguir el ritmo de la materia en las clases sincrónicas, sentía que perdía mucha información y que no podía intervenir o participar por la dinámica que llevaba la clase. La joven es una persona con discapacidad auditiva, que se comunica en forma oral y en LSA. Nuestra intervención es para acompañar esta trayectoria y que sea accesible.

Se trata de una estudiante avanzada en la carrera de Trabajo Social, es una excelente alumna, muy capaz, responsable y sumamente cumplidora, cuyo desempeño educativo lo demuestra, pero se ha encontrado con algunas barreras que le ocasionaron dificultades. Algunas de esas barreras surgen de los diálogos simultáneos o las superposiciones de voces tanto de los exponentes como de los pares, lo que le representaba una gran dificultad para poder seguir la conversación o explicación, ya que ella realiza lectura de labios, por lo que fija su mirada en una persona a la vez (es su forma de poder comprender el mensaje). Detalle para tener en cuenta es hablar más pausado, articulando bien, sin exagerar la modulación, mirando de frente a la cámara, tratando de evitar todo elemento que interfiera la vista de la boca. Un ejemplo mencionado por la estudiante en el mensaje enviado, en el caso de que la persona interlocutora tenga bigotes, se puede buscar alguna estrategia para superar ese obstáculo, como podría ser un compañero

traductor del contenido oral expresado, o resaltar palabras claves o conceptos en el chat por vía escrita. Estas son algunas de las formas de hacer más accesible esa práctica.

Se ofrecían orientaciones generales para el trabajo con estudiantes sordos. Vale aclarar que la estudiante también se comunica en LSA, por lo tanto, las clases sincrónicas podrían ser interpretadas, pero por el horario de cursada era imposible la participación de las intérpretes, ya que estaban con otras ocupaciones, entonces se solicitaba que, de surgir algún otro horario o necesitar una reunión con la estudiante, se podría pedir el servicio de interpretación mediante el área de idiomas. Se notificaba también la necesidad acercar anticipadamente el material a interpretar. Nos poníamos a disposición para que cuenten con la colaboración de todo el equipo de trabajo y solicitábamos que tengan en cuenta la situación de la estudiante, y si cabía la posibilidad de ofrecerle otras alternativas pedagógicas y contemplar los tiempos que en el caso de los estudiantes con discapacidad difiere de la del resto del estudiantado (eso es de suma importancia), así como ofrecer más holgura y tranquilidad para la estudiante, en este caso.

Otro episodio es la estudiante de la carrera de Licenciatura en Administración, que se comunicó conmigo y me manifestó sus deseos de abandonar la cursada de la materia debido a las dificultades que se le presentaban para seguir con esta forma de cursada virtual. Me comentó que le resultaba sumamente complejo el ritmo de las clases, su preocupación por el parcial y el temor y nerviosismo que eso le ocasionaba.

He conversado con ella, le comenté sobre la buena predisposición y conocimiento sobre los estudiantes con hipoacusia que poseía la docente, ya que nos habíamos reunido y conversado en otras oportunidades, y fue así, logré que se tranquilizara y que tomara confianza para poder continuar con esta asignatura, que el estar cursando simultáneamente el taller de español como segunda lengua (que se ofrece en la Universidad) le iba a servir de gran ayuda para poder afianzar contenidos y reforzar su lengua escrita. Le comenté que si bien tenía que cumplir como sus pares, se tendrían en cuenta su ritmo y tiempo de trabajo, le pedí que no aflojara, que solicite

ayuda, que comente sus dudas, que no baje los brazos, que es una situación difícil al cursar de esta forma, sumada a las dificultades existentes desde su discapacidad, pero que tiene que ir paso a paso, permitirse equivocarse, tener errores, ya que de ellos se aprende.

En otra oportunidad, un estudiante que cursaba dos carreras se contacta con el equipo para comentarnos que se ha encontrado con algunas dificultades al enfrentar en el Campus videos sin subtítulos, por lo que, quedaba fuera de su alcance la comprensión de estos. Por ello nos comunicamos con las docentes y les recordamos que el área de idiomas cuenta con intérpretes en LSA, que se tenían que contactar para solicitar un encuentro y poder acordar con anticipación para contar con su presencia en las clases o para que interpreten algún material audiovisual si fuera necesario, para hacer accesible la cursada del estudiante. También le informamos que en su próxima clase el estudiante participará del primer Zoom con el acompañamiento de las intérpretes. Ofrecimos nuestro apoyo y le pedimos que nos comenten qué necesitaban o con qué dificultades se enfrentaron.

Por parte de las docentes y los docentes recibimos su gratitud por el acompañamiento y el trabajo hecho. Pudieron realizar correcciones a partir de los intercambios que fuimos teniendo, como en el caso de los videos subidos (que eran utilizados como recurso didáctico, pero no contaban con subtítulos), que fueron adaptados, lo cual fue de suma relevancia para la comunidad sorda. El problema del subtítulo por YouTube es que la traducción no siempre es fiel, suele tener muchos errores, que llevan a fallas conceptuales importantes.

Otra situación fue cuando una profesora nos cuenta que el primer parcial de un estudiante con discapacidad auditiva le resultó preocupante, ya que no le había sido posible articular una oración (textual), y que ante esa situación le propuso que lo rehiciera, pero que se daba cuenta de que no había leído ningún material de la asignatura, lo cual le parecía que excedía a su condición.

También nos cruzamos con situaciones de discriminación en las que intervenimos. El hecho ocurrió entre estudiantes compañeros de la misma

clase. Durante la clase, un estudiante sordo, solicitó la intervención de las intérpretes para comentar una situación desagradable que había sufrido. Las intérpretes nos cuentan que en el transcurso de la primera clase virtual (a través de Zoom) alguien tomó una foto de la pantalla, en la cual se encontraba el estudiante junto a ellas en momentos de interpretación, luego la persona que captó la fotografía la compartió en sus redes e hizo comentarios ofensivos hacia el estudiante. Este episodio es comentado al grupo de pares por el protagonista agredido aludiendo a que era una situación muy desagradable y penosa para él y que por favor no le gustaría que volviera a suceder. La docente del grupo respondió inmediatamente ante el lamentable hecho y se dirigió a la comisión expresando que este tipo de acciones eran inaceptables para la cátedra. El estudiante dio por cerrado el tema, evidentemente él sabía quién era el o la causante de ese mal proceder, pero no quiso compartirlo.

Esta es una situación que reflejó que el grupo requería algún espacio de reflexión en cuanto a la inclusión y el respeto hacia todas y todos. Evidentemente se demuestra que aún falta conciencia social ante la discapacidad, lo diverso, por ignorancia o por falta de empatía.

Al contar su historia en clase y a nosotras, el estudiante pudo abrir muchas mentes, lo cual dio la oportunidad a quien o quienes lo ofendieron para poder brindarle disculpas, o simplemente que pudieran replantearse y cuestionarse el mal accionar que habían tenido.

¿Fueron estas y tantas otras situaciones causantes del abandono de materias hasta incluso de la carrera para algunas estudiantes o algunos estudiantes? Quizás fue muy condicionante, la certeza no está, pero las condiciones se fueron dando para que el camino a transitar no sea el apropiado, o mejor dicho el previsto, el óptimo. Pero hubo aciertos, porque en cambio, otras estudiantes u otros estudiantes enfrentaron el desafío y, pese a las adversidades, con esfuerzo, apoyo y acompañamiento de varios equipos de trabajo (como ser de discapacidad, idiomas o inclusión), el colectivo docente en general, estas y estos pudieron sostener la continuidad. La empatía y equidad brindada por todas y todos contribuyó para ese logro también.

Haciendo un balance de lo acontecido en pandemia, llego a la conclusión que además de haber realizado un gran trabajo, se ha hecho en equipo, que se avanzó mucho, aunque aún falte camino por recorrer; que dentro de este contexto fueron varios los logros, el trabajar codo a codo, mancomunadamente, aprendiendo día a día, adaptándonos y acomodándonos a las nuevas circunstancias que se nos presentaban, poniendo énfasis en que la tarea a realizar fuera de calidad, sea el precio que sea, rompiendo esquemas, estructuras, horarios, intimidades.

Nos tropezamos, nos caímos y nos levantamos, pero nunca nos detuvimos, continuamos avanzando en este camino incierto, pero ciertamente rodeados de buena madera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Skliar, C. (2017). *Pedagogías de las diferencias*. Buenos Aires: Noveduc.

¿QUÉ VES? ¿QUÉ VES CUANDO ME VES?

*Marisa Iriarte*⁴²

Hasta 2019 los estudiantes y yo teníamos una relación personalizada, fluida, gestual, manteníamos conversaciones en pasillos, en el barcito del centro de estudiantes, el vínculo era cara a cara, y no importaba si estábamos despeinados, empapados por la lluvia de ese día o con cualquier clase de ropa... lo más valioso era nuestro vínculo. Nuestras charlas eran impagables. Los temas más recurrentes eran nuestras familias, los hijos, los novios, nuestras mascotas. Además, como ellos sabían que me apasiona la ecología, participo en varias organizaciones y ayudo al Parque Ecológico Cultural y al Museo Histórico Provincial Guillermo Enrique Hudson, era infaltable ese tema. Algunos me contaban que también participaban en asociaciones de este tipo, y con muchos nos propusimos participar del Proyecto Ecobotellas para una Vivienda. Y así, comenzamos a juntar botellas rellenas de plásticos y materiales inorgánicos. ¡Qué experiencia tan satisfactoria! Nos juntábamos para llevar botellas a los ecocentros.

Ni Horangelni el más pesimista de los astrólogos, predijo esta nefasta pandemia. Aunque, si la analizamos, sosteniendo el argumento de lo mal que tratamos al medio ambiente, era de suponer que en algún momento la madre naturaleza se enojara. Con mis estudiantes lo hablamos y mucho. Obviamente, ya no en forma personal, nuestra comunicación siguió viva por WhatsApp, Facebook, correo electrónico y fuimos encontrando otras, la última fue Telegram.

⁴² Docente de Inglés Extracurricular, asignatura dictada para todas las carreras de la Universidad.

La pandemia, este maldito virus y el miedo que causa, nos sacudió. Casi todos perdimos seres queridos, conocidos, amigos y esta situación trae dos consecuencias inmediatas y opuestas. La primera, encerrarnos y alejarnos para protegernos. La otra, la postura contraria. La apertura hacia el otro, el ofrecimiento del oído siempre disponible, aunque sea para escuchar y no poder dar soluciones, pero estar. ¿Estar dónde? Detrás de una pantalla, detrás del auricular del celular, detrás de su pantalla, estar con palabras en un correo electrónico, estar en un cuadradito de videoconferencia de Zoom. Y aquí me quisiera detener.

Tanto l@s estudiantes como los/as docentes ya empezamos a foguearnos en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en 2020. Esto significó, me animaría a decir, un cambio de paradigma. Por ahora, *no* hay clase presencial, nos cambiaron las charlas cara a cara, la sonrisa, la carita de “no entendí”, la desfachatez de la presencia, con todo lo que es uno, *todo*, por las pantallas, los audios, los Meets, los Zooms y otros dispositivos o plataformas. Didáctica y pedagógicamente, nos hemos estado acostumbrando, hemos estado cumpliendo objetivos, y con resultados satisfactorios, tanto estudiantes como profes. Aun así, sentía que la relación con l@s estudiantes no era la misma que solía ser. Cada Zoom que compartíamos estábamos un poquito más cerca, pero no llegábamos a la proximidad de conversaciones y complicidad que teníamos. Valoro y agradezco tener la posibilidad de un acercamiento virtual que nos ofrecen las nuevas tecnologías. Realmente, significan un recurso invaluable. A veces me detengo a pensar ¿qué haríamos en plena pandemia si no tuviéramos estas tecnologías para continuar con las clases? Me vienen varias palabras a la mente: desolación, abandono, individualidad entendida desde la “falta de pertenencia”, y tantas otras de ese campo semántico.

Sin embargo, en las primeras reuniones vía Zoom o Meet que teníamos al principio con l@s estudiantes, pregunté: “¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?” (Mollo, Arnedo y Gil Solá, 1993), como el título de la canción que canta Divididos. Como docente veía pequeñas pantallas con algunos nombres, pocas caritas, otras pantallas color negruzco porque tenían la

cámara apagada, sentía ese silencio atroz por el apagado de sus micrófonos, y se apoderó de mí ese sentimiento de saber que estaban presentes y no podíamos “conectar” desde lo simple, lo cotidiano, desde lo personal. Ell@s seguían al orador y escuchaban. Focalizaban su atención en la presentación y tomaban nota. Casi ni preguntaban. Lo que me llevó nuevamente a la pregunta: ¿qué veían ellos cuando me veían a mí?

Cuando veo a mis estudiantes en la pantalla, cada uno en su cuadrado, los siento presentes, puedo percibir sus ganas de estar compartiendo ese encuentro. Habitar nuestro vínculo pedagógico nos implica (a ellos y a mí) la construcción de un vínculo cercano, simple, cotidiano y personal “como si” estuviéramos en el aula de la universidad. Desplegamos acciones que nos acerquen, como charlar 20 minutos de nosotros mismos antes de comenzar a grabar la clase. Parece una tontería, sin embargo, nos reímos mucho y compartimos vivencias, a veces con mucha alegría, otras con suma tristeza. Pero estamos, todxs, estudiantxs y docente, en nuestro tiempo “humanizante”, en nuestro vínculo horizontal, sin jerarquías, como seres humanos gregarios y necesitados del otro. La distancia física importa, pero la otra, la de la soledad, la del encierro y la carencia de contacto social, cálido, humano y amigable es, considero, la peor distancia. Es la del alma, es la que comienza a erosionar nuestras bases como personas, como docentes, compañerxs, estudiantxs, grupo. Quizás por eso, a mi interrogante de ¿qué ves cuándo me ves?, le impregno otro significativo, el de ¿qué sentís cuándo me ves? Por lo pronto yo, veo personas, veo ganas, siento toda la potencialidad que mis estudiantxs tienen. Al preguntarles qué sentían cuando me veían a mí, me dijeron: “a una mujer, común y corriente, a una persona con humor, y medio despeinada”. ¡Fue maravilloso! ¡Piedra libre para mí! En ese momento supe que estábamos dando pasos hacia ese vínculo casi “presencial”. Comenzamos a resignificar esas pantallas, esos cuadraditos de Zoom, hacia el vínculo humanizante, hacia nosotrxs mismos, dejando fuera la frialdad de la computadora, celular o tableta. Nos habíamos encontrado como personas. De ahí en más, se construye el vínculo pedagógico. Paso seguido,

comenzamos a transitar nuestro aprendizaje. El rol del estudiante en el Zoom se orienta generalmente al fortalecimiento de la autodisciplina y del autoaprendizaje, conduciendo a la generación de movimientos de los estudiantxs hacia el logro de sus propias metas. La autodisciplina “se puede definir como el control de la propia fuerza de voluntad para cumplir cosas que generalmente se ven como deseables” (Kohn,2008, párr.2), lo que requiere para la gestión del aprendizaje una dedicación permanente en las tareas propuestas, fundamentada en la definición de objetivos, su ejecución, seguimiento y control que, acompañados por la decisión, la motivación y la perseverancia, lo conducen hacia el logro de sus metas. Definido según Paul Contreras Rugeles, Beatriz Mora González y Piedad Metaute Paniagua (2015) como la capacidad que desarrolla el individuo para aprender de manera autónoma, activa y participativa, adquiriendo conocimiento y habilidades y fomentando sus propios valores, lo que da como resultado la autoformación del sujeto. Es así como el autoaprendizaje le facilita al estudiante virtual el desarrollo de su capacidad de exigirse a sí mismo, así pues, lo involucra en la toma de decisiones como por ejemplo en la distribución de tiempos, la ubicación de espacios, las fuentes de consulta entre las cuales se pueden mencionar bases de datos virtuales especializadas tanto libre como licenciadas, *blogs*, redes académicas. Por lo tanto, el análisis crítico y reflexivo, en el estudiante virtual, deberá ser asumido como una dinámica constante, inmersa en los procesos de enseñanza y aprendizaje, que le permita generar conocimiento aplicado, que, en el marco de concepciones éticas de integralidad del ser, se convierta en experiencias significativas. En otras palabras, de la clase expositiva o magistral a la *significativa*. Además, el autoaprendizaje favorece los ritmos de estudio y profundización en temas de interés, y lleva al actor a ser autodidacta y autorreflexivo. En el mismo sentido, Mercè Gisbert, asegura que “el uso de la tecnología nos permite desarrollar nuevas formas de enseñanza y aprendizaje más activas y participativas, a la vez que intuitivas y visuales que favorecen claramente los procesos de autoaprendizaje” (1999: p. 56). Y este punto, claramente hay que aprovecharlo.

Comparando la presencialidad con la virtualidad, puedo hacer este punteo. En la presencialidad, en el aula física, me guiaba por diferentes “pistas” para darme cuenta si lxs estudiantes me seguían o no. Prestaba atención a la comunicación verbal como, también, la no verbal, como gestos, miradas, actitudes y poses del cuerpo. También solía hacer preguntas o cuestionamientos de lo que voy diciendo, para saber si “seguían lo que decía”. Solía/suelo dar muchos ejemplos de la vida cotidiana y ponerle mucho humor, narrando eventos para explicar algo o usar la etimología de palabras claves y dejar la explicación por la mitad. Hasta ahora, siempre, siempre hubo estudiantes que preguntaron: “Profe, ¿cómo sigue esa historia? No la terminé”. Y eso es maravilloso, porque me da la pauta de que me estaban escuchando, y se quedaron con ganas de terminar mi narración. Y, también, al final de la clase, hago un cierre recapitulando los temas más importantes con algún cambio, error grosero (a propósito) o el título de algún tema de la siguiente clase (del que el estudiante no tiene ni idea), y ahí, alguno dice: “Pero, profe, ¿no era de otra manera?” o “Profe, eso no lo dio”. Me funciona casi siempre, y si hay grupos muy introvertidos, tímidos que no participan, pregunto yo nuevamente o escribo en el pizarrón las palabras claves de la clase, pero pido que me las dicten lxs estudiantes. Siempre trato de motivarlos y hacerles crecer la curiosidad todo el tiempo, con cosas significativas para ellos. Tengo a favor que el inglés está en nuestra cotidianidad, y lo puedo relacionar con la computadora, las publicidades, el cine, la música, los deportes y muchos otros ámbitos, y eso de por sí, los motiva. Aunque a veces, es difícil saber en ese momento si se apropiaron del conocimiento o no. Es un proceso, en el que tanto ellos como nosotros, vamos aprendiendo con la interacción.

En la virtualidad, quizás no pueda tener tanto intercambio, ni complicidad, sin embargo, he podido lograr que el vínculo exista. A veces, quizás, nos pisemos las voces, las opiniones, o escribamos algo rápidamente en el chat y no lleguemos a leerlo, pero, siento, que logramos una conexión, la nuestra, seguramente distinta a otros docentxs con sus studentxs, pero sigo “viendo” las pistas que me van mostrando cómo vamos transitando este camino de aprendizaje bilateral (suyo y mío).

Y, para concluir esta narración pedagógica, me engancho en un pensamiento de la filosofía: la posverdad. La verdad es reunirnos, hablarnos, abrazarnos, intercambiar ideas, ser, estar, pensar, leernos los gestos, compartir y tantas otras actividades de este tipo. Somos seres gregarios. Las pantallas nos acercan, pero *no* nos permiten ver el todo. ¿Qué todo? Nuestro ser, nuestra existencia, nuestros aura, halo o esencia. Vemos una parte, chiquita, ínfima de todo lo que somos. Me pregunto: ¿alcanza para las escenas de enseñanza? La respuesta es ¡sí! Y por eso pudimos continuar con nuestro proceso de enseñanza y aprendizaje, y mantener nuestros vínculos y nuestras metas, ¡gracias a las TIC y a la adaptación y empoderamiento de studentxs y docentes que nunca nos dimos por vencidos, la comunidad UNAJ comenzó a mostrar experticia en las nuevas tecnologías, con tiempo, con esfuerzo y priorizando objetivos. Quizás hasta estaremos invadiendo los hogares de nustrxs estudiantes, sus trabajos, sus familias (y viceversa), pero siento que alcanza y que este nuevo paradigma es parte de la posverdad. Y termino con la estrofa de la canción citada anteriormente porque me sigue dando vueltas en la cabeza:

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?

Cuando la mentira es la verdad

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?

Cuando la mentira es la verdad

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?

Cuando la mentira es la verdad

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?

Mentira es la última verdad

(Mollo, Arnedo y Gil Solá, 1993)

Sé que me ven como a su facilitadora, su mediadora entre tanto contenido y tecnología, como la persona que está siempre que la necesiten detrás de una pantalla o auricular, como yo los veo a ellxs. Y, hasta que nos abracemos, en un pasillo de la UNAJ, sigamos usando las TIC para no perdernos/perderlos y aprovechemos sus beneficios al máximo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gisbert Cervera, M. (1999). Las tecnologías de la información y la comunicación como favorecedoras de los procesos de autoaprendizaje y formación permanente. *Revista Educar*. http://www.quadernsdigitals.net/datos_web/hemeroteca/r_73/nr_780/a_10552/10552.pdf
- Kohn, A. (2008). Por qué está sobrevalorada la autodisciplina. <https://www.alfiekohn.org/espanol/por-que-esta-sobrevalorada-la-autodisciplina/>
- Mollo, R., Arnedo, D. y Gil Solá, F. (1993). ¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves? [Canción]. En *La era de la boludez*. Polygram.
- Rugeles Contreras, P. A., Mora González, B. y Metaute Paniagua, P. M. (2015). El rol del estudiante en los ambientes educativos mediados por las TIC. *Revista Lasallista de Investigación*, 12(2), pp. 132-138.

LA COMPU Y LOS VERBOS

*Sandra Luna*⁴³

Este segundo cuatrimestre volvía a iniciar en el universo digital. Si bien, puedo recorrerlo, explorarlo y aprovecharlo cómodamente, debo reconocer que extraño terriblemente la calidez del aula real. Los ruidos, los olores, los colores del aula me resultan tan familiares que, por momentos, el entorno digital me hace sentir exiliada de mi elemento. Debe ser por eso que mi segunda clase en estos entornos siempre propone vernos en un Zoom. Esa necesidad de ver las caras de mis estudiantes, oír sus voces, sus tonalidades, sus gestos. ¡Hay tanto mensaje allí!

Así es que la invitación fue incrustada en la clase de presentación del curso de inglés extraprogramático, y al mismo tiempo, mi ansiedad por conocerlos. Saber quiénes serían mis estudiantes.

De mi primer encuentro sincrónico, mi primer Zoom, me llevé en una mano las siguientes frases: “Profe, volví a estudiar después de muchos años, pero la compu me cuesta”, “Me voy poniendo al día de a poco, profe. El internet anda cuando quiere”, “Profe, ¡no me corregiste! Ah, no lo encontraba. Está acá, en este puntito rojo, pero yo no lo había visto”, “Y... pero, ¿cómo te lo mando?... No encuentro la solapa esa que decís”, “Ah, profe, ¿pero vos?, ¿sí lo ves? Porque yo de acá no lo veo”.

Claramente no solo íbamos a aprender inglés. Al mismo tiempo, en mi otra mano, apreté otros mensajes: “Yo estudié inglés muchos años, pero mi problema son los verbos”, “Yo entiendo inglés pero no sé los verbos. Solo

⁴³ Docente de Inglés Extracurricular, asignatura dictada para todas las carreras de la Universidad.

sé el ‘tu bi’”, “Yo no sé pronunciar, profe. ¡Me parezco a Tévez!”, “Sí, profe, me salió, pero yo no me doy cuenta que me sale cuando me sale”, “Claro profe, acá con vos es fácil. Pero vos después apagás el Zoom y ahí... ¿qué hacemos?, ¿eh?”.

Así se fueron presentando uno a uno en nuestra primera videollamada. No lograron contar quiénes eran. Necesitaban compartir cuáles eran sus preocupaciones en este curso. Sus nombres, su identidad pasó a un segundo plano. Lo relevante en este asunto era plasmar y dejar bien clarito que el problema radicaba en esos dos temibles ejes: la compu y los verbos.

Clase a clase, semana a semana, fuimos construyendo el vínculo. Ese que se da cuando trabajamos juntos, cuando nos andamiamos, nos damos aliento y, sobre todo, cuando festejamos que ¡sí, que ese mensaje que ellos sospechaban era correcto! Las oraciones dejaron de ser acertijos, para ser desafíos. Sin notarlo, los verbos dejaron de ser fuerzas antagónicas en nuestras clases. Aparecieron otros personajes como los sustantivos, los adjetivos, pero, sobre todo, los conocidos. Esas palabras que ya conocían de otros contextos. También había otras que parecían gemelas de las de nuestro español: *productivity*, *communication*, *vocabulary*. Mis *coequipers* también ganaron superpoderes... sí, sí. Y los manejaban sin miedo. Zoom a Zoom, avanzaron en el terreno de la comprensión con sus nuevas armas: predecían, inferían, asociaban, deducían, utilizaban elementos textuales y paratextuales. Iban leyendo y comprendiendo los mensajes de los textos presentados sin prisa, pero sin pausa. Los avances teñían de sorpresas y sonrisas nuestros encuentros. Las frases cambiaron: “Profe, acá dice que las empresas estaban manejadas por los trabajadores... si, *workers* aparece un montón en este texto, ¿no?”; “¡Ay, sí, profe! Ahora lo entiendo. Hay un *must*, entonces hay que hacerlo. Claro. Expresa una obligación. Dice que ‘deben’ ir”, “Sí, ya sé que si hay un *will*, hay futuro”.

También logramos otros comentarios maravillosos: “¡Profe! ¡Te lo paso por el chat del Zoom!”, “¿Nos pasas el *link*?”, “Ah, bueno. ¿Después los compartís en el foro del Zoom?”, “¿Lo podemos copiar y pegar entonces?”, “Sí profe, busqué solo 3 palabras en el wordreference.com, lo demás lo deduje sola”, “Te lo paso por *mail*, profe...”.

Ya estaban cancheros. Baqueanos del Campus que comenzaron a recorrer textos y espacios del aula con esa dignidad que nos da el haber enfrentado los miedos y las inseguridades. A esta altura del proceso, nuestras videoconferencias fluían: nos reímos, festejamos, celebramos y ¡hasta hemos aplaudido cada logro! Este era el momento.

Sí. Era el momento ideal para el desafío real: “Hoy, si les parece, les propongo leer el diario”. Comparto pantalla y emerge desafiante la página del *Washington Post*. ¡Al agua, pato!

Así comenzamos a desentramar el mensaje en un artículo que describía los últimos descubrimientos sobre la inmunidad inducida por vacunas o por infección. *¡Avanti Bersagliere, che la vittoria è nostra!*

Los pocos estudiantes que se habían conectado a esa clase compartieron, negociaron, preguntaron, dudaron, pensaron y trabajaron mucho...Y lo lograron. Comprendieron. Leyeron el diario en inglés en su versión digital. Buscaron palabras en el diccionario en línea, participaron en el chat de Zoom. La compu no era un problema ya. Tampoco los verbos. Ahora lo relevante era lo que ellos podían lograr.

OBLIGAR A IR EN AUTO AL CURSO DE MANEJO

*Germán Ramos*⁴⁴

Coordino la materia Informática, que dicta la Secretaría Académica (antiguo Centro de Política Educativa) para los estudiantes de casi todas las carreras de la UNAJ. Dado que se trata de una asignatura transversal, las carreras tienen ubicada la materia en distintos puntos de sus planes de estudios, y el estudiantado la cursa en diferentes momentos de sus respectivas carreras, desde el primer año en algunos casos hasta llegar a recibirse con esta, en otros.

Ya en 2019, antes de la pandemia, teníamos previsto crear un aula virtual. La idea era armarla durante 2020 para comenzar a utilizarla en 2021. Las comisiones virtuales estarían destinadas a las estudiantes y los estudiantes que, teniendo acceso a los medios necesarios, quisieran aprovechar las ventajas de cursar sin moverse de sus casas. Para la Universidad también sería beneficioso, porque liberaríamos espacio en las aulas informatizadas, que ya en esa época eran recursos escasos.

Pero la pandemia aceleró todo y nos obligó a armar el aula virtual “de emergencia” para el primer cuatrimestre de 2020. Al margen del trabajo que significaba crear todo el material desde cero y en poco tiempo, rápidamente advertimos que muchos estudiantes se quedarían afuera. La cursada implicaba contar con una buena conexión a internet para las clases virtuales, computadora de escritorio o *notebook* para acceder al Campus Virtual, y el

⁴⁴ Coordinador de Informática, actividad extracurricular dictada para la mayoría de las carreras.

programa de ofimática para realizar los exámenes y trabajos prácticos: Microsoft Office o LibreOffice. Además, por supuesto, de poseer un mínimo de conocimientos previos para operar con computadoras y páginas web, lo que puede entenderse como “obligar a ir en auto al curso de manejo”.

Todo era un gran desafío en un contexto de incertidumbre total. Fue clave evitar el desánimo y el rechazo al cambio, transformándolos en motivación. Sabíamos que habría excluidos, pero había que concentrarse en los cientos que no perderían el año gracias a las herramientas virtuales. Era una típica cuestión de vaso medio lleno o medio vacío.

La pandemia obligó a virtualizar, y la virtualización quitó el velo que ocultaba la brecha digital. La tremenda desigualdad en el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación –la famosa “TIC”– entre grupos sociales.

Y en este punto hay que diferenciar dos cuestiones. Por un lado, lo que provocó directamente la pandemia al obligar a la gente a hacer a través de algún medio electrónico, las cosas que habitualmente hacía de manera personal. Esto generó complicaciones y desigualdades, pero en última instancia, la pandemia pasará y se podrá volver –en la mayoría de los casos– a las modalidades anteriores.

Pero por otro lado tenemos la situación previa a la COVID-19, que la pandemia en el mejor de los casos solo visibilizó y, en el peor, agravó. Esas desigualdades de acceso a las TIC son las más serias, porque existían antes y seguirán existiendo a menos que se implementen políticas específicas, como lo fue declarar “servicios públicos esenciales” a internet, la telefonía y la televisión paga, o el plan Conectar Igualdad, iniciativa del gobierno argentino desarrollada a partir de 2010, orientada a reducir la brecha digital, educativa y social por medio de la entrega de *netbooks* a estudiantes y docentes de escuelas públicas.

Por carencias en estos servicios, buena parte de las argentinas y los argentinos hoy quedan marginados, no pueden acceder a información de fuentes variadas e, incluso, se les complica la posibilidad de conseguir empleo.

El uso de las TIC, en particular internet y las herramientas básicas de ofimática, están consideradas como el equivalente en el siglo XXI de lo que fue la alfabetización de principios del siglo XX. Para desenvolverse adecuadamente en el entorno actual, es necesario tener acceso a nuevos saberes y habilidades, como manejar dispositivos tecnológicos y comprender su funcionamiento, saber aprovechar los buscadores de internet y utilizar el correo electrónico.

Para acceder a la información, poder evaluarla y cuestionarla, es necesario desarrollar el pensamiento crítico. El reconocimiento de una noticia falsa, la identificación de las fuentes y la posibilidad de generar nuevos contenidos y ponerlos a disposición de los demás son parte de la alfabetización digital.

El acceso a un empleo también demanda nuevos saberes y habilidades. Desde la búsqueda de trabajo en internet hasta diseñar un currículum vitae efectivo, pasando por utilizar herramientas de ofimática y saber manejarse en las redes sociales son experiencias cotidianas en el mundo laboral. Internet permite comprar, jugar, trabajar, operar con bancos, pagar impuestos, conectarse con personas de todo el planeta y hasta conseguir pareja. Se presentan entonces nuevos desafíos: la alfabetización digital impacta en la vida cotidiana.

Por supuesto también la enseñanza y el aprendizaje quedan envueltos en nuevos contextos que integran las TIC, a través de diferentes entornos virtuales de educación. En un sentido amplio, estas tecnologías afectan al ejercicio de la ciudadanía: para lograr una inclusión plena y constructiva de todas las personas en la sociedad, es necesario abordar en la educación básica el acceso a la información y las habilidades de indagación, comunicación, reflexión y participación.

En nuestra materia de la UNAJ, nos encontramos con una alta proporción de estudiantes que no contaban con acceso a internet por banda ancha, sino solo los datos del celular. Tampoco tenían una *notebook* o computadora de escritorio, y muchos de los que sí contaban con una, no tenían programas adecuados.

Para colmo, el aislamiento obligatorio y su consecuente restricción a la circulación, complicaba la posibilidad de conseguir equipos prestados e impedía trasladarse hasta donde les pudieran facilitar alguno.

Los estudiantes y las estudiantes “perdidos” en el Campus son una constante en la cursada virtual. Confeccionamos una completa *guía de la cursada*, que es lo primero que aparece en la plataforma. Allí se explica todo: cómo está compuesta la materia, qué actividades hay que hacer, cómo es la evaluación, el manejo de los foros, el cronograma de clases y toda la información relevante. No obstante, más de la mitad de las consultas de los estudiantes apuntan a temas explicados en la guía.

Con todos los docentes de la cátedra coincidimos en que se hace muy difícil dar una clase práctica sobre alguna herramienta de computadora sin poder pasear entre los estudiantes mientras las usan, sin ver lo que están haciendo, sin poder dar indicaciones directamente sobre sus monitores.

Para lograr los objetivos de aprendizaje, recurrimos a una estrategia educativa que parte de los cuatro tipos de interacción clásicos en la educación a distancia:

- a. Estudiante-docente. Habilitamos clases en línea a través de plataformas de videoconferencias, donde las docentes y los docentes se encargaron de dictar las clases de la materia y explicar cada tema, guiando y orientando al estudiantado a lo largo de la cursada, con el objetivo de proporcionar motivación, retroalimentación y diálogo. También contamos con foros de consultas, para realizar preguntas a las docentes y los docentes.
- b. Estudiante-contenido. Brindamos el material de clase de manera estructurada y organizada, de modo que las estudiantes y los estudiantes pudieran navegarlo de manera flexible, lo que les permite además elegir el formato: el típico cuadernillo para imprimir o leer en la computadora, la página web apta para cualquier dispositivo, e incluso videos explicativos de algunos temas.

- c. Estudiante-estudiante. Al margen de las vías informales de comunicación entre los estudiantes, como el WhatsApp, promovimos el intercambio formal de información e ideas entre ellos a través de los foros, pensando que es una de las claves del proceso de educación a distancia.
- d. Estudiante-interfaz. La interacción entre las estudiantes y los estudiantes y la tecnología utilizada es fundamental en la educación a distancia. Por suerte, el Campus de la UNAJ posee todo tipo de herramientas útiles, como páginas web, cuestionarios, archivos, tareas, foros y encuestas, entre otras, que pudimos aprovechar.

Una de las situaciones más destacables que viví en la cursada virtual fue la presencia de un estudiante sordo. Ya habíamos tenido sordos en clases presenciales, incluso también ciegos. Pero en una cursada virtual, ¿cómo lo manejaríamos?

En cuanto el área de Discapacidad de la UNAJ nos informó sobre la inscripción de este estudiante en la cursada de Informática, durante el primer año de virtualidad, inmediatamente nos pusimos en contacto con las intérpretes de lengua de señas argentina. Este equipo trabaja en la Dirección de Lenguas y Estudios Complementarios, dentro de la cual también se encuentra el Departamento de Informática que coordino yo.

Lo primero que hicimos fue evaluar, con un grupo de docentes de la cátedra, las diferentes alternativas respecto a plataformas de videoconferencias disponibles. Luego hicimos pruebas con las intérpretes, simulando la situación del estudiante sordo. Rápidamente surgieron varios interrogantes. Por ejemplo, la intérprete tiene que estar siempre a la vista del estudiante sordo... Entonces, ¿cómo hacemos para compartir pantalla?

Hicimos más pruebas con docentes de la cátedra y determinamos cómo debería ser el procedimiento en las clases en línea. Al momento de compartir pantalla, el docente espera la indicación de la intérprete, que debe dar

aviso a la estudiante o el estudiante y asegurar que ambos queden a la vista en la grilla de participantes. Para esto, deben manejar la plataforma con una configuración específica de visualización de participantes y pantalla compartida. Quedaba por determinar la plataforma, porque los docentes mayoritariamente preferían Google Meet, mientras las intérpretes estaban más acostumbradas al Zoom. El primer año de la pandemia usamos Zoom y el segundo Meet, sin advertir grandes diferencias entre ambos.

Además, el docente tiene que estar permanentemente atento al avance de la intérprete, para no alejarse y hacer que pierda un tramo de la clase. Debido al desgaste que produce la tarea que realizan, las intérpretes trabajan de a dos, turnándose cada veinte minutos. Esto también impacta en el desarrollo de la clase, y es otra cuestión que debe mantener la docente o el docente en mente.

Finalmente, todo funcionó muy bien. No obstante, me resultó estresante dar dos horas de clase constantemente mirando a la intérprete para ver por dónde va, si está atrasada, o si se complicó con terminología técnica y está traduciendo letra por letra...

Otro gran desafío fue la evaluación virtual. La situación era equivalente a tener que evaluar a una persona que aprende a nadar. Uno puede escuchar por Google Meet la detallada explicación del alumno sobre cómo daría las brazadas sincronizadas con la respiración y el movimiento constante de las piernas. Pero la realidad es que la docente o el docente necesita ver al alumno arrojándose a una pileta de natación y realizando todos esos movimientos en el agua. En nuestra materia, significaba certificar que un estudiante había adquirido los conocimientos básicos de ofimática, por ejemplo, pero sin poder verlo personalmente, sin poder pararse al lado de la computadora que está usando.

Durante 2020 no tomamos exámenes y, consecuentemente, la materia no tuvo promoción. Dábamos por aprobada la cursada habiendo realizado todas las actividades en el aula virtual y aprobado los trabajos prácticos, y quedaba pendiente el final regular.

Paralelamente estuvimos analizando alternativas para tomar exámenes virtuales. A fines de 2020, con un equipo de docentes de la cátedra ya habíamos probado un esquema de evaluación que involucraba un aula virtual dentro del Campus de la UNAJ, una videoconferencia en línea a través de Google Meet y las herramientas de ofimática, que podían ser tanto las de Microsoft Office como las de LibreOffice.

Con todo esto, lanzamos la cursada del primer cuatrimestre de 2021 como promocionable, para lo cual se requería aprobar una evaluación virtual con ciertas condiciones. Sabíamos que muchos y muchas estudiantes iban a quedar afuera de esta posibilidad debido a no contar con las herramientas o la conexión a internet adecuadas, pero al menos gran cantidad podría promocionar la materia. Tomamos la evaluación sin inconvenientes y repetimos el esquema en el segundo cuatrimestre con el mismo resultado positivo.

En el primer cuatrimestre, de un total de 5000 estudiantes inscriptos, más de 1200 promocionaron la materia, 1100 aprobaron la cursada sin promocionar y menos de 300 la desaprobaron. El resto quedó ausente.

La frutilla del postre fue poder tomar un final regular de manera virtual en agosto de 2021. Esta evaluación era muy importante debido a la cantidad de estudiantes que se habían quedado sin promocionar en 2020. Manteniendo el esquema que ya habíamos probado en la evaluación que tomamos dentro de la cursada y con un importante esfuerzo de parte de todo el equipo docente, pudimos organizar y tomar un examen para 1600 estudiantes, en 9 aulas virtuales y 7 turnos, desde la mañana hasta la tarde. Todo un récord para la Universidad.

Evitando hablar de la tragedia de la pandemia y tratando de ver algo positivo de todo esto, podemos destacar que ahora la materia tiene una modalidad virtual funcional y operativa, con todo el material correspondiente. Esto nos permitirá ofrecer, en cuanto podamos regresar a las aulas con aforos normales, tres modalidades de cursada: presencial, bimodal y virtual.

LA LECTURA DE LAS ESPECIALISTAS

CONTAR ENTRE TIEMPOS. NARRATIVAS ENTRELAZADAS DE TRAYECTORIAS

María Beatriz Greco¹

Ponernos en marcha. ¿Qué es una trayectoria sino una marcha sostenida, esas que emprendemos cuando vamos hacia algún lugar que anhelamos, con la mochila cargada de objetos necesarios? El agua, una fruta, el calzado cómodo para la caminata, un mapa a la mano para no perdernos y la preocupación porque el clima acompañe o el camino no se encuentre obstruido. El deseo nos pone en movimiento y allá vamos.

Sin embargo, es posible que algo interrumpa la marcha, pasajes clausurados, caminos dañados, el calor, la lluvia, un terreno pantanoso intransitable, un cerro demasiado elevado.

Dice Walter Benjamin (1955) que la autoridad es la del camino, podemos conocer el camino desde arriba a lo lejos, sobrevolando en avión desde una mirada panorámica, pero su autoridad se expresa cuando lo transitamos a pie, en esa trayectoria encarnada, con el cuerpo, la piel, con la sen-

¹ Doctora en Filosofía y Ciencias Sociales, en cotutela del Departamento de Filosofía de la Universidad París 8 y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Licenciada en Psicología (Facultad de Psicología, UBA). Profesora titular de la cátedra Problemas Filosóficos y Pedagógicos Contemporáneos de la Licenciatura en Educación Primaria (Universidad Nacional de Río Negro). Profesora adjunta a cargo de Teorías Psicológicas de la Subjetividad de la Licenciatura en Ciencias de la Educación (Facultad de Filosofía y Letras, UBA). Directora del UBACyT: “Construcciones de autoridad democrática. El trabajo de los Equipos de Orientación Escolar de la provincia de Buenos Aires del nivel secundario en el marco de las políticas educativas a partir de la Ley Nacional de Educación” (UBA).

sibilidad de lo que experimentamos por estar allí. Un montículo nos hace esforzar el movimiento, hace más lenta la marcha, nos obliga a detenernos, a repensar por donde ir; un tumulto de gente nos hace desviar el trayecto, buscar salidas despejadas, posibles. Cuando el camino es llano, sin piedras, el caminar se vuelve suave, se integran la mirada, los pasos, el equilibrio y se anticipan con fluidez los movimientos que nos van llevando. Las pendientes pronunciadas inclinan el cuerpo, nos tensan, obligan a detenerse, medir los riesgos, pausar el ritmo.

Las trayectorias formativas no son marchas por caminos ya trazados, aunque contemos con múltiples señales en el mapa de la formación. Años, espacios curriculares, correlatividades, agrupamientos prefijados. Lo ya dado y diseñado en las instituciones prepara un recorrido, pero es en la singularidad de nuestras disposiciones singulares, sensibles, hechas de temporalidades y de materialidades, así como del modo en que nos situamos en las instituciones y de los acompañamientos recibidos, como avanzamos.

Leo el relato de Sergio Macchioni, docente de análisis matemático, y su estudiante en silla de ruedas. Los avatares de su trayectoria en la presencialidad limitan su acceso materialmente a la universidad. La virtualidad, expresa el estudiante, le habilitó una posibilidad, le hizo sentir que todos estamos en la misma silla. El profesor narrador escucha, lee y reconoce en esas palabras los múltiples obstáculos que la formación por medios virtuales puede generar para muchas y muchos.

Presencialidad y virtualidad hallaron formas de entrelazarse. No son términos binarios ni excluyentes, nos mueven a pensar lo que implica hacer un lazo que reúna presencias aún en la distancia. ¿Qué es estar presente?, ¿qué hace presencia en las instituciones para que las trayectorias no se conviertan en recorridos automáticos, lineales, sin tropiezos—supuestamente—cuando son ideales, perfectas; pero poco deseables—supuestamente—cuando emergen las trayectorias encarnadas y reales de cada una de nosotras y de cada uno de nosotros?

Sin duda, la pandemia por la COVID-19 nos dio a ver que las trayectorias educativas no son estáticas, se deslizan por recorridos sinuosos y móviles,

muchas veces se interrumpen, van por paisajes sociales, subjetivos e inter-subjetivos. Acontecen en instituciones que alojan en redes de encuentro o que expulsan porque no hay puntos de anclaje, sujetamientos, andamiajes, hospitalidades recreadas, una y otra vez. Los afectos suscitados en este tiempo pidieron paisajes humanos y pidieron pasajes, como dice Suely Rolnik (2008), subjetividades entrelazadas en el reconocimiento de sus diferencias visibilizadas, celebradas. Las cartografías del enseñar y aprender en pandemia se dieron mientras andábamos, inventábamos, imaginábamos.

En ese sentido, el relato de Soledad Carlson es elocuente, ella narra en movimiento, entre su trayectoria de profesora de Farmacología y su trayectoria de vida, hija de padres que viven lejos y son grandes, madre de adolescentes que demandan. Ella se narra a sí misma y mientras lo hace da cuenta de un modo de hacer la institución, la formación. Una docente de Farmacología que aprende de su estudiante Mabel y se desplaza con ella, de la casa ruidosa y con poca conexión para ser evaluada, a un lugar más silencioso, y en el camino, se deja llevar por Mabel, transita con la estudiante un recorrido vertiginoso hecho del deseo de enseñar y aprender, de dar bien el examen, de ser enfermera, de sostenerla, de sostenerse. En sus palabras:

Fueron minutos de vértigo, desconcierto, corríamos no sé por dónde, solo veía el cielo bien celeste y la ropa colgada secándose al sol de su barrio y yo, entregada. Se vino a mi memoria una obra de Salvador Dalí que había visto en un museo, donde la audioguía señaló en esa oportunidad que la realización de esa obra fue en la etapa de gran intensidad emocional. Eran dos personas con las cabezas llenas de nubes, sueños, símbolos, subconsciente, imaginación, libertad.

Soledad y Mabel, sus trayectorias en movimiento se entrelazan, desplazan lo que parece hacer obstáculo, no se conforman, se disponen a acontecer, insisten. Mabel da su examen. El Zoom se apaga y Soledad siente un dolor casi físico, sabe que esa experiencia la ha inquietado para siempre. Y a partir de allí narra el mundo UNAJ que habita.

Los espacios límite, fronteras, muros, se vuelven difusos. Es en las fronteras donde la hospitalidad se ofrece, se vuelve gesto, mirada, señal y regresa a quien la asume. El adentro-afuera que vamos siendo en nuestras trayectorias de vida y profesionales o estudiantiles nos muestran su particularidad, en este “entre tiempos” de ausencias y presencias, cuerpos y Zooms. Bandas de Moebius. Vamos caminando en un interior que es a la vez exterior y viceversa.

Dice Luciana Levin D’Angelo: “Aprendí (sigo aprendiendo, a pesar del perfecto simple) a ser docente universitaria en una universidad virtual con olor a comida casera, un fondo acolchonado y música infantil sonando siempre al otro lado de la frontera”.

También se narra a sí misma en el cruce de su vida y su profesión, cuando deja que algo se trastoque y la experiencia la atraviese. De allí, no se sale igual, sino “acontecida”. Profesora de historia, rememora su formación, siendo estudiante de Edgardo, un docente que ofrecía su celular el primer día de clase y habilitaba el diálogo. La palabra que circula, que va y viene sin borrar esos lugares de la relación pedagógica en igualdad y disimetría a la vez. Sin embargo, dice Luciana, nunca imaginó que ella misma iba a decir “no, pero sí”, a ofrecer su WhatsApp en este tiempo de virtualidad y a encontrarse con Betina que, apasionada con la materia, le escribe un sábado a la mañana para contarle que estuvo investigando y que su abuelo había sido edecán de Perón. El diálogo se abre solo. Profesora y estudiante se encuentran entre trayectorias de vida, lugares y ciudades comunes que las familias habitaron; trayectorias formadoras, que se entrelazan con las vitales.

Y aparece Hugo, otro estudiante de Luciana, un hombre de 60 años en situación de calle. La profesora de historia se llena de preguntas, no sabe hacerlo, pero lo acompaña y narra:

La historia de Pedro hablaba y se silenciaba. Se enredaba en la suerte grela del tango, dibujaba la época, la transgredía. Pedro comprendía, analizaba, me hacía vivenciar con él los años 30. Y yo, entre tareas y devoluciones fui comprendiendo también algo de su presente.

[...]

¿Cuántxs otrxs Hugos y Betinas vendrán a dar vuelta el mundo con sus historias? ¿Cuántxs otrxs Hugos y Betinas revivirán las voces de las clases populares acalladas por la historia de las clases dominantes?

¿Podría una trayectoria formativa hacerse en soledad?, ¿sin andamiajes que sostengan y se vayan retirando a medida que la formación hace su trabajo?, ¿cuántas manos sostienen las tramas en las que se entraman las trayectorias? ¿Cuántos deseos, mandatos familiares presentes o ausentes, historias previas que habilitan o inhabilitan?, ¿sueños que se van resignando o resignificando cuando una institución abre sus puertas e invita de forma hospitalaria a entrar?

Dice Juliana Klein, profesora de matemática, que se da la hermosa tarea de sentipensar la matemática en un taller que invita a escribir ensayos que se llama “Yo sé matemática”. Ella narra su experiencia de taller y cada escritura da cuenta de un tiempo pasado pero presente, de saberes e ignorancias, interrogaciones y temores. Saber matemática para cada uno y cada una, en cada trayectoria, una por una, se narra como una historia abierta, algo que apenas comienza y no concluye porque allí hay otras trayectorias que multiplican nuevos sentidos del aprender.

En conversación con una joven colega, Marisa Maneffa, con quien compartimos espacios de investigación y formación, leímos juntas los relatos y ella entrelazó bellamente las palabras de las colegas y los colegas, narradas entre tiempos.

Los docentes pasamos horas y horas
buscando

se reflejaban en dolores

añorar
un fibrón

clases virtuales
que reclamaban
conexión

no ser suficiente
atención a las opiniones que giraban

que giraban
Hasta que me crucé
pensando mucho
preguntándome
frente a una silla de ruedas en un día de lluvias.

farmacología
para dejar de sentirme en modo supervivencia.

no me quedé en casa

queridos que no pude despedir

el olor al aula, ese
fármaco

le tocó el turno a ella,

música divertida

sé de los fármacos.
vértigo, desconcierto
cielo
yo entregada
las cabezas llenas de nubes

me agradece
El Zoom se corta.
duele

Los estudiantes
maneras de ver las cosas

el fármaco
me pasó con ella,

tratar de revertir mi experiencia
un gesto inusual:
no comprendía
Mi habitación se transformaba

Oliverio
inventaba
mundos
Aprendí
con olor a comida casera, un fondo acolchonado y música infantil

las reglas que puse: no

no

no

Me enojé muchas veces

un número desconocido.
su historia con voz propia

entretejimos
los arribas y los abajos

No siempre
resultados

SOY HUGO, TENGO
CALLE
CUENTO
EMPEÑO
PERO
NECESITO
COMPAÑEROS
ENCONTRE A MAS DE UNO

ESTUDIAR
ES CONTAGIOSO

VIDA NORMAL
POR NADA DEL MUNDO

Dar
entrada a cada uno

a esta historia la asocio con otra
como reviviendo ese placer
sin “peros” guardianes...

las voces de las clases
aparece un vínculo
se aprende

una comunidad detrás sosteniendo
la trayectoria de cada una

Quien transita
ese primer impulso
sus tantas preguntas

es que la Matemática
pensar: ni más, ni menos
buscar
mil maneras

Cada relato
un poquito más cerca
esa puerta abierta
para seguir

Volver a leer a Sergio, Soledad, Luciana, Juliana y Marisa me vuelve sobre mis propias narraciones, andares por caminos no trazados de antemano, trayectorias hechas a pie, siempre acompañada. Pienso en quienes

alojaron mis deseos de aprender y celebro esos encuentros, la hospitalidad, la escucha, el trabajo en diálogo. Vuelven a mí esos gestos generosos que fueron armando mi propia trayectoria, propios de una transmisión en acto, atenta, responsable, de quien asume el oficio de enseñar, y que Laurence Cornu narra con poesía:

A las palabras, devolverles acto, al alma bella, devolverle cuerpo: reencontrar lo sensible. Conocemos la salida de la paradoja: ensayar la hospitalidad recibiendo. Y es en las fronteras que eso ocurre. Actos de humanidad necesarios. (...) El sentido de la hospitalidad es encarnado, actuante, concreto y pensante, a la vez. (...) Extrema, o ínfima, de lo ordinario hace algo extraordinario (...) Universal, inscripta en ningún lado, ella es gesto. Son los gestos los que son y hacen el sentido de la hospitalidad, inmemoriales: nadie sabe de dónde vienen, nadie los ha enunciado, y todo el mundo los reconoce, los reencuentra, vienen al encuentro mismo de quien los dona (2011, p. 145).

Los relatos que, generosamente, me ofrecieron leer y acompañar con mis palabras en el ateneo entrelazan sensibilidades y pensamientos, traen gestos de vida y una profunda implicación en el acto de habilitar las palabras de cualquiera, de quien quiera, de todas y de todos, escuchas atentas, para contradecir las desigualdades, para tejer una confianza instituyente cuyos efectos multiplicarán más confianzas.

Una vez más, el trabajo de escritura en la narración de trayectorias confirma la potencia de hacer lugar a lo que llega y tal vez no se espera: se trata de abrir la experiencia, lugares y tiempos para recibir lo que aún no es o no sabemos. “Navegar por las estrellas”, dice Cornu, allí donde no hay mapas, dejarse guiar por siete estrellas: “la palabra, la experiencia, las variaciones, lo invariante, el lugar, el tiempo, la institución” (2011, p. 145).

Son tiempos de navegación en aguas turbulentas, pero sabemos que existen múltiples maneras de hacer institución en igualdad, un territorio que habrá que crear, desplegar, inventar, desear, compartir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, W. (1955). *Dirección única*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Cornu, L. (2011). *Hospitalité, seuils, passages, passations. Frontières et Philosophie. Actes du colloque du Muséed'art moderne de Ceret-EPCC (mars 2010)*. París: Université Paris 8.
- Rolnik, S. (2008). *Cartografia sentimental: transformações contemporâneas do desejo*. Porto Alegre: Sulina.

GRANDES HISTORIAS MÍNIMAS EN PANDEMIA

Verónica Weber²

Yo ya no quería trabajar con personajes épicos, grandiosos, locos. Quería un registro mucho más minimalista y realista (...) Un cine de gente muy simple, y en el que a través de abordar pequeñas cosas uno puede hablar de cosas importantes aún sin plantearlo. Me dije que era interesante hacer historias casi triviales aunque ninguna historia es trivial, depende cómo está contada. En todo caso no es trivial para el personaje...

(Carlos Sorín, 2004)

La convocatoria a participar en el proyecto nos invitaba a “agrandar progresivamente con diferentes actores las conversaciones sobre el enseñar en pandemia a partir de los relatos que se construyeron en mesas de reflexión y escritura entre docentes de UNAJ” nos hizo recordar a la película entrañable *Historias Mínimas*, de Carlos Sorín, (2002), en la que no se buscaban personajes épicos, sino un registro realista.

Como hito histórico, la pandemia derribó los pilares que estructuraban el escenario central de la enseñanza. Los cambios se hicieron evidentes cuando el edificio físico de la Universidad se cerró: tiempos y espacios alte-

² Profesora regular y coordinadora de Tecnología Educativa de la Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR), coordinadora del Área de Educación a Distancia de la Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam) y coordinadora de RUEDA (Red Universitaria de Educación a Distancia de Argentina).

rados, cambiados, mutantes se redefinieron. En este escenario se presentaron desde cambios cosméticos hasta transformaciones profundas.

Cabe detenernos para pensar el contexto. El corte fue evidente y nadie podría negar que 2020 y 2021 trajeron modos de enseñanza y aprendizaje diferentes a los de los años previos. Lo que queda para analizar y seguiremos viendo en los próximos años es, en primer lugar, si los cambios fueron cosméticos o si, por el contrario, supusieron, estimularon o promovieron, transformaciones profundas en la enseñanza. Seguramente entre uno y otro extremo habrá muchos matices y, en este sentido, las narraciones docentes plantean una estrategia de trabajo que puede resultar fructífera para investigar, analizar, evaluar lo hecho; así como proyectar lo por venir.

La necesidad de mirar en perspectiva la enseñanza en un presente pandémico, con los cimientos de las experiencias anteriores y con la proyección de lo que pueda venir son el motor de los relatos que las docentes y los docentes de la UNAJ se animan a construir al narrar sus experiencias.

En esas historias mínimas, que son en realidad historias máximas para sus autoras y autores, nos identificamos, encontramos el sentido y el fundamento de lo que hacemos y podemos pensar el cambio educativo con minúscula y con mayúscula.

El esfuerzo de dar forma de narración a las experiencias vividas también crea sentidos y nos brinda la posibilidad de recuperar historias, tradiciones, maneras de pensar y de obrar... El relato de experiencias pasadas, su análisis y sus significados, las relaciones entre las experiencias pasadas y presentes liberan a la imaginación y permiten una visión enriquecida del pasado (Litwin, 2008, p. 19).

Cada relato nos trae, además de casos de enseñanza de la docente o del docente; las voces explícitas o implícitas de las estudiantes y los estudiantes que participaron en esas experiencias. En particular de quienes pudieron dar continuidad a sus estudios en pandemia. Quienes pudieron ser protagonistas y seguir encontrando en esas historias mínimas, una universidad que les

pertenece y que durante muchas generaciones no habían podido ni soñar; así como un Estado presente, promotor del derecho a la educación superior.

Cada uno de los relatos en torno a la enseñanza define, como si de un efecto zoom se tratara, qué mira, sobre qué escribe, cuánto abarca y con qué profundidad. Focaliza en algunos aspectos y reconoce con mayor o menor fuerza: preocupaciones, necesidades, intereses de la docente o del docente que lo escribe. Identifica explícita o implícitamente, cuestiones relacionadas con el contenido disciplinar, el espacio curricular de que se trate, la carrera, la proyección profesional. Refiere a aspectos políticos, pedagógicos, didácticos, tecnológicos o a una conjunción de ellos. También recupera tramas actuales, supuestos contruidos, tradiciones y una idea de futuro de la universidad. Refiere a algunos o varios actores, espacios, tiempos y en algunos casos a su interrelación.

Algunos temas aparecen con recurrencia, y es ahí como esas historias mínimas resuenan y se hacen eco unas con otras. Levantan así su voz coral, y podríamos imaginarlas como historias que reflejan el pulso de la Universidad; por donde pasan las historias contextualizadas en este tiempo particular y en la situación concreta a la que se refiere cada caso.

En varios de los relatos, aparecen algunas recurrencias que se valoran especialmente y reconocen como marca institucional. Evidencian políticas definidas y promovidas: es decir, no es solo que aparecen en la mirada de las protagonistas y los protagonistas individuales, sino especialmente que se impulsan en las estrategias y acciones de la universidad. Estas políticas se hicieron presentes en el tiempo de crisis, pero son también producto del trabajo y de la organización previos.

Nos interesa destacar y caracterizar en este artículo algunas de las categorías potentes para interpretar los relatos:

- el acompañamiento como contrapuesto a la soledad de las estudiantes y los estudiantes;
- la idea de cambio concebida de diferente forma: evolución/mutación/metamorfosis;

- la descripción de la situación, como definitoria y constitutiva de la práctica narrada; y
- el reconocimiento del contexto como parte ineludible de cada relato.

La primera de las categorías mencionadas, sobre el acompañamiento como contrapuesto a la soledad de las estudiantes y los estudiantes; lejos de aparecer uniforme y ceñido a un formato “políticamente correcto”; se visibiliza en diferentes maneras de reconocerlo, plantearlo, abordarlo. Es decir, no es que es una formalidad reconocer y explicitar la necesidad de acompañar a cada estudiante; sino que aparece entramado en el texto de algún modo que puede ser muy novedoso en algunos casos y que está, evidentemente arraigado, en la práctica y en la reflexión que se hace sobre ella. Lo que se reconoce es la preocupación por este aspecto que se transforma en estrategias, acciones, miradas concretas y esa justamente es la marca institucional.

En nuestra lectura de los relatos, identificamos diferentes dimensiones de análisis que resultan valiosas no solo para leer estas narraciones, sino para proyectar la capacitación docente de otras profesoras y otros profesores. Así construimos algunas preguntas claves que posibilitan nuevas lecturas de los relatos.

Algunas de las preguntas entonces podrían ser ¿cómo llegan las estudiantes y los estudiantes a la universidad?, ¿qué lugar ocupa la familia, la comunidad de referencia en el acceso (y la permanencia) a la universidad?, ¿acompaña/facilita/obtura/deposita expectativas?, ¿cuáles?, ¿cómo y quiénes aparecen en ese acompañamiento previo? En la entrada a la universidad: ¿qué pasa la esa comunidad de referencia?, ¿queda puertas afuera?, ¿sigue acompañando?, ¿desde qué lugar?, ¿cómo se desarrolla el acceso a la comunidad universitaria, al *ser* universitario?, ¿cómo se da el pasaje e interjuego entre una comunidad y la otra?

Y una vez en la universidad, ¿con quién o quiénes se sostiene la estudiante y el estudiante para continuar acompañada y acompañado?, ¿cómo

deviene ese tránsito?, ¿se da espontáneamente, se construye con apoyos previstos?, ¿quiénes construyen ese sostén? ¿compañeras y compañeros pares o más avanzadas y avanzados, docentes, profesionales?, ¿el acompañamiento se da de modo espontáneo?, ¿se estimula?, ¿se proyecta?

Aparecen en este cruce cuestiones tales como ¿quién acompaña?, ¿cuándo?, ¿cómo se acompaña? Y de ahí se abren nuevos interrogantes: ¿cómo enseñamos a acompañar? Y algo más complejo aún: ¿cómo enseñamos a las estudiantes y los estudiantes que se sientan acompañadas y acompañados y que busquen la compañía? Y una última gran pregunta sería ¿acompañadas y acompañados para qué?

Los relatos refieren a situaciones particulares. Aparecen en estos textos miradas sobre las experiencias concretas y diversas transitadas. Se destacan historias, vivencias, propósitos, aciertos y desaciertos. Se valoran unos aspectos y se dejan sin luz otros que aparecen en muchos casos tangencialmente. Cada relato es una unidad en sí mismo. Se trata de historias particulares (mínimas decíamos en el inicio de este artículo) muy potentes, pero que se interpretan mejor cuando se reconoce en ellos el marco político-institucional que opera como telón de fondo. En uno de los relatos se hacía referencia a la suerte de contar con el equipo virtual de la UNAJ, pero ¿podemos hablar de “suerte” en una institución que no dejó a sus estudiantes y sus docentes a la deriva en tiempos de pandemia? A través de los relatos encontramos una propuesta institucional que define, sostiene y estructura cada experiencia que se narra. Cada una de esas situaciones puede revisarse como una unidad en sí misma, pero también en diálogo con otras situaciones, con sus similitudes y sus particularidades.

La institución como marco está en cada relato en un tiempo tan especial como es la pandemia de la COVID-19. Y se hace carne la paradoja evidente, que describe Jorge Carrión y que supone que “... es la biología —y no la tecnología— la que está acelerando la digitalización del mundo” (2020, p. 123). En esa aceleración hacia lo digital, cada sistema educativo, y nuestro sistema universitario nacional, se erigen como contexto de cada una de las narraciones de este libro.

Desde este punto de vista, resultan oportunas preguntas tales como ¿cómo define nuestras prácticas no solo la situación particular que intentamos documentar o reflejar, sino también el contexto en el que se despliegan?, ¿cómo el contexto se hace parte indisociable de la situación?, ¿y cómo, a la vez, cada situación es única e irrepetible? Estas preguntas que emergen de los relatos bien podrían utilizarse inversamente para proyectar la enseñanza futura.

Algo sobresaliente de las prácticas de enseñanza narradas en cada texto es el notorio reconocimiento de un cambio en 2020 y 2021. La pandemia como hito aparece con fuerza marcando un antes y un después, que refiere al antes de que el aislamiento fuera una obligación y de que el sistema educativo, en su conjunto, asumiera el compromiso de seguir enseñando: con las puertas de los edificios escolares cerrados, pero con las instituciones abiertas. En este sentido, “Esta coyuntura de pandemia, por ser inesperada y sorpresiva, interpeló a las universidades y a sus Sistemas Institucionales de Educación a Distancia (SIED) a dar respuesta inmediata, pero no (por eso) improvisada” (Garbarini, Martinelli y Weber, 2020).

Durante el aislamiento en sus diversas facetas y con las construcciones que los equipos institucionales venían desarrollando, se recibió el impacto de un contexto inesperado, incierto, crítico. La presencialidad mediada tecnológicamente resultó fundamental para componer alternativas a las clases presenciales. La presencia, el encuentro, la interacción física (con el cuerpo) aparecieron mediados por algún recurso, herramienta, entorno que se transformó en interfaz. Las coordenadas de tiempo y espacio se redefinieron frente a la imposibilidad del encuentro en un aula física en un tiempo común.

Si bien todas las propuestas que se venían desarrollando en presencialidad tuvieron que reconvertirse para y por la pandemia, las estrategias elegidas y las formas adoptadas fueron muy variadas. Diferentes componentes de la enseñanza se vieron desplegados de muy distinto modo. Hablamos entonces de propuestas que mutaron, que evolucionaron, en las que podríamos identificar metamorfosis.

Nos preguntamos, en este sentido, ¿qué evoluciona y hacia dónde?, ¿cómo se da esa evolución?, ¿hay mutaciones?, ¿cómo son?, ¿qué es lo que “muta”?, ¿qué componentes de la enseñanza (y del aprendizaje) cambian y cuáles permanecen?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿cómo se configuran los diferentes elementos de la enseñanza?, ¿cómo se diseñaron la enseñanza y el aprendizaje?

Pensamos hasta acá en un antes de la pandemia y en un tiempo durante la pandemia (tiempo en el que se desarrollaron las narraciones del libro). La proyección hacia la universidad que viene en los próximos años es la que moviliza en la actualidad a docentes, autoridades, especialistas, políticas, políticos, gestoras, gestores de las universidades.

Cómo nos preparamos para lo que sigue es el gran desafío: ¿qué esperamos que suceda y que no queremos que acontezca? Y, sobre todo, ¿qué hacemos para que pase lo que nos gustaría que pase?, ¿cómo contribuimos a que eso que deseamos que anhelamos para nuestra Universidad ocurra?

Apelamos a revisar las narraciones, las reconstrucciones, los relatos de este tiempo en este libro. Pensamos la incertidumbre como una variable que define las prácticas de la enseñanza, no solo las que sucedieron en 2020 y 2021, sino siempre en tiempo presente. Proponemos imaginar la enseñanza desde una nueva perspectiva. Y, en ese proyectar, proponemos redefinir la clase como concepto. Invitamos a revisar el edificio físico en el que se desarrolla la enseñanza en conjunto con su correlato o su complemento virtual. Queremos interpretar la sincronía-asincronía desacoplada de la presencialidad-digitalización. Proponemos revisar qué pasa en los encuentros, del tipo que sean y en el lugar que sean. Insistimos, ¿qué sería lo más potente que podría suceder en esos tiempos-lugares alterados?

Se vienen tiempos de cambio. Se hace imprescindible imaginar y construir escenarios híbridos, combinados, mixtos; que superen la visión instrumental, restringida y dominante de las aulas híbridas (en las que la clase presencial con pocos estudiantes es retransmitida sincrónicamente para estudiantes que se conectan de manera remota). Buscar que lo digital

y lo físico convivan, dialoguen, se complementen, se articulen, se potencien, en función de los proyectos institucionales, políticos, pedagógicos; de las características de las carreras; de las particularidades disciplinares de las asignaturas; de los entornos y espacios disponibles; de las trayectorias, particularidades y necesidades de estudiantes y docentes.

Pensamos en una clase que pueda extenderse y expandirse en el tiempo y en el espacio físico y virtual, que tienda puentes entre el mundo material y el digital, que pueda potenciar el encuentro en la forma y modalidad que sea. Para eso necesitamos a cada docente imaginando la mejor propuesta para sus estudiantes; a cada institución respaldando, promoviendo y capacitando. El compromiso es siempre componer máximas historias mínimas.

Me permito dejar el cierre de este artículo a Alessandro Baricco:

La única tierra sobre la que se puede construir el nuevo mundo es aquella en la que se apoyan las ruinas del viejo: así toda utopía crece sobre los escombros de un pasado, toda esperanza comienza con una renuncia y toda vida es fruto de un luto (2021, p. 77).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baricco, A. (2021). *Lo que estábamos buscando. Nuevos cuadernos*. Anagrama: Barcelona.
- Carrión, J. (2020). *Lo viral*. Galaxia Gutenberg: Barcelona.
- Garbarini, L., Martinelli, S. y Weber, V. (2020). Las universidades y el compromiso de seguir enseñando. *Consejo Interuniversitario Nacional*. <https://www.cin.edu.ar/las-universidades-y-el-compromiso-de-seguir-ensenando/>
- Litwin, E. (2008). *El oficio de enseñar*. Buenos Aires: Paidós.
- Sorín, C. (Director) (2002). *Historias Mínimas* [Película]. Guacamole Films, Wanda Visión, Nirvana Films.

RELATOS DE COORDINACIÓN DE LA ESCRITURA

COORDINADORES DEL GRUPO DEL INSTITUTO DE CIENCIAS
DE LA SALUD

COORDINADORES DEL GRUPO DEL INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES
Y ADMINISTRACIÓN

COORDINADORES DEL GRUPO DEL INSTITUTO DE INGENIERÍA
Y AGRONOMÍA

COORDINADORES DEL GRUPO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS INICIALES

COORDINAR EL TALLER DE DOCUMENTACIÓN NARRATIVA DE EXPERIENCIAS PEDAGÓGICAS EN EL MARCO DE LA ENSEÑANZA REMOTA DE EMERGENCIA EN LA UNAJ: LAS PUNTADAS INVISIBLES PARA LA TRAMA CONSTRUIDA

Gladys Zarenchansky¹ y Soledad Carlson²

ACERCA DE LA COMPOSICIÓN QUE CONSTRUIMOS

En el último encuentro sincrónico mantenido con el grupo de docentes narradoras y narradores nos hicimos las siguientes preguntas:

Luego de haber transitado el Taller de Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas en el marco de la enseñanza remota de emergencia en la UNAJ, ¿cómo nos vamos? ¿Qué transformaciones vivimos? ¿Qué nuevas cuestiones aprendimos? ¿Qué imaginamos sucederá con los relatos escritos en el marco de nuestro colectivo?

Todos y todas fuimos respondiéndolas en un lienzo de escritura colectiva dando cuenta de la trama que supimos construir al transitar este taller. En ese lienzo se compartieron pensamientos, sensaciones, concep-

¹ Miembro del Nodo *FILO* perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

² Coordinadora y docente de la asignatura Farmacología de la Licenciatura en Enfermería (Instituto de Ciencias de la Salud).

ciones acerca del quehacer docente universitario y, fundamentalmente, las transformaciones vividas a partir de transitar un dispositivo de trabajo pedagógico colectivo centrado en la documentación narrativa de experiencias pedagógicas.

Dispositivo que despliega una estrategia de producción individual y colectiva de textos orientados a reconstruir de forma narrativa, difundir y debatir experiencias y prácticas educativas llevadas a cabo por las mismas y los mismos docentes autoras y autores de los relatos en diferentes situaciones sociales, culturales, geográficas, históricas e institucionales (Suárez et al., 2021).

Este relato de coordinación a dos voces intenta dar cuenta sobre lo vivido por nosotras en cuanto posición de coordinadoras, posición que asumimos en el marco del taller y que fuimos construyendo a medida que lo fuimos desplegando. En ese transitar nos preguntamos algunas cuestiones sobre dicha posición, nos las preguntamos con el cuerpo, con la cabeza, con el corazón, con la mirada sobre lo pedagógico que cada una porta. De este modo, asumimos la coordinación entendiendo la narrativa como una modalidad de funcionamiento cognitivo, como un modo de pensamiento caracterizado por una forma de ordenar la experiencia y de conocer, que tiene sus propios principios de funcionamiento. Asumimos la narración como una forma de pensar, de dotar de significado la experiencia, un modo de estructura para organizar nuestro conocimiento y como un vehículo en el proceso formativo (Bruner, 1998).

Por tanto, lo que se presenta a continuación son nuestras narrativas, esas que vienen a contar lo que nos pasó al transitar la experiencia y cómo nos fuimos de ella; las transformaciones vividas.

Creemos que en el interjuego entre lectura y escritura que se da en el proceso formativo a través de la narrativa, contribuye, en cuanto posición de lectora o lector a explorar e interpretar el propio mundo a partir de lo que ocurre en los textos y en cuanto posición de escritora o escritor a salirse de la cotidianidad para expresar ideas propias, dejar volar la imaginación,

elaborar descripciones de interés pedagógico de lo que ocurre en la práctica. No solo de las propias, sino también de aquellas otras que nos llegan por medio de historias en las que se expresa la trama de acontecimientos, subjetividades y contextos en la que se vive y se transmite la complejidad vital de una experiencia; en nuestro caso la de transitar la enseñanza en la UNAJ en tiempos de pandemia.

Y mientras fuimos concluyendo el taller, escribimos nuestras propias narrativas sobre la experiencia vivida. La historia que contamos está narrada desde la inquietud pedagógica que nos despertó la experiencia. El relato escrito no es una transcripción de lo vivido, sino una composición movida por la inquietud que lo vivido nos provocó.

LO QUE VEMOS Y SENTIMOS A TRAVÉS DE LA LECTURA

Gladys Zarenchansky

A mí me gusta leer. Leo cada vez que puedo, cuando me siento vital, cuando algo me lastima, cuando en la cabeza me dan vuelta preguntas para las que no tengo respuestas, cuando quiero pasar un buen momento. Leo y en el mismo acto de leer me sucede aquello que Fernando Bárcena describe muy bien en un artículo publicado recientemente, y es que cuando leo por momentos percibo que lo que leo habla de mí y esa lectura me transforma, me permite ver o comprender mejor lo que voy viviendo. Cuando leo caigo en la cuenta de algo que antes no era tan claro para mí. Cuando leo reconozco a otros y otras, no importa si reales o ficticios, que me hablan sobre la vida misma y es cuando puedo seguir preguntándome sobre lo nuevo, lo que lastima o lo que incomoda, lo colectivo, lo humano. Para mí los libros son ventanas a la libertad.

En estos momentos estoy leyendo un libro que narra sobre los orígenes del libro y encuentro allí el siguiente párrafo:

Nuestra piel es una gran página en blanco, un libro. El tiempo va escribiendo poco a poco su historia en las caras, en los brazos, en los vientres, en los

sexos, en las piernas. Recién llegado al mundo nos imprimen en la tripa una gran “O”, el ombligo. Después van apareciendo otras letras. Las líneas de las manos. Las pecas, como puntos y aparte. Las tachaduras que dejan los médicos cuando abren la carne y luego la cosen. Con el paso de los años, las cicatrices, las arrugas, las manchas, y las ramificaciones varicosas trazan las sílabas que relatan una vida (Vallejo, 2019, p. 79).

Y con todo esto que les cuento, fui convocada a coordinar un taller de documentación narrativa de experiencias pedagógicas en la UNAJ, en el marco del proyecto de enseñanza remota de emergencia del Plan de Virtualización de la Enseñanza Superior. Nombre largo, pero que, en definitiva, me invitaba a sumarme a una aventura singular, inédita, desafiante que también sucedería en el contexto pandémico que estamos atravesando. Desde el inicio mismo de la convocatoria intuía que habría cosas a realizar por elección y otras forzadas por la situación que nos atravesaba.

Sabía que leería mucho, actividad que me encanta como ya les contaba. También salí al encuentro de libros, relatos, conversaciones con colegas que me ayudaran a imaginar cómo realizar el taller en este contexto. La trama que es posible construir entre libros, narraciones de experiencias y conversaciones con colegas es infinita por donde se la mire, para mí la mejor trama a construir. Es cuando tomo plena conciencia de lo común, de lo colectivo, de la trama intersubjetiva que se va armando y voy formando parte.

Y en la construcción de esta trama me enredé con Soledad, colega y docente de la UNAJ, integrante del Instituto de Ciencias de la Salud (ICS), con quien transité la tarea de coordinación del taller y con quien ofrecimos un espacio de formación para que otras y otros docentes de la UNAJ puedan documentar sus experiencias pedagógicas vividas en tiempo de pandemia.

Creo que lo inédito de la experiencia me provocó muchas preguntas, incertezas, incomodidades. No había coordinado antes un taller en el que la lectura, la escritura, el diálogo, el cuerpo, la conversación coparan el

espacio casi con la definición misma del dispositivo y el espacio a ofrecer se materializaba de otras formas que no son el aula, la mesa de trabajo, lo conocido, lo natural para esta forma de hacer investigación, formación, acción. También sé que esto fue posible porque me sostenía en algunas convicciones que van más allá de las formas; la de crear vínculos pedagógicos con otras y otros colegas, acercarme a las experiencias pedagógicas por conocer de la mano de los y las protagonistas de estas, ser parte de espacios donde la lectura y la escritura nos forma y conforma, saberme contenida y cuidada por una institución que abre espacios para que estos encuentros sucedan.

Y armamos, con Soledad, el aula virtual y llegó el primer encuentro sincrónico; el taller estaba rodando. Y con él mi deseo de que fuera una buena experiencia formativa.

En el marco del taller, leí mucho, conocí diferentes trayectorias profesionales de docentes del ICS de la UNAJ que tienen identidad, que hablan de la pasión por la docencia, que me ayudaron a imaginar los múltiples caminos posibles por recorrer para ser docente universitaria o universitario, cuando el deseo es lo que marca el horizonte, la meta. También leí relatos de experiencias pedagógicas que hablan de las inquietudes y ocupaciones en las que estuvieron esos docentes; tarea inédita y singular de remotizar la enseñanza. Palabras que por momentos casi no llego a comprender porque lo que leí en esos relatos tiene que ver con ofrecer un marco educativo que se pregunta por los sujetos pedagógicos involucrados, porque salud, cuidado y educación se retroalimentan a la hora de definir los modos de enseñar.

Es cuando más me hace sentido aquello de que *la piel es una gran página en blanco, un libro*. Y con mi cuerpo entero a disposición para ofrecer el taller, más allá de las partes que los y las docentes veían de él a través de la computadora, y con el armado del taller, cual página en blanco, escribimos una historia, de esas a las que volvería cuando me siento vital, cuando algo me lastima, cuando en la cabeza me dan vuelta preguntas que no tengo respuestas, cuando quiero pasar un buen momento.

GRACIAS A MI GRAN EQUIPO

Soledad Carlson

Fui nombrada más arriba en el texto, fui dupla, fui estudiante y novata en esto de las narrativas de experiencias pedagógicas. Soy médica y docente universitaria atravesada como todos por la pandemia la COVID-19, pero de una manera muy intensa, muy esencial: ¡no pude quedarme en casa!

Disfruto plenamente estudiar más que leer libros, practico *hockey*, deporte en equipo que me ha dado infinidad de herramientas para ser mejor persona. Yo, morocha con rulos y conectada a 220 de corriente; Gladys, rubia de pelo lacio, de hablar tranquilo y pausado. Con estas características entre otras, fuimos convocadas para coordinar los talleres en el ICS de la UNAJ. Acepté sin pensarlo y me puse a estudiar más, más sobre el tema, para brindarles una modalidad de trabajo entre docentes diferente a la que estábamos acostumbrados.

Trabajamos intensamente en prepararlo, nos propusimos la participación de todos los que conformaríamos el taller, el acompañamiento sin obturar la creatividad individual, la acción colectiva, la indagación, la escucha, el respeto.

Un martes llegó el momento de salir a la cancha, como dupla y conocer al resto del equipo.

Con el correr de los encuentros sincrónicos nos fortalecíamos más como grupo, empezaron las autobiografías, los comentarios y los aportes que fueron enriqueciendo el resto de los relatos. Más tarde llegaron las historias de la práctica docente universitaria con las que interpretábamos algunos aspectos del mundo de la UNAJ. Le dimos voz nosotros mismos a esas experiencias cuyo denominador común era el desconcierto, la angustia, la incertidumbre y la pasión. Se pudieron mostrar elementos vitales, domésticos, algunos hasta de contradicciones.

Sentía en cada encuentro a la distancia, a pesar de verlos en cuadraditos por el zoom, la cercanía, el ambiente de aprendizaje, la bidireccionalidad

de los saberes, los momentos significativos y la construcción del sentido del ser docente en la universidad.

Esta experiencia de coordinación me transformó, sigo morocha con rulos, pero más voluptuosa, más innovadora, con más memoria docente, con más dudas de las que creía tener claras, con más capacidad de reflexión y escucha, siendo más conocedora de mis colegas en sus deseos y logros.

Me voy con una alfabetización docente diferente. Me voy feliz por habernos dado la oportunidad para producir de manera colaborativa el saber pedagógico a partir de las experiencias individuales dándole sentido y valor. Me voy con la cabeza bien puesta, más que repleta.

Esta voluptuosidad fue gracias a que fui parte de un gran equipo policromático, como la vida misma.

Y los relatos nos hablaron...

Y los leímos buscando aquellos indicios, pistas, cuestiones de lo que los relatos están queriendo compartir con nosotras respecto de los saberes pedagógicos construidos en tiempos pandémicos y en momentos donde la remotización fue forzada por la situación vivida.

Los relatos nos cuentan sobre los aprendizajes colaborativos logrados, cuando la colaboración ofrecida y recibida fue entre docentes y estudiantes en igualdad de condiciones frente a lo nuevo por conocer, los procesos de virtualización de la enseñanza.

También hablan sobre el espacio público y el espacio privado y la construcción de un espacio íntimo como puente para que la conversación y el diálogo pueda darse en pos de la construcción de conocimientos.

De manera enfática los relatos hablan sobre la relación entre lo teórico y la práctica a la hora de enseñar y los modos en que las fronteras entre contenidos dentro de una disciplina, los bordes de las aulas (virtuales y presenciales), los vínculos pedagógicos entre pares y con los estudiantes se vieron desdibujados, reconfigurados, resignificados para

acompañar y sostener las trayectorias estudiantiles y también las trayectorias docentes.

El campo de la práctica, en la formación de profesionales de la salud, se vio totalmente trastocado. De ese trastocamiento surgieron nuevas posibilidades de reconfigurar actividades de enseñanza, poniendo en tensión algunas cuestiones que se perciben como anquilosadas, compartimentadas y necesarias de ser revisadas.

Los relatos ofrecen preguntas, inquietudes, reflexiones acerca de los cuerpos, cuando de formación de profesionales de la salud se trata. ¿Dónde quedaron los cuerpos en este proceso?, ¿cómo se aprende sin el cuerpo presente?, ¿cómo se enseña sin el cuerpo presente? ¿cómo se evalúa a la distancia?, ¿qué mostraban los cuerpos a través de la pantalla?

Los relatos cuentan sobre los aprendizajes que los docentes fueron logrando durante el mismo proceso de remotización, con mayor o menor resistencia; no obstante, todos los relatos connotan en el valor de lo aprendido, en el desarrollo profesional alcanzado cuando genuinamente se abrieron puertas a la curiosidad, al fortalecimiento de los vínculos, al atrevimiento en la realización de preguntas que incomodan.

Finalmente, los relatos nos compartieron algunos rasgos sobre la enseñanza en la UNAJ, esos que hablan de lo local, de lo colectivo, de lo democrático, del territorio, de los modos de nombrar(se), de lo identitario.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bárcena, F. (2021). Leer, un raptó del alma. Márgenes. *Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 2(2), 143-149.
- Bruner, J. (1998). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Domingos, J. C. (2016). Relatos de experiencia, en busca de un saber pedagógico. *Revista Brasileira de Pesquisa (Auto)Biográfica*, 1(1), 14-30.
- Relatos de docentes narradores y narradoras del colectivo del Instituto de Ciencias de la Salud de la UNAJ.

- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- Suárez, D., Dávila, P., Argnani, A. y Caressa, Y. (2021). Documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una propuesta de investigación-formación-acción entre docentes. *Cuadernos del IICE*, 6.
- Vallejo, I. (2019). *El infinito en un junco*. Madrid: Editorial Siruela.

TRES MIRADAS EN TORNO A UNA EXPERIENCIA DE COORDINACIÓN

Entre agosto y noviembre de 2021, Mariana Gesualdi, Graciela Nievas y Laura Saavedra compartimos la coordinación del Taller de Documentación Narrativa de Experiencias Pedagógicas con docentes del Instituto de Ciencias Sociales y Administración (ICSyA). A continuación, compartimos nuestros relatos de coordinación escritos individualmente, que reflejan las miradas particulares en torno a la experiencia junto con el entramado colectivo que nos unió y acercó en la tarea de acompañar las escrituras docentes de relatos de experiencia en pandemia.

LA MESA DE ESCRITURA Y USINA DE PENSAMIENTO Y ACCIÓN EDUCATIVA DEL INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y ADMINISTRACIÓN DE LA UNAJ

*Laura Saavedra*³

Mediante seis encuentros quincenales, hemos compartido, con un grupo de docentes del ICSyA, una mesa de escritura e intercambio de relatos sobre experiencias pedagógicas en la UNAJ durante la pandemia por la COVID-19 en el 2020 y el 2021.

³ Coordinadora y docente de la asignatura Planificación y Gestión Estratégica y del Taller de Práctica Laboral de la Licenciatura en Administración (Instituto de Ciencias Sociales y Administración).

Formar parte del proceso de constitución de un grupo de docentes escritores lectores ha sido y es una experiencia enriquecedora. Nos invita a las docentes y los docentes de la UNAJ a consolidarnos como una activa comunidad de saber pedagógico; como una usina de pensamiento y acción educativos, siguiendo a Daniel Suárez y Liliana Ochoa (2005).

El taller nos ha permitido la recuperación, sistematización y conceptualización de nuestros saberes docentes que fuimos adquiriendo y recreando en la práctica educativa a través de una serie de reflexiones y ensayos, es decir, que nos invitó a convertirlos en dispositivos de formación. Como dicen Suárez y Ochoa (2005), la documentación narrativa de experiencias pedagógicas constituye una estrategia para la formación docente.

Para llevar adelante este proceso de documentación narrativa hemos considerado una serie de condiciones básicas teórico-metodológicas relativas a la creación de condiciones de producción y al establecimiento de determinadas reglas de enunciación para la producción de los relatos de experiencia escritos por las docentes y los docentes.⁴

A través de la mesa de escritura del taller, en los relatos se manifiesta una impronta común, el contexto de pandemia nos interpela a docentes y estudiantes para transitar las condiciones de enseñanza y aprendizaje en nuestra querida universidad. Los relatos dan cuenta de una serie de desafíos enfrentados, apelando a la creatividad para reconstruir estrategias pedagógicas de enseñanza en un momento donde prima la virtualidad. Reflejan instancias de incertidumbre, angustias, inquietudes, sorpresas como momentos de cierto descontento y momentos de mucha gratificación en el transitar las condiciones de enseñanza y aprendizaje en pandemia.

Otra huella común que se visibiliza en los relatos refiere al sentido de pertenencia a nuestra UNAJ, todas y todos quienes hacemos día a día his-

⁴ Para una mayor especificidad sobre las condiciones básicas teórico-metodológicas de la creación de condiciones de producción y el establecimiento de determinadas reglas de enunciación para la producción de los relatos de experiencia, ver Joan-Carles Mélich (2008) y Paula Dávila (2014), entre más especialistas en la temática.

toria en ella, la hacemos con orgullo, con sentimientos profundos de integración, compromiso, solidaridad e inclusión.

Cada docente ha dejado asimismo su marca, su historia, en la mesa de escritura. En el caso de Florencia Moreno, su entrada a la universidad en contexto de pandemia implica una historia docente en la UNAJ muy vinculada al Campus Virtual y un estar expectante de transitar por edificios, aulas, pasillos, calles, bares, esos ladrillos que también constituyen la querida UNAJ. Por su parte, Valeria Montenegro refleja por momentos su historia de graduada y flamante docente de la universidad. Por último, en el colectivo docente de la mesa de escritura se encuentran los relatos de María Rosa Petrone, Ada Cora Freytes Frey y Lizette Aguirre Negrete, quienes dejan sus marcas del ser docentes desde hace varios años en la universidad, la mayoría desde sus comienzos. En sus relatos la reinención de estrategias pedagógicas es un hilo que aflora con cierta intensidad.

A modo de cierre de estas palabras, podemos decir que lo común y lo singular atraviesan los relatos de este colectivo docente. Y, como bien sostiene Donna Haraway (citada en Lalulula, 14 de febrero de 2020) una parte del mejor pensamiento se hace de manera narrativa y colectiva. Ese pensar, esa práctica materialista la hemos realizado junto a otras docentes y otros docentes del ICSyA de la UNAJ en esta oportunidad.

ENTRE EL ENCUENTRO EN LA PALABRA Y EL INÉDITO VIABLE EN LA PRÁCTICA DOCENTE EN PANDEMIA

*Mariana Gesualdi*⁵

Coordinar grupos de docentes narradores no es cosa fácil. Acompañar la reflexión y la escritura de docentes universitarios tampoco lo es. Y, sin

⁵ Miembro del Nodo *Narrativas al Sur* perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

embargo, nos embarcamos en este desafío con más incertidumbres que certezas y con la particularidad de llevar adelante el taller en forma virtual, con encuentros sincrónicos semana por medio, para dejar un tiempo entre encuentros para que la escritura sucediera.

La docencia universitaria está atravesada por escrituras académicas y prácticas de investigación, pero esta propuesta era distinta. Desde la coordinación del taller de documentación narrativa de experiencias pedagógicas en pandemia, en el ICSyAnos propusimos generar en los encuentros sincrónicos un clima propicio para la evocación de escenas y situaciones en pandemia que hubieran generado preguntas, desafíos y satisfacciones. Nuestra intención era que esas escenas quedaran plasmadas en la escritura de relatos pedagógicos que pudiéramos hacer entrar en conversación para provocar la reflexión sobre las prácticas docentes universitarias.

Cada encuentro fue distinto. A lo largo de las semanas, se mantuvo el interés y la participación a pesar de los vaivenes de la vida personal y laboral que hacían mermar la participación y disposición completa en los encuentros, un poco como resultado de la complejidad de la vuelta a la presencialidad, la virtualidad sostenida y la bimodalidad incipiente. Este escenario nos presentaba cada semana la necesidad de trazar nuevas hojas de ruta para provocar la reflexión en torno a los caminos de la docencia en la universidad.

La comunicación se sostuvo por otros medios: el correo electrónico se convirtió en nuestro gran aliado para conocer las posibilidades y dificultades de las docentes en el transitar por la vida académica y el aula virtual en la plataforma Moodle de la UNAJ nos permitió tener un espacio seguro, confiable, donde dejar plasmadas las propuestas y los recursos para la escritura. Cada semana, escribíamos al menos un correo electrónico (de síntesis del encuentro para quienes no habían podido asistir o se habían retirado antes del cierre, o de invitación y convocatoria para seguir estando en la escritura. En la carpeta de almacenamiento virtual compartíamos la lectura y escritura de las experiencias docentes a modo de prolongación de la mesa de trabajo. Pocos espacios se ofrecen con este sentido en la vida de las docentes universitarias y los docentes universitarios, espacios por fuera de las jornadas académicas y

los informes de investigación, en los que se pueda hablar de lo que nos pasa, nos preocupa, en un entorno de confianza en la palabra compartida.

Nos sorprendieron algunas palabras que surgían en los encuentros, como expresión de la voluntad de sostener la distancia inexorable durante las experiencias pedagógicas en pandemia. Algunas tenían relación con los mandatos particulares de la universidad y, en particular, de las nuevas universidades creadas a partir del 2000 en el conurbano bonaerense principalmente: pertenencia, comunicación, colectivo, sostén, territorio, inclusión, calidad. Como señalan Mónaco y Herrera (2015), estas universidades de reciente creación compartieron la orientación hacia la inserción territorial y el diálogo con las comunidades que las rodeaban. En ellas, la cercanía geográfica y la proximidad afectiva se plantearon como variables a considerar junto con la necesidad de renovar esfuerzos y recursos pedagógicos para incluir a muchas estudiantes y muchos estudiantes que quedaban fuera de las universidades tradicionales. Estos mandatos no perdieron fuerza durante la pandemia y la consecuente virtualización de las prácticas educativas y se fundieron con otras situaciones propias de la novedad y la incertidumbre que nos planteaba la situación de aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) por la COVID-19 a partir de marzo de 2020.

Las experiencias pedagógicas de docentes universitarios en pandemia trajeron consigo otros desafíos e interrogantes, que se hicieron palabra en el transcurso de los encuentros virtuales y la escritura: la pregunta por el espacio, los límites entre lo privado y lo público que se confundían en la virtualidad y las nuevas distancias y cercanías que nos proponían repensar y resignificar; las nuevas formas de relacionarnos y de sostener vínculos, hacer lugar a los sentimientos, acoger las vivencias, generar intercambios a partir de nuevos rituales y rutinas desde la palabra y a través de distintos apoyos tecnológicos que aprendimos a usar; el surgimiento de lo inesperado.

Me detengo aquí en cuanto lo inesperado es recurrente en la práctica pedagógica, es lo que la funda, si consideramos la categoría freireana de “inedito viable”. Puiggrós (2019) describe esta categoría como la dificultad para imaginar y proyectar nuevas soluciones y salidas desde el aula, desde las situaciones

generales, en relación con el desconocimiento de nuestra historia y la desinscripción en una filiación. Filiación que se sostuvo durante la pandemia en los espacios y los vínculos retratados en los relatos, en los espacios de conversación que generó y compartió Moreno, en los espacios de encuentro más personales que describió Montenegro, en idear nuevas formas de comunicación como señaló Freytes Frey, en repensar las estrategias pedagógicas como propuso Aguirre, en imaginar otros recursos pedagógicos como ensayó Petrone.

Como señala Puiggrós (2019), la inscripción en esta filiación es la que permite avanzar hacia un inédito viable. Tradicionalmente, esa inscripción se producía en la universidad en el compartir espacios comunes, en el mirarse a través de las aulas vidriadas, las “peceras”⁶, en las conversaciones de pasillo. En las experiencias de la virtualidad, ese compartir adquirió nuevas formas, como reflexionó Moreno durante uno de los encuentros virtuales: “el patio termina siendo el grupo de WhatsApp”. Nuevos espacios para nuevos modos de vincularse y sostener el acompañamiento, el estar juntos, el contar con como protección y el contar para como reconocimiento por parte de los docentes universitarios, la identidad colectiva que guarda el nosotros que propone la universidad.

FOTOGRAFÍAS DE UNA COORDINACIÓN EN EL CONURBANO BONAERENSE. TIEMPOS DE PANDEMIA

*Graciela Nieves*⁷

La propuesta de coordinar un taller de documentación narrativa integrado por un colectivo docente diferente al que acostumbro, con profesos-

⁶ Las primeras aulas habilitadas en el edificio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) se conocen como “las peceras” porque son totalmente vidriadas y dan al pasillo de acceso al edificio.

⁷ Miembro del Nodo *Narrativas al Sur* perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

res de algunos institutos de la UNAJ, era para mí un desafío, que acepté entusiasmada, pero, a la vez, con un poco de temor a lo desconocido. No imaginaba cómo sería mi escucha atenta a escenas que creí no conocer, de carreras no afines a la mía. En este caso fueron las de Administración y Ciencias Sociales.

Nos organizamos con mis compañeras de coordinación en varios encuentros sincrónicos y el trillado grupo de WhatsApp, que últimamente sirve para todo uso. “Narrativas UNAJ”, así lo llamamos.

Tuvimos algunas reuniones previas para acordar, armar una agenda y elegir cuidadosamente el texto que usaríamos como disparador en el primer encuentro. Este fragmento introductorio da cuenta del tiempo en que este relato está escrito. Pandemia. Junio del 2021. Zoom, WhatsApp, Drive compartido, Campus UNAJ.

Cabe aclarar que a Mariana (con quien coordinaría), la conocía, pero no a Laura, profesora de la Universidad.

Varias cuestiones a favor. Laura nos apoyaría además de con la coordinación, con la dinámica de la UNAJ desconocida para nosotras.

Acordamos que la dinámica de los talleres comenzara con la lectura de un relato por parte de la coordinación; relato escrito, que fue seleccionado en forma muy cuidadosa, para compartir con las docentes y los docentes. De este modo, se realiza, uno de los actos lectores más significativos: la lectura en voz alta, y se señala que uno de los objetivos del escrito es poner foco en los procesos de lectura y comentarios entre pares.

La elección permitía un recorte orientado a ahondar en la relación que se establece entre la lectura y la escritura en los procesos de documentación narrativa. El contexto inicial está dado entonces, por la escritura de relatos pedagógicos, producción que conlleva la elección del docente autor de escribir acerca de una experiencia pedagógica en el contexto de pandemia 2020, que desee hacerla pública.

Ahora bien, ¿por qué hacer foco en la importancia de la lectura de un relato en voz alta? Quizá para entrar en ese espacio entre “el afuera y el

adentro”, “La frontera indómita” en palabras de Graciela Montes, entre un espacio y un tiempo íntimo y compartido por el grupo, para crear puentes o lazos de confianza que permitan compartir esos saberes de un tiempo distinto, para comprender algo más de la documentación narrativa para quienes nunca transitaron por el dispositivo.

En el primer encuentro se hicieron las presentaciones de todas y todos y comenzamos con el texto. Me sentía ansiosa, ávida de escucha. Todo comenzó a fluir con la primera consigna: Cómo llegué hasta aquí.

Fueron transcurriendo los encuentros, nuestras reuniones, los armados de agenda de cada uno, y el acercamiento con las colegas del grupo, que ya no me parecían extrañas y en donde la empatía le había ganado a la ansiedad.

Sin dudas eran docentes, no importaba de qué materia, de qué carrera, compartíamos la obstinación por la enseñanza, sin importar el nivel, la modalidad, la carrera. Nos unían las mismas preocupaciones en tiempos difíciles, quizá demasiado difíciles.

Hubo momentos bisagras para mí. La palabra y el sentido de pertenencia con esta universidad me conmovieron de una manera que me resulta poco fácil de explicar. Expresa Larrosa:

rastrear las palabras con las que decir la experiencia, con las que sentir y pensar la sorpresa del otro, la experiencia de las relaciones con los otros, es ir a la busca de secretos, a la busca de lo que no puede decirse, de lo que no nos decimos, pero que necesitamos escribirlo para abrirle una posibilidad a los sentidos (Contreras Domingo, 2011, p. 11).

No eran frases hechas. Acá no se hablaba de inclusión sin contenido. Se hablaba desde lo visceral, con un convencimiento que hizo amoroso y gratificante cada encuentro. Cada cual con su estilo y su propia experiencia, decían con distintas palabras lo mismo. Todas se encontraban con una universidad diferente a las conocidas. Que hablaba en serio de inclusión, de pertenencia y de territorio. Cito a Ada:

Por primera vez escuché en la UNAJ las palabras inclusión, vinculación con el territorio, acompañamiento de las trayectorias educativas. Yo, que venía de investigar la experiencia educativa de los y las jóvenes de sectores de extrema pobreza y los procesos de expulsión que ellos sufrían en la escuela secundaria, enseguida quedé enamorada del proyecto.

Estos tres conceptos rodearon cada encuentro, produjeron en mí una sensación de esperanza, de empatía, de posibilidad.

Un territorio inhóspito para las que no conocían el lugar y luego amigable al conocerlo. El conurbano bonaerense. Áspero, cruel, desconocido. Acogedor, hospitalario, que albergaba a quien se acercara.

Ya en la segunda consigna, adentrándonos en las experiencias en pandemia del 2020, aparecieron otras emociones, otras experiencias que seguían cautivándome. Allí estaba el saber. Allí se ponía de manifiesto aquello que no siempre está escrito. Los miedos o las incertidumbres convertidos en estrategias didácticas. Desde las incertidumbres de Flor, hasta la lucha cuerpo a cuerpo de Ada:

en algunos/las aún persisten –a esta altura de la carrera– obstáculos para la expresión escrita, y, finalmente, todos estos retos se agigantan ante la fantasía del Trabajo Integrador Final (TIF) como un “trabajo enorme, inabordable”. Todas estas que son dificultades desde la perspectiva de los/las estudiantes, se transforman en desafíos para los/las docentes: es preciso hacer un acompañamiento “cuerpo a cuerpo”.

Sí, cuerpo a cuerpo, con la otredad a flor de piel. Cuerpo a cuerpo, en una lucha que a veces era río calmo y otras una creciente que parecía dar vuelta todo y cuyo objetivo parecía siempre, rescatar al otro, empujarlo para salir, para darle las fuerzas necesarias para que logre lo que él o ella ya lograron en su carrera, en su contexto individual, mundial y pandémico.

También Flor: “¿Cómo congeniar, como unir esas instancias del Saber? ¿Avanzo? ¿Me quedo? ¿Retrocedo? ¿Vuelvo a empezar?”, y sigue: “Sus ros-

tros, aún a la distancia, expresan desconcierto o suma seguridad. Entiendo que hay que dejar claro que la clase sincrónica tiene un valor agregado, valor diferencial. Subir-se a la clase, motivar”.O María Rosa:

Esa modalidad presentaba enormes dificultades, puesto que en territorio los estudiantes deben sentir y vivir la profesión de manera personal y vivencial. Es muy importante el territorio en las prácticas de trabajo social, porque es nuestro insumo, es como la tela del pintor o la caja de cirugía en quirófano, sin territorio no hay trabajo social posible, no existe la interpretación de una realidad particular.

Coordinamos en un momento complejo, donde muchas universidades estaban volviendo a una semipresencialidad. Épocas de exámenes, de correcciones, de mucho trabajo.

Así mismo el entusiasmo por compartir saberes y experiencias nunca faltó en los encuentros. María Rosa expresa:

Los recursos pedagógicos son caminos misteriosos, son espacios insondables, pero cuando se recorren acompañados de los conocimientos compartidos y de la sencillez de los aportes nos sorprenden para bien. Nuestrxs estudiantes son receptivxs ante iniciativas que pueden parecer diferentes, pero sobre todo agradecen el trabajo docente, reconocen el esfuerzo que significa preparar una clase, y aquello que era el desafío de la virtualidad y el mundo tecnológico se convirtió en una experiencia creativa, lúdica, intensa pero muy gratificante.

Para cada relato se hicieron ruedas de comentarios en forma sincrónica, tan valiosas que solo los comentarios hubieran sido grandes textos. Me siento afortunada de haber participado. Y sé que mis compañeras de coordinación también. Para concluir, me apropio de las palabras de Daniel Suárez, quien sostiene que “la documentación narrativa es una modalidad de indagación y acción pedagógica orientada a reconstruir, interpretar los sentidos y las significaciones que se producen cuando se conversa entre colegas acerca de las propias experiencias educativas” (2012, p. 40).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Dávila, P. (2014). Escribir e interpretar la experiencia docente: la documentación narrativa de prácticas pedagógicas [Tesis de maestría]. Universidad de Buenos Aires.
- Lalulula (14 de febrero de 2020). *Donna Haraway:cuentos para la supervivencia terrenal*. https://lalulula.tv/cine/100076/donna-haraway-cuentos-para-la-supervivencia-terrenal?fbclid=IwAR2g8jKxS70NPNHHUFLdQmI-LMGwo6KNUI1P9fYfZ8ulbyVhNm68n_XbI6s
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Revista Educación y Pedagogía*, 18.
- Mélich, J.C. (2008). Antropología narrativa y educación. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 20, 101-124.
- Mónaco, J. y Herrera, D. (2015). ¿Quiénes son los nuevos estudiantes universitarios? *La Educación en Debate*, 30.
- Paugam, S. (2012). Protección y reconocimiento. Por una sociología de los vínculos sociales. *Papeles del CEIC*, 2(82).
- Puiggrós, A. (2019). El pensamiento de Paulo Freire en tiempo presente. Conferencia de inauguración de la Cátedra Libre Paulo Freire de la UNLP, 23 de mayo de 2019, FaHCE, Ensenada. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 13(16). <https://doi.org/10.24215/23468866e071>
- Contreras Domingo, J. (2011). Prólogo. En C. Skliar y J. Larrosa (2011). *Experiencia y alteridad en educación*. Rosario: Homo Sapiens/FLACSO.
- Suárez, D. (2011). Indagación pedagógica del mundo escolar y formación docente: la documentación narrativa de experiencias pedagógicas como estrategia de investigación-formación-acción. *Revista IICE*, 30.
- Suárez, D. y Ochoa, L. (2005). *La documentación narrativa de experiencias pedagógicas Una estrategia para la formación docente*. Argentina. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología: OEA- AICD.

NO ESTAMOS MUTEADOS

*Lorena Baum*⁸, *Nora Catoira*⁹ y *Gabriel Roizman*¹⁰

Desde septiembre de 2021, dentro del proyecto llevado adelante por el área de Pedagogía Universitaria (Secretaría Académica), nos constituimos como equipo de coordinación dentro del Instituto de Ingeniería y Agronomía (IIyA). Había un desafío primario, vencer el prejuicio de que matemáticos y arquitectas no podían o no querían escribir porque viene de las ciencias duras y otras formas discursivas que no admiten la subjetividad, los puntos de vista y se rigen por principios y axiomas generales. Puede ser. Pero eso no se aplica a la conversación. Los intercambios parecían no tener punto final, es más creemos que la escritura se demoraba porque “había tanto para conversar”. Cualquier tópico se enriquecía con experiencias personales, de la propia formación, de la vida en la UNAJ y de la pandemia. Es una cuestión interesante hacer un grupo de narración de experiencias entre tanta gente inteligente, que sabe tanto de su disciplina, ya que estos espacios de relatos movilizaban las cuestiones pedagógicas que su transmisión implica.

Nos llevó mucho más tiempo de lo planeado el “cómo llegué hasta aquí”. Tal vez descubrimos que no es una consigna de escritura superflua,

⁸ Coordinadora y docente de la asignatura Matemática III, dictada para todas las carreras del Instituto de Ingeniería y Agronomía.

⁹ Miembro del Nodo *Narrativas al Sur*, perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

¹⁰ Coordinador del Nodo *CIIE Avellaneda*, perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

moviliza mucho, y en la formación de científicos o docentes de estos ámbitos no era un recorrido sencillo, directo, había mucho esfuerzo, en una carrera a veces injusta y no del todo auspiciosa (es decir, a nadie se la hicieron fácil). Tal vez por eso los conmueve tanto un ámbito como la UNAJ, en donde hay una mirada distinta de la formación, la cual tiene mucho de acompañar, de estar ahí juntos.

Nora siempre estuvo atenta a los tiempos, a los presentes, a las convocatorias, ponía una cuestión más humana a los encuentros. Lorena, miembro de la Universidad y del área de las ciencias, militaba hacia adentro la participación de las docentes y los docentes del Instituto, y es un testimonio de que estos científicos pueden abrirse y contar sus experiencias. Gabriel intentaba llevar algunos consejos del oficio de escritor y guiar los relatos hacia zonas que le interesaban particularmente, sus objetos de estudio y modos de enseñar.

Hablamos, hablamos, hablamos. Las reuniones por GoogleMeet se prendían y apagaban. El taller tuvo también mucho de lo vivido en las clases virtuales, desde nuestras casas, interfiriendo lo público y lo privado, niños que había que traer del jardín, gatos que se cruzaban en cámara, perros que ladraban en el momento más emocionante. Hablamos y hablamos y escribieron. Y surgió el tema de la evaluación a distancia, los recursos utilizados, las adaptaciones y recursos para enseñar, porque, después de todo, qué cosa es un oficio sino la inventiva de recursos y yeites para llevarlo a cabo. Cuándo exponer, cuándo preguntar, cuándo escuchar, cuándo y cómo evaluar, eso que nos va convirtiendo en educadores. Y todo eso que en pandemia se puso en cuestión: se vio y se escuchó más cerca, surgieron preguntas, cuestionamientos a qué y por qué enseñamos lo que enseñamos, y a quién y cómo, de dónde venimos (de qué formación venimos) y hacia dónde vamos (de qué formación queremos participar).

Parecía que el punto final era una utopía, tanto en los textos como en los encuentros, hasta nos despedimos como si las reuniones fueran a seguir...lo importante fue que no estábamos muteados en pandemia.

LA PARADA DE LOS SÁBADOS. RELATO DE COORDINACIÓN DE LA EXPERIENCIA EN PANDEMIA (INSTITUTO DE ESTUDIOS INICIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHE)

Claudia Sciutto¹¹ y Juliana Klein¹²

¿Dónde habitan nuestras experiencias?, ¿persisten y o se esfuman?, ¿se encuentran con otras de su estirpe?, ¿pueden redefinirse mutuamente?, ¿por qué puján por reavivarse?, ¿se dejan interpelar?

¿Cuáles son los escenarios de los encuentros?, ¿qué tanto nos marcan las rutas posibles?, ¿cómo darles lugar en el hoy para proyectar cómo ser en adelante?

Nos preocupaban los escenarios, la ambientación, la bienvenida y la defensa de la propuesta. Creíamos que era posible el encuentro, a pesar de la realidad en pantallas y archivos, pero había que establecer los vínculos necesarios y al principio, eso generaba cierta incertidumbre: ¿cómo habilitar los encuentros para que los relatos broten y circulen?, ¿cómo asumir una coordinación entre colegas que se desplegara con auténtica horizontalidad?

Pensamos cuidadosamente en la invitación. Nos nutrimos de propuestas transmitidas por coordinadores y coordinadoras con más experiencia.

¹¹ Miembro del Nodo *Narrativas al Sur*, perteneciente al programa de extensión universitaria “Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

¹² Docente de la asignatura Matemática, dictada en el marco del Ciclo Inicial (Instituto de Estudios Iniciales) para todas las carreras de la Universidad.

Así tomamos la idea de la presentación en un foro, a través de la descripción de un objeto o una persona que hubiesen sido significativos en las rutinas de nuestro oficio docente. Y desde el principio supimos que el taller iba a andar por senderos de reflexiones profundas, que no íbamos a escatimar las emociones ni los cuestionamientos profundos: días antes de nuestro encuentro sincrónico, y solo con nuestras propias presentaciones escritas en un foro, fueron apareciendo relatos de colegas que sumaban sus aportes a esa primera ronda de intercambios. Aquello que tanta incertidumbre nos generaba, finalmente se resolvió de la mejor manera: habíamos logrado, entre todas y todos, inaugurar un espacio que sentíamos seguro, cuidado, para poder compartir nuestras experiencias pedagógicas, que también son nuestras experiencias de vida.

PRIMER PICOTEO, EL DE LAS PRESENTACIONES

Compartimos, a continuación, la primera composición de fragmentos de las presentaciones de las participantes y los participantes, subidas al foro del aula virtual y leídas posteriormente en el segundo encuentro: “...sin haberlo planificado, la actividad docente terminó siendo el trabajo que mayores satisfacciones personales me dio”, “...intento generar el mismo ámbito de confianza para el decir y hacer en el aula. Ojalá en algo se parezca a todo eso que Elsa nos brindaba en cada clase”, “...creo que los procesos de enseñanza-aprendizaje son, en un primer momento, instancias de lectura: de los contextos, de los grupos, de las construcciones de conocimiento...”. Además, “Mi Papá me regalo ese verano las cosas más bellas: el amor por aprender y lo bonito y gratificante que es enseñar”, “A veces, la ignorancia es consecuencia de la especialización”, “...la curiosidad me lleva por delante, me atropella, me empuja. Es necesario saber. Deseo saber, comprender”, “Siento que me falta mucho por aprender, siento que enseñando aprendo mucho”

Así como también:

...pienso en todos los lápices perdidos (¿dónde estarán?), en los textos escritos con ese lápiz (¿dónde estarán?), en todos los textos que encontré en mi vida,

en la invitación que hago a mis estudiantes a perderse en ellos para volver, en ellos, a encontrarse, encontrar a otrxs.

Preguntando. Usando ese comodín que a veces nos sirve para resolver una inquietud y que al mismo tiempo me sirve para saciar la curiosidad. Una pregunta, sincera y honesta, de esas que no tienen una respuesta previamente armada, es la que habilita y abre espacios, un mundo hacia donde uno pretende caminar.

Esa idea inicial, de rescatar fragmentos, adquirió un nombre: picoteo. Durante los encuentros que se dieron esos sábados de la primavera de 2021, la selección arbitraria (pero potente) de ideas, frases, sentipensares (término que adoptamos en conjunto) hacía que resonara alguna cuestión a debatir. Resultaba una lectura coral del proceso del grupo. Daba cuenta de las impresiones y las búsquedas enlazadas. “Entendí que la inclusión es enseñar de otra manera”, sostuvo una colega en su texto. “Y ahí llegan las compañeras, las imprescindibles, las que nos sostienen y nos abren otras puertas”, agregaba otra.

Y comenzó a suceder. Nos gustaba encontrarnos. Extrañábamos a aquel o aquella que por alguna razón no podía estar en algún encuentro. Disfrutábamos de las lecturas, de los borradores, de las preguntas, de las humoradas... Los comentarios no se hacían esperar, fluían... Aquello que temíamos que no se diera en esa virtualidad forzada, fue hallando los caminos para aparecer. En alguna ocasión también recibimos correos o mensajes internos de algunas personas que se disculpaban porque sentían que no estaban participando de la dinámica de la manera que les hubiera gustado. Buscamos acompañar los tiempos y los procesos de cada quien, pero lo cierto es que sentimos desde un comienzo que la palabra y las reflexiones compartidas circulaban con naturalidad y amorosidad.

Luego, surgieron los espacios para los comentarios de los relatos de las compañeras y los compañeros. En un Drive compartido, los textos circulaban e invitaban a ser intervenidos. Ese fue otro terreno muy fructífero. Cada sábado de encuentro se hacía referencia a lo gratificante que resultaba

saberse leído, saber que otras personas se sumergían en las escenas propias y las analizaban desde el rol compartido. Saber que nos estaban regalando un poco de su tiempo...

ALGUNAS REFLEXIONES EN LOS COMENTARIOS CRUZADOS

En ese documento compartido, las docentes narradoras y los docentes narradores fueron subiendo sus relatos. En el taller solicitamos dos: el ya conocido “¿Cómo llegué hasta acá?” y el de la experiencia de la virtualización de la tarea en la UNAJ, durante la época de aislamiento. En el mismo espacio comenzaron a circular los comentarios que constituyen parte del dispositivo de las narrativas pedagógicas. También seleccionamos fragmentos de ellos para armar una de las composiciones de apertura, que presentamos a continuación: “Me encantaría saber un poco más acerca de este paso de la investigación a la docencia. ¿Cómo se produjo? ¿Por qué aparece en tu relato como un lugar maravilloso?”, “Es muy interesante la inclusión de otras voluntades acompañando el proyecto personal. Creo que habla de caminos compartidos y de la necesidad de los vínculos profesionales, para lo que vos decís “el sostén y abrir puertas”, y ser compañeras!!!”, “Esto es muy frecuente en los relatos. Y coincide con el enamoramiento que produce la tarea docente”, “¿Puede ser que a veces nos sea más fácil evidenciarlo en otrxs antes que en nosotrxs mismxs?”, “...el deseo de ser una ‘buena profe’, viene del deseo de ser mejor persona”, “Qué importante y necesario es hablar de –y desde– la amorosidad en espacios educativos. Recuperar nuestra humanidad –la nuestra, la de nuestrxs estudiantes, la de la comunidad educativa–... Ese es nuestro sur”, “En estos años he pensado que las preguntas son mi punto de partida para la curiosidad y siempre intento que esa curiosidad sea compartida... a veces sale mejor, a veces no tanto... pero ahí vamos”, “Siento un enorme agradecimiento por el relato de ese quiebre. Es frecuente que la docencia llegue como un camino que se inició como alternativo, en la profesión, y que después se instale en lugares de alta estima y compromiso”, “Me encanta esa idea. Hay un poema digital

que toma la idea de la bacteria y el lenguaje”, “Primero viene la escucha y luego el intercambio. Llegar despojados para darlo todo. Para entrelazar cosmovivencias, conocimientos, modos de leer y habitar el mundo. ¡Muy inspirador!”, “Permiso para usar este concepto”, “Buenísimo unir lo profesional con lo íntimo familiar”, “¡Me encanta esta frase!”, “Hambre”, “Excelente final”. Asimismo:

Es notable como destacás en tu texto la construcción educativa que hiciste con otrxs estudiantes, con tus pares. No aparecen casi lxs docentes y si aparecen, lo hacen en lugares laterales... La pregunta es si hubo algún docente que te haya marcado.

A medida que avanzábamos en la propuesta del taller, íbamos encontrando nuevos vínculos. Profesoras y profesores ingresantes en la UNAJ nos contaban que nunca habían visitado las instalaciones y que solamente habían habitado sus aulas en la virtualidad. Quienes contaban con más antigüedad brindaban algunas descripciones para ambientar. Sin embargo, en las experiencias compartidas surgían interrogantes similares y empezaban a brotar algunas certezas: que la virtualidad había expuesto problemas que ya existían en la presencialidad, que la inclusión educativa supone una reflexión-acción que necesita de estos espacios; que la UNAJ tiene una clara idiosincrasia y un territorio especial; que los vínculos educativos que se construyen desde amorosidad son los más fuertes...

SENTIPENSARES: FRAGMENTOS DE LOS RELATOS DE LA EXPERIENCIA EN LA UNAJ DURANTE LA PANDEMIA

Lo que sigue es la última composición de apertura, la que inauguró el taller de cierre y que armamos con reflexiones de los relatos de la experiencia UNAJ en pandemia: “...la emergencia de lo inesperado...”, “...una sucesión sin solución de continuidad”, “¿Cómo construimos comunidad sin habitar el espacio?”, “La pandemia nos ponía a prueba: repensarnos

y reinventarnos como docentes”, “...quienes estábamos de cada lado de la pantalla estábamos viviendo situaciones muy similares”, “Problemas laborales, problemas familiares, problemas de conexión, problemas con dispositivos”, “Toda la vida pasa por la computadora... mar de incertidumbres”, “¿Es posible construir un vínculo didáctico en soporte virtual con más de 20 estudiantes a cargo?”, “... dejamos de cumplir nuestro rol docente para ampliarlo y mejorarlo...”, “...la computadora –por la que ahora pasaba la vida– encendida desde temprano, así como la luz del comedor”, “... el entorno digital me hace sentir exiliada de mi elemento”, “El problema era ahora hacerle frente a la frustración, ajena y propia”, “...la clase toda se constriñe al tamaño de un teléfono móvil y me ahogo. Un cuatrimestre de ahogo para nuestros estudiantes”, “Siento que hablo sola. Sola como loca mala. Pero no estoy loca, no soy mala y no quiero estar sola”, “...eran un avatar porque en la mayoría de los casos ni siquiera tenía foto en sus perfiles”, “Encuentros sacados, extraídos, alienados de nuestro ámbito. Peces boqueando fuera del agua”, “...hay una gran elipsis, un gran silencio”, “La pantalla en el Meet: partes unidas por una aplicación que como un artilugio subraya la ausencia”, “...me taladraba el fantasma de los ausentes que no respondían más: dolían”, “Esa necesidad de ver las caras de mis estudiantes, oír sus voces, sus tonalidades, sus gestos”, “... advertimos que muchos estudiantes se quedarían afuera. Los estudiantes ‘perdidos’ en el campus son una constante”, “Hablar en una situación artificial: mirándose en un espejo, permanente espejo, que se fragmenta recortando cada participante. No soporto mirarme mientras hablo. ¿Cómo escuchar?”, “Lo primero que pensé: les estudiantes me tienen que conocer”.

“Hay un plan.

Hay un acompañamiento.

No estoy sola.

Calman mis ansias.

Un poco.”

“...los esfuerzos de la UNAJ para resolver la cursada fueron heroicos, de aplaudir”, “...tenemos la oportunidad de abrirles las puertas y sostenerlas abiertas para que entren”, “...la resiliencia y ganas de superarnos fue un denominador en común”, “... la virtualidad, obligada por la pandemia, desnudó falencias del sistema educativo que ya estaban en la presencialidad: la tensión entre inclusión y masividad”, “...tenemos la oportunidad de pensar en cómo incluir a este grupo de estudiantes que no pudieron entrar en la nueva dinámica”, “¿Qué es un aula? ¿Es solo ese espacio físico en la Universidad o son también las relaciones que entablamos?”, “Fue clave evitar el desánimo y el rechazo al cambio, transformándolos en motivación”, “Clase a clase, semana a semana, fuimos construyendo el vínculo”, “La escritura también es corpórea, las palabras también construyen relaciones”, “...comenzaron a recorrer textos y espacios del aula con esa dignidad que nos da el haber enfrentado los miedos y las inseguridades”, “...qué peligroso dejarse llevar por esa emoción pensando que esos tres o cuatro son toda la clase”, “Sin conocernos realmente, ahí se tejían las redes”, “Todos aprendimos que estamos aprendiendo”, “De a poco me voy amigando. Con el Campus. Entro y lo miro. Toco solapas, botones, *links*, ventanas que se abren. Lo voy reconociendo, lo voy haciendo territorio conocido, espacio habitado”, “...compartieron, negociaron, preguntaron, dudaron, pensaron y trabajaron mucho... Y lo lograron”, “Los avances teñían de sorpresas y sonrisas nuestros encuentros”, “Son alegres les pibes UNAJ”, “Festejé, en silencio, pero ahora la tecnología había perdido su batalla”.

A MODO DE CIERRE

Más allá de las charlas en la semana para organizar los encuentros y el material, se nos había vuelto costumbre conectarnos unos minutos antes y después de los encuentros sincrónicos. En cada una de esas charlas resaltábamos lo importante que era para cada una el caminar juntas. La coordinación siempre fue cocoordinación, pero no solo entre nosotras dos –que fuimos solo la cara más visible de un equipo mucho más grande–, sino

también a través del acompañamiento de todas las personas que forman parte del equipo.

Nos dimos cuenta, tanto en la mesa de escritura formada en el taller, como desde el rol de coordinación, que las individualidades desaparecían para dar paso a la comunidad. Durante todo el proceso, ninguna de las personas involucradas estuvo sola, fuimos –somos– junto a otras, *con* otras. La experiencia nos daba la oportunidad de detenernos a reflexionar de manera conjunta. De intercambiar nuestros saberes y experiencias, y de construir de manera comunitaria nuevos saberes y nuevas experiencias. La red que nos sostenía –y nos sostiene– se iba tejiendo y afirmando a través de cada encuentro.

Tal vez fue esa confianza en la comunidad, la que posibilitó el encuentro, la que nos hizo sentir la confianza y la seguridad para compartir a corazón abierto nuestras experiencias, para sentarnos a reflexionar con otras personas sobre nuestros propios temores, nuestras inseguridades y certezas, nuestras historias de vida y profesionales.

En la ronda de escritura, rápidamente comprendimos que lo mejor que teníamos para brindar era exactamente eso que teníamos: nada más y nada menos que nuestras historias de vida. Las experiencias pedagógicas individuales nutrían el espacio común: cuanto más generosos eran los relatos, tanto más podían enriquecer las reflexiones posteriores. No se trataba solamente de poner a disposición una descripción de aquello que vivimos y percibimos durante un tiempo-espacio determinado (ser docente en la UNAJ durante 2020). Se trataba también de poner a disposición todo aquello que nos hizo sentir la experiencia.

A veces desnudar la propia emocionalidad frente a otras personas no es tarea fácil. Pero en el mismo ejercicio se iba volviendo cada vez más sencillo –y necesario–. De pronto íbamos entendiendo que muchos de esos sentires eran compartidos, y que escucharlos –o leerlos– a través de los relatos de colegas nos ayudaba a gestionarlos, comprenderlos y encauzarlos.

Nos dimos cuenta de que nadie se fue de la misma manera de la que había llegado. La experiencia nos había transformado, enriquecido, movilizado. Descubrimos –o redescubrimos– que formamos parte de una comunidad con inquietudes similares, que las experiencias de nuestras colegas y nuestros colegas nos brindaban herramientas para repensar nuestras prácticas, nuestras vivencias.

Al llegar la convocatoria impulsada y financiada por la Secretaría de Políticas Universitarias en el marco del Plan VES (Plan de Virtualización de la Educación Superior), surgió la propuesta de sistematizar el registro de las estrategias pedagógico-didácticas desplegadas, las incertidumbres vividas, las frustraciones, los aciertos y los desaciertos, las decisiones tomadas, por algunas docentes y algunos docentes de la UNAJ para seguir garantizando el derecho a la educación superior de las estudiantes y los estudiantes durante la pandemia por la COVID-19, que inició en marzo de 2020.

Desde el equipo de Pedagogía Universitaria, dependiente de la Secretaría Académica de la UNAJ, nos propusimos generar espacios y disponer condiciones para que las docentes y los docentes documentaran su experiencia a partir del momento en que la presencialidad se vio interrumpida por la situación sanitaria.

Así, esta publicación encierra la compilación de relatos de experiencias pedagógicas que las docentes y los docentes de la UNAJ escribieron durante el año 2021 en el marco de la enseñanza remota de emergencia.